

MICHAEL DOBBS



FATAL INOCENCIA

La supuesta muerte de un bebé deja al descubierto un mundo de intrigas y crueldades.

se

Lectulandia

Isadora Dean, periodista norteamericana que viaja por Inglaterra acompañada por sus dos hijos, sufre un accidente de coche. Tras superar un prolongado estado de coma, es informada de que su bebé, Bella, ha muerto y de que su hijo de tres años ha resultado ileso.

Pero ciertos indicios le hacen sospechar que su hija está viva. Su instinto la lleva a iniciar una búsqueda que le revelará toda una serie de oscuros secretos en el seno de la familia del ministro de Defensa británico, así como la cruda realidad del tráfico de niños y el mundo de las drogas.

Una excepcional novela de intriga que apasionará a todos los lectores.

Lectulandia

Michael Dobbs

Fatal inocencia

ePub r1.0
lenny 25.10.17

Título original: *The Touch of Innocents*

Michael Dobbs, 1994

Traducción: Cristina Pagés

Retoque de cubierta: lenny

Editor digital: lenny

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*En recuerdo de mi madre,
que tuvo que luchar más que la mayoría*

1

Su expresión era de confusión, de aturdimiento. El camino secundario parecía anónimo y vacío bajo la turbulenta lluvia nocturna y, de repente, se había convertido en un resplandor de luz incoherente que clamaba peligro.

El cerebro reaccionó inmediata pero inadecuadamente. Nunca supo que el tipo del tractor, consciente de pronto de que estaba bloqueando el camino de un coche, se había dejado dominar por el pánico y había encendido todos los faros; sólo hubo esa sensación de alarma que bloquea todos los sentidos y paraliza la mente; ese estado en que el instinto domina sobre el intelecto.

Isadora Dean nunca recordaría lo que ocurrió a continuación; la confusión y la sensación de temor a medida que se iba acercando a la fuente de luz; la comprensión clara de que en ella se encontraba el desastre; la pugna que entablaron los neumáticos y los frenos, que parecieron adoptar una lógica propia mientras bailaban y hacían piruetas sobre el fango cubierto por las hojas de un otoño inglés; el entumecido desliz de la luz hacia la oscuridad y hacia lo desconocido; un sentirse ingrávida, en medio del espacio, girando hacia otro mundo, hacia la eternidad.

La eternidad. La muerte. Su muerte. ¡Maldición! ¡Qué desperdicio!

Parecía como si ya hubiese llegado al mundo subterráneo. El coche se había salido del camino y recortaba un túnel de luz a través de la maraña de madera que presionaba a su alrededor. De la oscuridad saltaban ramas esqueléticas, desprovistas de hojas, tratando de cogerla y arrastrarla hacia el desastre, mientras un caleidoscopio de imágenes cruzaban como un rayo, tan veloces que ni la mirada ni el cerebro podían descifrarlas.

Sólo empezó a tener miedo cuando su mente se centró en sus hijos. Benjamin y la pequeña Bella. Soltó el último aliento atrapado en los pulmones e inició un grito estrangulado:

—¡Agarraos fuerte!

¡Qué absurdo! El niño se hallaba aun profundamente dormido; no entendería nada; y ¿cómo podría una niña de seis meses agarrarse con fuerza a ningún sitio que no fuese el pecho de su madre?

Entrevió el tronco del nudoso roble, que tanto podría haber sido un rostro de piedra, una puerta cerrada con cerrojo, o el fondo del pozo más profundo. Sabía que era un objeto inamovible. El desastre. El fin. Izzy no sintió nada; nada cuando su cuerpo empezó a separarse del asiento y a presionar contra el cinturón; nada cuando el dispositivo de inercia tiró de éste y amenazó con partirla en dos; ni siquiera cuando su cabeza golpeó contra el techo del Renault de alquiler y éste empezó a rodar, ni cuando el parabrisas explotó rompiéndose en miles de fragmentos y se trocó en un afilado polvo de estrellas.

No recordaría nada, pues en el momento en que su cabeza golpeó contra el chasis de hierro del coche, una onda expansiva como la de un terremoto atravesó su cerebro

agitándolo, estirándolo, haciéndolo vibrar y desplazándole las células, tal y como ocurre cuando se las observa con un microscopio. En un principio, el daño resultó sutil pero decisivo. Cuando las células, retorciéndose, se separaron, el equilibrio químico del cerebro se alteró, con lo que las vías neurológicas pasaron de ser un sendero funcional a una ciénaga en la que se embrollan y encierran los mensajes eléctricos que ponen en marcha el funcionamiento cerebral.

Perdió el conocimiento y cuando un rato más tarde volvió en sí aún le faltaban coherencia y la capacidad de centrarse, porque gran parte de las funciones superiores se le habían quedado perdidas en esa parte de su cerebro que ya no era sino una trampa. No pudo ayudar al aterrorizado granjero que corrió a sacarlos, a ella y a sus hijos, de entre los restos; le fue imposible responder a las preguntas de los asistentes que la atendieron; no advirtió tampoco cómo se encogían de hombros los bomberos, que habían llegado demasiado tarde para salvar algo del almacén incendiado.

Pero eso no era lo peor. Aun cuando su cuerpo pareció revivir un poco tras el ataque inicial, el cerebro, golpeado y atropellado, se estaba hinchando.

Y seguiría hinchándosele, ya que una pequeña vena se había roto en él y había derramado sangre. Eso iba creando una presión bajo la cual las cercanas células y los nervios que las rodean ya no podían funcionar y anulaban la reanimación inicial, empujando sus sentidos aún más hondo en el pozo.

Los ojos se abrieron, pero no vieron nada; los oídos oyeron, pero no comprendieron nada; los sentidos vagaron en un haz de luna hasta que desapareció todo recuerdo coherente de la escena, del choque, del fuego que trajo el terror a la noche normalmente tranquila del bosque de Dorsetshire, y de las sirenas y parpadeo de luces que aterrorizó a sus demás habitantes; de su llegada al hospital general de Weschester en una noche desesperadamente ajetreada en la sección de Accidentes y Urgencias, llena de confusión y ruido a causa de la alarma de incendios que había disparado un borracho; ni de las prisas por llevarla a la unidad de cuidados intensivos cuando los médicos se dieron cuenta de que, en vez de recuperarse, algo devastadoramente malo le estaba ocurriendo a la paciente.

* * *

Un amanecer en San Francisco. Sobre el horizonte se extendía una gama seductora de púrpura y rosa; la niebla ocultaba el lugar en que los cerros secos se estiraban para besar el cielo de California; sólo las luces de Oakland parpadeaban, dando la diaria bienvenida del otro lado de la bahía, e indicaban el lugar en que se juntaban tierra y cielo.

Los primeros Boeing del día se recortaban como luciérnagas enfurecidas contra las nubes aún oscuras, mientras dos interminables filas de automóviles invadían el puente de la Bahía, imitando la incesante marcha de hormigas obreras; en otra media hora la marcha se volvería desesperadamente lenta, casi estancada.

El hombre se encontraba junto a la ventana abierta; una brisa salada intentaba atrapar el humo de su cigarrillo. La noche iba cediendo el paso a los tonos más luminosos y vivos del día y, en el amanecer, el coro de tranvías llamaba a sus primeros pasajeros.

No se parecía a ninguna otra ciudad del mundo. Se hallaba en la frontera misma del paraíso. Tan relajada, tan desinhibida, tan diferente de la jungla burocrática de Washington D.C., donde las mujeres ni siquiera esperaban la llegada del invierno para tomarse gélidas.

Más allá de la bahía, empezaban a acumularse los primeros vuelos de la mañana; él tomaría uno al cabo de unas horas. Eso le hizo preguntarse nuevamente cuánto tiempo pasaría antes de que su propia creación se hallara allá arriba, con ellos. La AAUM; concebida por un ordenador, gestada en un comité y a punto de ser parida y entregada al Congreso. La ligera Aeronave de Ataque de Utilidad Múltiple, ese acrónimo aéreo del Mach-3, de tecnología punta, reflectora de radar, que volaba por control remoto transmitido por cable, de geometría variable y que, según decían, sólo precisaba un piloto que le dijera cuándo volver a tierra; el invento, en colaboración de firmas aeroespaciales transatlánticas, que debía resolver casi todos los problemas de la OTAN —y todos los suyos— durante los siguientes veinte años. El proyecto «Sure Hit» o «Blanco Seguro», como se le conoció al principio, con notable falta de tacto. Proyecto «Shit» o «Mierda», lo habían apodado enseguida.

Luego el presidente, airado por las risitas disimuladas de los periodistas que habían asistido a su conferencia de prensa, dispuesto, como siempre, a mostrarse bajo una luz de rectitud y no de ridículo, había cambiado el nombre instantáneamente y lo bautizó proyecto «Polvo». «Y vuestros enemigos morderán el polvo», había rugido. Cierto, no era una cita textual, pero de entre esos reptiles, los periodistas destacados en la Casa Blanca, ¿quién se enteraría?

De acuerdo, el Plumero (que así acabó conociéndose el artefacto) era caro. Pero ¿qué podían esperar del equipo militar más innovador tecnológicamente en una generación? Vale, ya resultaba ser una amenaza de la guerra fría, un sistema armamentista en busca de un enemigo, una enorme y despilfarradora distracción en un mundo en que el término superpotencia recorría, como un eco fantasmal, las colas cada día más largas para el subsidio de desempleo, las colas para recibir alimentos gratuitos y las clínicas de aborto de las callejuelas de la América media. Pero, tras años de compromisos ante la recesión y de falta de agallas por parte del Congreso, constituía la última oportunidad, realmente la última oportunidad de volver a juntar los equipos de diseño y las cadenas de montaje que salvaron a Occidente cientos de veces cuando esos liberales vendedores de compasión habían anunciado prematuramente la «paz en nuestro tiempo».

El Plumero se fabricaría, tendría que fabricarse. No había alternativa para Joe Micheli. No había perspectivas, ni trabajo, ni futuro, ni compañía financiera comprensiva; al menos, no para un director de planificación de cuarenta y tres años

que había pasado su vida en una industria que dejarla de existir.

Así que se fabricaría, aunque eso significara lamerle el culo a cada uno de los funcionarios de adquisiciones del Pentágono y besarle los pies a cualquiera (y su madre) que tuviese la más remota relación con el Comité de los Servicios Armados del Senado.

Washington, D.C., le hizo pensar en Izzy, en su hogar. Si podía llamársele hogar, con una esposa que la mayoría de las veces se encontraba no sólo en otra ciudad, sino en otro continente, y que ni siquiera usaba el apellido de su marido.

Echó un vistazo a su reloj. Era domingo; en Europa sería primera hora de la tarde. Seguramente ahora la encontraría en casa. Cogió de nuevo el auricular y escuchó el sonido de la comunicación; nuevamente, no hubo respuesta; nuevamente, otro mensaje suyo perdido en el espacio. No se trataba sólo de otro continente, sino de otro planeta. Ésa era la historia de su vida matrimonial. Y esta vez había desaparecido con los niños. Ni rastro de ellos en más de una semana.

—¡Cabrona! —espetó en voz baja.

Su paciencia y su cigarrillo se habían consumido.

Por la puerta abierta del dormitorio oyó el susurro de las sábanas y vio un elegante y bronceado muslo salir de debajo de la ropa de cama y colgar por encima del borde. Se encogió de hombros. Por alguna razón allí, en California, todo parecía ir viento en popa.

Dejó caer el auricular sobre el aparato y con los dedos de una mano se arregló el cabello despeinado; había perdido bastante pelo. Unos años atrás habría tenido que batallar con un cepillo para arreglárselo. Pero muchas cosas habían cambiado en estos últimos años.

Con la colilla se dedicó deliberadamente a ensuciar el cenicero. Inspiró profundamente para llenarse los pulmones de aire fresco y aplanar el vientre. Y regresó a la cama.

* * *

La habían tendido en la cama del rincón más alejado, el más tranquilo, para dejarla morir.

Unos monitores sugerían que las principales funciones corporales eran normales, pero el scanner había revelado el problema. El segmento lastimado del cerebro se había hinchado y las células blancas que rodeaban a los nervios grises que debían resaltar clara y marcadamente estaban borrosas; la ciénaga neurológica las había absorbido y ahora ya empezaban a degradarse hasta las funciones físicas menores.

La enfermera que daba clases apuntó el haz de una linterna en forma de lápiz sobre el ojo opalino de la paciente; la pupila reaccionó, pero insípidamente, no como debería hacerlo y no tanto como el día anterior. Aflojó el aparato de oximetría del pulso de la punta del dedo corazón y pellizcó la parte blanda de la uña que

normalmente produciría una flexión irritada del dedo.

Nada.

El cerebro ya no respondía al estímulo de choques, mandos, olores, ruidos, presiones, dolores. La enfermera, Mabel McBean, una mujer de mediana edad y generosa corpulencia, cuyas caderas se balanceaban y cuyos zapatos chirriaban cuando caminaba sobre el suelo de vinilo de la unidad de cuidados intensivos, que llevaba media vida presenciando los resultados de las tendencias autodestructivas de los demás y había logrado, sin embargo, conservar la innata compasión de su infancia, echó una mirada a la estudiante de enfermería al otro lado de la cama y agitó la cabeza.

—Me pregunto quién es —musitó por quinta vez en una semana la estudiante, una australiana de Wagga Wagga llamada Primrose, que llevaba su nacionalidad con tímida fortaleza.

—Es extraordinario. Nunca había visto que una chica de estas características fuese tan anónima —contestó la enfermera—. No parece una vagabunda ni que haya vivido en una caja de cartón. —Volvió a levantar la mano de la paciente—. Su manicura es cara.

Pellizcó de nuevo la uña. No hubo reacción.

Le colocó el aparato de oximetría otra vez en el dedo y, cual una gallina clueca, reajustó la manga que medía la presión arterial; observó el rostro apuesto de la paciente, una mujer de poco más de treinta años, de buena estructura ósea y denso cabello rojizo, como el de un zorro.

—Es majó su maquillaje —añadió.

Los párpados magullados habían tomado un vivo color morado y rosa. Diríase que los había pintado una aprendiz de esteticista que diera sus primeros y tentativos pasos en cuanto a la coordinación de colores. Debajo del ojo izquierdo, un diminuto corte causado por el fragmentado parabrisas estaba inflamado, pero no había precisado puntos y probablemente, si se le otorgaba tiempo suficiente para curarse, sólo dejaría una casi invisible cicatriz. De no ser por eso, la cara parecía la de alguien en paz, alguien que estuviese descansando y no muriéndose.

Era un rostro fuerte, hermoso, aunque un poco demasiado expresivo para los gustos tradicionales de McBean; ancho alrededor de los ojos y que se estrechaba a partir de unos pómulos elevados y ligeramente orientales, hasta la barbilla puntiaguda; de nariz finamente esculpida y labios expresivos, amorosos. Modelo de revista más que belleza clásica, sobre todo con el cabello cuidadosamente cortado. Tenía el cutis fresco, de alguien a quien le gustaba la vida al aire libre, y un trabajo de ortodoncia fabuloso.

No obstante, algo en el rostro sugería también que había sufrido, pensó McBean: una sobredosis de experiencia que había tallado una arruga descendente en las comisuras de la boca, como si la mujer hubiese elegido deliberadamente no depender de su hermosura sino competir, unirse a la lucha diaria con el resto del mundo.

Debajo de los ojos magullados, la piel se había estirado y tenía el tono malva pálido del cansancio y los rojizos tonos que demuestran que la fatiga se ha convertido en agotamiento y empieza a roerle a uno las entrañas más que los dolores de la maternidad. Sugerían... ¿qué? ¿Tozudez? ¿Dolor? ¿Cierta insatisfacción? McBean suspiró; todo indicaba que nunca lo sabrían.

Primrose interrumpió las divagaciones mentales de la enfermera.

—Y la policía, ¿no puede saber nada por el coche?

La estudiante de enfermería se hallaba sentada en la cabecera de la cama; cepillaba el cabello de la paciente, cosa que había hecho cada noche durante la última semana, tratando de quitar, trozo a trozo, el gran coágulo de sangre que deslustraba, enmarañaba y echaba a perder el brillo rojo oscuro. Podrían haberle cortado esos mechones, por supuesto, pero tendrían tan poca oportunidad de volver a crecer. Aun en la muerte debía haber dignidad.

La enfermera McBean negó con la cabeza.

—Un Renault con el volante a la izquierda. Podría ser de cualquiera de mil lugares de Europa. Y el incendio lo destruyó todo, hasta su identidad. Pobre chica. La sacaron sin nada más que la ropa que llevaba puesta y que no fue de gran ayuda. Seda italiana, tejanos americanos, un brazalete de esos que usan en la jungla tropical, bambas que suponen podrían ser de algún sitio al este de la India. Ropa de esa que vende la organización caritativa Oxfam.

—¿Y qué hay del niño? —insistió Primrose.

—Osh-Kosh. El chiquillo no llevaba más que Osh-Kosh, y eso es muy común. El pobrecillo es demasiado pequeño para hablar bien. Creen que no tiene ni tres años y han sido incapaces de sacarle nada. Puede estar en estado de choque, de conmoción, aunque parece entender inglés y algo de francés.

—¿Y el bebé?

—Tal vez podría hablarle en gaélico. Me pregunto si alguien ha pensado en eso.

—El bebé —insistió Primrose, pero encontró la respuesta en la expresión triste de McBean—. Lo normal sería que el padre o algún pariente hubiese tratado de averiguar su paradero —murmuró la estudiante de enfermería—. Alguien debe echarlos de menos, ¿no?

—Si yo tuviese el aspecto de esta chica, esperaría que me echaran de menos la mitad de los hombres que conozco.

—Entonces, ¿dónde están...?

* * *

—¿Qué diablos quieres decir con eso de que han desaparecido? —siseó Grubb por el teléfono. El director de noticias del extranjero de la World Cable News paseó una mirada ansiosa por la ruidosa sala de redacción en Washington, D.C., preocupado por quién podría estar escuchando y sin estar seguro de lo que ocurría. Pretextos,

seguro, pero justo después de los pretextos solía llegar una fuerte lluvia de mierda—. ¿No dejó ningún número de teléfono? ¿Ningún nombre de contacto?

Grubb no podía creer lo que estaba oyendo. Nunca le había ocurrido que uno de sus corresponsales extranjeros decidiera marcharse así, sin más, sin dejar un contacto; que desapareciera, sencillamente, del más importante puesto de la agencia que cubría toda Europa. Izzy era una de las mejores, pero ahora la muy estúpida lo había metido en un buen lío. Ya veía cómo le salpicaba la mierda, y no era ése precisamente el momento para ello, ahora que la red de noticias por cable afrontaba problemas financieros y trataba de recortar aún más gastos.

Gruñó cuando el joven productor, en París, a cinco mil kilómetros de distancia, trató de explicárselo.

—¡Otra vez esos malditos niños! ¡Por Dios! Le dimos seis semanas de baja por maternidad y apenas hace unos meses que volvió al trabajo. ¿Qué más quiere?

El joven productor se mostró tranquilizador; Izzy había pasado por una mala época, había querido escaparse unos días, aclarar las ideas; se encontraba bajo mucha presión en casa; tenía asuntos personales que resolver. Sólo un par de días. Sí, sabía que habían pasado más de un par de días, de hecho más de una semana, pero él podía encargarse de todo, lo tenía todo bajo control. El director no debía dejarse llevar por el pánico.

Grubb, un hombre bajo y rollizo de incierta ascendencia centroeuropea, con las oscuras mejillas rozadas por la navaja de afeitar y un mentón que colgaba como un morral, vaciló. Pensaba que era el momento oportuno para dejarse llevar por el pánico. Cuando, al día siguiente, el productor y no su principal corresponsal en el extranjero presentara las noticias en pantalla, no habría dónde esconderse, sólo habría castigo.

Así pues, decidió castigar primero. Echó una ojeada a la puerta entreabierta del gerente. El morral tembló y su voz subió de volumen, hasta convertirse en grito.

—No acepto esta clase de mierda. ¡Maldita sea! Os pago por resultados, no para que me deis excusas, y no vuelvas a perderla de vista sin que diga cómo contactar con ella. ¡Jesús!, se produce un importante cambio de gabinete en Gran Bretaña y me dices que se ha ido a cambiar pañales. ¿Qué es esto, un noticiero o una guardería? Si no la encuentras dentro de un par de horas, vas a tener que redactar las noticias tú mismo, y más te vale que la emisión sea buena, chico, ¿me oyes? Algo consistente, algo que golpee a esos cabrones de las emisoras televisivas cuando aún estén mirándose la bragueta y haciendo trampas con sus hojas de gastos. Mi programa es el mejor de todos, ¡y quiero que siga así!

Grubb miró a su alrededor, furtivamente. Su voz había atraído la atención de toda la sala y, de reojo, vio al gerente de pie en la puerta de su oficina, con el ceño fruncido y murmurando obscenidades, en tanto trataba de averiguar a qué se debía tanto barullo. Había llegado el momento del golpe de efecto. Se levantó, estirando su metro sesenta de estatura, para asestar el tiro de gracia.

—Y encuéntrala pronto. Sácala de la piedra o el semental debajo del cual se está escondiendo y dile de mi parte que esta vez está de mierda hasta las tetas.

Colgó el teléfono de un golpe. No necesitaba representar el papel de director indignado antes de apartar con un gesto la atención profunda de quienes lo rodeaban. Podía encargarse de la situación. Y, si no podía, se aseguraría de que todos, sobre todo el gerente, supieran que no era culpa suya.

Al otro lado del Atlántico, el productor de la oficina europea de WCN sonrió para sí. Contaba veintiocho años y estaba a punto de conseguir su primera oportunidad de aparecer en pantalla. Si lo hacía bien, realmente bien, tal vez lo dejarían seguir de sustituto, evitando así el innecesario gasto de enviar a otro corresponsal al extranjero; al menos reconocerían su verdadero talento, en vez de condenarlo a las estúpidas tareas de traer y llevar tazas de café y preparar para otros lo que iba a salir por satélite. Ésta era su gran oportunidad y no tenía ninguna intención de dejarla escapar. Quizá debería ponerse en contacto con alguien para informar de la desaparición, investigar. Pero por otro lado, tenía un trabajo que hacer, un vuelo que reservar y no disponía de mucho tiempo. Desde las oficinas en París, Izzy podría haber ido a cualquiera de una docena de países y, ¿quién sabría a cuál? Además, necesitaba un corte de pelo.

Mentalmente ya estaba escribiendo la introducción de lo que diría ante la cámara frente a la sólida puerta negra del Diez de Downing Street.

No le importaría en absoluto que Izzy nunca apareciera.

* * *

Nadie se había fijado en el problema del bazo. El zarandeo causado por la presión del cinturón de seguridad, justo debajo de las costillas, había provocado un diminuto desgarrón en el suave tejido superficial, de no más de un centímetro y, desde entonces, había estado rezumando sangre, pero no la suficiente como para acarrear un grave problema físico; de hecho, casi no provocaba cambios en los monitores, salvo una lenta y constante disminución del suministro de oxígeno al sistema nervioso, que empezaba a degradar hasta las respuestas autónomas más básicas y que todos atribuían a la gradual disfunción de un cerebro hinchado y permanentemente dañado. El bazo es la depuradora de la sangre; está diseñado para fabricar glóbulos blancos y acabar con los agotados glóbulos rojos; cuando padece una hemorragia y salpica sangre en la cavidad abdominal, al paciente no suele restarle más que un par de horas de vida.

* * *

Primrose estaba poniéndose nerviosa. Hacía menos de cuarenta minutos que el gran

desfile de controladores, personal diverso, anestesiistas y fisioterapeutas había recorrido la unidad de cuidados intensivos en uno de sus tres turnos diarios, con sus caras entusiastas y sus bromas tontas, correteando y tratando a las enfermeras con tanta consideración como si no fuesen más que muebles incómodos. Sobre todo a las estudiantes de enfermería. Sin embargo, ahora, el anestesiista, el rubio, bronceado por rayos UVA, la estaba llamando por teléfono. Primrose ni siquiera se había dado cuenta de que él sabía su nombre. ¿Qué querría? ¿Acaso había metido la pata?

Las demás enfermeras intercambiaron sonrisas de entendimiento; después de todo, el anestesiista tenía los *glutei maximi* más firmes y mejor conocidos que cualquiera de ellas hubiese visto, dentro o fuera de los pantalones quirúrgicos.

Así que eso era. Una urgencia, explicó el anestesiista, de naturaleza definitivamente no clínica. Estas urgencias, Primrose las había estado sorteando desde que contaba quince años. Con paciencia le comentó que no podía, no esta semana, cuando tenía que trabajar de noche. Trató de expresar su negativa de tal manera que el anestesiista no se desanimara excesivamente. Se estaba preguntando hasta dónde llegaba el bronceado más allá de los brazos, cuando la calma del aire acondicionado de la unidad de cuidados intensivos del hospital general de Weschester se vio interrumpida por la aguda insistencia de una alarma. Las alarmas en una UCI pueden dispararse si un paciente se da la vuelta y altera un sensor, o cuando se apaga un monitor para bañar al paciente o proporcionarle otro tratamiento en la cama. Pero los pacientes en estado de coma no se dan la vuelta y no había una sola enfermera a veinte pies a la redonda.

Primrose interrumpió al anestesiista y colgó el teléfono sin ninguna explicación. Corrió hacia la cama, pero McBean se le había adelantado y estaba comprobando el monitor. La presión arterial caía catastróficamente. La respiración, antes tan serena, se había vuelto abruptamente superficial y trabajosa. Luego la alarma del monitor del electrocardiograma se unió al drama al detectar que el corazón empezaba a latir aceleradamente. El cuerpo se encontraba en estado de *shock*: la muerte llamaba.

—No tan rápido, no tan rápido, maja —suspiró McBean.

Era demasiado repentino, demasiado inesperado para renunciar.

—Aguanta un rato más. No te des por vencida, todavía no.

Al tiempo que pedía que convocaran a los médicos, la enfermera seguía examinando a la paciente, haciendo uso de su ojo experimentado, explorando con los dedos, cerrando la mente al chillido de los monitores gracias a sus años de experiencia mientras buscaba la causa de la crisis.

Y no tardó en encontrarla. El abdomen hinchado, tenso, como un tambor.

—Que preparen un quirófano —espetó—, lo vamos a necesitar de inmediato. Si no es así, es que ya soy demasiado vieja para este trabajo.

Con calma, se volvió hacia la paciente y le acarició la mano temblorosa por el *shock*.

—Vamos a sacarte de esto, ya verás. Y entonces podremos averiguar quién

diablos eres.

* * *

El pavimento frente a la famosa residencia del primer ministro se encontraba atestado de trastos característicos de los noticieros modernos que, pese a la revolución de la microprocesadora de textos, todavía parecía constar sobre todo de hombres de mediana edad, cada uno más ajado que el anterior, alzando la voz para lanzar preguntas incisivas a los políticos que iban entrando o saliendo. Diríanse pescadores apiñados a orillas de un río; hombres demasiado gordos, excesivamente abrigados y muchos de ellos con ropa interior térmica, esperando atraer a su presa para que picara.

—Se trata de un juego británico tradicional llamado remodelación gubernamental —entonó el productor convertido en corresponsal extranjero novato.

A esa hora del día la mente de casi todos los periodistas desciende al estómago, cuando empiezan a pensar en detalle en su comida. Pero para el joven americano, el saber que en Estados Unidos era la hora punta de la mañana, la hora del desayuno, y que él saldría en directo amortiguaba los retortijones del hambre.

—Al Diez de Downing Street, detrás de mí, han entrado en las últimas horas los personajes más capaces y más ambiciosos de Gran Bretaña. Para algunos la puerta representa el umbral hacia una mayor fama y el ascenso; para otros, significa la mandíbula abierta del incinerador político. Para nosotros, el juego consiste en adivinar quién ha conseguido lo que quería y quién acaba de reunirse con los muertos vivientes. Un joven ministro ya ha dejado las cosas claras; cuando salió de Downing Street hace unos minutos iba llorando. Otros reaccionan de otro modo. Cuando reapareció tras su charla con el primer ministro, el tan criticado pero generalmente voluble ministro de Defensa sólo pudo pronunciar un estrangulado «no tengo nada que decir», mientras que el ministro de Transportes parece haber desaparecido del todo. Entró por la puerta principal de la residencia del primer ministro hace un buen rato, pero debió de salir por la puerta trasera.

El corresponsal se volvió para mirar la estrecha calle de la época georgiana que, cual si la hubiesen iluminado desde un estudio, se vio de pronto bañada por la luz solar de finales de otoño. Detrás de él, una figura entre sombras movió una de las pesadas cortinas de una ventana en la primera planta; acaso se trataba de un curioso secretario que disfrutaba con la diversión, o del ministro de Transportes que quería averiguar si la vía ya estaba libre. Pero una alta figura que se dirigía, a pasos firmes, hacía él desde las puertas de hierro forjado que protegían la entrada de Downing Street captó la atención del corresponsal.

Aun desde lejos el porte del personaje era notable. Muchos de los visitantes de esa mañana tenían un aspecto asustadizo, desplegando una energía nerviosa; otros se habían mostrado cautelosos, dando la impresión de estar simplemente vagando, cual

gatos al acecho. Este visitante daba la impresión de estar relajado, de confiar en sí mismo, como si estuviese caminando tranquilamente por la campiña, cosa que, de hecho, solía hacer con frecuencia. Sin embargo, su traje de tres piezas era todo elegancia, de corte impecable y con apenas un rastro fortuito de arruga; la linterna de oro del reloj de bolsillo sugería, correctamente, una joya de familia de un largo linaje de distinguidos y ricos antepasados, mientras que los zapatos, altamente relucientes que atrapaban los rayos del pálido sol, anunciaban que se trataba de un hombre lo bastante meticuloso para exigir que los pulieran a diario y lo suficientemente próspero como para no tener que ocuparse personalmente de ello.

A medida que se iba acercando a las cámaras, la imagen de elegancia y de cuidadosa atención a los detalles personales se vio realzada; el cuerpo delgado, el rostro saludable mente curtido, que no arrugado, una expresión controlada difícil de leer; todo ello hacía pensar en una persona que no compartía a la ligera sus emociones. Tal vez, con sus modales viriles y su obvia confianza, no sentía ninguna necesidad de compartirlas. Su espeso cabello estaba peinado hacia atrás, desde las sienes; la mezcla de negro como la tinta y gris metálico daba a entender que contaría poco más de cincuenta años. Un hombre, como un buen licor de malta, que mejoraba con el paso del tiempo. Y ojos húmedos, llorosos, de un azul pálido. Tenía a las mujeres de la asociación local de su partido colgadas de su cinturón, ese cinturón comprado en una de las mejores tiendas de la calle Jermyn.

—He aquí un hombre que parece estar disfrutando del juego —prosiguió alegremente el joven norteamericano.

No se había dado cuenta de que el hombre que nombró y que quería enseñar a sus espectadores había desaparecido en un repentino diluvio de preguntas gritadas.

—Llegó a pie, no en coche, a plena vista de las cámaras, con lo que no tendrá dónde ocultarse cuando salga. O es muy temerario o muy optimista. Pero estamos hablando de un hombre del que todos pronostican que será ascendido.

El político volvió el rostro hacia las cámaras al otro extremo de la calle e hizo un ademán parecido a un saludo. Pero no sonrió.

El corresponsal se llevó una mano al lado de la cara, para resguardar su auricular; una voz que se parecía mucho a la de Grubb le chillaba de modo incomprensible. Decía algo sobre un cabrón sin nombre.

—En su cargo anterior en el ministerio del Empleo se hizo un nombre como político duro cuando derrotó a una de las huelgas ferroviarias más encarnizadas de la memoria reciente; pero en su cargo actual de ministro de la Salud se ha ganado la reputación de reformador radical...

Más chillidos en el auricular.

—... sea lo que sea que haga mañana, en opinión de muchos, éste es un hombre que podría escalar hasta muy arriba y un día llegar a trabajar al otro lado de esa puerta de Downing Street.

A una señal convenida, un policía hizo un saludo, la puerta se abrió y, sin una

mirada hacia atrás, el político desapareció adentro, en tanto la voz de Grubb hacía eco por la conexión por satélite, finalmente comprensible aunque muy poco elegante.

El joven corresponsal inspiró hondo. No iba a cometer un error ahora. Pronunció las palabras con precisión casi excesiva.

—Lo más probable es que, de ahora en adelante, oigamos hablar mucho más de Paul Devereux.

* * *

Los sentidos estaban literalmente embotados. Una explosión de pura luz blanca había entrado en el ojo, que no pudo aguantarlo. La pupila luchó por excluir el fulgor, pero le resultó una tarea imposible; los haces de luz daban la impresión de estar desgarrando el interior del cráneo, de hostigar el cerebro como si fueran una manada de perros salvajes. El nervio olfativo, asaltado por un fuerte y penetrante olor, se rebeló y se atascó; las fosas nasales se ensancharon, asqueadas, pero les fue imposible escapar. Un agudo dolor partió de las fibras de los nervios, cerca de un extremo del brazo izquierdo, lo recorrió y viajó por el tronco del cerebro, como un malévolo viento enfurecido, disipando las telarañas cerebrales, sacudiendo puertas cerradas y abriendo las ventanas de la mente a su paso. La sensación que creó este proceso fue intensa y desagradable, pero la única reacción de su cuerpo no pasó de un ligero y casi desdeñoso arqueamiento del dedo meñique.

Alrededor de la cama, la reacción al dolor acarreó sonrisas.

—Una vez más tenía usted razón, enfermera —suspiró con fingida renuencia el neurólogo asesor, Arnold Weatherup—. Creí que ésta nos iba a dejar, pero parece que, después de todo, el principal problema no era más que un bazo que goteaba. Tiene usted un sexto sentido con respecto a estas cosas; no hace mucho, a las mujeres como usted las habrían quemado en la hoguera.

—Y no hace tanto tiempo, señor Weatherup, los médicos como usted robaban cadáveres en las tumbas para disponer de cuerpos para sus clases de anatomía.

El facultativo se rió. En este pabellón se oían siempre muchas risas; ayudaban a aligerar el agotamiento causado por los frecuentes fracasos.

—La profesión médica ha requerido invariablemente sus sacrificios —intervino el anestesista, con la mirada clavada en Primrose.

—No creo que necesitemos pinchar y sondear más, enfermera McBean —concluyó Weatherup.

Examinó la cicatriz recién formada en la parte superior izquierda del abdomen por la cual habían sacado el bazo que goteaba.

—Le dejaré a usted la tarea de ejercer sus encantos y sus hechizos con la esperanza de que esta recuperación continúe. —El neurólogo sonrió—. Por cierto, Burke y Haré, los ladrones de tumbas, eran escoceses, ¿no?

—No, doctor. Sólo lo eran los cuerpos que vendieron. ¡Siempre lo mejor para la

profesión médica!

Ninguna de estas chanzas penetró el cerebro dañado, que seguía atontado y casi cegado por la desacostumbrada luz. El pozo profundo del que empezaba a salir aún retardaba y frustraba el ejército de mensajeros neurológicos que volvía a despertar. Saltaban de pasadera en pasadera, tratando de encontrar el modo de atravesarlo. La mayoría fracasaban y algunos, como los que llevan los recuerdos más recientes, morirían del todo; otros, sin embargo, eran más persistentes y, revigorizados por el nuevo suministro de oxígeno que traía la sangre, intentaban primero un camino, luego otro, hasta que, paulatinamente, se acercaron al objetivo. Las pasaderas iban creciendo y más mensajeros lograban llegar; no obstante, muchos de ellos lo hacían sin secuencia, con lo que embrollaban los mensajes y confundían al cerebro.

De las horas anteriores al accidente y de los numerosos días desde entonces no habría un recuerdo coherente; no habría sino un oscuro vacío. Sólo en los sueños, que cuentan con su propio procedimiento para desembrollar los recuerdos, podría Izzy rememorar algún fragmento del tormento por el que había pasado. Uno de estos fragmentos lo reviviría únicamente en sus pesadillas. Un recuerdo sin sentido, sin conexión, imposible de transmitir pero insistente.

El recuerdo de un rostro. Pálido, demacrado. Una joven de ojos agotados y alma vacía. Una cara de piel como pergamino y la palidez de una vieja vela ya apagada, dividida por labios resecaos y encogidos. El porte de alguien hostigado, carente de sentido del humor, de esperanza. Alguien tembloroso.

Esa cara hablaba sólo de desesperación, una desesperación que habría de poblar todas las pesadillas que recurrirían tanto en el proceso del despertar como después de que Isadora Dean hubo salido del estado de coma. En cada una de esas pesadillas, la chica se escapaba corriendo con el bebé de Izzy en brazos.

* * *

Michellini no podía precisar el momento exacto en que tomó la decisión. Acaso fuese porque él no la había tomado; porque otros lo hicieron por él. Quizá fuera durante ese fin de semana en San Francisco que pasó follando con la principal asesora del congresista californiano que presidía el comité encargado de los asuntos referentes a la ciencia, el espacio y la tecnología. Se había despedido de ella en el aeropuerto, con su promesa de que el congresista lo escucharía (la mujer parecía controlar casi toda la anatomía del político, aparte de su oído). Ya en el avión, la mirada de Michellini se cruzó con la de una sobrecarga de la United Airlines. Ésta se había inclinado para recoger la servilleta de lino que él había dejado caer de la bandeja con su cena. Era una de esas miradas que practican los adultos cansados del mundo y que lo dicen todo. La servilleta limpia que le trajo la azafata tenía escrito su número de teléfono.

Michellini sabía que sólo le quedaban unos años antes de caer del todo en la categoría de hombre de mediana edad, cuando las sobrecargas creerían que sus

apetitos eran primordialmente gastronómicos; cuando, en vez de ver la sugerencia en sus ojos, verían la piel flácida debajo de ellos y empezarían a preguntarle si tomaba medicamentos en vez de números telefónicos. No podía negar, ni deseaba hacerlo, que el sexo y las nuevas conquistas le fascinaban; esta fascinación se la había inculcado su padre en una época en que las esposas se limitaban a hacer la vista gorda y continuar con sus tareas domésticas y maternas. Al menos en las familias italoamericanas de primera generación.

Los tiempos cambiaban. Las mujeres cambiaban. Él también había cambiado. Ya no era el *bandito*, el atleta *sexy* de veinte años. Pero lo que ahora le faltaba en resistencia lo compensaba con la técnica. Le encantaban las mujeres. No una mujer, sino muchas mujeres. Y ahora tenía una buena racha, tal vez la última que le tocaría vivir. El matrimonio, al menos con una esposa como la suya, no había sido más que una pésima idea.

Al principio parecían muy compatibles. Ella no era una virgen inocente. Era una mujer con profesión, de más de treinta años, que sabía de qué iba la cosa cuando la invitó a su apartamento en el edificio Watergate. Él había aprendido tanto como había enseñado. Como dijera ella posteriormente, no fue la vista que se dominaba a través de la ventana lo que la había atraído pues ya había estado allí muchas veces.

Parecía que compartían intereses: un contratista de equipamiento militar y una corresponsal de televisión, ambos con sede en la capital norteamericana, ambos acostumbrados a los viajes frecuentes y a las separaciones a consecuencia del trabajo, ambos capaces de disfrutar con la faceta física de sus reencuentros. El matrimonio fue el gran error. Constituía un compromiso que ella era incapaz de respetar. Había prometido asentarse, dejar de recorrer el mundo, renunciar a las aventuras en el extranjero, misión tras misión.

—Un año más —solía pedir—. Me va demasiado bien para dejarlo ahora. Sólo un año y conseguiré un puesto como editora en el país. O quizá podría presentar mi propio programa.

Y un año se había convertido en dieciocho meses; las promesas habían caído como las hojas del otoño pasado y la habían enviado a la oficina europea en París, en calidad de principal corresponsal en el extranjero; se había llevado a los niños y venía cada tres semanas. Juraba que ésta sería la última vez.

Michellini se dio cuenta de que ya estaba muy quemado. Y no sólo por las ausencias, que ya eran difíciles de aceptar.

—¿Cómo está tu esposa? —le preguntaban.

—¡Y yo qué coño sé! —había empezado a contestar.

Ahora, hacía más de dos semanas que no se había puesto en contacto con él.

Se trataba de algo más que las ausencias. Algo más incluso que la frustración de los reencuentros, cuando ella regresaba agotada, emocionalmente vacía, demasiado cansada hasta para cocinar una comida decente, ya no digamos encender un fuego en su cama. Se había dado cuenta la otra noche, en un cóctel en el lujoso barrio de

Georgetown. Cada vez más, a medida que iba aumentando el éxito profesional de Izzy, él se iba sintiendo como un simple apéndice.

—¡Oh, está casado con Isadora Dean! ¡Maravilloso! —había exclamado, admirada, otra matrona.

No le había llamado por su nombre. No le había dicho: «Joe Michelini, es un placer conocerlo. Hábleme de usted.»

No. Una y otra vez, durante veinte minutos, aquella señora le había llamado «señor Izzy Dean» y le había hablado de la carrera de su esposa antes de que él pudiera escapar y coger otra copa de scotch.

Ni siquiera había apuntado su nombre «por razones profesionales». En los viejos tiempos había una clara división de responsabilidades en la familia: el hombre se ganaba el pan y la mujer lo preparaba en el homo. No existían esas interminables discusiones acerca de dónde y cuándo podrían reunirse y quién debía hacer qué y llevar el control cuando follaban.

Todo esto estaba minando su autoestima y estaba a punto de minar su carrera.

—Joe, tenemos un problema.

Erskine Vandel, el presidente de Fox Avionics, lo anunció de tal modo que no quedó la más remota duda de que no era él quien tenía el problema, sino Michelini. Se encontraban en la *suite* presidencial que daba a un río Potomac azotado por el viento. El frío de principios de invierno añadía énfasis al ambiente sombrío de la habitación. El presidente se hallaba sentado, en medio de una pompa y un esplendor exagerados, detrás del escritorio, con lo que dejaba al director de planificación perdido en el espacio, al otro lado, sepultado en un sillón que medía deliberadamente casi diez centímetros menos. Michelini se sentía incómodo, inferior. Y ése era el propósito.

—Sabes que la AAUM lo significa todo para esta compañía —prosiguió el presidente—. Para ti, Joe. Para todos los que trabajan en ella. Sin la AAUM no valemos más que un pedo en un túnel de viento.

Vandel tenía una fuerte orientación anal.

«Soy tan firme como el trasero de un pantalón —solía explicarle a las mujeres que conocía—. De mí no obtendrás gilipolladas... sólo tendrás lo auténtico.»

Sin embargo, detrás del lenguaje obsceno, había una mente astuta que se basaba en la tecnología y que había conseguido crear y hacer crecer una de las empresas más importantes de componentes de la industria aeronáutica con fines militares. No era culpa suya que la industria se hubiese reducido a la mitad de lo que fue en tiempos de la guerra fría y que sobre ella pesara la amenaza constante de verse obligada a permanecer permanentemente en tierra.

«¿Sabe cómo se administra con éxito una pequeña empresa? —solía preguntar a cualquier congresista que estuviera a su alcance—. Se funda una gran empresa próspera, como la Avionics. Y luego deja uno que el gobierno se cague en ella.»

—Así que tenemos un problema, ¿sabes, Joe?

Joe no lo sabía, todavía no.

—A Wilbur Bums, el tonto del culo que posee el World Cable News, se le ha metido en la cabeza que quiere presentarse a las elecciones para presidente. No es uno de los nuestros, Joe. Es el tipo de cabrón moralista que se sale de la ducha si tiene que mear. Tiene la intención de utilizar su emisora para seguir el mandato de su conciencia, como un cerdo degollado que arrastra sus entrañas; y para establecer sus credenciales quiere ofrecer un chivo expiatorio. Nosotros. La AAUM. Tú. Yo. Todo el tinglado. Y entretanto va a fingir que los fondos que se precisan para desarrollarlo pueden pagar por los sueños y los votos de todas las madres de aquí al infierno. ¡Y una mierda! —espetó el presidente.

Cual haría un padre afectuoso, acarició la miniatura chapada en oro del Plumero, que ocupaba el lugar preferente sobre una mesa cubierta de juguetes de ejecutivo y retratos enmarcados en plata de sus tres hijas.

—Joe, ¿cuánto tiempo llevas trabajando en esta compañía?

Vandel había bajado la voz y Micheliní sintió el picor del sudor que empezaba a perlarle la frente en lo que solía ser el nacimiento de su pelo. Había entrado en territorio difícil y todavía no sabía por dónde salir.

—Casi doce años —murmuró.

—El viernes hará once años y ocho meses —declaró su presidente—. Y en todo ese tiempo nadie ha tenido razón alguna para dudar de tu lealtad. Has hecho un buen trabajo para Fox Avionics. Por eso te di el puesto de director de planificación. Te di un salario fantástico y una cuenta de gastos dos veces más importante que la mía. Me sorprende que no hayas engordado más.

—Pierdo el peso con el trabajo... el de esta compañía —contestó Micheliní a la defensiva.

—Nunca lo dudé. Besas los culos en el Senado como si a esos senadores les colgase una rama de muérdago del cinturón. Te dejas follar tan a menudo que a veces me da la impresión de que tú mismo piensas presentarte para presidente. ¿Eh, Joe? —Soltó una risotada que retumbó en la espaciosa oficina. Micheliní sólo pudo responder con una tensa sonrisa—. Nunca lo dudé, Joe.

Vandel se inclinó sobre la mesa. Su expresión risueña se desvaneció lentamente.

—Hasta ahora. El problema es que ahora habrá lealtades divididas en tu familia. Tú, aquí en Fox, y tu esposa, la preferida de WCN. Tengo entendido que es posible que le den su propio programa en poco tiempo.

—¡Bobadas! —contestó Micheliní—. Erskine, yo de ninguna manera...

Pero el presidente ya estaba interrumpiendo su protesta con un gesto de la mano.

—Eso fue exactamente lo que dije cuando algunos de los chicos me hablaron del asunto. «B-O-B-A-D-A-S, en mayúsculas. El viejo Joe, nunca —les dije—. Pero... —agitó las manos, dando a entender su impotencia— es demasiado importante para arriesgarnos —dijeron—. WCN es la oposición y no podemos permitir que uno de nuestros principales ejecutivos se codee con ellos. Que se acueste con el enemigo.

Éste no es el tipo de trabajo que puede uno olvidar durante la noche. Representa un compromiso las veinticuatro horas del día.»

Michelini se mordió un labio, furioso.

—Si sabe usted lo que está ocurriendo en WCN, sabrá también que mi esposa tiene su base en el otro lado del mundo ahora. Esto es ridículo.

—Y cada tres semanas vuelve para... bueno, supongo que podríamos llamarlo una actualización matrimonial —contraatacó Vandel.

Por una vez, intentó no hablar en términos vulgares. Pero abandonó inmediatamente ese enfoque que le era tan poco familiar.

—¡Coño, Joe! No es precisamente otro de tus ligues que puedes follar y olvidar. ¡Por Dios, es tu esposa!

Michelini soltó una risita que le salió más por la nariz que por los labios. Fue un sonido hueco, desdeñoso. ¡Las conversaciones en la cama! ¡Les preocupaban las conversaciones en la cama! ¡Diablos! ¿Qué podía decirles? ¿Que él y su esposa no habían hecho el amor... que casi no habían dormido juntos... desde que concibieron el segundo hijo? ¿Que el bebé había constituido un último y desesperado intento por juntar las piezas de un matrimonio que se estaba rompiendo? ¿Que resultó ser un hermoso bebé y un patético error? El matrimonio nunca se arreglaría y además un nuevo niño complicaba el asunto.

—No necesitan preocuparse. No por mi esposa.

—Es que sí me preocupo, Joe. Me preocupo.

—Ni siquiera sé dónde diablos está. No tienen que preocuparse. La posibilidad de que mi esposa y yo sostengamos una conversación interesante sobre algo que no sea los niños es absolutamente nula. Créame. —Fue entonces cuando lo supo, con toda seguridad.

»Debo decirle algo, Erskine. Mañana voy a pedir el divorcio. —Bueno, ya lo había dicho. Y ya se sentía mejor. Había recuperado el control.

»A partir de ahora, las únicas conversaciones que tendremos mi esposa y yo serán con la mediación de los abogados.

* * *

A Londres le esperaba un embate meteorológico. Ráfagas de fría lluvia de noviembre procedente del mar del Norte disputaban en el espacio para subir a lo largo del estuario del Támesis, irritando a las gaviotas y obligándolas a ir hacia la tierra, donde daban volteretas laterales y chillaban antes de asentarse sobre las turbulentas aguas, sólo para verse molestadas de nuevo por los taxis acuáticos que se abrían paso corriente arriba, contra el reflujó de la marea. La persistente lluvia había enfurecido el río que, desde sus orillas, amenazaba a la gran ciudad. Era un día para anular citas, para hacer crucigramas, para secar los calcetines. Un día en el que hasta Detroit parecería atractiva.

Paul Devereux se encontraba sentado en su nueva oficina con vista al Támesis, satisfecho. Los vientos contrarios habían golpeado a otros, pero él había prosperado. Tenía el don que anhela todo político, pero que sólo se le otorga a unos cuantos, el don de la suerte. Acaso otros poseyeran las mismas habilidades innatas que él, algunos incluso trabajaran tan arduamente como él, pero, en los últimos años, ninguno había gozado tanto como él de los favores de la prensa y de la preferencia del primer ministro. De la insignificancia al cargo de ministro de Defensa, en menos tiempo del que había precisado su propio padre.

Hizo girar el ornado globo terráqueo que tenía a su lado: otro recuerdo en Whitehall de una era pasada, con su profusión de países exóticos y extintos, en los que refulgía el distintivo rojo imperial que coloreaba al viejo imperio, el mundo de su infancia, el de sus años de colegial en que coleccionaba sellos. Según los rumores, éste era el globo que había usado el secretario privado para explicar al predecesor de Devereux dónde se hallaba exactamente el diminuto territorio colonial de Belice. Allí había una pequeña pero cara guarnición militar y un clima tropical tan fétido, que pudría los ventiladores de las turbinas de los jets Harrier casi tan deprisa como minaba el ánimo de los hombres. Frente a la necesidad de poner en práctica otra serie de ahorros, el ministro lo había sacrificado todo, librando al pequeño país latinoamericano a las garras depredadoras de sus vecinos. Según se contaba, el ministro no podía encontrar Belice en el mapa, pero tampoco lo vio en la lista de distritos electorales críticos en manos del Gobierno...

Con un suspiro, Devereux centró nuevamente su atención en la carpeta de piel que yacía abierta sobre sus rodillas. Contenía información de lo más concisa sobre todos los asuntos importantes y urgentes que, en opinión de sus ayudantes, eran de interés para el nuevo ministro.

«... el ministro puede esperar nuevas presiones de parte del ministerio de Hacienda de S. M. en la próxima ronda de discusión sobre los gastos, pese a las recientes promesas... Estas exigencias de Hacienda han de resistirse a como resulte... alcances imprevistos de nuestro compromiso en las operaciones de paz de la ONU en Sudáfrica... aumento esperado de la amenaza resultante de la dispersión de los científicos y las tecnologías de armamentos de la antigua Unión Soviética... alza del extremismo nacionalista en Alemania... visita, sin publicidad, el mes pasado, de los miembros del Estado Mayor a Downing Street para hablar de los asuntos que más les preocupan... puede esperarse un interrogatorio hostil desde los bancos donde se sientan los miembros del partido en el poder que no pertenecen al Gobierno...»

Devereux sonrió. Se trataba de un catálogo de horrores digno de cualquier grupo de funcionarios a punto de librar una batalla presupuestaria con sus escépticos y carentes de imaginación colegas de Hacienda, que, en una tarde, eran capaces de hundir más portaaviones que toda una jauría de aviones nazis.

Una de las anotaciones era más concreta que las demás y su lenguaje, menos

florido.

«23. El Gobierno de Su Majestad se ha propuesto dar a conocer su posición sobre la propuesta construcción en coparticipación del caza AAUM antes de que termine el año. El proyecto, tan deseado por el Gobierno de EE. UU., se enfrenta a una considerable oposición en el Congreso. Es poco probable que consiga la aprobación de éste sin el sólido apoyo de los aliados europeos. La mayoría de nuestros socios europeos se muestran cautos al respecto; reconocen el valor militar de la AAUM en el ambiente cada vez más inestable de la seguridad; pero vacilan ante el costo previsto. Alemania y España han hecho saber que sólo participarán si lo hace Gran Bretaña. La aprobación de los USA dependerá de esa decisión.

»24. Por tanto, el papel del Gobierno de Su Majestad y el del ministro resultarán probablemente decisivos.

»25. Las inversiones requeridas para el desarrollo de la AAUM son importantes, pero se prolongarían a lo largo de diez años. Es más, nos encontramos en una posición de fuerza para negociar una parte sustancial del diseño y de la fabricación y las consiguientes ventajas de empleo para este país, lo que daría al ministro poder en las reuniones bilaterales con Hacienda acerca de las inversiones de desarrollo y otros aspectos del presupuesto del ministerio de Defensa...

»27. Inevitablemente, la decisión que tome el ministro recibirá considerable atención nacional e internacional.»

Devereux soltó un bufido.

«Inevitablemente... recibirá considerable atención nacional e internacional.»

¿Incitación o amenaza? Aunque la información no contenía ninguna recomendación, su tono positivo no dejaba lugar a dudas sobre los deseos de la burocracia del ministerio de Defensa. El Plumero constituía su símbolo de virilidad, el proyecto que los redimiría ante sus colegas de Whitehall, tras años de ser exprimidos por sucesivos Gobiernos en su intento por ahorrar mil millones de libras más con las que conformar la plataforma para la reelección.

Revisó mentalmente las tres opciones. Podía negarse a apoyar el proyecto, con lo que se ganaría la gratitud de sus apremiados colegas en el gabinete ministerial. Pero se ganaría también la oposición implacable de los hombres poderosos y privilegiados del *establishment* de la Defensa que había liquidado a más de uno de sus predecesores. De todos modos, como había averiguado Devereux, la gratitud política se acababa más rápidamente que el contenido de un sifón.

Por otro lado, podía luchar por el proyecto en una batalla pública que resultaría inevitablemente sangrienta. Pero, ¿de quién sería la sangre? De salir victorioso, lo considerarían el ministro más dinámico y eficaz del Gobierno, un personaje de estatura internacional, un hábil negociador, un político visionario y una estrella en auge, el hombre con mayores posibilidades de... Ya se imaginaba escribiendo su propio panegírico.

No obstante, luchar y perder significaría un desastre personal. El sucesor carente

de éxito. El jefe de la Defensa que emprendió la retirada. El que vino, vio y se rindió.

¿Qué habría hecho su padre? Se habría emborrachado. Y luego habría golpeado a su infeliz esposa y habría desaparecido en esa parte de la casa solariega donde vivía el ama de llaves. La joven ama de llaves. Había habido una sucesión constante de amas de llaves en la casa solariega, todas jóvenes y todas escogidas por su padre.

Devereux se mordió el labio. Su padre habría luchado y habría fracasado. Pero él no era como su padre. No fracasaría.

Y, en todo caso, no necesitaba jóvenes amas de llaves.

* * *

En la oscuridad de su mente, había vida.

No podía identificarla como tal, pues cambiaba constantemente de forma, color e intensidad. Pero allí estaba. Diríase que ella y sus sentidos flotaban en el vacío del espacio, se acercaban la una a los otros, se reconocían y casi se tocaban; bastaría el más mínimo contacto para juntados, pero no lograban encontrar el necesario ajuste.

Frustración. Rabia. Siento, luego soy. Más frustración.

El montón de estímulos que constituían sus pensamientos incipientes pasaban y se perdían en la oscuridad o se quemaban, cual un cuerpo perdido que vuelve a entrar en la atmósfera de la Tierra.

Prefería los que se quemaban. La consolaban la luz y todo el tiempo en que parecía haber más brillo en su mundo.

Entonces llegó el momento en que la luz se convirtió en los colores reconocibles del arco iris y en que el oscuro velo empezó a levantarse.

—¡Ma-a-a-a-má!

Era la primera vez que comprendía una palabra, la primera vez que Benjy pronunciaba una palabra, desde el accidente. Sus ojos se abrieron; la luz los atacó, pero lucharon, parpadearon y enfocaron paulatinamente, hasta que por fin Izzy pudo ver a quienes la rodeaban: Weatherup, el neurólogo consultor, que lucía una sonrisa casi reprimida de triunfo profesional; Primrose, la estudiante de enfermería, que no reprimía en absoluto la suya, y McBean, que irradiaba una tranquila sensación de privilegio por haber presenciado otro de los pequeños milagros de la vida y en cuyo amplio pecho de algodón azul se retorció el cuerpo animado de un niño de cabello oscuro.

—¿B... Ben... Benjamin?

Formó el sonido con la misma vacilación con que un potrillo intenta dar sus primeros pasos. Rápidamente le quitaron las mangas y las pinzas del monitor, a fin de que madre e hijo se unieran en un desinhibido e ininterrumpido abrazo. Benjamin, cuyo rostro no tardó en semejarse al de un duendecillo de látex, expresaba, lloroso y abrumado, su alegría y su alivio. También empezaron a formarse lágrimas en las comisuras de los ojos de la madre, que, sin embargo, aún no había encontrado fuerzas

suficientes ni la capacidad de comprensión necesarias para expresar sus emociones.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? —susurró por fin.

Alargó instintivamente el brazo para alisar el cabello del niño, pero resultó ser demasiado esfuerzo.

—¡Vaya! Así que es del otro lado del charco. —Reaccionó McBean al evidente acento—. Es norteamericana, ¿verdad? Y, dígame, ¿cómo se llama?

—Is... Isadora Dean. Izzy.

La respuesta fue tentativa, casi una pregunta. Pero era un principio.

—Mi padre...

Empezó a dar la acostumbrada y tímida explicación de que la habían llamado así en honor de Isadora Duncan, la bailarina de vanguardia e ídolo de la adolescencia de su padre, un dentista de Wisconsin que ocultaba un sinnúmero de impredecibles pasiones detrás de la severa formalidad de su máscara; pero la excusa era absurda y el intento, agotador. Se tranquilizó y concentró sus esfuerzos en tratar de tocar la mejilla de su hijo con un pulgar, a fin de secarle las lágrimas.

—Ha tenido un accidente, jovencita. Ha padecido un leve estado de coma. Pero es usted una chica robusta y saldrá bien de esto. ¿Verdad, señor Weatherup?

El facultativo, que estaba tomándole el pulso, asintió con la cabeza.

—Su bazo le estaba causando algún trastorno, señora Dean, así que tuvimos que extirpárselo. Pero eso no es grave. Ni siquiera se dará cuenta de que ya no lo tiene, aparte de una cicatriz muy pequeña a la izquierda del abdomen. Ha estado durmiendo bastante tiempo, pero creo que estará perfectamente bien tras un período de descanso. Si Benjamin la deja respirar. Tranquilo, jovencito —protestó con una risilla, volviéndose hacia Benjamin, que había echado los brazos al cuello de su madre, en un gesto que desafiaba a todos a que se la volvieran a quitar.

—Está... bien, doctor. Parece que tiene que recuperar muchos abrazos atrasados —contestó Izzy.

—Nos ha traído de cabeza, Izzy —dijo McBean—. Hasta ahora no teníamos idea de quién era. Es norteamericana, ¿verdad?

Izzy asintió con la cabeza.

—Su hijo ha tenido también una conmoción. No podía hablar —prosiguió Weatherup—. Era un riesgo juntarlos a ustedes dos. Supusimos que sería lo indicado para que ambos se recuperaran, pero no estábamos seguros de cómo respondería el niño, no sabíamos si eso lo empujaría a retraerse más. Pero estoy encantado...

—¿Y mi bebé? ¿Dónde está Isabella?

La voz de Izzy, hasta entonces débil y vacilante, había recuperado cierta fuerza.

—Señora Dean, no debe excitarse...

La pregunta llegó de nuevo, lenta, precisa, inevitable.

—Doctor, ¿dónde está mi bebé?

El neurólogo dio de repente muestras de encontrarse incómodo; no pudo mirarla a los ojos; hundió las manos en los bolsillos de su bata blanca y miró hacia la

enfermera McBean. Ésta se sentó en el borde de la cama y colocó una mano sobre madre e hijo. Sus palabras salieron lentas, suaves, tratando de envolver el martillo en terciopelo.

—Lo siento muchísimo, Izzy, querida. —McBean hizo una pausa, luchando contra sus propias emociones. No había un modo fácil de decirlo—. Me temo que el bebé ha muerto. No sobrevivió al accidente.

El martilló cayó. Destrucción. En el interior de Izzy, algo se fracturó, irremediablemente irreparable.

Las facciones de su cara no se movieron; no demostraron dolor, pero, en un abrir y cerrar de ojos, habían perdido toda flexibilidad, toda señal de que habían vuelto a la vida; su rostro se tomó máscara. Con agobiante cuidado, sus labios buscaron una respuesta.

—No se lo merecía. Mi pobre Bella, no —susurró.

Y nada más. Sus ojos se dirigieron hacia McBean, buscando alguna negación, pero sólo halló compasión. En su interior, más hondo de lo que parecía imaginable, empezó crecer un ruido, arrancado de raíz y que estallaría en un angustioso alarido de pesar y de consternación. Y de amor perdido, de recriminación, de culpabilidad. Sobre todo de culpabilidad.

Un grito por la pérdida de un inocente.

Grubb llamó a la puerta y vaciló un instante antes de entrar. Una de sus características era que iba abriéndose paso por la vida sin tener en cuenta los sentimientos y los deseos de los demás; no dudaba en irrumpir en hospitales, entierros, dormitorios o incluso lavabos de señoras, cuando iba tras de su presa. Pero el gerente acababa de tomar el mando y constituía una incógnita.

Hugo Hagi, un hombre de la costa oeste de ascendencia japonesa, que había estudiado empresariales en Wharton e informática en IBM, sabía relativamente poco de noticieros y tenía el buen sentido de no fingir lo contrario. En vez de mirar constantemente una de la media docena de pantallas de televisión que ocultaban la pared de su oficina, solía embalsamarse frente a la pantalla del ordenador situado en un rincón de su escritorio. Tras un par de cervezas, Grubb se quejaba de que «no bateaba por el mismo equipo». La industria entera estaba siendo tomada por contables a los que no les importaba en absoluto el orgullo profesional por haber conseguido una noticia sensacional y exclusiva de alcance mundial, ni por la exaltación que resultaba de ciscarse en las emisoras rivales; estos contables sólo se corrían cuando estudiaban el resultado de las hojas de balance. Acaso ni siquiera se reproducían, quizá no sabían cómo hacerlo y se dividían como las amebas.

El hombre nuevo tenía la frustrante costumbre de apagar la pantalla cada vez que alguien entraba en su oficina, cual si protegiera un gran secreto que no podía confiar a nadie. ¡Diablos! No podía haber secretos en una sala de redacción donde se tiene que alzar la voz hasta para hacer proposiciones deshonestas a las estudiantes graduadas en prácticas de investigación. Pero la oficina de Hagi era terreno alienígena. A sus espaldas se le llamaba ET, debido al artificial brillo verde de la pantalla del ordenador que normalmente iluminaba su tez cetrina y a que todos hubiesen preferido que se fuera a su casa.

—Hagi, ¿puedes dedicarme un minuto? —inquirió Grubb, llamándolo por el apodo abreviado que el japonés— americano odiaba casi tanto como el de ET.

Éste pulsó el interruptor y el brillo verde se apagó. El extraterrestre surgió con forma humana y un esbozo de sonrisa dibujado en sus cuidados rasgos. Era mucho más joven que el director, uno de esos hombres que corren maratones de tres horas; carecía de la dureza y el aura polvorienta que rodeaba al director del servicio extranjero. No había fotografías de familia en la pared, sólo su diploma universitario enmarcado y una fotografía autógrafa de Wilbur Bums, cosa que le provocaba a Grubb tanto resentimiento como nerviosismo.

—¿En qué puedo ayudarte, Eldred?

Hagi subrayó el nombre, pagándole con la misma moneda, insistiendo en la versión formal del nombre y no la más familiar, Ed. ¿Cómo podía dirigir un noticiero alguien que se llamara «Eldred»? ¡Por Dios!

—Hugo, supuse que te gustaría saber... —añadió Grubb, retirándose del campo

de batalla bajo la protección de una sonrisa—, que el problema está resuelto. Izzy Dean acaba de llamarnos. Al parecer, ha sufrido un accidente automovilístico de padre y muy señor mío y ha estado en coma en un hospital del oeste de Inglaterra. Se repondrá, pero hay malas noticias sobre la niña: la pequeña no sobrevivió.

Hagi parecía tomarse su tiempo para digerir la información y, a juzgar por su expresión avinagrada, le estaba produciendo dolor de barriga.

—¿Y has dicho que el problema está resuelto?

Ahora le tocó al director del servicio extranjero fruncir el ceño.

—Claro. Quiero decir que ya sabemos dónde está, que no ha desaparecido.

—Pero, ¿ha vuelto al trabajo? ¿Está ya adornando nuestras pantallas, captando telespectadores?

—¡Diablos, Hugo! Acaba de perder a una hija y casi se mata. ¿Cuál es el maldito problema?

—El problema, Eldred, es que nuevamente Izzy Dean no está haciendo el trabajo para el que le pagamos.

La pantalla volvió a la vida, y Hagi confirmó los detalles. Él siempre lo hacía.

—En mayo y junio pasó casi seis semanas sin emitir.

—Estaba de baja por maternidad. Tenía derecho a ello. Hugo, trabajó hasta el último momento. Hasta se las arregló para inducir el parto a fin de poder llegar a tiempo a su puesto en París. ¿Qué más quieres?

—Y hace dos años, tuvo otras seis semanas de baja por maternidad. Me pregunto cuáles son sus prioridades: las noticias o hacer hijos.

—Es una mujer... —empezó a balbucir Grubb, pero desistió. Se dio cuenta de hacia dónde iba su superior y tomó repentinamente un tono más práctico—. Es una de las mejores.

—No lo es si no emite.

A través de la puerta se oyó un lenguaje colorido: una joven ayudante de producción estaba intercambiando opiniones con un proveedor que, hasta la fecha, no había entregado el sistema portátil de comunicación por satélite prometido a un corresponsal que estaba a punto de ir a cubrir la guerra civil en Sudáfrica. La sala de redacción de un telediario podía producir tantas bajas como una guerra civil, salvo que en una guerra civil había menos probabilidades de que atravesaran a la víctima con una bayoneta.

—Izzy tiene posibilidades de que le den un puesto como presentadora —prosiguió Grubb—, o incluso de tener su propio programa. Eso es... —Estaba a punto de decir que eso era lo que Ira Weiss, el predecesor de ET, había dado a entender; pero Ira era hombre del pasado y ahora su nombre equivalía a nada—. Eso es... lo que se había pensado.

ET alzó una ceja ante la pantalla verde.

—Tiene casi cuarenta años.

De hecho, contaba treinta y siete, pero Grubb no tenía intenciones de rebatirlo.

—Déjame poner las cartas sobre la mesa, Eldred. Creo que nuestra estrategia debería consistir en presentar un rostro más joven en las noticias; es decir, no tener que preocuparnos por si nuestra presentadora va a padecer sofocos de repente. ¿No te parece?

Había llegado el momento de que el director del servicio extranjero se uniera al juego. Admiraba considerablemente a Izzy; era imposible no hacerlo; pero no había química entre ellos. En su opinión era remilgada y, además, no follaba. Al menos, con él. Y si alguien tenía que arriesgar su puesto bajo la nueva dirección, no sería él, por supuesto. Con aire meditabundo, se frotó la erupción producida por el afeitado.

—¿Sabes, Hugo? No puedo negar que eso de la maternidad es un obstáculo. No es que se haya quejado nunca, pero aparte de la baja por maternidad, nunca ha dejado de trabajar alegando que sus hijos tenían viruela, sarampión u otras enfermedades. —Deseaba ser justo. Así, la traición sería mucho más eficaz—. Es muy profesional. —Pausa—. Para ser una mujer. Pero sabes, Hugo, no es fácil. Para nosotros, quiero decir. Necesitamos enviar a nuestra gente a algunos de los lugares más duros del mundo, en medio de guerras, revoluciones, desastres naturales, lo que sea. Izzy nunca se ha echado atrás, por lo que sabemos. Hasta le dimos algunas de las misiones más difíciles: Gaza, Bosnia, los cárteles de la droga de Colombia (allí fue donde le dispararon a su coche y la hirieron), sólo para ponerla a prueba, para ver si era lo bastante dura, si tenía los cojones necesarios para cumplir con el trabajo. —Clavó una mirada penetrante en los ojos de ET, en un intento por averiguar su estado de ánimo—. Pero eso fue antes de que ingresara al club de madres. ¿Qué vamos a sentir ahora si la enviamos a una zona de guerra, si le vuelan el trasero y somos responsables de que dos críos pierdan a su madre? —Se corrigió de inmediato—: un crío, quiero decir. Tenemos que aceptarlo. Eso —agitó las manos— complica la situación.

—Quedarse embarazada una vez podría considerarse como un accidente, una de esas cosas hormonales. ¡Pero dos veces! Casi parece que lo ha convertido en carrera. Claro que no es que esté en contra de la igualdad de oportunidades —insistió Hagi, considerando los detalles legales, como si una agencia federal hubiese ocultado micrófonos en su oficina—, pero ir a una guerra con unos niños colgando del cuello acaba inevitablemente —y sacudió la cabeza en deferencia a la frase de Eldred— por complicar la situación.

Se produjo un corto silencio.

—Entonces, ¿qué quieres que haga? —inquirió el director del servicio extranjero.

—¡Vaya, Eldred! Quiero que le hagas llegar nuestros deseos de una pronta recuperación y que nuestra corresponsal estrella vuelva pronto al trabajo. Que haga lo que le pagamos por hacer.

—¿Y si no lo hace?

ET golpeteó un par de botones y la pantalla parpadeó.

—Veo que ya has sobrepasado tu presupuesto este trimestre. No hay dinero para una cobertura adicional, ni tampoco para organizar una clínica —le dio la espalda a la

pantalla, que le bañó en su misterioso brillo—. Si no, Eldred, como director del servicio extranjero tendrás que tomar una decisión triste y muy dolorosa.

* * *

Acababa de llegar a su pasaje preferido, en el que sentía un tirón de excitación, aunque lo había leído cien —bueno, tal vez unas doce— veces, cuando el globo está a punto de estrellarse en la cima de la montaña africana y de sumir la gran aventura en el desastre y la muerte.

Le había encantado Julio Verne desde que de niña, tumbada en la cama con sarampión, había descubierto que recorrer el mundo a toda velocidad, en ochenta días, con un intrépido explorador Victoriano y sus extraños compañeros, era mucho más divertido que la escuela. En casa, en algún sitio, tenía un ejemplar ajado, encuadernado en tela, con su nombre escrito en el interior, en cuidadosas letras infantiles, cada una de ellas individual y pacientemente dibujada: «Isadora Dean. Edad: diez años y ocho meses.»

La habían alentado a ir atrás en el tiempo, a las cosas que permanecían en su recuerdo y eran importantes, cosas que su memoria podía abarcar con comodidad y seguridad; a construir a partir de fundamentos sólidos, a fin de poder empezar a colocar en su lugar los recuerdos revueltos y dispersos.

Del accidente y de un significativo período antes y después de éste, no había más que un vacío penetrado ocasionalmente por destellos de luz que desaparecían aun antes de que pudiese identificar las escurridizas imágenes que iluminaban. ¿Por qué había venido a Dorset? Tal vez porque su abuelo había nacido en esa región de Inglaterra, en alguna parte del Wessex del escritor Thomas Hardy. Pero no estaba segura. Hasta los recuerdos de los días inmediatamente posteriores a su salida del estado de coma eran confusos y caprichosos.

Y peor aún: gran parte de lo ocurrido en los dos años previos se encontraba desparramado en su mente, cual añicos de un jarrón de cerámica roto. Se trataba de asuntos personales, asuntos de gran valor. El nombre de su ahijado, la última vez que había ido a casa, lo que le había regalado a Benjamin para su cumpleaños. Había olvidado demasiadas cosas del corto tiempo que se le había otorgado vivir con Bella.

El proceso de recomponer el rompecabezas le causaba un verdadero tormento. En ocasiones tenía la sensación de estar a punto de capturar una pieza, pero al final sólo volvía a eludirla; lo único que le quedaba era aire enrarecido. Además, a menudo le resultaba humillante. El día anterior, por ejemplo, había telefoneado a su productor en París, pero averiguó, por boca de la esposa, que ya no lo era. «¿Acaso había olvidado que estaban juntos cuando él perdió sus dos piernas en un camino montañoso cerca de Sarajevo, cuando el hombre pisó una mina serbia al tratar de hacer un pis?», preguntó la temblorosa voz de la mujer en tono acusatorio.

Y, en ese momento, todo volvió de golpe a su mente: la agonía, el sentido de

culpabilidad, los huesos hechos añicos, los gritos, el valiente razonamiento del productor de que podrían haberlo atropellado al cruzar los Campos Elíseos, justificación que no satisfizo a nadie, ni a su mujer, ni siquiera a los que habían compartido los riesgos con él. Izzy hubiera preferido que algunos recuerdos permanecieran enterrados.

Una imagen la atormentaba; un recuerdo persistía en las sombras de su mente y se negaba a salir a la luz. Izzy atacaba, pero la imagen retrocedía hasta la profundidad de las sombras; entonces, ella daba marcha atrás, exhausta, y la imagen se deslizaba al borde del círculo de luz, provocadora, burlona, fantasmal. Ojos hundidos, labios contraídos. Un rostro prematuramente envejecido. La chica. Con Bella. Siempre las dos juntas. Inseparables. Una imagen de muerte.

Habían encontrado un reproductor de vídeo para ella y, cada mañana, una de las enfermeras que tenía televisión por satélite le traía cintas del telediario de la WCN del día anterior. Aunque con ello reconstruyó gran parte del mosaico (hasta había olvidado quién era el vicepresidente, aunque, se dijo, eso le ocurría a la mitad del país), la agotaba mirarlo. Le recordaba que ahí afuera existía un mundo que trabajaba, hacía la guerra y funcionaba de manera muy adecuada sin ella. El que su nuevo productor le asegurara que todo estaba bajo control y que no necesitaba preocuparse le produjo el efecto contrario; se le hacía difícil luchar por salir de la neblina de la depresión que la rodeaba.

Le dijeron que era normal, que era de esperar, que formaba parte del proceso de recuperación de un cerebro dañado, que era un frecuente efecto secundario de los medicamentos.

Pero no la convencieron. Se trataba de algo más que de la medicación. Se trataba del sentimiento de culpabilidad.

—Debería telefonar a casa —le sugirió Weatherup.

Estaba sentado al pie de la cama, no ya en la UCI, sino en una sala de recuperación general. Necesitaba compartir el dolor, no encerrarlo, insistió; necesitaba el apoyo de su familia. Izzy había insistido en ser la que le diera la noticia a su marido. Pues ¿no había llegado el momento de hacerlo?

—Yo... —empezó a decir la reportera, pero se encogió contra las almohadas. Algo en su interior la retenía. La hacía sentirse inquieta, incómoda.

—Mire, Izzy, sé que debe de ser difícil, pero piense en lo que todavía tiene. Tiene a Benjamin. A su familia. Una buena carrera. Tiene un futuro lleno de esperanza.

Más, por alguna razón, las palabras del neurólogo no cuajaron.

—¿Podré... podré seguir?

—¿Con la carrera o con la maternidad?

—Con ambas.

Weatherup sonrió y le cogió una mano.

—Su mejora es fantástica. Apenas hace tres días que salió del estado de coma y ya está leyendo, ya mira la televisión, se interesa por las cosas y va recuperando su

fuerza. No tiene de qué preocuparse.

—Doctor... —Izzy le hizo un gesto, pidiéndole que se acercara para poder susurrarle al oído—. ¡Y un cuerno!

El facultativo le dedicó una larga y calculadora mirada.

—Vale, Izzy. Si quiere el panorama completo, creo que puede aceptarlo. La verdad es que nadie está seguro aún. Su cerebro recibió un tremendo golpe y a veces los efectos posteriores son duraderos. Tal vez nunca vuelvan algunos recuerdos. Sin duda se sentirá emocionalmente inestable durante un tiempo. Es posible, pero no probable, compréndalo, que padezca epilepsia en su madurez, pero existen medicamentos para eso. Acaso verá que ciertas partes de su mente no quieren funcionar tan bien como antes. Sabemos que hay cierta lesión y que las células cerebrales no se reparan, pero el sistema posee una asombrosa capacidad de compensar, de hallar distintas maneras de hacer las cosas. Su estado físico es excelente y se está recuperando extraordinariamente bien. No le puedo garantizar nada, pero, si fuese un caballo, apostararía por usted en la Grand National.

—Si fuese un caballo, ya me habrían sacrificado.

—Estará bien —insistió Weatherup, riendo—. Escale el Everest, tenga otros diez hijos, ¡pero no intente hacerlo todo a la vez!

—Las madres no siempre podemos elegir —contestó Izzy.

A pesar de todo, la neblina de la depresión se había levantado una décima.

—Dígame, Izzy. Le voy a hacer una pregunta personal. ¿Le molesta? —inquirió vacilante Weatherup—. Me lo he estado preguntando desde que entró aquí. Tiene una asombrosa cicatriz, justo... —Bajó la mirada, como si tratara de examinarse a sí mismo, incómodo de repente—. Justo aquí, en el seno.

Izzy deslizó un dedo sobre el camión, justo encima del pezón izquierdo.

—Tuvimos que examinarla a fondo, ¿entiende? —explicó a toda prisa el neurólogo. No quería dar la impresión de que centraba su atención en algo que no fuera la práctica médica; era una mujer notablemente atractiva—. Es una herida extraña. No pudimos decidir con qué se la había hecho.

—Es una herida de bala. Probablemente de una UZI de diez milímetros. Me la cosieron mal. Una banda de traficantes de drogas a la que estaba investigando en Colombia disparó contra mi coche. El jefe del cártel me prometió acceso exclusivo durante una semana, a condición de acostarme con él. Cuando me negué, se ofendió y, por alguna razón, no quería que yo o la cinta llegáramos al aeropuerto. Destrozaron el coche, pero este agujero fue el único daño que lograron hacernos, a mí y a mi equipo. ¡Si fuesen tan ineptos en sus otras operaciones!

Lo dijo en tono prosaico, como si hablara del problema de otra persona.

—¡Santo Dios! —murmuró Weatherup, asombrado, en un tono muy inglés—. No tenemos mucha experiencia en este hospital con heridas de ametralladora.

—Metralleta —le corrigió Izzy.

—¿Y a eso quiere volver? Mi querida amiga, debe de estar bastante loca, pero es

muy valiente.

—En realidad, no. Follar con él habría sido valiente, pero hay partes de mí que ni siquiera mi editor posee. Además, llevaba cinco meses de embarazo.

—¡Más loca de lo que creía!

—Claro que no. Utilicé la herida para sacar clandestinamente una exclusiva mundial en mis bragas y bajo los vendajes. Los guardias de frontera, buenos católicos, estaban demasiado abochornados para examinarme muy a fondo.

Izzy sonrió, pero sus palabras le habían dolido. Si hubiese sido un hombre, el médico no se habría asombrado, sino que estaría encantado, emocionado por el desafío; habría disfrutado del peligro y esperado ansiosamente oír más. En vez de ello, la había tratado con condescendencia; sin quererlo, cierto, y con mucha menos de la que le dedicaban en la oficina. No obstante, eso constituyó un molesto recuerdo de que volvía a entrar en el mundo que había dejado, y la asaltaron todas las contradicciones y los tormentos que ese mundo significaba para ella.

Como las ausencias en los cumpleaños o las promesas rotas que Benjamin no captaba y por las que no se sentía herido por ser todavía demasiado pequeño. Eso esperaba, al menos. El punzante dolor cuando trataba a la niñera más como madre que a ella. Los juegos y los versos que tanto había deseado enseñarle, pero que ya había aprendido... de otra persona.

La locura de regresar de los campos de muerte de la guerra civil a tres horas de distancia del aeropuerto Charles de Gaulle, en cualquier dirección, a tiempo para lavarse antes de la comida dominical.

La angustia cuando descubrió que de su caja de provisiones esenciales de viaje habían desaparecido la docena de jeringuillas limpias que llevaba para evitar las agujas infectadas de las zonas de guerra, y el arranque de ira ciega contra un niño de dos años, cuando descubrió que Benjamin había sacado la diminuta brújula sin la que no era seguro que pudiera comunicar con el satélite. De esos detalles tan pequeños podían depender su vida y su reportaje, aunque no deseaba preguntarse cuál de los dos valoraba más su director. El enfrentar su propio ingenio a los francotiradores desde Beirut hasta Bosnia, todo por una audiencia tan harta —lo sabía— de las imágenes de la capacidad destructiva del hombre que se le presentaban noche tras noche, que igual podría estar observando cómo giraba el tambor de su lavadora, o que creía que los Altos del Golán eran un suburbio de Cleveland.

La espera en una playa en las afueras de Mogadiscio cuando se detuvo la ejecución de dos desertores del ejército cuando ya se encontraban fuertemente atados a barriles de petróleo vacíos, con los ojos vendados y los pantalones cagados. La ejecución no la detuvieron ni Dios ni un juez quijotesco, sino un cámara de la BBC que estaba cambiando su batería.

El regreso a la oficina, no para recibir felicitaciones y comprensión, sino la exigencia inexorable de más, más, más, a sabiendas de que la presionaban más que a nadie, con la esperanza de que la damita alegrara tener dolores menstruales, problemas

hormonales o, sencillamente, que se hundiera y se le corriera el maquillaje. ¡Cerdos!

Encontrar el equilibrio entre el anhelo por una historia y las exigencias del instinto de conservación; dominar el propio temor y arrastrarse por ese último kilómetro y medio infestado de gusanos, por una exclusiva, antes de recordar que era una madre con responsabilidades en su hogar.

Hogar. Era hora de llamar a su marido. Su nerviosismo, por el que no encontraba explicación, al menos ninguna que recordara, la asaltó de nuevo.

Un timbrazo. Una respuesta.

—¿Joe?

Un silencio. Un largo silencio.

—Joe, soy yo. ¿Cómo estás, cariño? ¿Te he interrumpido?

¡Dios, era patético! ¿Qué podía interrumpir un domingo por la mañana?

Otro largo silencio.

—¿Dónde estás? —murmuró Joe.

—En Inglaterra, Joe.

—Creí que habías desaparecido en Marte.

—Joe, por favor. Estoy en el hospital. Tuve un accidente de coche. ¿Me has oído?

No parecía haber captado. Su mente, bloqueada, trataba de encontrar lo que quería decirle.

—¿Vas a estar mucho tiempo allí?

—No lo sé. Tal vez otras dos semanas...

—¿Te has roto algo?

—No, pero...

—Dame la dirección.

—¿Vas a venir?

Otro silencio.

—No, no puedo ir. Estoy hasta el cuello de trabajo. Sólo dame la dirección, ¿quieres?

—Joe, tengo que decirte algo.

—Yo también tengo algo para ti. No quería que fuera así, pero... —Se produjo una pausa, mientras buscaba, sin encontrarlas, las palabras tan ensayadas—. ¡Diablos! ¡Estoy harto! Harto de que desaparezcas, de que me dejes solo, de saber que, en tu lista de prioridades, ocupo el mismo lugar que una cita con el dentista para que te mate un nervio. Se acabó, Izzy. Quiero el divorcio. Sólo espero que podamos hacerlo rápido y sin complicaciones. Sé madura, ¿vale? ¡Por los niños!

Acaso debió esperar el silencio que siguió a su discurso, pero no dio muestras de ello.

—Vamos, Izzy, seguramente no es tan sorprendente. ¡Dios! No es que quede mucho entre nosotros. Limitémonos a formalizarlo, para poder seguir los dos con nuestras vidas. Tengo todos los detalles listos, para que los veas. Sólo dame la dirección.

—¿Estás tratando de entregarme los papeles del divorcio mientras estoy en el hospital? —susurró Izzy.

La asaltó una repentina avalancha de recuerdos, de dolor, que reveló el rostro de piedra dura en que se había convertido su relación. Lo recordaba muy bien ahora. Las riñas, la creciente frustración de Joe, que se había vuelto amargura; un matrimonio que no era ya más que un arreglo.

—¿Qué esperabas que hiciera? —prosiguió Joe—. No me dejaste alternativa. Hace más de un mes que no sé dónde estás. ¿Esperabas que aguardara a que decidieras acabar de jugar a ser Marco Polo?

—¡Joe! —rogó Izzy. Habían desaparecido todas las frases cuidadosamente pensadas—. ¡Escúchame, por Dios! Por favor. Bella. Nuestra hija. ¡Ha muerto!

Al otro lado de la línea no hubo ningún sonido. El corazón resentido de un hombre no hace ruido.

—Joe, estaba atrás, en mi coche, cuando nos salimos del camino. Benjy está bien, pero... Bella se ha ido, Joe. Lo lamento.

Cuando por fin llegó, la voz al otro lado de la línea sonó tensa, poco natural.

—¿Has matado a Bella?

—No, Joe, por favor, no.

—¿Cómo ocurrió?

—No lo recuerdo. No lo sé. Joe, ven a verme. Coge un avión. No hablemos de esto por teléfono.

—¿Dónde estás?

Izzy le proporcionó los detalles.

—¿Vas a venir a verme?

La voz se oyó como el silbido de una serpiente.

—Lo único que vas a obtener de mí son los papeles del divorcio. Mataste a Bella. ¡Tú... irresponsable... egoísta, cabrona!

Izzy no supo cuánto tiempo pasó, recostada sobre la almohada, con los ojos cerrados y lágrimas formando dos cascadas que le empaparon el cabello. No lloró por el matrimonio perdido. Ni siquiera su memoria perturbada le permitía convencerse de que había perdido algo de valor irredimible. El llanto se debía a la soledad y a la repentina vulnerabilidad que la envolvió como una otoñal niebla sobre aguas pantanosas; a la frustración y la ira causadas por los pensamientos que colisionaban entre sí en su cabeza y minaban la impresión de tener las cosas bajo control; a la falta de un paisaje familiar en un mundo que, en pocas semanas, se había visto destrozado casi más allá de lo reconocible. Pero, ante todo, lloraba por un doloroso sentido de culpabilidad. Ese sentido que insistía en que, después de todo, ella podría haber sido la responsable del accidente, que era culpa suya que Bella hubiese muerto.

Abrió los ojos. Ya no podía mirar hacia atrás. No, cuando significaba bregar con recuerdos tan llenos de dolor. No quedaba más que un camino, hacia adelante, pasara lo que pasara, para construir algo nuevo y más alegre para ella y para Benjamin. Si

era posible.

Cogió el libro de Julio Veme. Esos amigos que tanto quería aún no habían sido rescatados; se encontraban al borde del desastre y se aferraban precariamente al cesto del globo. Los arrojó a la papelera.

* * *

En Nueva York, Devereux estaba sentado en un rincón de la barra, observando la situación con ojo experto. El bar se encontraba en la parte baja del oeste de la ciudad, en una de esas manzanas en que el español es la lengua de la calle y la luz nunca llega al pavimento. Le gustaba ese tipo de lugares. En ellos podía alejarse de todo: de los funcionarios, del papel, del constante flujo de formalidad y trabajo urgente que dominaba su otro mundo. Ése era un mundo muy distinto; sin clases sociales, espontáneo, absolutamente opuesto a lo anglosajón. Un desafío. Y le gustaban los retos.

Aquel viaje a Washington, el primero al otro lado del océano, tenía por objeto prepararse para afrontar el asunto del Plumero. El Gobierno norteamericano quería el proyecto, y lo quería de veras. El aliento caliente de las preocupaciones del Congreso soplaba por los sótanos del Pentágono; los que proponían el proyecto deseaban desesperadamente abrazar a cualquier amigo que encontraran, y Devereux era uno de los pocos. El trato no se había concluido todavía; quedaba mucho jugo por exprimirle al limón, pero él ya se había distinguido en la capital del país más poderoso del mundo.

Y ahora, se había liberado. Tenía compras que hacer en Nueva York antes de volver a casa, había explicado, y había soltado los grilletes, alejándose de los caminos del poder hasta llegar a este bar, donde ya no era Ministro, sino Hombre, donde no había moralistas de clase media, gorilas del escuadrón de protección ni periodistas mercenarios de Fleet Street. Nada más que un buen desafío, a la antigua usanza.

Observó a una anciana terriblemente gorda que entraba arrastrando un saco de plástico y haciendo sonar un montón de llaves suspendidas de la cintura. Venía a reponer las existencias de las máquinas expendedoras. Resollaba al atravesar la sala y sólo se paró para dar una profunda calada a su punto. La mandíbula le pendía cual la de un pez, mientras aspiraba antes de tomar otra calada.

Resuello, jadeo, calada, llaves, resuello; los ruidos puntuaban su lento progreso. Con voz quejumbrosa, anunció que tenía que hacerse operar otra vez de la espalda. Diríase que buscaba entablar una conversación generalizada, pero sólo le contestó el camarero, y eso sólo tras varios segundos.

—Otra vez tu espalda, ¿eh?

Otra pausa. Como si se tratase de una conversación entre el control terrestre y Marte.

—No antes de Año Nuevo.

La anciana atacó la máquina expendedora de cigarrillos. Resuello. Calada. Llaves.

—No me pillarán guardando cama en Navidad.

El camarero no comentó, forzándola a continuar hablando sola.

—Me imagino que la palmaré de uno de estos tres modos: cáncer de pulmón, cirrosis de hígado o corazón destrozado. —Hizo una pausa para recuperar el aliento—. Creo que voy a renunciar a los hombres. Es demasiado peligroso. ¡Demonios! Sólo tengo sesenta y cuatro años. Me queda mucha vida.

La mandíbula de pez cayó varias veces en tanto ella se estiraba las medias caídas a través de las arrugas del chaquetón de lana. El camarero siguió puliendo copas.

—Espero que tengan un cigarrillo para mí en la puerta del hospital. Y un trago, uno al entrar y otro al salir.

El camarero alzó una ceja; ella se echó la bolsa al hombro y las medias se le cayeron de nuevo. Se detuvo para encender otro cigarrillo, que sacó de otro paquete que tenía en el bolsillo. No era un punto esta vez, sino un cigarrillo mentolado. En esto consistía su intento por fumar sin peligro, con menos riesgos. Luego arrastró el saco en dirección a la máquina expendedora de condones en el lavabo de caballeros e irrumpió en él sin llamar a la puerta.

Devereux se sonrió al ver desaparecer ese cuerpo de carnes colgantes. No se burlaba de ella; sólo le hacía gracia. Ella, a su vez, sabía que era ridícula al encubrir la nicotina con el mentol, fingiendo que con ello retrasaría el inevitable proceso que le consumiría los pulmones; pero lo hacía a su manera y se iría bajo sus propias condiciones. A diferencia de la mayoría de los políticos. A diferencia del padre de Devereux.

«Conócete a ti mismo; conoce tus debilidades para comprender mejor y, de ser necesario, explotar las debilidades de los demás», murmuró. La anciana era una bruja, cierto, no era de las que no había roto nunca un plato, pero el padre del ministro, en sus amargos días finales, la habría envidiado.

Devereux agitó el *whisky* en su copa. La vida estaba llena de desafíos y de riesgos; sólo un hombre excepcional podía enfrentarse a ellos y vencerlos y, al hacerlo, convertirse en un gran hombre. Él era excepcional y llegaría a ser un gran hombre. No tenía por qué ser siempre el hijo del fracasado de su padre.

Pero los desafíos, de uno en uno. Apuró su copa, pidió otra y observó, con interés, a las dos mujeres que se arreglaban en la mesa de al lado.

* * *

Izzy estaba furiosa. Su furia era de aquellas que hacen que uno salte de la cama pese a la rutina del hospital.

Cada día esperaba con mayor ansia la cinta de vídeo del telediario de la WCN del día anterior. Aquella mañana la había introducido en el aparato, había pulsado los

botones adecuados y se había sentado en la silla.

Bufó de cólera; la cinta incluía un reportaje de envergadura sobre los nuevos juicios por corrupción contra la mafia de Palermo, que afectaban a un cardenal, una actriz y dos exprimeros ministros. Su territorio. Y ahora lo había invadido ese pelmazo de productor, ese desafío testicular...

Estaba celosa; irritada con el productor, pero sobre todo consigo misma, sorprendida de que pudiera importarle tanto incluso desde la cama de un hospital.

La puerta de su antiguo mundo empezaba a abrirse, y entonces, K. C. Craven llegó y acabó por sacarla de sus goznes.

K. C. era una negra de ojos de gama que había llegado esa mañana de Washington, D.C. Era la ayudante de Eldred Grubb, la mejor, con mucho, de las pocas características que lo redimían. En su primera semana en la WCN, cuando la sala de redacción se encontraba asolada por insinuaciones en cuanto a las razones por las que el director de asuntos extranjeros había contratado a una atractiva ayudante de piel color caoba, una mujer más alta y graduada de una universidad mucho mejor que la de él, le pidieron que explicara su nombre.

—¿Katherine? ¿Connie? —había preguntado un colega.

—¡Vaya! ¡Bendito seas, hijo! ¡No! —Había contestado K. C., imitando el deje sureño y pestañeando. Le encantaba ser histriónica. Toda la sala escuchaba—. Me llamaron K. C. porque, según dijo mi mamá, me concibió con un jugador de baloncesto durante un descanso de un partido de desempate en Kansas City. Fue el mejor momento de su vida, me dijo. Así que, aunque se olvidó de quién fue, nunca olvidó el lugar.

Más tarde, Izzy descubriría que el padre de K. C. era un médico muy respetado de Minneapolis y que su madre, bibliotecaria, no había ido nunca a Kansas. Pero tuvo que jurar que guardaría silencio al respecto. K. C. era una buena amiga y el primer recuerdo agradable de lo que para Izzy era otra vida, una vida lejana.

—¡Es fantástico que hayas podido venir! —exclamó Izzy en varias ocasiones mientras caminaban por el jardín, cogidas del brazo.

Izzy salía por primera vez fuera de las paredes del hospital y el aire le pareció inesperadamente húmedo. Su mente aún no se había acostumbrado a las semanas perdidas y al cambio de estaciones. Los últimos días habían sido helados y el aire puro; las hojas de un viejo roble que protegía la entrada colgaban flácidas en el aire inmóvil. Pero se avecinaba una tormenta, anunciada por un cielo tumultuoso que daba la impresión de que el pintor Turner había echado todas las pinturas de su paleta al cielo.

K. C. se apretó la capa. Le había explicado que Grubb la había enviado y que no podía quedarse más que unas horas. Sin embargo, para Izzy era como si su amiga hubiese hecho a solas un viaje largo y difícil desde el Antártico.

—Eres lo primero de mi vida anterior al accidente que no me ha causado dolor. El divorcio. Bella. Ver cómo Fido finge poder hacer mi trabajo.

Mientras todavía hablaba, Izzy se dio cuenta de que su vida seguía siendo una mezcla de prioridades conflictivas. Eso, al menos, no había cambiado.

—¿Cómo te sientes con respecto al divorcio?

Izzy sacudió la cabeza.

—¿Qué quieres que sienta? No estoy enfadada... sólo... vacía. Siempre supe que me era infiel, que tenía el cerebro en los calzoncillos y que exhibía constantemente sus partes privadas; pero lo raro es que encuentro difícil sentir amargura. El matrimonio fue un error. Creo que ahora lo veo.

—¿En qué fue un error?

—Me sentía presionada. Tenía más de treinta años. Mi reloj biológico seguía avanzando y las trompas empezaban a cansarse. Se me estaba acabando el tiempo. No sabía cómo conducirme ante esta situación; había planeado todo lo demás en mi vida, en períodos bien definidos. La universidad para la licenciatura y el posgrado, las prácticas en un periódico, el escalafón, productora, corresponsal... pero esto no iba a ser algo tan organizado. Las hormonas me chinchaban: «Haz tu aportación a la posteridad; es hora de estirar la carne.» Mi trabajo lo significaba todo para mí. Sin embargo, de pronto... no me bastaba. Quería el trabajo y los niños. Después de lo de Gaza se convirtió en obsesión.

—¿Qué ocurrió en Gaza? —insistió K. C., envolviéndose aún más con la capa.

Ahora que el día y sus tonos más espectaculares se iban apagando, el viento se insinuó, como a hurtadillas, exigiendo su lugar. La tormenta empezaba a cobrar fuerza.

—Fue durante la Intifada, poco antes de tu llegada. La rebelión palestina había estallado de nuevo. Yo me encontraba allí con Dan Morrison, de la NBC, para ver el conflicto desde el punto de vista árabe; o sea, entrevistas con dirigentes locales, con jefes religiosos, con los adolescentes que estaban causando los problemas, ese tipo de cosas; muchas fotos de los disturbios desde detrás de las líneas árabes, de cómo arrojaban piedras y cócteles molotov. No era nada que no hubiésemos hecho antes.

—¿Dan Morrison? —K. C. frunció el ceño—. ¿Era uno de los nuestros?

—¡Vaya epitafio! —le reprochó Izzy—. Pero, tienes razón. ¿Qué es lo que dejamos atrás? A eso me refiero, en realidad. Dan era como un hermano mayor para mí. Habíamos cubierto muchas noticias juntos. Nunca, jamás, se salió de tono. Lo más cerca que llegué de su cama fue al acostarlo en ella cuando se ponía como una cuba. Y eso ocurría bastante a menudo.

Trató de sonreír ante el recuerdo, pero su rostro no manifestó alegría.

—Dan y yo estábamos filmando casi desde la misma posición; era un punto fantástico, desde el que la cámara lo veía todo por encima de nuestros hombros: los chicos árabes arrojando piedras y prendiendo fuego a las barricadas frente a las líneas israelíes y más allá. Alguien tenía que ir primero. Lo echamos a cara o cruz y él hizo trampa. El hijo de puta siempre me hacía trampas, pero sólo en cosas sin importancia. Decía que le gustaba sacarme de quicio, que era la mejor diversión que conseguía en

esos pozos.

Inspiró. Era un suspiro lleno de tristeza.

—Así que dio medio paso adelante, para que su cámara tuviera una perspectiva completa, y empezó a echar su rollo. Estaba hablando de la religión, de cómo ambas partes invocaban la justicia divina y proclamaban, arrodilladas, su sincero interés por la paz. Pero sólo si se trataba de su paz, claro. Entonces le dispararon. A la nuca. Una sola bala; seguía hablando al caer. Ayudé a sacarlo de allí a rastras. Murió allí, sobre mi regazo.

—¿Quiénes eran «ellos»? ¿Quién le disparó?

—¿Quién sabe? Fue un rifle israelí, pero el ejército dice que la bala era de un arma robada, que los palestinos lo habían hecho a posta para provocar un sentimiento antiisraelí en Estados Unidos. En todo caso, para Dan no representaba gran diferencia.

Suspiró. No derramó ninguna lágrima. Era demasiado profesional. Aunque a veces las lágrimas ayudan.

—De acuerdo. Es un riesgo que todos corremos. Podría haber sido cualquiera. Podría haber sido yo, si Dan no hubiese hecho trampa. Pero me hizo pensar: ¿qué dejamos atrás? ¿Qué dejó Dan después de tantos años de follar y emborracharse por el mundo? ¿De encontrar las entradas traseras de todos los aeropuertos y de arriesgar el pellejo para que un cómodo productor pueda llenar el tiempo en el aire entre los mensajes de los patrocinadores? ¿Qué? ¿Un mundo mejor? Todo lo que dejó fue una madre inconsolable, un Chevrolet destrozado y un apartamento vacío en Greenwich Village, del que todavía debía quince años de hipoteca. Y yo ni siquiera tenía una madre inconsolable, K. C., así que supe que tenía que tirar adelante y tener esos hijos, o acabaría como Dan. ¿Tiene sentido esto?

—¿Lo tiene que el sol salga cada mañana, tonta?

Izzy sacudió la cabeza, melancólica.

—Así que me dejé llevar por el pánico. Me casé con Joe. Hacía más de dos años que lo conocía, aunque después me di cuenta de que en todo ese tiempo habíamos pasado menos de tres meses en compañía uno del otro. Y comprendo por qué quiere dejarlo. Es un gaje de su oficio y del mío. Además, los hombres cambian, después de que llegan los niños, ¿sabes? El primero constituye un misterio, una mezcla de fascinación y terror; pero el segundo ya no es más que una sencilla cuestión de mecánica. Tu tubería se revienta y se retuerce; acabas por volar con un tren de aterrizaje dañado y te encuentras con que un amante antaño apasionado empieza a abordarte con la sensibilidad de una pala mecánica.

—Y un solo cambio de marcha.

—Joe se portó muy mal con lo del embarazo: estaba resentido y hasta celoso. El bebé se había apoderado de mi cuerpo y del lugar que a él le correspondía a su lado; cuanto más me hinchaba y cuanto más se movía el bebé, más se alejaba él. Del bebé. De mí. Como si su vida se hubiese visto invadida. Con Benjy fue malo, pero con

Bella fue aún peor.

Cayó un pesado silencio entre ellas. Por primera vez, ahora que encontraba las palabras con las que describir la reacción de su marido, Izzy supo, sin lugar a dudas, que el matrimonio había terminado. Que se había terminado un capítulo; uno que, hasta entonces, no se había atrevido a leer en voz alta.

—Pero, por alguna razón, no encuentro energía suficiente para enfadarme. ¡Mierda! Me siento casi aliviada. Llevaba tanto tiempo tratando de hacer equilibrios entre Joe, los niños y el trabajo, que me sentía como un puente que se va rompiendo paulatinamente bajo los embates de un huracán. Esto simplifica la situación. Representa un peso menos.

Las hojas, tiasas por la escarcha, empezaban a murmurar en los árboles, como el chasquido desvaneciente del final del día; caían alrededor de las dos mujeres como las lágrimas que Isadora no había podido derramar.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte aquí? —inquirió K. C.

—Todos parecen encantados con mi mejora. Quizá sólo dos semanas más. Luego, tal vez me tome un mes para cuidar de Benjy y solucionar la situación con Joe. Está amargado ahora, pero no es un hombre malo; reflexionará. También necesito tiempo para mí. Ni siquiera he podido despedirme de Bella como es debido. —Su voz, tan acostumbrada a hablar de la muerte, le salió firme pero muy queda—. No he llorado, no le he guardado luto. La incineraron, ¿sabes? Era un bebé sin identificar, nadie la reclamó; así que la incineraron. Ni siquiera puedo enterrar a mi hijita.

—Eso es... bárbaro.

K. C. sacudió la cabeza, incrédula.

—No. Es la burocracia. La maldita burocracia despreocupada, como en todas partes del mundo —esbozó una sonrisa desafiante—. No te preocupes. Izzy Dean volverá, insistiré en ello. Sólo necesito un poco de tiempo para que las heridas se curen. Regresaré con el Año Nuevo.

Los ojos de K. C. se abrieron como platos y se llenaron de lágrimas.

—¡Mierda! —balbuceó.

Entre los tobillos de las dos mujeres susurraban las hojas, como cadenas que producen un ruido metálico.

—He recibido un golpe en la cabeza, K. C., pero no he perdido el dominio de todos mis sentidos. El gran Grubb no distribuye billetes de avión como si fuesen tazas de café. Estás aquí para hacer un trabajo, el de él. Lo supe cuando llegaste y estoy segura de que me traes más que los buenos deseos de nuestro querido director de asuntos extranjeros. Pero también eres mi amiga. No lo olvidaré. ¿De qué se trata?

K. C. le pidió disculpas con la mirada.

—Ya sabes que está bajo mucha presión. Los que controlan el dinero han metido las narices otra vez y han despedido a otros cincuenta empleados. La sala de redacción parece el campo de batalla de El Álamo.

—¿Antes o después de que llegara Santa Ana?

—Izzy, eres la mejor. Hasta Grubby tiene que reconocerlo. Pero eso significa también que el tuyo es uno de nuestros mejores puestos en el extranjero y hay cincuenta personas olfateando el ambiente para ver si pueden quitártelo.

—Eso es todo un cumplido.

—Hasta tu productor, ese chulillo, ha entregado una solicitud para unirse al personal reportero, dando como razón lo que ha hecho en las semanas que ha estado sustituyéndote.

—¿Cuánto tiempo hace? —Izzy frunció el ceño y se dio un golpecito en la sien—. ¡Dios mío! Todavía hay cosas aquí adentro que no logro enlazar.

—Estamos a principios de diciembre, Izzy. Hace casi seis semanas que no has salido al aire. Y está gestándose una guerra civil en Ucrania. Grubby te quiere en Kíev, no...

—No tumbada de espaldas con los pies en alto en una parte del mundo de la que nunca ha oído hablar.

—Lo has captado —K. C. vaciló—. También te traigo esta carta —metió la mano en su bolso y sacó un sobre—. Dice que tienes tres semanas. Que te quieren de vuelta en tres semanas, para Navidad. Si no, darán tu contrato por terminado. Que el que te largaras sin decirle a nadie adónde ibas es un delito que merece que te cuelguen. Que en los últimos tres años has acumulado más bajas por enfermedad que nadie en la oficina.

—El embarazo no es una enfermedad —contestó Izzy, irritada.

—Izzy, lo siento.

—Lo sé.

—Regresarás. Por favor, di que regresarás. No dejes que esos infelices con manos sudorosas te echen.

Era una noche silenciosa. El viento había amainado cuando la lluvia se dejó sentir. La tormenta se iba cerniendo sobre ellas. Habían vuelto debajo del gran roble, pero las hojas ya no caían. Habían desaparecido todas. El árbol se encontraba desnudo. El invierno había llegado.

—Mi bebé. Mi marido. Y ahora, ¿mi trabajo? —respondió por fin Izzy.

Agitó la cabeza. En su mente se abrieron paso las palabras de su reportaje sobre Gaza, ese reportaje que no había preparado de antemano y que ganó un premio; con la imagen de la cámara, apenas una mancha a través de sus lágrimas, de la sangre de su amigo que todavía le mojaba las manos.

En esta tierra no hay triunfadores, sólo víctimas. No hay niños que no sean soldados; no existe diferencia de punto de vista que no cree enemigos; no hay libertad que no signifique la persecución de otros; no existe justicia. En esta tierra, los extremistas de todos los bandos cometen las peores barbaridades en nombre de Dios y del amor. Y esta noche se han cobrado otra víctima inocente. Se llamaba Dan Morrison. Era mi amigo.

En una tierra verde y agradable, a muchos kilómetros de Gaza, la corriente de la injusticia personal parecía haberse convertido en inundación y estaba a punto de arrastrarla, cual otra víctima impotente. La lluvia empezó a caer pesadamente y se escurrió por su cara.

—Dejaré que Benjy decida. Todavía lo tengo a él. Dejaré que Benjy decida.
Pero no iba a ser así.

* * *

Michelini se dio de golpe contra la pared. El impacto le sacó el aire de los pulmones y le subió el sabor a bilis a la garganta. El corazón le golpeó violentamente las doloridas costillas; un ramalazo de dolor, cual un corte de navaja, le recorrió la pierna izquierda, desde el tobillo hasta atrás de la rodilla. Creyó que iba a vomitar. Estaba a punto de desplomarse sobre las rodillas, pero sabía que si lo hacía no sólo se daría por vencido y perdería los diez dólares que había apostado, sino que perdería su sensación de virilidad. Moriría de pie, no tumbado de espaldas. Pensándolo bien, morir boca arriba ofrecía unas perspectivas divertidas, pero no en un partido de *squash*. En vez de expirar, se contentó con apretarse lenta y metódicamente los cordones de los zapatos. Últimamente, se los estaba atando a menudo.

—¿No te puedes comprar cordones nuevos, Joe? —inquirió su oponente con una sonrisa socarrona.

—¿Con lo que cobráis los abogados? ¡Por favor!

—Vale. Último set. Si ganas, yo te invitaré a comer y te compraré cordones nuevos.

—Ajá. Y me los cobrarás en tu maldita nota. Aprovechado.

—Tú eres el que ha estado aprovechándose. ¿Has engordado?

—¡Jódete!

—Hacemos lo que podemos por complacer. Pero sabes que cobro por hora entera. Estoy muy por encima de tu capacidad de resistencia.

Michelini decidió no gastar saliva y contestó despectivo antes de recuperar la pelota de un rincón alejado de la pista. Así que iba un poco más lento hoy. Estaba en tan buenas condiciones como siempre; bueno lo estaría si dejara definitivamente de fumar; pero no había estado de humor desde que se enteró de lo de Bella. Había pasado casi todas las veladas a solas en casa, dándole vueltas al asunto, tratando de comprender la ira que iba incrementándose en su interior.

Se sentía traicionado. No había visto a Bella más de unas semanas de su corta vida y eso sólo de noche, cuando no viajaba o trabajaba hasta tarde. Siempre parecía haber días en el futuro para recuperar el tiempo perdido. Estaba demasiado acostumbrado a no verla; casi ni conocía a su propia hija. Ni siquiera lograba hacerse una imagen de ella. Y, dado que se sentía tan avergonzado por no lamentar su pérdida mucho más, convirtió esa vergüenza en ira y la dirigió contra su esposa.

Y entonces, la noche anterior, alguien llamó a la puerta de su apartamento. Una vecina, recién llegada al complejo Watergate, con la que había intercambiado comentarios en el ascensor acerca del cambio de color de las hojas y a la que el fin de semana anterior había ayudado a subir unas pesadas bolsas de la compra. Había llamado hacia las siete y media, le había dado nuevamente las gracias por su ayuda y le había preguntado si había cenado, si le apetecía una hamburguesa y una botella de vino. Joe estaba a punto de explicar que ya había cenado y que, de todos modos, estaba a dieta y no deseaba que lo molestaran, cuando se fijó que la mujer ya llevaba las hamburguesas de McDonald's y una botella de Montrachet. Iba en serio.

Había engullido dos gruesas hamburguesas y se había bebido casi toda la botella mientras ella, entre hamburguesa y hamburguesa, había satisfecho algunos de sus propios apetitos. Ni siquiera se habían movido del suelo de la sala y Joe sentía todavía la piel sensible donde lo había rozado la alfombra. Cuando fue evidente que quería más, tanto antes como después de la tarta de manzana, Joe tuvo que fingir y ya no lo hizo tan bien como antes.

Esta mañana se había sentido como una de las patatas fritas de la noche anterior. No era de sorprender que estuviese más lento. Y todavía no sabía el nombre de la vecina. Tendría que preguntárselo al conserje.

Fue la primera vez que lo hizo en su casa. Su sentido de la ética familiar le impedía ponerle los cuernos a su esposa en su cama o en la alfombra de su sala; eso se hacía en otro lugar, apartado de la familia. Pero tenía la impresión de que la deslealtad de ella —y ya pensaba en su esposa como «ella», no «Izzy»: ya había iniciado el proceso mental del divorcio—, había sido mucho más fundamental que cualquiera de sus propias infidelidades. Los conceptos del viejo país, esos conceptos de familia y *vendetta*, no se encontraban tan lejos en el tiempo: ni siquiera dos generaciones completas; corría por su sangre la idea de que no existían situaciones en las que nadie tenía la culpa. Y esta situación tenía que ser culpa de alguien. De ella.

Joe solía anunciar a su abogado, Antonini, algunos de los detalles más aventureros de sus conquistas, justo antes de jugarse un punto importante, a fin de llenar a su oponente de excitación y lujuria indirecta, justo en el momento en que precisaba de toda su capacidad de concentración. En esta ocasión decidió no hacerlo. Podría parecer inadecuado e incluso resultar acriminador, ahora que habían decidido ir del juego a la comida para hablar de sus problemas matrimoniales. En todo caso, el recuerdo le llenó de vigor y se dedicó nuevamente a convencerse de que se veía, se sentía y jugaba como un hombre más joven de lo que era. Aporreó la pelota e inició el nuevo set.

Se estaban secando con una toalla, cuando Antonini fue al grano.

—¿Estás seguro de lo del divorcio, Joe?

—Estoy seguro. Nuestro matrimonio no tiene futuro; no existe en realidad. Nunca está aquí; siempre anda Dios sabe con quién, haciendo Dios sabe qué.

—¿El doble rasero, Joe? Tú no has sido precisamente un santo.

—Lo único que importa es que se ha acabado. No es más que un gran cero.

—Es una pena. Creí que vosotros dos teníais algo muy bueno. No me gustaría pensar que estabas, ya sabes, pasando por una de esas fases —su intención era referirse a «uno de esos momentos», pero ya lo había dicho—. Muchos hombres pasan por ellas, Joe, y después lo lamentan como no tienes idea.

Los ojos de Michelini destellaron.

—¿Qué? ¿Crees que estoy pasando por la menopausia masculina? —exclamó en tono agresivo. Estaba desnudo y padecía esa sensación de insuficiencia que experimentan muchos hombres en los vestuarios. Cubrió la sensación con beligerancia—. Gracias, Toni, pero mis hormonas funcionan de maravilla. Lo bastante bien para darte otra paliza en la pista cuando quieras. No, no estoy pasando por una de esas fases. Es sólo que mi matrimonio se ha ido al garete y quiero que me ayudes a dejarlo todo en orden.

Antonini se retractó y agitó las manos.

—Muy bien, Joe. He captado el mensaje.

Pero Michelini ya había cogido vuelo y quería sacarse aquel peso de encima.

—Nunca ha sido una gran relación. Lo único que ella quería eran hijos, así que me escogió como semental de granja, algo por el estilo de «alquile una polla». «¿Es ésta tu época fértil del mes, cariño, o quieres que me de la vuelta y vuelva a leer el periódico de ayer?» Me he sentido como si me estuviese ahogando en sus hormonas. No hacía más que hablar de la maternidad y, sin embargo, ahí la tienes, tratando de probar a todo el cabrón mundo que tiene huevos más grandes que los de cualquier hombre. Yo quería una esposa, una verdadera mujer, Toni, y no una amazona con chaleco antibalas que recorre el mundo con la lente de una cámara saliéndosele de las bragas.

Con un gesto lleno de amargura, lanzó la toalla húmeda a una enorme cesta al otro lado del vestuario.

—Ni siquiera quiso llamarse señora de Joe Michelini. ¿Qué tiene de malo eso, por Dios?

El tono del abogado, al contestar, era suave y profesional, pero insistente. E inadecuado de nuevo.

—¿Has pensado en los niños?

—El niño, Toni. El niño. Sólo tenemos uno, ahora. Ella mató a Bella, ¿recuerdas?

Con los brazos totalmente rígidos, las manos formando puños y completamente desnudo, Michelini se encaró a su abogado. Se sentía culpable por lo de Bella; tenía ganas de propinar un golpe a alguien. Empezaba a llamar la atención de los otros hombres en el vestuario.

—Tranquilo, Joe. Sólo estoy haciendo mi trabajo. Tengo que hacerte estas preguntas. Más tarde me lo agradecerás.

—A los niños nunca debió llevarlos al otro lado del mundo, una madre que está siempre dispuesta a largarse con cualquier pretexto y desaparecer durante una semana

y, a veces, más. Los niños necesitan a su madre; no necesitan que los dejen abandonados con una sucesión de niñeras de agencia de colocación que ni siquiera hablan bien el inglés. —A Joe le palpitaba el pecho, en tanto luchaba por dominar su ira—. También necesitan a su padre. Sin embargo por su culpa casi no los conocía. Ahora ya no voy a tener la oportunidad con Bella.

Se colocó un anillo de graduación en el dedo, con tal violencia que debió dolerle, pero ni siquiera pestañeó. Bajó la voz, la disciplinó y sus palabras salieron como hielo.

—Es una madre completamente irresponsable, Toni, y no la perdonaré nunca, ni en un millón de años.

—Trata de que no sea una lucha demasiado encarnizada, Joe. Porque si lo es, la situación se convierte en un verdadero lío; un lío muy caro.

—No hay problema. Mi compañía me va a apoyar en esto. Ha acordado pagar cada dólar de las costas legales. No escatimaremos ningún gasto en esto. No dejes que se te suba a la cabeza, cabrón. Sólo asegúrate de que ganemos.

—Si no se puede hacer limpiamente, lucharé. Tiene que proteger su imagen profesional de «señorita impecable». No aceptará que la expongas como una «madre inadecuada».

—Pero es que es una madre inadecuada. De eso se trata. Y me parece que le resultará más difícil impugnarlo de lo que pueda imaginarse.

—¿Qué quieres decir con eso?

Michellini se volvió para mirarse en el espejo mientras se ajustaba la corbata de seda.

—Dado que viaja tanto, ha dejado en mis manos las finanzas de la familia y el pago de facturas, entre otras cosas. Me otorgó poderes en caso de que algo le ocurriera.

Acabó de hacer el nudo y se volvió hacia el abogado.

—Tengo el control de sus cuentas bancarias. —Hizo una pausa—. Por desgracia, hemos tenido muchos gastos últimamente. Cuando decida examinar sus cuentas, no verá más que una tormenta de números rojos.

—¿Le vaciaste las cuentas? Pero puede demandarte por eso, y quitarte hasta la camisa.

—Claro, si quiere que exponga todos sus trapos sucios, su ropa interior. Y si puede encontrar un abogado que trabaje por amor y no por dinero. Así que seré razonable. Llegaremos a un acuerdo. Le dejaré tener un divorcio limpio y tranquilo. No arrastraré su reputación por el lodo. Hasta le volveré a llenar las cuentas. Con una condición.

—¿Cuál?

—Ella mató a mi hijita. No voy a darle la oportunidad de hacer lo mismo con mi único hijo, Toni. Ni siquiera si tengo que luchar contra ella en todos los tribunales del país.

Se puso la americana. Flexionó los hombros, como si el traje bien cortado fuese una armadura y él se encontrara nuevamente dispuesto a librar una guerra contra el mundo.

—Quiero la patria potestad.

* * *

Izzy fijó una mirada de incompreensión en el rostro que se hallaba al pie de la cama. Demasiadas cosas habían chocado entre sí en su cabeza ese día y la habían dejado vacía y desorientada. Poco después del desayuno se había enterado que Joe quería no sólo el divorcio, sino también la patria potestad. Una guerra en que Benjy sería el campo de batalla. Ahora que ella acababa de perder todas sus municiones.

Experimentó un dolor físico. Diríase que alguien estaba arrancando un árbol enraizado en su interior. Vio la vida a través de una neblina de irrealidad. Las conversaciones estériles y educadas a su alrededor hacían eco, cual las risas huecas en un bar. Las paredes parecían reducir el espacio, cercaban su mundo, la ahogaban. Mientras ella permaneciera allí sin hacer nada, ellos estarían tramando para quitarle a Benjy. Tenía que salir.

Cuando planteó su intención de darse de alta, no se habían mostrado incomprensivos. Su evolución física era excelente, sus señales neurológicas iban mejorando. Si no se excedía, el cambio de escenario podría hacerles bien a ella y al niño. Sugirieron, con firmeza y hasta insistencia, que pasara diez días como paciente de la sección de neurología del ambulatorio. Luego, con suerte y progresos, sería libre. Otro examen al cabo de tres meses y otro más seis meses después de ése, y podrían declararla curada. Constituiría un pequeño milagro de la profesión médica por el que podrían felicitarle.

Sólo se dio cuenta de que escaparse representaría un gran paso cuando empezó a ver que se trataba de la realidad y no de una teoría. Ella era una mujer en una tierra ajena, sin un dólar, sin posesiones ni amigos y con un niño a su cargo. Carecía hasta del modo de probar su identidad. Esos asuntos prácticos no habían revestido ninguna importancia, hasta ahora. ¿Cómo comenzaba a organizarlo todo?

Se encontraba trastabillando por un terreno lleno de maleza, de enmarañados detalles personales, cuando lo vio allí, salido de la nada, esperando atraparla cuando cayera.

—Hola. ¿Cómo le va?

Lo contempló, ligeramente perpleja.

—Le conozco, pero...

Una mano se tendió.

—Paul Devereux. ¿Se acuerda? Me hizo una entrevista hace unos meses.

—Por supuesto...

Sí, claro: esos ojos azul pálido de mirada suave, las frases casi abreviadas.

—Lo siento. Casi podría decir que ha salido de una vida pasada. No lo relaciono con este mundo.

Izzy agitó las manos y estiró una para estrechar la que él le tendía. Las luces empezaban a encenderse.

—Me dio usted una exclusiva.

—Y usted me hizo pasar por unos momentos endemoniadamente difíciles.

La expresión del hombre le hizo entender que no le guardaba rencor.

—Sí, lo recuerdo bien —contestó Izzy, con tenacidad pero no sin amabilidad—, usted representó el papel del político macho y esperaba que yo representara el de una damita. Y, para colmo, extranjera. Caza fácil, pensó.

Devereux aceptó el reto con calma.

—Efectivamente, no pude dejar de percatarme que era usted extranjera y, además, una mujer atractiva... si se me permite expresar tal comentario en estos días en que lo políticamente correcto lo es todo. —Se encogió de hombros, indicando con ello que era un caso perdido—. Cuando terminó me daba la impresión de necesitar ir a una de mis propias secciones de accidentados.

—Algo así —Izzy asintió con la cabeza.

—No se preocupe. Las cicatrices ya casi han desaparecido.

—No estaba preocupada, señor Devereux —aseguró la periodista.

Con una sonrisa rechazó su sutil petición por comprensión.

—No, supuse que no lo estaría. Veo que está recuperando sus fuerzas. Diría que está casi tan sana como para poder luchar. —Devereux se estaba divirtiendo con el intercambio—. Estoy encantado.

—¿Por qué?

—¿Disculpe?

—Lo siento. Quiero decir que, ¿por qué está usted aquí? No cada día me visita un ministro del Gobierno de Su Majestad para averiguar cuáles son mis signos vitales.

Devereux soltó una risilla.

—Como ministro de Sanidad, los hospitales formaban una parte muy importante de mi mundo, y éste sobre todo. Verá, estamos en Weschester, mi distrito electoral, y es mi costumbre pasar por aquí cada mes.

—Me temo que no tengo derecho al voto.

—Los votantes tienen influencia una vez cada cuatro o cinco años, señorita Dean. Eso es una nadería comparado con el poder que ostentan usted y sus colegas de los medios de comunicación. Pero en este caso se trata meramente de una visita social. Me he enterado de su notable recuperación. Sencillamente, quería ver cómo le iba.

Ella le explicó que iba a salir del hospital y él se mostró preocupado. Izzy reconoció que le resultaría ligeramente más complicado de lo que había previsto. Debió haberle pedido ayuda a K. C., pero no había pensado...

—Como miembro del Parlamento, quizá pueda ayudarla.

La sonrisa de Devereux era calurosa, de político experto. Una sonrisa de las que

uno pasa por alto. Sin embargo, en esos increíbles ojos azules, donde los sentimientos rara vez pueden ocultarse, Izzy creyó detectar más que un interés meramente profesional, y no precisamente un interés paternal.

—No tengo nada, absolutamente nada más que la bata de hospital que llevo puesta.

Por primera vez Izzy se dio cuenta de que llevaba realmente poca ropa y se dirigió al otro lado de la habitación para coger su bata.

Al ponérsela no pudo evitar sentirse ligeramente cohibida. No había perdido tanto peso como le hubiese gustado tras el segundo parto, sus pechos estaban más pesados y no llevaba sostén; además, la tonificación muscular a que se había sometido a fin de recobrar su antigua figura casi había desaparecido debido al largo descanso en la cama. Le molestaba que la mirara, pero sólo porque no estaba en su mejor forma. Su largo cabello rojizo había perdido el estilo, y se sentía desaliñada, carente de atractivo. Se le notaban demasiado las secuelas del parto. Nuevamente se preguntó si podía haber vida después del parto.

Devereux, por su parte, vio a una mujer guapa más alta que la media, aunque todavía frágil, que se movía con gracia por la habitación y que, incluso en su anónima ropa de algodón de hospital, era incuestionablemente femenina. Su tez era limpia, fresca; su cabello, brillante; sus ojos, verdes, luminosos, activos, interrogantes, sin maquillar, pero que apenas precisaban resaltarse artificialmente, esos ojos que había visto a menudo en reportajes desde las zonas peligrosas del mundo en las que el maquillaje habría sido risible. Ojos verdes, sus preferidos. Ojos que bailaban en medio de una habitación atestada de corresponsales encanecidos y que fueron el motivo por el que la eligió para una entrevista exclusiva.

Era la primera vez que un hombre la miraba así, fijamente, desde que llegara al hospital, sin intentar ocultar su admiración; la mente de Izzy repasó las vénulas, tan parecidas a raíces, que habían brotado en sus piernas con el embarazo y que había decidido quitarse por medio de la cirugía plástica. Cuando tuviera tiempo.

De pronto, sus pensamientos le parecieron raros. Le había sido fiel a su marido durante los años que llevaban casados. Y ahora ya estaba preocupándose por lo que otros hombres podrían pensar de ella... y ella de ellos. Tales sensaciones se veían empañadas por cierta tristeza. No obstante, no podía negar ese núcleo de excitación también presente; cuando menos, volvía a sentir algo.

—Y técnicamente, tengo problemas para probar que existo. Todos los documentos con los que podía identificarme se perdieron en el accidente.

—No hay problema. Si me lo permite, daré unos puntapiés en unos cuantos culos de la embajada norteamericana, para que alguien venga a verla.

—Es usted muy amable. Debí haberlo hecho yo misma, pero, hasta hoy, no había pensado realmente en ello. Todo eso parece sin importancia cuando está una tumbada en un hospital, con la memoria hecha pedazos. Supongo que debería ponerme en contacto con mi banco y encontrar el modo de vestirme y ganarme la vida; los de

servicios sociales están buscándome una pensión en la ciudad en la que Benjy y yo podamos quedarnos mientras pongo las cosas en claro.

Estaba pensando en voz alta y no pidiendo ayuda, pero él respondió sin vacilar.

—Mire, está usted tratando de curarse, no de ahogarse en problemas. Permítame recortar todos estos trámites. Por favor. A un político no se le presentan muchas ocasiones de actuar con problemas reales. Estamos siempre demasiado ocupados fingiendo que salvamos al mundo.

Su modestia divirtió a Izzy.

—Tengo una casa en Bowminster, a unos treinta y cinco kilómetros de aquí. Tiene mucho espacio y está vacía durante la semana, cuando yo estoy en Londres. Usted y su hijo se encontrarían muy cómodos y serían muy bienvenidos. Hay mucho terreno y un jardinero que puede hacer las veces de chófer y cumplir sus encargos. Le dará el tiempo y la libertad que necesita para poner las cosas en claro.

—Eso es muy generoso, pero...

—No me convierta en algo que no soy, señorita Dean.

¡Dios! Era increíblemente modesto e inglés, pensó la reportera. Por un breve momento contempló sus ojos húmedos, salpicados de la extraña mezcla de autoridad y decadencia endogámica típica de la clase alta, y, antes de darse cuenta de que estaba siendo repugnantemente cínica, se preguntó si era cierto todo lo que había oído decir, si de veras era un arquetípico maricón inglés. Ahora bien, si lo era, no tendría de qué preocuparse si se quedaba en su casa...

—Puesto que ya mi familia no vive conmigo...

Vale. Un maricón que se oculta. «¡Por Dios, Izzy! ¡El tipo está tratando de ayudarte!»

—... No me gusta que la casa permanezca vacía tanto tiempo. Me haría muy feliz. La cuenta del teléfono es ya enorme, así que no tiene que preocuparse por eso. Y, en cuanto a la rapa y demás, es fácil. —Metió la mano en el bolsillo de su americana y sacó su cartera—. Estoy seguro de que su crédito es bueno. Aquí tiene doscientas libras, con las que podrá empezar. Devuélvamelas cuando se haya recuperado del todo.

—Pero no puedo aceptar dinero de —estaba a punto de decir «un extraño», pero sonaba patético—... de un político. Del ministro de Sanidad.

—¡Ah, pero no lo soy!

Devereux batió palmas, encantado de poder superar su argumentación. A diferencia de la última vez.

—Se lo perdió. El cambio del gabinete. Ahora soy el ministro de Defensa de Su Británica Majestad. Y usted, señorita Dean, es una corresponsal extranjera. Si mi intento de ayudarla la molesta, tómese como un soborno.

Ambos se rieron; ella se sentía desesperadamente vulnerable. Decidió que era hora de dejar de luchar. Le dio las gracias y él convino en que su jardinero vendría a recogerla esa tarde, a las dos.

No fue sino más tarde cuando Izzy se percató de que se trataba del hombre en cuyas manos yacía el futuro del Plumero y, con él, la suerte de su vengativo marido.

* * *

Una sensación de bienestar empezó a crecer en Izzy cuando fue a buscar a Benjy y comenzó a recoger la poca ropa y los juguetes de segunda mano que le habían dado los diversos flujos de ayudantes y benefactores que llegan a cualquier hospital. Tenía a su hijo, fuese lo que fuese que planeaba hacer el padre de éste, y por fin se disponía a juntar de nuevo las partes de su vida. Ya no se encontraba sola; la situación no podía empeorar, se dijo.

El chófer de Devereux llegaría pronto y era hora de despedirse. Recorrió la UCI, la sección de neurología y subió al pabellón infantil, es decir, los lugares que habían constituido su mundo en las pasadas semanas; estrechó manos, le desearon suerte, la felicitaron y le ofrecieron consejos gratuitos. Ella, a cambio, dio las gracias.

Fue en el pabellón infantil, en medio de la confusión de colores vivos y animales de peluche, donde, en la camita al lado de la de Benjy, se topó con los preparativos para otra partida.

—Es hora de que nos vayamos, cariño —le decía una joven negra a una niña pequeña y muy blanca.

La niña contaba apenas un año y protestaba vigorosamente; la mujer era del África Occidental, a juzgar por su pronunciado acento.

Izzy se sintió atraída por la niña, de un cabello rojizo como el de Bella y no mucho mayor que ella. Su mirada pasó de la mujer a la niña.

La mujer, al percibir el interés y la confusión de Izzy, soltó una risa divertida.

—No soy su madre —declaró, sonriente.

Izzy le respondió con igual buen humor.

—Quién sabe por qué, pero no me lo pareció...

—La voy a llevar a ver a sus padres —explicó la negra, antes de darse cuenta de que no constituía realmente una explicación—. Soy de los servicios sociales. Me llamo Katti. A la pequeña la van a adoptar.

—Pobrecita —fue la respuesta instintiva de Izzy.

Pero la otra mujer la contradujo de inmediato.

—No, no, querida. Tiene suerte. Bonita casa nueva. Dos coches. Padres cariñosos. —Katti bajó la voz, en son confidencial—. Verá, su madre biológica es soltera; sólo tiene quince años y es de algún lugar cerca de Birmingham. Vino aquí a tener a la niña. Muchas de esas chicas vienen aquí. Es tranquilo, está junto al mar, lejos de amigos y parientes, ¿sabe? Muy privado. Primero dijo que quería darla en adopción y luego, la boba, cambió de opinión. Pero sus padres no quieren que vuelva con ellos, ¿ve?

—Ya veo. Pero me es difícil entenderlo.

—Claro. Así que la chica se espanta. Cree que le van a quitar a su hija. Se escapa y vive durante meses en lugares abandonados, escondida y cuidando a la niña a solas.

Los ojos de Katti, enormes y rodeados de espectaculares ojeras, se pusieron en blanco por la pena.

—Y empieza a robar y a hacer Dios sabe qué más para conseguir comida y ropa para la niña. Cuando la encontramos, la pequeñita estaba tan flaca como una hoja de papel, su peso era bajísimo y dormía en una caja de cartón.

—¿Así que le han quitado la niña a la madre?

—¡Cielos, no! Hablamos con la madre. Hablamos y hablamos y hablamos. No hay prisa. Nunca hacemos nada con prisas aquí. —Se rió ante lo que era obviamente una frase común en Dorset—. Finalmente, está de acuerdo en que lo mejor es que ella y su hija se ajusten al plan inicial y dejar que a la pequeñita la adopten. No hay manera de que pueda criarla sola. No la culpamos, pobrecita... trata con todas sus fuerzas de hacerlo.

En ese momento, la pequeña, indignada porque ya no era el centro de atención de su cuidadora, vomitó sobre la ropa que acababan de ponerle. Izzy sonrió y la negra hizo una mueca, fingiéndose ofendida. Pero Benjy señaló a la pequeña con un dedo y soltó una risotada.

—Bebé fedma, bebé fedma —gorjeó.

Sus ojos traviosos brillaban de alegría. Era la primera vez que reía desde el accidente.

A un mes de su tercer cumpleaños, Benjy hablaba de una manera rudimentaria y el trauma del accidente había destruido su inicial voluntad de perseverar. Pero, desde que había salido del estado de coma, Izzy había pasado gran parte de cada día dándole de nuevo las lecciones básicas que el miedo había hecho desaparecer de su mente. Para Benjy, y aún más para Izzy, cada frase balbuceada representaba un triunfo mayor.

Y ahora también estaba riendo. Luchando. Creciendo de nuevo. Los ojos de Izzy rebosaron de orgullo.

—El bebé se va del hospital, Benjy —le dijo, a la vez que le enderezaba el cuello—. Tú y yo vamos a dejar el hospital también.

—Llevar bebé con nosotros.

—No, Benjy, este bebé va a ir con una nueva mamá y un nuevo papá —empezó a explicarle.

Más el ánimo de Benjy se tomó instantáneamente en malhumor y frustración infantil. Desde el accidente y su traumático, aunque temporal, «abandono», las emociones de Benjy se habían vuelto frágiles; el niño era más dependiente, más impaciente.

—No ese bebé. Llevar bebé con nosotros. Bebé Bella.

Izzy lo cogió en brazos y lo cubrió de besos. Lo apretó posesivamente, como si alguien estuviese a punto de quitárselo. En los rizos de su cabello ocultó las lágrimas

que empezaban a formarse.

—Bebé Bella no puede venir con nosotros, cariño. —I ^ palabras agridulces se escaparon de sus labios—. Bella está muerta y se ha ido al cielo.

—¡No!

—Lo siento, Benjy...

—No, no, mami. Bella no muerta —contestó indignado el pequeño.

—¿Qué quieres decir?

—Señora vino y llevó Bella.

3

Con gran ternura, Izzy sentó a Benjy, le alisó el cabello, volvió a abrazarlo y se dio tiempo para recuperarse. Con paciencia y dificultad, trató de explicar a su hijo que se equivocaba. Que debió imaginárselo.

El niño no quería saber nada de eso y se atenía a lo dicho. Tenía un concepto de la muerte particular, pues era una de las primeras lecciones que aprendían los niños al ver las escenas de sufrimiento que presentaba Izzy. La muerte significaba un niño o una niña que se dormía para nunca despertar.

—La señora llevó Bella. Y Bella llora.

—¿Qué señora? ¿Una señora como ésta, Benjamin? —preguntó Izzy, señalando a Katti, la trabajadora social negra que empezaba a interesarse por el apuro de madre e hijo.

—No, no. Diferente.

—¿Una como yo, entonces?

Benjamin examinó a su madre con gran atención, como si lo hiciera por primera vez.

En un instante la imagen volvió a la mente de Izzy y, con ella, el temor. El miedo se abrió camino, quemándole la espina dorsal, abrasándole la nuca y la zona debajo del cuero cabelludo, hasta hacerle arder la mente. En la parpadeante luz arrojada por las llamas, vio la misma espeluznante máscara, como en una pesadilla.

La chica. Sus ojos ahora llenos de terror. Desvaneciéndose.

Y llevándose a Bella.

Cogió un lápiz de cera y una hoja de papel sobre la que Benjy había estado garabateando. Dibujó un rostro. Delgado. Largos mechones de cabello.

—¿Así, Benjy? ¿Con cabello como éste? —inquirió, vacilante.

El niño asintió con la cabeza.

—¿Una vieja, Benjy? ¿Era una vieja?

—No, mami —contestó él con impaciencia y moviendo la cabeza para mostrar su desacuerdo.

—Y, ¿los ojos?

Esbozó dos círculos, pero el niño miró su obra sin expresión. Entonces, Izzy dibujó alrededor de los círculos, con trazos toscos y desiguales, hasta que los ojos se hubieron achicado y las sombras que los rodeaban se hubieron distendido y oscurecido.

—Sí. ¡Es ella!

Izzy guardó silencio, horrorizada, atormentada, paralizada. No podía ser. ¿O sí?

—¿Puedo ayudar en algo?

Era Katti quien hablaba. Izzy se volvió lentamente, despertando de un sueño parte pesadilla, parte fantasía, pero segura de que se trataba de un sueño.

—Mi hijita murió. Aquí, en este hospital. Hace unas semanas.

Los ojos de Katti se ensancharon, compasivos.

—Sé muy poco, en realidad; no he querido enterarme. Hasta ahora. Dispongo de pocos detalles y ningún certificado de defunción. Pero ha llegado el momento de aclarar la situación. ¿Cómo lo hago, Katti? ¿Lo sabe?

—¿Su hijita murió aquí, en este hospital? Muy triste. Pero no hay problema. Yo puedo aclararlo. Tenga. Mi tarjeta. —Puso una tarjeta de papel delgado con sus señas en la mano de Izzy—. No se preocupe. Me enteraré de todo. Puede llamarme en un par de días, ¿vale?

Izzy esbozó una débil sonrisa para agradecerse y el tormento empezó a retroceder. Pero, por más que lo intentara, no desapareció del todo, pues, brillando entre sus rescoldos, se encontraba también la esperanza. Una nueva esperanza patética, sin sentido y desesperada.

Se le ocurrió una idea. Una idea tonta, lo sabía, pero que no podía perjudicarla, y en cambio podría desterrar la ilusión y acabar con la angustia. Proporcionarle una certeza. Dejó a Benjamin en el pabellón, explicando que tenía que dar las gracias a otra persona.

No fue difícil de encontrar, por muy mal señalado que estuviera. Los que lo necesitaban sabían dónde se hallaba. A medida que iba recuperando fuerzas y empezaba a moverse por el hospital, se había fijado en la llegada constante de furgonetas sin ventanillas traseras ni identificación visible, que desaparecían hacia el rincón más alejado del aparcamiento.

Consistía en poco más que una cabina prefabricada. Por encima de un juego de puertas de doble batiente colgaba un pequeño letrero sin adornos, el único alivio al anonimato que, por lo demás, era total.

«DEPÓSITO DE CADÁVERES.»

Entró.

Se encontraba en un cuarto que hacía las veces de pasillo. Por el centro del corredor, una rejilla cubría el drenaje. En un rincón se hallaban una fregona y un cubo; en otro, una mesita de ruedas de metal tubular y, detrás de ésta, sobre la pared, una enorme hoja numerada del uno al dieciséis, sobre la que figuraban nombres y medidas. En la pared opuesta, dominaban unas puertas de metal gris de unos tres pies de alto, amontonadas en doble fila y, en cada una, su número correspondiente. En una de estas puertas habían pegado, con cinta adhesiva, un letrero escrito a mano: «LARGO PLAZO. CERRAR SIEMPRE CON LLAVE.»

El ambiente de la sala era fresco. Oyó un estrépito proveniente de algún sitio más allá de la puerta. Acaso alguien había dejado caer una bandeja de metal. Izzy siguió el sonido. Pasó frente a una puerta abierta, por la que vio una pequeña capilla, de paredes cubiertas de madera y afuera de la cual se encontraba una fila de baratas sillas apilables sobre las que alguien había dejado un par de altas botas recién lavadas. Al doblar la esquina, el color del suelo cambió de gris a verde; casi antes de darse cuenta, había traspuesto otra puerta de doble batiente.

Esta pieza, considerablemente más amplia que la anterior, se hallaba dispuesta como la cocina de un hotel, con fregaderos, encimeras, cubos de plástico, básculas, cepillos y toda clase de utensilios immaculados. Una sierra circular colgaba de un gancho en la pared del otro extremo.

En el centro de la sala se hallaban dos mesas de acero inoxidable, cuya superficie consistía en una rejilla de brillante metal. En una se amontonaban escalpelos, mantillos, sierras, cinceles, tijeras, cizallas y otras herramientas que habrían causado la envidia del difunto padre de Izzy, a quien le entusiasmaba trabajar la madera. En la otra mesa, bajo un foco que hacía brillar la húmeda mesa, se encontraba un pequeño montón de material que un hombre bajo que vestía mono verde, delantal, guantes de látex y botas de goma, estaba manipulando y organizando. El suelo a su alrededor estaba mojado. Una radio sobre una cercana encimera emitía los acordes de una sinfonía de Mozart. Inclinado sobre la mesa, de espaldas a Izzy, el hombrecillo apretaba las posaderas al ritmo de la música.

Pom. Pom-pom. Pom-pom-pom-pom-pom.

La parte inferior de su cuerpo se alzaba y caía al son del ritmo, pero el resto permanecía totalmente quieto, concentrado en su tarea. Pasó bastante tiempo antes de que se diera cuenta de que no estaba solo.

—Hola, doctora —saludó desde detrás de su máscara—. Estaré con usted enseguida.

Dirigió la mirada hacia la derecha, donde, a lo largo de la pared, encontró idénticas puertas de metal gris con sus correspondientes números, y que eran el otro lado del frigorífico. En frente, otra camilla rodante y, sobre ésta, cubierto por una sábana y tumbado, el contorno inconfundible de un cuerpo. Ahora sabía cuáles eran los materiales que el hombre, un técnico forense, manipulaba.

Izzy estaba acostumbrada a la muerte. Pero no así, antiséptica y cuidadosamente numerada. Además, faltaba el hedor; no había putrefacción, ni carne chamuscada, sólo un fuerte olor a... ¿a qué? Formol, supuso.

El técnico acabó su labor y colocó varias piezas en pequeños tarros de plástico. Cuando se dio la vuelta, Izzy vio que sobre la mesa había dejado un tajo brillante, rosado y sangrante de hígado.

—Discúlpeme por no estrecharle la mano, doctora.

El técnico soltó una risita y avanzó hacia ella con las manos en alto, enfundadas en guantes manchados. Le hizo pensar en su ginecólogo.

—¿En qué puedo ayudarle?

—No soy médico. —La boca de Izzy estaba dolorosamente seca—. Soy la madre de una niña que... pasó por aquí hace unas semanas.

El técnico se transformó en un manojo de nervios. Su tupido bigote se crispó y el hombre empezó a brincar de una pierna a la otra. Se sonrojó desde debajo del mentón hasta la calva.

—¡Ay, caray! Lo siento. Pero no debería estar usted aquí. Por favor. ¡Por favor!

Espere afuera.

Con torpeza y las manos alzadas todavía, la acompañó a la puerta y le indicó que debía sentarse en una de las sillas apilables. Luego desapareció, cerrando firmemente tras de sí la puerta de doble batiente. Izzy oyó el ruido que producía al quitarse los guantes de látex, el choque de bandejas de metal, el chorrear del agua y el sonido de una puerta de metal gris cerrada de golpe.

Cuando volvió a presentarse, su rostro seguía brillando debido a la turbación.

—Le pido disculpas. Creí que era usted un médico visitante. No tenía idea... — Se sentó en una silla junto a Izzy—. No debería estar aquí, de veras, ¿sabe?, va contra las reglas.

—Pero estoy aquí.

—Sí, bueno... Supongo que sí.

Una mano vacilante y sin guantes salió disparada de debajo de la manga del hombre.

—Russell. Soy el señor Russell. Dígame, ¿en qué puedo ayudarle, señora...?

—Izzy Dean. Me llamo Izzy Dean, y mi hija contaba seis meses. Fue un accidente de automóvil. Se llamaba Isabella, pero en ese momento ustedes no conocían su nombre.

—Sí, creo recordarla. ¿Quiere algunos detalles? —preguntó, titubeante.

Su bigote volvió a crisparse.

—Sí.

—Mire. Vaya a esperarme en la capilla, mientras yo voy a buscar el registro.

La capilla era de lo más rudimentaria. Paredes revestidas con chapa de madera, flores de plástico, chillonas velas eléctricas. Era un local al que el arquitecto había olvidado añadir alma. No era precisamente un lugar donde se hallara consuelo... ni nada más, de hecho.

Al poco, el hombre se reunió con ella. En las manos llevaba un gran libro con cubiertas de cuero.

—Aquí está. —Su dedo se deslizó por la página—. Sí, la recuerdo. Yo mismo llevé a cabo la autopsia. Tenemos que hacerlo, ¿comprende?, con todas las muertes imprevistas.

Su tono estaba cargado de compasión. Había cortado y partido cientos de cuerpos; sobre la mesa, no constituían para él más que otro día de fascinante trabajo forense, un interminable desfile de testimonios de la locura, la brutalidad y la pura mala suerte del hombre. Pero nunca había olvidado que, detrás de cada estadística y de cada cuerpo cosido, se encontraba el dolor de alguien. Bueno, detrás de casi todos los cadáveres. Ocasionalmente los había que parecían haber llegado directamente de la nada, como el bebé aquel.

—Figura aquí como Niña No Identificada... de aproximadamente seis meses de edad... la noche del primero de noviembre... murió de hematoma subdural, me temo. Tenía algunas magulladuras en un brazo, pero ninguna otra herida. No debió de sentir

ningún dolor —la tranquilizó—. Véalo usted misma, si quiere.

Le entregó el registro. Los ojos de Izzy recorrieron la doble página, deteniéndose en los detalles, los términos médicos, las firmas y la fecha de cada anotación, antes de proseguir. Al hacerlo, dejaron una huella dos pequeñas lágrimas que cayeron sobre las páginas.

Así que era cierto.

—Lo siento —se disculpó al secar las páginas—. Ya estoy bien.

—Por supuesto, señora Dean. La comprendo. ¿Sabe?, era una niñita muy bonita —continuó el técnico, que experimentaba la necesidad de ofrecerle más consuelo—. La recuerdo muy bien. Su rostro tenía una expresión de paz. Tenía hermosos rizos oscuros. Me recordó mucho a mi propio pequeño.

Izzy se enjugó los ojos y se volvió hacia él.

—No, señor Russell. Tenía el cabello rojizo. Como el mío.

—Pero oscuro, en todo caso —protestó el hombre, antes de darse cuenta de que no serviría de nada—. Lo lamento. Estaba seguro... Debí equivocarme.

Pero su voz carecía de convicción. Estaba siguiéndole la corriente.

—Mi hijita tenía el cabello rojizo —repitió Izzy, con voz inexpresiva.

Una espiral de caos empezaba a formarse en su interior.

—Claro, tendrá usted razón. Que tonto fui. Yo...

El técnico vaciló y se calló. Encontró algo importante que examinar en la punta de sus dedos.

En el interior de Izzy no quedaba espacio para palabras, lógica, explicación humana de las cosas. Se sentía igual que esa primera vez que vio a Bella. El más ligero de los aleteos, muy en el fondo, una mariposa, un despliegue de alas. La vida. Y, de ese toque de vida, un temblor de excitación y esperanza se estiró por todo su ser.

—Lo siento —le dijo el técnico—. No creo poder ayudarle mucho más.

—Señor Russell, me ha ayudado mucho más de lo que se imagina.

* * *

Para un hombre a quien los demás tendían a ver con cierta admiración basada en la angustia, el sicólogo del hospital estaba experimentando una turbación poco acostumbrada. El resplandor terapéutico del largo fin de semana, basado en aniquilar faisanes, empezaba a desvanecerse, en tanto su sistema cambiaba de velocidad para otra ofensiva contra la incontinencia emocional y psicológica. Había recibido una llamada perentoria para encargarse de una paciente a la que ya debería conocer mucho mejor. Pero, dado que la autoridad sanitaria local estaba reduciendo al mínimo los recursos, ¿cómo esperaban que tratara a todos los enfermos? Sobre todo una que, según su historial médico, se recuperaba excepcionalmente bien, aunque resultaba ser otra más de esas mujeres con los nervios destrozados que se aferran a la irrealidad.

Izzy estaba sentada en un consultorio funcional, demasiado pequeño y evidentemente atestado. Frente a ella, encaramado en un rincón de su escritorio e intentando parecer informal, a la vez que alcanzaba la altura que le permitiría dominarla, se hallaba el sicólogo. Detrás de él, en una silla, estaba sentado el neurólogo de Izzy, Weatherup. A sus espaldas, la reportera percibía, sin verlo, al administrador del hospital, cuya presencia se cernía sobre ella. La tenían rodeada.

El sicólogo blandió sus gafas frente a Izzy. Tenía la costumbre, cuando se sentía agobiado, de gesticular con ellas en la mano para subrayar lo que decía, antes de volver a ponérselas con cierta violencia. De gran ayuda en este proceso estaba el puente increíblemente plano y huesudo de su nariz. En sus momentos más melancólicos, al sicólogo le daba la impresión de que le proporcionaba el aspecto de un búho. Pero, en opinión de Izzy, que lo miraba desde la incomodidad de su silla tapizada de gomaespuma y de resortes hundidos, le daba el aspecto de un buitre al acecho.

—Mire, señorita Dean. Izzy...

El sicólogo intentó sonreír y se inclinó, con la esperanza de parecer confiado, pero que a Izzy le hizo pensar más bien en un buitre que alcanzaba a su presa.

—Tal vez sea culpa mía; debí hablar con usted más a fondo antes, pero no esperaba que se fuera del hospital tan pronto. Debe saber que los sentimientos que está experimentando son completamente normales. El no poder aceptar la pérdida de su hijita; el no poder llorarla adecuadamente. Después de todo, en un momento dado la tiene allí, a su lado y, al siguiente... al menos es el siguiente para usted... hace muchos días que murió y usted no ha tenido la oportunidad de despedirse de ella. Lo comprendemos, de veras. —Enderezó los hombros y se empujó las gafas en la nariz—. Pero tiene que tratar de entender que en este país no cometemos errores de ese tipo.

La suya era una actitud condescendiente típica de numerosos hombres públicos que se dejaban entrevistar a la vez que clavaban la mirada en sus tobillos o en las curvas debajo de su blusa, incapaces de aceptar que una mujer comprendiera o estuviese realmente interesada en el fondo de sus respuestas. A menudo, en su anhelo por representar lo que consideraban el papel de un modelo sexual del hombre fuerte, bajaban la guardia y revelaban mucho más de lo que habrían siquiera pensado en descubrir a un reportero de su mismo sexo. Pero éste no descubría nada. No tenía nada que dar, si no eran excusas y tópicos.

—Verá, tenemos sistemas para casos como ése —prosiguió el sicólogo—. Desde el momento en que entran en el hospital, a los pacientes les ponemos un brazalete de plástico con el que los identificamos, y esa etiqueta se queda con ellos hasta que se van. No se puede caer, ni perder. Se tiene que cortar; no cabe la confusión. Debe confiar en nosotros en este caso.

Pero Izzy no confiaba.

—Creo haber leído algo hace un tiempo acerca de unos padres a los que enviaron

a casa con los bebés equivocados.

—¿No sucedió en Norteamérica?

—En Bournemouth, creo.

—Estoy seguro de haber oído que eso ocurre... muy ocasionalmente, incluso allá... en Norteamérica. Pero no aquí. Nunca en Inglaterra.

—En Bournemouth —insistió Izzy.

—Pero no en este hospital, señorita Dean. —El administrador se unió a la conversación.

En su mente, poner en duda equivalía a criticar y ella estaba poniendo en duda su sistema.

—No había dos bebés en este caso. Sólo la suya. Así que me temo que no pudo ocurrir.

—La confusión en cuanto al color del cabello de su hija no fue sino un simple error, Izzy —intervino Weatherup—. Después de todo, el color del cabello y detalles como ése no figuran en el registro del depósito. Sólo fue un desliz de la memoria. ¡Por Dios! Usted, más que nadie, debería entender eso.

Trató de emitir una tranquilizadora risita, que se clavó y murió en los directos y muy profesionales ojos verdes de la reportera.

—Quisiera interrogar a los otros miembros del personal. A las enfermeras de servicio esa noche.

—Estaría muy bien, claro que sí. De hecho, lo recomendaría como parte de su terapia.

—¿Terapia? ¿Para olvidar?

—Para aceptar, Izzy —continuó Weatherup.

—Señores, no tengo intención de aceptar, como dicen, si eso significa dejar pasar estas inconsistencias.

—No hay ninguna inconsistencia —protestó el administrador. Su voz subió medio tono debido a la impaciencia— Estamos hablando sencillamente del recuerdo confuso de un técnico al que pilló por sorpresa en una parte del hospital a la que no debía haber ido.

Crecía la exasperación del hombre. No le gustaba que la gente metiera las narices en la eficacia de sus sistemas, y menos una extranjera, una paciente que, con suerte, sería dada de alta y dejaría de ser responsabilidad del hospital.

—Esto no nos está llevando a ninguna parte —interrumpió Weatherup, deseoso de llevar la conversación a su cauce—. Izzy, hable con las enfermeras, si eso es lo que desea. Así verá cuánto se preocupan, y cuánto se preocuparon por Bella.

—Pero recuerde que un millar de pacientes han traspuesto las puertas de la sección de Accidentes y Urgencias desde que llegó usted —intervino el administrador—. No puede esperar que recuerden todos los detalles.

—Seguramente tienen un registro de esos detalles.

—Estarían en el informe de la autopsia... empezó a decir el neurólogo.

—Quisiera verlo.

—Contiene toda suerte de detalles médicos, algunos de los cuales no comprendería y que, como madre, no le agradarían.

—Soy periodista —le recordó firmemente Izzy.

—Los informes de autopsia son confidenciales —espetó el administrador—, especialmente cuando de periodistas se trata.

—Yo...

Izzy estaba a punto de hablarles de Benjamin, pero se contuvo. Sabía que no serviría de nada. Sería el recuerdo de un niño contra el prejuicio de ellos. Tenían la mente estrecha y, de todos modos, ella misma apenas comprendía las palabras de Benjy; esos hombres flácidos captarían aún menos. Se requería una mujer, o al menos hombres mejores que éstos, para reconocer que, aunque alguien contara menos de cuarenta —de hecho, menos de cuatro— años, sus opiniones podían ser válidas.

El sicólogo también había concluido que la conversación no conducía a nada. Sus gafas ya se estaban agitando ante ella.

—Tiene que aceptar, querida, que las dudas emocionales son perfectamente normales en una mujer que ha pasado por una experiencia desgarradora como la suya. Son de esperar. Perfectamente normales. Lo que tenemos que hacer es permitirle liberar sus angustias, aceptar los trágicos acontecimientos. Lo que haré es recomendar que se haga lo necesario para que, por medio de nuestro excelente personal de la sección de servicios sociales, vaya usted al escenario del accidente. Será doloroso, no cabe duda, pero actuará como una especie de... catarsis, una purga para sus dudas y sus emociones. La ayudará a enfrentar la realidad de la pérdida de su hijita. Y le facilitaremos que hable con quienes ayudaron a cuidar a la pequeña —echó una ojeada a sus notas— Isabella.

—Ya he hecho eso. Hablé con el técnico del depósito. No me ayudó mucho, ¿verdad?

«¡Maldita mujer, con su intransigencia!» El sicólogo volvió a hincarse las gafas sobre la nariz, cuyo puente ya empezaba a brillar, a enrojecerse y a parecer dolorido, desmintiendo la sonrisa fija que cubría sus rasgos.

—Y sugiero que tengamos sesiones regulares, solos usted y yo, cada dos días, mientras sea paciente del ambulatorio. Así llegaremos a conocernos.

—Y estoy seguro de que podemos recetarle algo que le ayude a dormir... si cree necesitarlo, quiero decir —ofreció Weatherup, en un intento por ayudar.

«¡Ya está!», pensó Izzy. La tradicional respuesta médica. Rodear y calmar.

El sicólogo metió la mano en el bolsillo de su chaleco y sacó una pequeña agenda de citas.

—Empecemos las sesiones el lu... no. ¿Qué le parece el martes?

Tenía el lapicero plateado listo para atacar. Izzy estaba a punto de ser arreglada, archivada, anotada y borrada.

¡Dios! Pero sabía que necesitaba ayuda. Un perro iracundo e insaciable le

rasguñaba el interior, un perro mestizo cuyo padre era el dolor y cuya madre era el sentido de culpabilidad de la propia Izzy, la sensación de que era responsable de la suerte de su hijita, de que le había fallado.

Encontraría alivio únicamente en los hechos. Más sabía que no hallaría respuestas tumbada en el sofá de este hombre, o sentada a sus pies en esa silla de muelles. Tenía que aceptar la posibilidad de que tuviese razón el hombre, de que la mujer neurótica y emocionalmente desequilibrada reflejada en sus ojos con gafas se estuviese engañando, aferrándose a sus ilusiones en un intento por pasar la realidad de largo y crear una esperanza y un mundo que simplemente no existía. Bella estaba muerta, casi no cabía una duda razonable.

Pero Izzy era una escéptica profesional, entrenada para ser irrazonable, a no creer en ninguna prueba que no se pudiese tocar con ambas manos y sacada de las sombras a la despiadada luz del día.

Era, además, una mujer que prefería sangrar a ser hundida por las preocupaciones condescendientes del establishment machista.

Sea razonable, le decían. Pero, ¿cómo podía ser razonable una madre?

La estaban mirando, esperando; el lapicero de plata seguía suspendido. Había momentos en que se debía atacar, otros en que se tenía que disimular y otros más en que era preciso mentir, sencillamente. Contaba con su atención. Se arrellanó en el brazo de gomaespuma de la silla, se cruzó de piernas, alzando así el dobladillo de su falda de segunda mano y exhibiendo las rodillas. Sonrió. Si insistían en tener a una mujer tonta, de sonrisa boba, les dejaría pensar que eso era.

—Por supuesto. Tiene razón. Llamaré para pedir hora. Tan pronto como me haya instalado.

El sicólogo enderezó los hombros, victorioso. Empujó sus gafas sobre el puente de la nariz, guardó su agenda y su lapicero de plata. Disfrutaba de su pequeño triunfo. Creía haber calibrado a Isadora Dean.

¡Maldito tonto!

* * *

Se aproximaron al hogar de los Devereux por una larga avenida flanqueada de cornejos; sus zarcillos de puntas sangrientas desafiando el marchitamiento del otoño como... ¿cómo qué? ¿Cómo la perspectiva de vida y esperanza? ¿O como dedos descamados que atravesaran el montículo de una tumba? Izzy no pudo decidirse.

El chófer de Devereux la había estado esperando; de hecho, como resultado de la incursión de Izzy en el depósito y de los momentos pasados con los miembros de la profesión médica del hospital general de Weschester, estuvo esperando un tiempo considerable. Daba la impresión de ser un hombre brusco, taciturno; sus modales sugerían impaciencia. ¿O se trataba acaso de la innata reserva de los habitantes del campo ante los extranjeros?

En todo caso, no hubo oportunidad de conversar pues, mientras conducía, la dejó en el asiento trasero, aferrada a Benjamin, que estaba paralizado ante la perspectiva de otro viaje en coche hacia lo desconocido. No es que el vehículo de Devereux tuviera algún parecido notable con el Renault destrozado. Se trataba de un Rolls Royce Silver Cloud, de casi cuarenta años de antigüedad, de una combinación clásica de azules y gris con la tapicería original, si bien agrietada, de esa época en que las normas de diseño eran excéntricas pero duraderas, antes de que los coches de lujo iniciaran su inexorable progreso hacia el anonimato provocado por los ordenadores. Devereux viajaba con gran lujo.

El jardinero-chófer se llamaba Chinnery, eso al menos había logrado sonsacarle, aunque no era su nombre de pila. Contaría unos cuarenta años, hirsuto, ceño fruncido, cabello casi rapado, tatuajes en los brazos y ropa de trabajo gastada pero práctica y limpia. Sólo sus botas revelaban una ligera traza de tierra, allí donde el lodo había sido cuidadosamente raspado alrededor de la suela, dejando una marca de humedad. Izzy imaginaba que se trataba de un antiguo militar, un soldado de los que están acostumbrados a obedecer órdenes, sin experiencia social en el comedor de los oficiales. Y su rostro era el mismo rostro curtido y suspicaz que había visto asomarse en los controles y desde detrás de las barricadas en todas las zonas de guerra que había filmado. Esas zonas donde la azada y la hoz se cambiaban demasiado a menudo por un kalashnikov y un cinturón de municiones, y donde montículos de tierra recién cavada resultaban ser lo más opuesto a la hermosura de un jardín inglés.

La casa de Devereux, como su coche, era amplia y estaba soberbiamente amueblada. Era una antigua finca de ladrillo que había sufrido numerosas modificaciones a lo largo de los siglos y que ahora se extendía bajo un grueso tejado de paja recién recortada que los vientos del invierno aún no habían tenido la oportunidad de arruinar. El emplazamiento era magnífico; desde allí se veían centenares de hectáreas de bosque y tierras de cultivo e incluso el campanario del pequeño pueblo, Bowminster, situado en el protector abrazo de colinas suavemente esculpidas. Más allá de Bowminster, con sus tejados que parecían juguetes y el humo en espiral de docenas de chimeneas, a unos veinte kilómetros y a través de una hendidura en las colinas circundantes, Izzy vio el agua gris del Canal de la Mancha.

Ésta era la tierra de Thomas Hardy; el corazón de esta tierra, lleno de hermosura y misterio infinito que persistía bajo la sombra rural. Y repleto de tragedia personal. En las obras de Hardy se encuentra siempre la tragedia personal. ¿Acaso tenía alguna un final feliz? Izzy no lo recordaba.

Al recorrer la serpenteante avenida flanqueada de cornejos y al entrar en el patio adoquinado rodeado de tilos entretejidos, la joven se sentía inquieta. Lo apartado del emplazamiento significaba el aislamiento y le recordó que se encontraba sola. Era una mujer acostumbrada al ajetreo de la carretera de circunvalación de la capital norteamericana, a las prisas suicidas de una autopista alemana, a las nubes de humo de los coches, en vez de la aromática brisa del mar; el ritmo bucólico de Bowminster

alentaba la introspección, la meditación, la relajación, y no la posibilidad de estrangular a alguien para arrancarle la verdad sobre Bella.

Cuando el Cloud frenó suavemente y se detuvo, Izzy se encontró tamborileando con los dedos, impaciente. Pero el alivio, en forma del mundo exterior familiar, estaba a mano. En el patio estaba aparcado un Ford sedán que, a juzgar por el lodo fresco en la carrocería, venía desde muy lejos y bastante deprisa. Lucía matrícula diplomática.

Salió el conductor, un hombre diminuto pero meticulosamente peripuesto, de hombros estrechos y bigote demasiado recortado, y corrió a abrir la portezuela. Su porte, es decir, la cabeza alzada y el pecho echado hacia delante por encima de unas piernas torpes y larguiruchas, evocó en Izzy el pavoneo de un gallo. El corte de su traje y el largo de su pantalón, que dejaba ver demasiado calcetín para el gusto europeo, hizo suponer a Izzy que se trataba de un norteamericano. Del sur.

—Soy Pomfritt. Harry Pomfritt, señorita Dean —se presentó. Su pronunciación revelaba su procedencia, de la costa este y de un colegio privado—. Soy el oficial consular de la embajada. El señor Devereux me pidió que me reuniera con usted. Estoy encantado de que haya salido del hospital.

Padecía un ligero ceceo que se hacía más evidente cuando se emocionaba o se sentía incómodo.

Con el propósito de ayudar, trató de coger a Benjy, que se echó para atrás, temeroso de que volvieran a separarlo de su madre.

—Mejor no —convino el funcionario—. ¿Puedo ayudarle con su equipaje?

—No lo creo. Lo llevo puesto.

Pomfritt dio un paso atrás y se alisó el bigote. Obviamente no era su turno. Mantuvo silencio hasta que Chinnery, que tampoco habló, los dejó sentados a la mesa del refectorio en la amplia cocina embaldosada.

Pomfritt decidió que era hora de intervenir de nuevo. Dio palmadas, entusiasmado.

—Podría matar por una taza de buen té inglés —ofreció.

La implicación era clara. Instintivamente, sin que fuera consciente de ello y sin querer ofender, supuso que la mujer lo prepararía. No era precisamente una reacción inédita. Los equipos de cámara de todo el mundo concluirían, sin siquiera discutirlo, que, siendo la única mujer, a Izzy le tocaba organizar las llamadas para despertarlos, encargarse de las reservas en los restaurantes y actuar como secretaria o anfitriona. Después de todo, era algo natural...

¡Hombres!

Izzy recordó una ocasión en que había conseguido una entrevista exclusiva con el recién instalado presidente del Perú, poco menos de dos semanas después del golpe militar que había protagonizado. El hombre se había sentado, en pose magisterial y cubierto de medallas, detrás del escritorio presidencial, eclipsado por un enorme retrato de sí mismo. Entretanto, ella permaneció de pie, haciéndole preguntas

mordaces acerca de las brigadas de la muerte y de los dirigentes de la oposición desaparecidos en medio de la noche. Con gran paciencia y considerable encanto, el presidente había contestado a todas las preguntas, pero dirigiéndose a los tres hombres que componían el equipo de Izzy. Ni una sola vez durante toda la entrevista la había mirado directamente, a no ser para comerse sus pechos con los ojos. Diríase que le era imposible comprender que ella pudiera estar allí para algo que no fuera decorativo. Y para preparar el té.

Izzy miró a Pomfritt e inclinó la cabeza.

—Gracias. Sin azúcar.

El oficial consular paseó la mirada por la cocina, considerablemente confuso. Nunca antes había bregado con una de esas cocinas inglesas. Brincó, aleteó y buscó en vano una tetera eléctrica hasta que, para su inmenso alivio, lo rescató una voluminosa aparición, con todo el aspecto de una tienda de campaña, que resultó ser Sally, el ama de llaves. La mujer hizo un muy buen y muy fuerte té perfumado de naranja.

—Le agradezco que haya venido tan rápido, señor Pomfritt —dijo Izzy, a modo de tregua.

Pomfritt puso su taza sobre la mesa y se limpió cuidadosamente el bigote, gesto que constituyó un error, pues sólo ayudó a subrayar la falta de algo que semejara un mentón.

—Es un placer para mí ayudarla, señorita Dean. Sobre todo cuando la solicitud viene de un hombre como el señor Devereux.

—¿Tiene mucha influencia en la embajada?

—En todas partes, de momento.

Pomfritt meneaba la cabeza, como si estuviese picoteando granos de maíz en el suelo de una granja.

—Aquí entre nos... y estoy seguro de que puedo confiar en que tomará esto como un mero antecedente, señorita Dean... muchos de nosotros creemos que tiene excelentes posibilidades de sustituir al primer ministro en un par de años. Y aunque no fuese así, como ministro de Defensa goza de gran autoridad entre nosotros, los norteamericanos.

El hombre estaba ceceando nuevamente.

A Izzy se le dilataron los orificios de la nariz. Ésta era una situación típica del Departamento de Estado: las noticias aparecidas el día anterior en la televisión por cable presentadas como una información confidencial.

—¿Se refiere al Plumero? —inquirió.

—¿Está familiarizada con esto? Por supuesto, señorita Dean. Es su trabajo. Bueno, no es un secreto federal que el Gobierno considera este proyecto muy valioso y que se está jugando una verdadera partida de póquer al respecto. Paul Devereux parece tener cartas excelentes en la mano, creo que me entiende. Queremos ser muy buenos amigos suyos.

Izzy reacomodó a Benjy en su regazo. Al calor de la cocina, el niño no había tardado en quedarse dormido. Izzy rezó por qué no se meara.

—Dígame, ¿por qué es tan importante?

—Es importante por derecho propio, señorita Dean.

El funcionario tenía la irritante costumbre de repetir el nombre de su interlocutor, como si por medio del énfasis constante pudiera convencerlo de su integridad y sus buenas intenciones. Era un personaje del barrio washingtoniano Foggy Bottom pasado por el Instituto Carnegie.

—Es importante para nuestra estrategia de defensa —prosiguió—. Miles de empleos dependen de él. Pero hay más, mucho más. Verá, significa mucho, no sólo para impresionar a nuestros enemigos en potencia, sino también a nuestros aliados. Si podemos unir esfuerzos con Europa en esto, podrían abrirse las puertas a toda índole de proyectos de cooperación. Un nuevo medio de transporte supersónico que reemplace al Concorde, exploraciones cooperativas en el espacio, acaso una nueva estación espacial...

—Usando el puente espaciado de la NASA, claro —añadió en tono conspirador la periodista.

Pomfritt no pareció percibir el sarcasmo.

—Hasta podríamos ir juntos en cosas como una nueva generación de plantas de fusión y el procesamiento de residuos nucleares. Verá, señorita Dean, a lomos de este *pony* se amontona una gran cantidad de equipaje pesado y, en este momento, el señor Devereux tiene las riendas.

—Al parecer he ido a parar a casa de una persona muy poderosa.

—Ciertamente. Pero déjeme asegurarle que habríamos venido corriendo a ayudarla, de todos modos. Ha pasado por una experiencia muy dura y la embajada norteamericana está encantada de poder serle útil.

El bigote se erizó y se retorció, como si tuviese vida propia. Izzy se dio cuenta de que Pomfritt trataba de sonreír.

—Bueno, señorita Dean, hábleme de su accidente.

Fue muy poco lo que pudo decirle Izzy: unos cuantos detalles que le habían contado, extensas lagunas en el relato. Ni siquiera estaba segura del lugar y de la fecha.

—¿No le queda ninguna identificación?

—Ninguna de este lado de París.

—Su marido, ¿podría ayudarla?

—Podría. Pero probablemente no lo hará. Nos estamos divorciando.

—Una amistad en París, tal vez. La señora que le hace la limpieza. ¿Alguien que tenga las llaves de su piso y pueda enviarle alguna documentación?

Izzy permaneció quieta un rato, concentrada.

—Estoy segura de que tengo una señora de la limpieza, señor Pomfritt. El problema es que, aunque en ello me fuera la vida, no logro recordar nada sobre ella.

—El número de su pasaporte. ¿Se acuerda, quizá, del número de su pasaporte?

—La fecha de mi nacimiento. Recuerdo mi fecha de nacimiento.

El bigote del oficial consular se movía con considerable menos animación. La reportera no lo estaba ayudando mucho.

—Ya veo. Bueno, podría tardar un par de días en poner las cosas en claro. Necesitaré fotografías tuyas. Tengo que conseguir confirmación de la policía local de los detalles del accidente, pedir pruebas documentales a Washington de sus señas, ese tipo de cosas. Necesitaremos todo eso antes de poder otorgarle otro pasaporte. Pero, entretanto, tengo esto para usted.

De la parte de atrás de su carpeta sacó un sobre en el que figuraba el timbre con el águila de la burocracia norteamericana.

—Es una carta de presentación, un documento de identidad provisional en el que se indica quién es usted y se pide que, si alguien tiene preguntas, que se dirija a mí en la embajada. Es algo en que apoyarse, por si lo llegara a necesitar.

—Es extraño —musitó Izzy—. Sin una identidad oficial es casi como si no existiera.

—Existe, señorita Dean, se lo aseguro. —La sonrisa empezaba a adquirir nuevo vigor—. El problema es que ¡no puede probarlo!

—Hay algo más que le agradecería que me ayudara a probar, señor Pomfritt.

—Usted dirá, señora.

—Mi hijita. Me han dicho que mi hijita murió en el accidente. Pero yo no lo puedo creer.

El bigote se paralizó en pleno meneo.

—¡Ay, Señor! ¿Qué está tratando de decirme?

Izzy escogió cuidadosamente las palabras y habló en tono vacilante.

—No... no estoy segura. Verá, creo que alguien se ha equivocado.

—¿Quién?

—No estoy segura de eso tampoco. Pero no creo que la niña que murió en el hospital fuera la mía.

—¡Ah, ya veo!

Pomfritt se mostró reservado; creía que las lágrimas eran inminentes. Era un soltero que no dependía de nadie y de vez en cuando homosexual; nunca se había arriesgado a permitir que la susceptibilidad de una mujer se derramara sin límites por el desierto emocional de su ordenada vida.

—¿Qué le hace pensar eso, señorita Dean?

—La niña que murió en el hospital tenía el cabello de un color distinto al de Bella.

—¿Les pidió que lo comprobaran otra vez?

—No pueden hacerlo. Incineraron el cuerpo casi inmediatamente después de la autopsia.

—Eso es algo... fuera de lo normal —concedió Pomfritt, escogiendo

cautelosamente sus palabras—. Pero debe darse cuenta, señorita Dean, de que no hay casi nada que podamos hacer. O, de hecho, que debamos hacer. He estado en muchas partes del mundo, ¿sabe?, y Gran Bretaña cuenta con el sistema de registro más fiable de todos los que he visto, incluido el de Estados Unidos.

—Señor Pomfritt, yo también he estado en diferentes lugares del mundo, y sé que pueden cometerse errores.

—Pero, en este caso, ¿cómo? ¿por qué?

—Lo ignoro. Es por eso que necesito su ayuda.

Pomfritt intentó chuparse el bigote con el labio inferior, con lo que le resultaba difícil hablar.

—Señorita Dean, aparte del color del cabello, ¿qué más le hace pensar que hubo un error?

Izzy guardó silencio un rato. Ésta era la parte difícil.

—Mi hijo me dijo que a Bella se la habían llevado. Que se la había llevado una mujer rubia.

—¿Su hijo? Benjamin. —El funcionario señaló al niño dormido.

Izzy asintió con la cabeza.

—¿Y qué más, señorita Dean?

Ella inspiró. Tenía que llegar finalmente.

—El instinto. —No bastaba—. Y he tenido sueños —balbuceó, sonrojándose.

—El instinto. Y ha tenido sueños —repitió con mordacidad Pomfritt, condenándola con sus propias palabras.

«Eso era todo, ¿no? —se dijo Izzy—. Sólo eso.»

—Por favor, señorita Dean, escúcheme atentamente. Quiero ayudarla, créame. Pero lo mejor que puedo hacer por usted es hablar claro: ¿no es posible que su accidente, aunado a su pesar, la hayan... —vaciló, pero no pudo evitar el ceceo— conducido a equivocarse de alguna manera? ¿Qué le hayan obnubilado el juicio? ¿Qué le hayan hecho creer lo que desea creer, en vez de lo que debería creer?

—Es posible. Pero no es seguro.

Izzy estaba a la defensiva. Su lógica era tan poco adecuada como sus pruebas.

—Salga de sí misma un momento; conviértase otra vez en periodista. Si alguien le contara algo así, ¿cuál sería su respuesta?

La joven agachó la cabeza. Sabía cuál sería su respuesta: consuelo, asesoramiento siquiátrico, tranquilizantes. Escepticismo. Todo aquello con lo que se había topado todo el día. Su silencio habló por ella.

—Mire, ¿por qué no piensa en ello unos días? Medítelo y piense si no ha sacado las cosas un poco de quicio. Cuando regrese podremos hablar de ello de nuevo. Se lo prometo.

¿Qué tenía ella que ofrecer contra tan buen consejo? Casi ninguna prueba. Nada, sino una duda persistente de que algo no encajaba. Un aleteo interior. Una esperanza; una mística y enfermiza esperanza de que, de alguna manera, Bella podría estar allí,

afuera, en algún sitio.

De nada serviría insistir. Le dio las gracias y él se marchó a toda prisa... se agitó y voló sin esperar una segunda taza de té.

* * *

Izzy no tardó en instalarse; no tenía nada que desempacar que no cupiera en su bolsa, cuyo contenido consistía en unos cuantos artículos de baño, una muda para ella y su hijo, un cochecito de carreras de plástico y un conejo mimoso con una oreja mutilada.

Sally le enseñó su habitación, en el ala original de la casa, que era una finca del siglo XVII, con habitaciones pequeñas y techos bajos, a partir de la cual la casa se había extendido hacia el sur, como una viña alzándose hacia el sol. Desde afuera, daba la impresión de ser un tradicional hogar rural; dentro, Devereux la había modificado y agrandado, de tal manera que se seguían una tras otra las salas de recepción, ofreciendo luz y espacio, a la vez que conservaban el antiguo encanto de vigas irregulares y chimeneas de rincón. El fruto de esta vid arquitectónica era la oficina de Devereux, una amplia sala semicircular, situada en el extremo sur de la casa y que ofrecía una panorámica del valle, como la vista que se tendría desde el puente de un barco al aproximarse a la costa.

La casa era sorprendente, engañosa. Detrás de las puertas de roble sólido y de los tradicionales marcos de las ventanas, cubiertos de rosas trepadoras, Izzy esperaba encontrar antiguos trastos ingleses: unos cuantos calentadores de cama, gran cantidad de objetos de latón pulido y grabados representando escenas de caza, un par de perros cobradores, tal vez; no las originales piezas orientales que tan obviamente interesaban a Devereux. Le gustó sobre todo una doncella birmana de tamaño natural, bailando, que llevaba las cicatrices de dos siglos con gracia y conservaba gran parte del dorado original; arrugó la nariz, cautivada por el panel de madera en el que figuraba una talla minuciosamente esculpida de una joven dando placer a cuatro hombres a la vez. Se trataba del friso de un templo antiguo... de la India, supuso. Dios es Amor.

Y Dios es Muerte. Dios Es. Pero en el interior de Izzy, donde debería estar Dios, no había nada. Se sentía como un pescado destripado.

Pidió un teléfono. Sally le dijo que Devereux había insistido en que usara su oficina, ya aderezada y preparada para ella. Era una habitación sobria, pero meticulosamente amueblada. En ella no había un solo papel a la vista; era de suponer que todo se hallaba oculto detrás de las cerraduras de seguridad de los altos archivadores de metal.

Desde las ventanas miró hacia el valle. Los campos se extendían, cual mosaico, con la tierra recién arada, los prados bajos inundados por la lluvia, las colinas circundantes verdes y discretas, muy inglesas.

La agobió una desesperada sensación de urgencia: quena regresar a su propio mundo, aquel del que había sido parte tan importante y que había dejado hacía... una

vida. Este mundo, el mundo de más allá de las ventanas, resultaba un lugar de temas suaves y de paz, un lugar para recuperarse, para olvidar. Pero no era su mundo. Y no quería olvidar, sin importar cuánto dolor le proporcionaran los recuerdos. Cogió el teléfono.

Primero llamó a Katti, para decirle cómo estaba y cómo ponerse en contacto con ella. Katti ya había empezado a investigar el asunto de Bella, a sacar detalles del sistema, y se pondría en contacto con ella más tarde. Dos días, le prometió.

Luego llamó a Grubb.

—¡Dios, Izzy! ¿Cómo demonios te encuentras? Todos hemos estado muy preocupados por ti —dijo el director de informativos con excesiva efusión.

—Claro, Ed. Casi me habéis enterrado de tanta preocupación.

—Vamos, Izzy. —El director bajó la voz, herido por el sarcasmo—. Lamento lo de la carta. ¡Diablos! Sabes que soy muy franco con estas cosas. Si necesito echarle la bronca a alguien, lo hago en su cara y no por medio de una asquerosa carta. Pero... bueno, ya sabes cómo son las cosas. Una nueva administración y nuevas órdenes.

—Y tú sólo estabas obedeciendo órdenes.

—Claro. —Grubb no captó el insulto—. Pero es fantástico que vuelvas a la acción. De veras te hemos echado de menos. Eres la mejor, ya lo sabes. No podríamos arreglárnoslas sin nuestra Izzy.

Se excedía otra vez con la efusión.

—Así que puedes concederme otro par de semanas.

Se produjo un silencio.

—Dos semanas, Ed. Quiero dos semanas, es todo.

—Pero ya tienes un plazo fijado, que se acaba en dos semanas. ¿Quieres dos más? ¿Dos y dos?

—Son cuatro. Volveré en cuatro semanas.

—Dos, Izzy.

—Dame otras dos, ¡por todos los santos! Hasta Año Nuevo. ¿Es demasiado pedir? Necesito un poco más de tiempo.

—¿Por qué? ¿Estás enferma? Le dijiste a K. C. que volverlas para Navidad.

—No. Estoy bien. Mejorando cada día. Pero hay algunos asuntos de los que tengo que ocuparme con la muerte de Bella. Ed. Y Benjy necesita un poco más de tiempo conmigo.

—La empresa que te emplea también necesita más tiempo contigo, Izzy. —Grubb suspiró hondo, inhalando el nauseabundo olor de la maternidad—. El gran mundo malo allí afuera no va a esperar mientras tú juegas a ser niñera. ¡Caramba! Si de mí dependiera, claro que te lo daría. Pero no depende de mí. Los de la oficina central tienen sus propios problemas y lo han planteado con toda claridad. Regresa en dos semanas... o no regreses.

—¡Qué generosos, nuestros jefes!

—Ellos creen que lo son. Expusiste el culo cuando te largaste como lo hiciste y,

en toda justicia, ya deberían habértelo arrancado de un tiro. Mira, sé que has recibido golpes de todas las direcciones. K. C. me habló del divorcio. Lo lamento. —La expresión era inadecuada, pero fue la única que encontré. Estaba claro que no se le daba bien el toque personal—. Pero tu desaparición no fue profesional, Izzy, y lo sabes.

Eso le dolió. Grubb tenía razón y a ella le dolía. ¿Cómo explicar que se había sentido desesperada por alejarse de todo y por aclararse las ideas; por escapar de Grubb, del teléfono, de Joe, de los plazos, de la incesante presión; desesperada por averiguar lo que realmente le importaba? En un buen día el jefe de la sección de noticias extranjeras podría haberlo entendido, pero nunca se lo perdonaría. La presión formaba parte del juego; constituía un estímulo, no un pretexto.

Se había considerado siempre la no va más en cuanto a profesionalidad; creía apasionadamente en el deber de dar las noticias y hacerlo mejor que cualquiera. Le habían dicho que no era un trabajo para las mujeres, pero ella se negó a aceptar que su sexo tuviese algo que ver en el asunto. Salvo cuando estaba embarazada, claro. Un cámara musulmán en Yugoslavia se había negado a trabajar con ella cuando se enteró de que llevaba varios meses de embarazo y, pese a la ira de Izzy y a sus insinuaciones de que el hombre tenía más miedo de los morteros que de un aborto, él se había mantenido en sus trece.

Y ella sabía que tenía razón. No era lo mismo. No podía serlo.

Había pasado lo de Bulgaria. El frenético viaje a la central nuclear, que parecía estar fabricada de sacos de escombros y viejas tuberías de desagüe y que había estallado; una explosión casi tan mala como la de Chernobyl. A veinte kilómetros de la central, cuando entraron en la guardería que el Gobierno no había evacuado todavía, su contador Geiger se quejó como un cerdo sacrificado. De todos modos, se habían quedado a filmar, no más de veinte minutos, y, al cabo de una semana de que la noticia saliera en la pantalla, la escuela y todos los niños habían sido trasladados a una zona no contaminada, a muchos kilómetros de distancia. Pero a ella le había provocado una dosis de radiación equivalente a más de cinco veces lo permitido para un año de exposición.

No había problema, los límites eran deliberadamente prudentes, la había tranquilizado su médico. No había problema hasta que no tuvo su siguiente regla y descubrieron que estaba embarazada.

—No es lo que recomendaríamos, pero estoy seguro de que no hay de qué preocuparse —le había dicho con esa sonrisa carente de sinceridad que los médicos suelen ensayar con sus enfermeras antes de dirigirla a sus pacientes. La sonrisa fue considerablemente más relajada y auténtica cuando, unas semanas más tarde, Izzy abortó de manera natural. Habría sido su primer hijo.

—Es lo mejor, ¿sabe? No quería preocuparla, pero me inquietaban todos esos milisieverts que la bombardearon. Nunca se sabe lo que puede ocurrir con un feto como consecuencia de algo así. Olvídelo. Descanse un par de meses y luego empiece

de nuevo.

Y eso hizo, a la vez que prescindía de los servicios de un médico condescendiente que no se resignaba a confiarle a una mujer la verdad sobre su propio cuerpo.

De hecho, le fue mucho menos fácil afrontar el dolor que le había causado el aborto. No sólo por el goteo de sangre que se había convertido en un punzante dolor físico que le retorció y torturó las entrañas, dejándola empapada en sudor y totalmente exhausta y hecha un ovillo en el suelo del cuarto de baño, sino también por las heridas emocionales que nunca sanarían. Por el sentimiento de culpabilidad que no podía borrar. Por el bebé que no podría volver a nacer.

Izzy había transigido, pensando en el presente, en sí misma, en un intento por equilibrar sus sueños de éxito profesional con los de la maternidad. Se dijo que su trabajo había salvado la vida de incontables niños... en la escuela de Bulgaria, en las sitiadas ciudades de Yugoslavia, en los campos de concentración del África meridional y en los campos de batalla y de muerte de todo el mundo.

Pero a expensas de la vida de su propio bebé. El aborto era responsabilidad suya. Quizá.

Y ahora era responsable por la muerte de Bella.

Quizá.

Su vida empezaba a llenarse de demasiados «quizá».

Pero con Grubb no había ningún «quizá». Se mostró indudablemente claro en cuanto al cuerpo de Izzy. Tenía que llevarlo de nuevo a su sitio u olvidarlo. Kíev o hijos. Estrella de los medios de comunicación o maternidad. El intento por conservar cierto equilibrio había llegado a su fin y ahora iba a tener que escoger.

* * *

El recargado papel pintado a mano de la pared, con motivos de la época de los Tudor, daba a la pequeña habitación un aspecto sombrío. Detrás de la fachada palaciega de piedra pulida, pocos eran los despachos de los miembros de la Cámara de los Comunes que poseyeran cierta elegancia o incluso una pizca de magnificencia, y éste ciertamente no pertenecía a ellos. Un escritorio, un par de sillas, un archivador, que hacía también las veces de escondite para botellas, y un desnutrido sofá tapizado de piel. Hasta los más veloces corceles, como Devereux, debían esperar su turno detrás de los viejos caballos de batalla parlamentarios, jubilados mucho antes y puestos a pacer, que vivían de los telarañosos recuerdos de sus tiempos.

Hacía años que Devereux había concluido que habría que matarlos, rematarlos. Lo suyo no era la larga y lenta muerte de los ancianos hombres de estado, esperando desesperados a que el teléfono sonara, a que alguien los recordara. Devereux tenía intención de escalar. O salirse. Escalaría hasta la misma cima decretada por sus dones y sus ambiciones. Eso si perduraba su suerte; si no, iría a nuevos y bien sembrados pastos.

Se había preparado. Sus diarios constituían unas futuras memorias, y le proporcionarían ganancias fáciles. A saber, un adelanto de cien mil libras por críticas condescendientes y venenosas en la sección literaria de los dominicales; doscientas mil si daba nombres, horas y traiciones, y revelaba quién follaba con quién y cómo lo hacía.

Dios sabe que precisaba el dinero después de la forma en que su padre había destruido la fortuna de la familia. Pero las memorias se escribían una sola vez, eran irrepetibles. Había otros modos, más incisivos, de ir con la corriente financiera, sobre todo con su recién ganada reputación en materia de defensa. Unas cuantas asesorías. Juntar contratos. El pago de un modesto porcentaje por facilitar las cosas a alguna firma, depositado en una cuenta bancaria de indescifrable anonimato. El uso de lo que ya estaba aprendiendo y seguiría descubriendo mientras conservara el cargo representaba otra razón para poner las cosas difíciles a los norteamericanos, pero de momento les daba lo que querían: el Plumero.

Si llegaba el momento, se acordarían y reconocerían su valor.

Se preguntó lo que ella recordaría. ¿Cómo se llamaba? Rosalinde. La esposa alta, elegante y de pechos firmes del ministro de Transportes. O, más bien, del ex ministro de Transportes. Era una esposa de Westminster, más ambiciosa que su marido y mucho más fácil de corromper; juzgaba absolutamente imperdonable que él y, por tanto, ella, se hallara ahora entre los muertos vivientes.

—Es como deambular por las catacumbas de Roma —había explicado— sin poder nunca encontrar la puerta.

Se había topado con ella en el pasillo de la biblioteca. Apestaba a Givenchy y a ginebra e iba a la deriva entre una recepción y otra, aunque anhelaba nuevamente el tacto de los símbolos del poder. Y él la había tocado, allí, en su sofá parlamentario, mientras ella, con esa irritante y aristocrática voz, susurraba venenosos comentarios desleales acerca de las insuficiencias, políticas y físicas, de su marido.

Enfocaba el sexo como si se tratase del escrutinio en una noche electoral, más rápida de lo que parecía posible en el recuento inicial y exigiendo un nuevo e inmediato recuento. ¡Vaya mujer! Era increíblemente dominante y no cesaba de pronunciar agudezas sobre su masiva mayoría. Casi demasiado para él.

No fue sino después de dejar el sofá que la auténtica seducción empezó, ascendiendo desde la promesa de deshacerse del estorbo del marido, pasando por exclamaciones sobre su ya vieja admiración por su nuevo amante, hasta culminar con la afirmación de profesar que deseaba ver a Devereux más a menudo, mucho más a menudo.

Él le había mencionado su sospecha de que sus tetas eran tan falsas como su lealtad y la había echado. Casi invariablemente humillaba y descartaba a las mujeres que conocía. No obstante, ellas volvían; o, al menos, lo hacían las mujeres de cierta clase. Las que se sentían atraídas por el poder, las que sólo alcanzaban el orgasmo en primera plana.

No se enorgullecía de esa estéril pasión, de la adulación y de las conquistas fáciles. Reconocía ese rasgo suyo por lo que era: fracaso. Su fracaso, aunque no su culpa. De tal palo, tal astilla, se oyó murmurar, con el sabor de la bilis en la boca. Se lo quitó con un sorbo de *whisky* escocés.

Miró el oscuro retrato al óleo detrás de su escritorio, el de su padre que había colgado en todos los despachos en los que había trabajado desde su llegada al Parlamento. Era engañoso, como todos los retratos. El rostro imponía, igual que el del modelo, aunque el artista hubiese sombreado los estragos más crueles causados por el tiempo y la bebida y que le salpicaban las mejillas. Pero los ojos no eran los de su padre. Los que figuraban en la pintura eran claros, francos, y lo miraban directamente, cosa que su padre no había hecho nunca. Su padre nunca había podido sostenerle la mirada ni corresponder al afecto que le ofrecía el niño. Al principio, Devereux imaginó que era porque su padre no lo quería; sólo más tarde se dio cuenta de que su padre se sentía demasiado avergonzado para enfrentarse a su único hijo y mirarlo a los ojos.

Tal vez se debiera a lo del perro. Poco más que un cachorro. Un regalo... el último de hecho... de su madre moribunda. Su padre estaba buscando un blanco y esa tarde le tocó al perrito, que había ensuciado la alfombra. La bota de cazador del padre había asestado varios golpes al animal antes de que, con un salto desesperado, Devereux colocara su cuerpo entre la bota y el perro. Durante un tiempo todo indicó que el padre no veía la diferencia entre hijo y can.

El perro había resultado herido; una pierna trasera dislocada, tal vez. Al niño se le había ordenado dejar al animal quejumbroso en la caballeriza, pero esa noche fría, desafiando las instrucciones explícitas de su padre, el pequeño Devereux salió a hurtadillas para consolar al animalito.

El hecho de que lo descubrieran quizá fue inevitable, aunque las consecuencias lo eran menos. Mientras se encogía en la paja sucia, aferrado a su perro, suplicando a su padre, éste arrancó al animal de sus brazos. Dominándole con toda su corpulencia, el padre se había hecho con el can y lo balanceaba en el aire cogido por el cogote. Luego, acompañado de un salvaje crujido de huesos, partió el cuello del perro. Un ahogado chillido de inocencia, una contracción. Y una ira despiadada e implacable que aniquilaría cualquier momento futuro en que el padre pudiera sentirse tentado a ofrecer confianza y amor.

No fue ésta la única crueldad, pero fue más que suficiente.

Hasta el padre se sentía asqueado consigo mismo por los arranques de furia cada vez más frecuentes e irracionales que hacían que el hijo se alejara, aterrorizado, del ruido producido por sus pasos al acercarse; pero los arranques resultaron imposibles de controlar. Sobre todo después de la muerte de la madre.

Vivir con un padre alcohólico causó muchas heridas, por más que ese padre alcanzara cargos muy altos para después caer tan bajo. Condenó a Devereux a una vida dedicada a provocar al fantasma de su padre a la vez que intentaba escaparse de

él. Odiaba a su padre con una intensidad y una determinación que, de encauzarse de otro modo, podrían haber construido imperios. Odiaba a su padre por no ser lo que podría haber sido, alguien a quien pudiera respetar, honrar, alguien que le enseñara a amar. En la familia de Devereux no había existido el amor, al menos no después de que su madre lo abandonara, se rindiera, muriera. Después de eso, lo habían enviado a una escuela cara, donde el único contacto regular con lo femenino era el que tenía con amas de llaves y mujeres de la limpieza. Criadas. Nada que le enseñara a respetar a las mujeres; sólo le enseñaron a respetar el poder.

Devereux sabía que sus emociones deformadas constituía un fallo grave, aun cuando les daba rienda suelta. Se había hecho una vida exactamente calcada sobre la de su padre, como una sombra. Bebía, a veces con exceso, pero sin depender de ello y cada vez que guardaba una botella medio vacía significaba para él otra pequeña victoria sobre la debilidad de su padre. Había entrado en el Parlamento, donde cada uno de sus triunfos políticos representaba una burla al fracaso de su padre. Había llegado al nivel ministerial de su padre.

Y ahora lo iba a sobrepasar.

Además, tenía su propia familia. Devereux había jurado proteger a su familia con la misma intensidad con que su padre había destruido la suya. Devereux no pensaba infligir a su propio hijo una infancia llena de miedo y de traiciones. Quizá su amor fuese imperfecto pero, a diferencia del de su padre, lo entregaría sin condiciones; la nueva generación, por ende, rechazaba, desdeñosa, a la vieja. Sin embargo, su hijo ya había experimentado el hecho de que aun en el amor incondicional del padre podía acechar el peligro. Y el deshonor.

Al alzar la mirada, los labios de su padre parecieron formar una mueca burlona.

* * *

El contrabajo tocaba fatal, pero, a decir verdad, también tocaba fatal toda la banda, un grupo post-heavy metal-funk-and-fuck desesperadamente a la moda que trataba de ahogar su carencia de talento con un volumen excesivo. El contrabajo era el peor. Se había perdido del todo en medio de un complicado estribillo y había tratado torpemente de cubrir su ineptitud con una imagen visual: había lanzado muy alto la guitarra por encima de su cabeza.

Quizá se debió a la luz deslumbrante, al sudor que le caía en los ojos o sencillamente a que tenía el cerebro lleno de drogas; el caso es que su coordinación le falló por completo y en su voltereta, el instrumento había esquivado sus manos y le había golpeado directamente en el puente de la nariz. Casi había matado al cabrón. El público gritó, histérico, mientras el cámara tomaba un primer plano, para mayor efecto.

Michellini se rió por primera vez ese día, aunque no era para reírse. Había estado zapeando distraídamente de una cadena por cable a otra y picoteando trocitos de

cerdo traídos del restaurante cantonés, en un intento por llenar el vacío de su vida. Había sido un mal día: habían anulado una reunión en el Congreso; la mujer con la que debía cenar le había dado plantón y le había dejado con mucho tiempo para pensar y recordar. Era una de esas veladas vacías en las que ya no podía ocultarse tras la fachada de macho y se sentía muy solo.

Era culpa de ella, por supuesto, y por alguna razón, cuando el teléfono sonó, supo que se trataba de ella.

—Joe, ¿cómo estás?

Joe contestó únicamente con un indescifrable gruñido.

—Tenemos que hablar, Joe.

—Estoy escuchando. Pero estoy ocupado —vociferó al tiempo que atacaba de nuevo su comida con los palillos—. ¿Qué quieres?

—Se trata de Bella. Tal vez hubo un error. Creo que quizá no esté muerta.

Por respuesta no obtuvo más que silencio, un abrumador e incrédulo silencio. Izzy sintió que su confianza se le escapaba.

—Benjy dice que no está muerta, Joe, que una mujer se la llevó. Sé que suena inverosímil, pero... La autopsia... Se equivocaron en el color del cabello. Pero no podemos comprobarlo, porque han guardado el expediente bajo llave y... ¡Oh, Joe, estoy tan confusa! —Empezaba a perder el control de sí misma, cosa nada característica en ella—. Necesito tu ayuda —añadió.

Eso tampoco era propio de ella.

—¿En qué?

Izzy quería decirle que necesitaba su amor y su consuelo, porque se sentía herida y muy sola. Él quería oír esas palabras. Pero ambos sabían que no tenían sentido.

—Dinero. Envíame dinero, Joe. Enseguida. Necesito comprar ropa, cuidar a Benjy, hasta que recupere mis tarjetas de crédito y haya arreglado todo lo demás. Necesito tiempo para averiguar qué demonios está pasando.

Si oír su voz lo había hecho arder de indignación, sus exigencias lo hicieron llegar al punto de combustión. Apartó violentamente el plato.

—Lo único que vas a recibir de mí es el precio de un billete de regreso a Estados Unidos para estar seguro de que dejas de arrastrar a ese pobre hijo nuestro por ahí. Necesita regresar a casa, no que lo abandones en algún lugar apartado del mundo.

—Pero Joe, está pasando algo. Lo sé, puedo sentirlo. No puedo irme todavía, al menos no antes de saber algo.

—Entonces envíame a Benjy.

—¿A ti? ¿Y me lo devolverás cuando vuelva?

—Estás loca.

—Joe, tratemos de ser razonables con esto. Olvida un momento lo del divorcio y todo lo demás. Tal vez Bella no esté muerta.

Las palabras de Izzy lo estaban destrozando. Anhelaba una certeza, la sencillez del luto. Eso podía sobrellevarse con la ira. Pero esta duda, no. Viva. Muerta.

Desesperación. Esperanza. Izzy estaba jugando con él.

—¿Qué estás tratando de hacerme, por Dios? —contestó, quejumbroso.

La confusión había apagado momentáneamente el enfado.

Izzy le explicó lo que sabía. Lo poco, muy poco, que sabía.

Y que sentía. Al hablar, se dio cuenta de cuán poco adecuado sonaba todavía y cuán poco lo había convencido. Igual que Pomfritt. Y, sí, lo había hablado con los médicos.

—¿Qué sugirieron?

—Tranquilizantes.

Entonces la creyó y suspiró.

—¿Por qué no vuelves a casa, Izzy?

—No puedo. Hasta no saber. Me quedo aquí.

Se estaba resistiendo. Como siempre, tan tozuda.

—Y, ¿dónde es aquí?

Izzy se lo dijo. El nombre creció hasta llenar todo el vacío en el interior de Joe. Paul Devereux. ¡Paul Devereux!

Una imagen irrumpió en la mente de Micheline. La de un avión en llamas, estrellándose. Un penacho de humo y escombros. Ceniza.

Izzy había destruido su familia, de eso estaba seguro; y ahora, por su interferencia y su comportamiento neurótico, podía acabar haciendo lo mismo, ¡maldita sea!, con su carrera.

—Tenemos que averiguar la verdad —estaba diciendo Izzy.

—Tienes la verdad frente a las narices, Izzy. Pero te niegas a enfrentarte a ella. Bella está muerta. La mataste en un choque y ahora estás tratando de inventar una rematada tontería con la que puedas deshacerte del sentimiento de culpabilidad.

—Pero es posible que hayan cometido un error...

—¡Por Dios! La gente como ésa no comete errores.

—Benjy dice...

—Benjy no tiene ni tres años. El pobre crío podría decir cualquier cosa después de lo que le has hecho pasar. Y eso de que confundan cuerpos en un depósito... ¡es una tontería de neurótica! —exclamó Joe con un bufido desdeñoso—. Piensa, mujer. Deja de tratar de engañarte a ti misma. Acepta el hecho. ¡Fue tu maldita culpa!

—Sé razonable.

—Sé razonable tú. Sube a Benjy a un avión para que vuelva a casa.

—¡Nunca!

—Entonces, nos veremos en los tribunales.

Y la línea se cortó.

Izzy permaneció sentada, en la noche. Su mundo se encontraba envuelto en oscuridad y ella, hechizada por el sentimiento de culpabilidad, por la necesidad de hallar una excusa, cualquier excusa, aparte de la obvia. Las incertidumbres surgieron en torrente de la niebla de su mente sobrecitada, como demonios. ¿Podían estar

todos equivocados? ¿El sicólogo? ¿El técnico forense? ¿Weatherup? ¿El oficial consular? ¿Grubb? ¿Joe? ¿Acaso era mucho más probable que tuviesen razón, que ella estuviese reaccionando de un modo absurdamente emotivo, aturdido, que sólo se estuviese engañando a sí misma? ¿Que el pesar y la culpabilidad la estuvieran volviendo loca?

Sin embargo, quedaba una certeza que nadie podía refutar. Por la mañana, cuando los primeros rayos de luz y de sentido común llegaran para espantar a los demonios de la noche, se encontraría todavía allí, sola. Sin Bella. Esa certeza se plantaba contra todas las dudas.

Se obligó a salir del estudio y sus mórbidas perspectivas y anduvo lentamente por la casa, pasando las manos por los muebles, tocándolos, como consecuencia de su necesidad de mantener contacto con lo sólido e irrefutablemente real. En un rincón de la sala había un piano de cola. Se sentó en el banco y posó los dedos sobre el teclado. Siempre le había encantado el piano y anhelaba tocarlo. Sin embargo, de pronto, no pudo recordar si sabía hacerlo. El deseo, ¿en algún momento había contactado con la realidad? Extraño. No podía recordarlo. Esa parte del cerebro que contenía esa clase de recuerdos seguía buscando su camino a tientas, dejando caer pedazos, creando confusión. No se acordaba si sabía tocar, pero seguramente no podía olvidar el arte de tocar. ¿O sí?

Vació su mente y dejó que el instinto se hiciera cargo de la situación. Alzó las manos muy por encima del teclado, se preparó, se dejó llevar y dejó caer los dedos donde éstos quisieron. El resultado consistió en una confusión de notas y ruidos discordantes.

Por primera vez después del accidente, se rió. Por supuesto que no había aprendido a tocar. Nunca había dispuesto de tiempo suficiente. ¡Ridículo! Se estaba engañando. Acerca del piano. Acerca de Bella.

La risa la dominó y se convirtió en lágrimas. De pérdida. De culpabilidad. De dolor y de angustia por la pérdida. Las lágrimas se trocaron en diluvio de sollozos, cuando por fin empezó a someterse al sufrimiento y a la vergüenza; cuando empezó a dejar de aferrarse desesperadamente a las falsas esperanzas y las explicaciones extravagantes; cuando empezó a aceptar su locura.

Había perdido.

Tardó muchos minutos en comenzar a sosegar, a secar las lágrimas. Trató de hallar consuelo en la sensación de que, finalmente, se deshacía de las cadenas del espíritu maligno de las dudas que tanto la habían atormentado. Cuando el velo frente a sus ojos se levantó, comenzó a ver nuevamente el mundo real: sus torpes dedos, el teclado, el piano de madera de nogal bien pulida y, sobre éste, los decorativos marcos de plata con su melodía de imágenes familiares.

Una boda: un Devereux más joven y una novia escultural pero también algo vulnerable.

Un bebé envuelto en ropa de bautismo.

Un hombre con un marcado parecido a Devereux estrechando la mano de Harold Macmillan en la puerta del diez de Downing Street.

Devereux, en traje formal, haciendo una reverencia a su reina.

Y la fotografía de un hombre y una adolescente en una playa tropical, en la típica pose de padre y larguirucha hija, en traje de baño y con sombrero, con la piel demasiado sonrosada y aspecto incómodamente inglés.

Su mente paralizada requirió lo que pareció ser una eternidad para apartar los recuerdos y establecer la relación. El hombre, claro, era Devereux. Diez años más joven, pero el cuerpo y el aire de absoluta confianza en sí mismo eran inconfundibles. En el hombro del padre cariñoso la hija recostaba la cabeza. Una hija a punto de alcanzar la edad en que dejaría el nido; una hija cuyas formas empezaban a rellenarse y volverse más femeninas; una hija cuyo cuerpo ya estaba dejando de lado la desgarrada arquitectura de la adolescencia a favor de la altura escultural de una joven adulta.

Y, debajo del sombrero de paja y cinta color de rosa, una cascada de rubio cabello que le llegaba a los hombros y brillaba bajo el sol enmarcando un rostro que, si bien aún no tenía imperfecciones ni parecía agotado, era el rostro. El rostro que plagaba sus sueños.

La piel, frágil en su juventud, que se convertiría en pergamino seco, los ojos, tímidos ante la lente de la cámara, aún no impregnados de temor, los labios, resacos por el sol, que un día se volverían delgados y agrietados y que dirigirían una mueca despectiva a Izzy yacente en su cama del hospital, los largos y delgados dedos, que le quitarían a Bella.

Su pesadilla había vuelto y ahora casi podía tocarla.

Era viernes. Esa noche, ya tarde, el chófer de la sección especial de los servicios de seguridad llevó a Devereux a su casa en el coche ministerial. Izzy se había acostado pero no había logrado conciliar el sueño todavía. ¿Cómo dormir? De un diccionario biográfico sacado de las estanterías del estudio de Devereux, Izzy había conseguido identificar gran parte de las nuevas piezas, pues existen pocas piezas privadas en una vida pública.

El padre: «*El honorable sir Francis Nugent Devereux, Kt, PC, MP; MC; n. 1914, m. 1966; hijo único de Patrick Nugent Devereux, qv; Estudios: Eton, Jesús Coll. Oxford... Ministro de Educación (1955-1957); de Pensiones (1957-1960); Presidente, Consejo de Comercio (1960-1962); ministro de Defensa (abril-julio de 1962).*»

Después de julio de 1962 no figuraba nada más que su muerte. Unos inicios impregnados tanto de privilegios como de perspectivas, que había llevado a un fin tan repentino y completo como brillante había sido la progresión. Por enfermedad quizá.

Había una madre, también; esposa de Francis Nugent, que murió joven, cuando Paul no contaba más de diez años.

Y bajo el artículo sobre Paul Devereux, una esposa: «Casado en 1970, Arlene Fitch-Little (1980).»

La tragedia y la muerte prematura parecían ser características de la familia, al menos en cuanto a las mujeres. Sólo una hija, «Paulette, n. 1974». No decía que tenía el cabello rubio y grandes ojos llenos de espanto y que la última vez que se la vio tenía un bebé en brazos. Ni falta que hacía. Su edad concordaba: poco más de veinte años, de esa familia, una hija llamada como él, a su imagen y semejanza, la hija extensión del padre. Izzy se preguntó hasta qué punto se parecerían.

Se repitió que se estaba ahogando en su propio engaño, que la hija no era sino una imagen en un sueño. Pero el sueño era una pesadilla, inextricablemente entrelazada con su otra pesadilla centrada en la muerte de Bella. O desaparición. En alguna parte, desde lo más recóndito de su mente, se estaba formando una relación que todavía no comprendía, pero cuyo mensaje era inequívoco. Si encontraba a la hija de Devereux, encontraría a la suya propia.

Sin embargo, si los Devereux estaban involucrados, ¿por qué la había invitado a su propia casa?

Era más fácil creer en la ocultación que en una coincidencia. Pero, ¿ocultación de qué? ¿Vergüenza? ¿Culpabilidad? ¿Su hija? Existían secretos en esa familia que ocultaban la verdad, no sólo sobre sus miembros, sino también sobre Bella.

Sin embargo, ¿qué podía hacer? ¿Enfrentarse a él? ¿Huir? No tenía con qué confrontarlo y, si acaso ocultaba algo, tenía más posibilidades de descubrirlo si se quedaba cerca que si se marchaba. Mientras él no supiera que ella sospechaba. En todo caso, ¿a dónde podía huir?

Además, tal vez él también fuese víctima de las circunstancias, un jugador atrapado tan inocentemente como ella en una red que parecía juntar sus dos familias. No era momento de juzgar a la ligera.

Durmió a rachas. No estaba segura de si había aceptado la hospitalidad de Devereux o una trampa; de si el hombre había extendido la mano por caridad o para ponerle trabas. No fue sino hasta la tarde siguiente que tuvo oportunidad de hablar con él. El sábado no resultaba ser precisamente un día de descanso para los políticos. Devereux había salido temprano de casa y se encontraba claramente cansado a su regreso.

Desapareció en su estudio, llevándose un vaso lleno de *whisky* y no volvió a aparecer hasta veinte minutos más tarde. Cuando lo hizo, parecía más relajado; la tensión había desaparecido de sus hombros, como si se hubiese sometido a un tratamiento terapéutico, casi como si se hubiese purificado. Se fijó en la expresión inquisitiva de Izzy.

—Mi diario. Llevo un diario político. Es algo fabulosamente estimulante. Como la guerra. Es como cargar la munición, apuntar las armas hacia blancos que ni siquiera saben que están en la mira, a la espera de hacerlos estallar en pedazos... Llegado el momento adecuado —dijo adoptando una bien ensayada expresión de gravedad teatral—. En realidad, los diarios políticos constituyen un intento patético de sus autores por asegurarse la inmortalidad, para anotar las mentiras que hubiesen deseado contar en ese momento en vez de las que han contado, de reclamar para sí los triunfos de otros y de repartir entre sus colegas los frutos de los fracasos tanto como les sea posible. —Sus ojos azules brillaron, divertidos—. El mío me ayuda a mantener la cordura.

Los ojos permanecieron en Izzy más tiempo del que se necesitaba para apreciar la broma, divertidos aún y retadores.

—¿Qué le parece si la llevo a cenar?... a menos que tenga otros compromisos, claro.

Sabía que no los tenía.

—Sally cuidará al crío —ofreció.

Izzy se encontraba agotada y no tenía apetito. Pero Benjy estaba profundamente dormido. No vaciló.

Le Petit Canard era un pequeño restaurante francocanadiense, algo singular en los caminos vecinales de Wessex, situado en una antigua posada para diligencias en el viejo cruce que dividía el pueblo de Maiden Newton. Izzy se preguntó quién había sido la doncella, la *maiden*, Newton y por qué habían nombrado todo un pueblo en su honor.

El yeso era viejo y descascarillado; las vigas, bajas y el fuego de leña de cedro llenaba el aire de un aroma almizclado. La comida, una mezcla de creaciones de la costa del Pacífico, era excepcional y constituía un reflejo de la juventud aventurera que el chef había pasado aderezando aves e impresionando a las camareras en una

docena de puertos.

La esposa del *chef*, encargada del aspecto líquido del negocio, ofreció la carta de vinos, pero Izzy la rehusó. Un vino de un buen año podía obrar maravillas; pero no precisamente reparar los daños cerebrales y ordenar la mente. Así que Devereux aceptó compartir la botella con la esposa del *chef*, con la que pasó varios animados minutos hablando de los méritos de un Vosne-Romanée de 1985, Suchots («hermosas piernas, mucho cuerpo, va muy lejos», señalaban las notas de degustación) y un Cabernet Sauvignon de 1986 del valle de Napa en California («orgasmo olfativo»). Escogió el vino norteamericano.

—En su honor —reveló—. ¡Oh! Y una botella de agua mineral de Dorset —insistió—. Tiene que ser nacional. Es una de las grandes pasiones del primer ministro. El agua. Aunque, pensándolo bien, es su única gran pasión hoy en día —añadió en un tono que, en opinión de Izzy, casi descartaba con desdén a su líder.

Devereux estaba haciéndole confidencias, compartiendo secretos, atrayéndola. A medida que iba reduciéndose el gran fuego de cedro, él se había ido suavizando y, quizá, se volvía ligeramente vulnerable.

En otro rincón se hallaba sentada una pareja; él con anillo de boda y ella —toda ojos y ovarios—, sin anillo. Durante un momento de nostalgia, Izzy meditó en el hecho de que hacía mucho tiempo que había formado parte de la caza, del intento por impresionar, rematar, mostrarse irresistible. Demasiado tiempo. Apartó rápidamente la idea.

—Su nuevo cargo debe de ser agotador —comentó débilmente.

—Es excitante. Más excitante que agotador.

Devereux se sirvió otra copa de vino y se relajó. Ya había tomado más que su parte justa de la botella.

—Y tengo muchas razones familiares para querer este cargo en concreto. Mi padre lo ocupó, hace más de treinta años, y siento que tengo que...

Estaba a punto de decir «enterrar unos cuantos fantasmas», pero decidió murmurar una homilía acerca de acabar con la tarea de su padre.

—¿Cómo va lo del Plumero?

—¡Ah! ¿Es que vamos a hablar de trabajo?

Alzó una ceja en señal de desaprobación. El vino empezaba a hacerle efecto, acentuando lo mordaz de su carácter.

—No, claro que no. Es más bien cuestión de curiosidad. Yo, también, tengo una relación familiar. Mi marido está muy comprometido con el proyecto.

—Hummm, Y, dígame, ¿está usted muy comprometida con su marido? —preguntó Devereux a secas—. ¿O acaso es una pregunta de mala educación?

—No especialmente. Y probablemente. En ese orden.

—Qué pequeño es el mundo —musitó Devereux—. Que los caminos de su familia y de la mía se crucen así... ha de ser muy pequeño.

Dio vueltas al líquido rojo oscuro en su copa y aspiró el aroma antes de tomar un

gran sorbo.

—Veamos. El Plumero. A usted, como profesional, señorita Dean, le ofrezco un absolutamente franco y abierto «sin comentarios». Pero a usted, la persona privada, Izzy... Vamos progresando. Nada más, pero ciertamente nada menos. Ahora se trata más bien del aspecto político que del financiero y, puesto que las posiciones políticas están a dos al cuarto, confío en que se hará el negocio. Su marido debería alegrarse.

La había halagado con una confidencia, pero le dio la impresión de que la noticia no suscitaba el menor entusiasmo en Izzy. Parecía tener la mente en otra parte.

—Hablando de familias, ¿es su padre? ¿Ése que está en una de las fotografías sobre el piano?

Devereux asintió con la cabeza.

—Y su esposa, me imagino.

—Mi esposa murió. Hace muchos años.

—Lo lamento.

El humor del hombre se había tomado sombrío. Izzy sentía que se estaba entrometiendo, pero no podía detenerse.

—¿Y su hija?

Devereux se animó; quería decir más pero parecía incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

—Mi hija... no vive en casa —se calló un rato—. Las familias pueden ser una roca, Izzy, sobre la que uno construye su vida. O sobre la que la vida entera se estrella.

Su respuesta contenía tal aflicción que incitaba a no hacer más preguntas, cual si un gran peso estuviese a punto de caer y aplastarlo. Izzy no dudó de que su dolor fuese auténtico.

—Debe sentirse muy solo a veces.

No quería que sonara a provocación, pero tampoco había esperado sentir compasión por él.

—Existen... compensaciones. Mi trabajo, para empezar. —El ministro hizo un esfuerzo consciente por animarse—. Y distracciones. Tengo buenos contactos. Soy viudo, poseo mi propia casa y un buen coche. —Se estaba burlando de sí mismo—. A algunas mujeres eso...

—¿Las intriga? —sugirió Izzy.

Los ojos azules la miraban directamente ahora, indagando, retándola; se sintió encantado cuando ella le devolvió la mirada. No iba a darse por vencida, ni huir. Había logrado lo que quería, su interés había sido captado. Cambió de tema.

—Dígame, ¿por qué escogió su carrera? Es un trabajo poco usual para una mujer.

¡Vaya pregunta! ¿Cómo explicárselo? Ni siquiera ella estaba segura. ¿Se debería a la fascinación por la locura del hombre? ¿O a la admiración por sus ambiciones y logros? La locura, definitivamente; la locura, las alturas que dirigentes y naciones codiciaban; y el orgullo, ese exceso de orgullo que siempre los hacía caer tan bajo.

Pero también estaba convencida de que el mundo necesitaba saberlo todo, tanto si le importaba como si no. Y generalmente le importaba un comino.

Pero era más que eso. Lo recordaba claramente. Fue ese día, poco antes de Navidad de 1968, una época en que Estados Unidos se preparaba para poner un pie en la luna y estaba a punto de alcanzar su nadir en Vietnam. Acababan de elegir presidente a Richard Nixon, un hombre que intentaría alcanzar alturas sin precedente en el mundo, que derrumbaría las puertas del comunismo, más cuya locura y falso orgullo lo harían caer despreciablemente bajo. Una época de inspiración y compromiso, de terremotos que derrocarían montañas políticas a lo largo y ancho del mundo.

Pero eso no fue lo que Izzy evocó. Contaba entonces poco más de diez años; era una colegiala con una vida cómoda pero sin relieve en un adocenado suburbio de respetabilidad, en el centro de Estados Unidos.

Había sido un día tranquilo. Demasiado tranquilo. Izzy sabía que algo malo ocurría; su madre, normalmente apacible, se encontraba cada vez más agitada, y nadie había hecho caso de las suaves preguntas de la niña, a la que habían ignorado hasta poco antes de la hora de la comida. Izzy recordó que se dejó arrastrar, sin que se fijaran en ella, por la turbulenta estela de su madre, cuando ésta se dirigió de la cocina hacia el consultorio dental que el padre de Izzy había mandado construir a un lado de su mediocre casa revestida de chillas. Su madre había avanzado rápidamente frente al escritorio, donde debía encontrarse la recién contratada recepcionista, en el que los expedientes dentales se encontraban abandonados, y traspuesto la puerta del sanctasanctórum. La madre, agitada, ignoraba que Izzy la seguía; a Izzy, en quien nadie se fijaba, le costaba ver desde detrás del gran sillón; sólo alcanzó a vislumbrar brevemente la cabeza calva de su padre que sobresalía por encima del respaldo, rubicunda y sonrojada, y sus piernas a horcajadas. La niña apenas tuvo tiempo de preguntarse por qué esas piernas llevaban sólo calcetines y ligas. No lograba entender por qué otro par de piernas desnudas parecían aferrarse a los hombros de su padre.

Esa Navidad todos guardaron silencio, observando el árbol y la muerte del matrimonio. Para Año Nuevo, sus padres ocupaban habitaciones separadas.

Izzy había adorado a su padre; su sonrisa, sus ojos risueños, los cuentos encantadores y extravagantes que relataba sentado al pie de su cama, entretejiendo imágenes de otro mundo más allá de la mundana respetabilidad. Nunca más se fiaría de un hombre con poder.

—Julio Veme —Izzy le dijo a Devereux—. Fue el maldito Julio Veme el que me hizo convertirme en corresponsal. Me encantaban sus libros. Los leí todos. Lo odiaba porque el único papel que otorgaba a las mujeres era el de agitar su pañuelo y esperar con paciencia en casa mientras los hombres recorrían el mundo en busca de aventuras.

—Era francés —contestó Devereux, como si eso explicara todos sus fallos.

—¿Son distintos los ingleses?

—Algunos —musitó el hombre—. ¿Cuántos ha conocido?

—Mi abuelo —Izzy desvió la insinuación— era inglés. De esta parte del país. Por eso vine aquí. Creo. Tenía algo que ver con regresar a mis raíces, con tratar de averiguar quién soy en realidad y qué es lo que más me importa.

—Perceptiva. No podemos escapar de nuestras raíces. Constituyen eslabones en una larga e interminable cadena, ¿sabe?, de una generación a la siguiente. Podemos torcernos, cambiar un poco nuestra forma, pero a fin de cuentas gran parte de nosotros sigue siendo lo que éramos cuando nacimos. Por eso culpamos a nuestros padres; por eso somos tan responsables por lo que ocurre con nuestros hijos. Son lo que hemos hecho de ellos.

Devereux había bajado la voz; sus ojos resultaban más húmedos y de mirada más distante. Por primera vez, Izzy sintió que estaba revelando algo de sí. Llevaba sus obligaciones familiares como una pesada carga que le había doblado el lomo y, en ocasiones, le había hecho caer muy bajo. Había experimentado compasión por él y ahora podía identificarse con él.

—Da casi la impresión... de haber perdido a sus hijos.

—Sólo tengo una. Mi hija —musitó Devereux mientras Izzy sentía que en su interior se enrollaba una espiral—, y nuestra relación no es todo lo buena que quisiera. —Devereux apretó la mandíbula, manteniéndose en total control. Al mal tiempo, buena cara—. Probablemente sea culpa mía. Estaba demasiado ocupado para escuchar sus problemas. Necesitaba una madre; tal vez debí volver a casarme, pero... —Se encogió de hombros—. Hace mucho tiempo que no vive conmigo. Son extrañas las familias.

Los húmedos ojos azules nadaban en pena. Alargó la mano, buscando apoyo, tratando de conseguir un poco de la fuerza de Izzy. Ella dejó que la mano masculina permaneciera sobre la suya. Había tocado algo en su interior. Eran dos personas solas que compartían la pena por algo que tenían en común y por lo que sentían gran apego: la familia.

Sabía que la deseaba. Y no tenía la menor idea de cómo iba a reaccionar.

—Hábleme de su hija.

La pregunta se cernió sobre ellos. Devereux tenía la mirada fija en un punto distante. Estaba recordando, luchando contra algo. Una puerta se cerró en su interior. Se irguió en su asiento y apartó la mano.

—No, ahora no. —Agitó la cabeza, como si quisiera despejarla de penas—. Tal vez más tarde.

Había recuperado el control de nuevo e Izzy sabía que resultaría tonto insistir, al menos de momento. Más tarde seguirían, como había dicho Devereux.

«Más tarde» llegó cuando éste abrió la gran puerta chirriante que daba al vestíbulo de su casa. La larga pieza se encontraba iluminada sólo por el brillo de un fuego de leña amontonada en un rincón de la chimenea. Cuando entraron, él la cogió de una muñeca, le dio la vuelta y la estrechó en sus brazos. Ella no se resistió, ni

siquiera cuando los labios masculinos buscaron los suyos. Lo deseaba, aunque no podía confiar en él.

El cuerpo de Devereux se apretó contra ella. Ella lo sintió endurecerse. Sus manos se apartaron de la espalda en busca de la suavidad de los pechos de la joven. Nada que objetar. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que alguien la había solicitado así, desde que había olido el deseo de un hombre? Ella también lo necesitaba. Por múltiples razones.

Pero sobre todo por Bella.

¿Acaso sus atenciones encubrían algo? ¿O no eran más que una coincidencia? Sus sospechas luchaban contra su deseo.

—Paul...

Izzy echó la cabeza hacia atrás, pero la lengua de Devereux la persiguió. Tenía que ponerlo a prueba; no sabía cómo; sus emociones la confundían. El cuerpo de Devereux seguía apretándose contra ella, duro.

—No estoy segura de estar preparada para esto. Tan pronto después del accidente.

—Lo estás. Lo siento.

—Tal vez deberíamos tratar de conocernos un poco mejor —susurró Izzy.

Pero su cuerpo no se mostraba tan cauto. Se presionaba contra él, lo alentaba a seguir. Devereux tenía razón. Estaba preparada. Y él estaba ardiendo, impaciente como un muchacho. La tomaría en la silla más próxima.

—Necesito un poco más de tiempo.

Izzy jadeó en tanto los dedos masculinos hacían maniobras como exploradores en un campo de batalla. Un poco más y lo habría dejado ir demasiado lejos para detenerlo con facilidad si él insistía.

—Quiero ayudarte, Paul, en todo.

Un botón cedió y cayó, rodando por el suelo.

—En todo, Paul. —Era el momento de ponerlo a prueba—. Incluso con tu hija Paulette.

Percibió cómo el deseo de Devereux disminuía. El momento había pasado.

—Izzy, los dos somos adultos, seamos realistas. ¡Por Dios! Vas a regresar a tu casa. Éste es el momento, el único momento. O por lo menos lo era. —Intentó sonreír mientras Izzy se ajustaba la ropa—. No te preocupes —añadió—. Lo comprendo. Espero no haberte turbado.

El caballero inglés había surgido de nuevo.

—Tal vez haya tiempo, Paul. No estoy segura de que deba apresurar las cosas. Ni siquiera mi regreso.

—¿Qué?

—Es posible que me quede.

En la oscuridad le fue difícil ver la angustia aparecer en su rostro, pero lo sintió tensarse. Entonces, Devereux se echó hacia atrás, con lo que rompió el contacto.

—Me dicen que estás progresando mucho. Seguramente tu casa sea el mejor lugar

para ti. Para que acabes de recuperarte.

—En mi casa es donde está la presión y el trabajo. Me vendría bien un descanso. Sólo una semana más, aproximadamente.

—No estoy seguro de que eso sea sensato, Izzy, Los médicos saben lo que es mejor. Deberías hacerles caso. Volver a casa para las Navidades.

—Quizá.

El tono de voz de Devereux resultaba moderado, razonable, nada amenazador; pero a la luz de las ascuas sus ojos aparecían un tanto encamados, y daban La impresión de estar manchados de vino; su líquido se había vuelto incandescente. El fuego saltó otra vez, proyectando sombras angulares sobre su rostro.

Se produjo un silencio, llenado únicamente por el tictac del gran reloj de péndulo que caía cual una guadaña y rebotaba de las duras paredes de yeso a las baldosas, a la espera del siguiente movimiento de lo que se había convertido en su juego.

Izzy volvió a acercarse a él, poniéndose a su alcance, ofreciéndose. Él no reaccionó.

Tenía que estar segura.

Se movió de nuevo, aproximándose aún más. Esta vez, Devereux se echó hacia atrás.

—Me temo que tu permanencia me causaría problemas —decía—. En poco más de una semana llegarán unos huéspedes; no sería posible que te quedaras más tiempo. Lo lamento.

—Por supuesto. Lo comprendo. Ya has sido más que generoso. Tal vez podría encontrar un pequeño hotel...

—A menos que hayas arreglado tu situación financiera, eso será difícil. Desgraciadamente, nuestros servicios sociales no podrán ayudarte. Sus reglas son muy restrictivas. Seguramente lo que deberías hacer es regresar a casa, Izzy. Arreglar tus asuntos allí, en vez de quedarte en este país sin posibilidad de mantenerte, con ropa que te han dado por caridad o que te han prestado, acampada en un hotel lleno de corrientes de aire a orillas del mar. Y, en Navidad, ¿qué harías? Estoy seguro de que no sería aquello a lo que estás acostumbrada. Además, está Benjamin. Me han dicho que le cuesta adaptarse.

Estaba muy bien informado y lo que decía era cierto. Inevitablemente, la repentina desaparición de los seres que más quería había marcado mucho a Benjy y el regreso de su madre sólo había incrementado su confusión y el miedo de que volviera a abandonarlo. Dormía a rachas; su sueño estaba lleno de angustia, por si ella se iba, y el tiempo que pasaba despierto, lo pasaba aferrado a ella o quejándose, pidiendo que regresara. Cada vez que ella salía de la habitación, el niño se angustiaba; cuando se separaban, lloraba; por la noche se despertaba y gritaba hasta que ella llegaba a consolarlo. Un hotel sería terrible.

—Quizá tengas razón. Veamos lo que dicen los médicos el lunes.

—Por supuesto. Siento muchísimo no poder ayudarte más.

Pero, sin pretenderlo, la había ayudado. Su convicción al alentarla a regresar a los Estados Unidos había sido tan inflexible y, sin embargo, tan persuasiva y argumentada con tanta moderación como cuando la invitó a Bowminster. Puestos a elegir entre su cuerpo y su partida, Devereux no había dudado: quería que se fuera. Ningún hombre que ella conocía habría hecho lo mismo. Devereux era un amante convertido en guarda de caza.

Y la estaba dejando afuera.

Era un participante en este juego del que ella no conocía las reglas: trataba de moverla cual si fuese un peón en un tablero. Ella no entendía su objetivo; sin embargo, mientras el premio fuese la verdad sobre Bella, sabía que no le quedaba más remedio que jugar.

Sabía también que, si él se había arriesgado a ofrecerle su casa, fue porque el riesgo de dejarla en Weschester era mayor. No sabía lo que estaba buscando, pero ahora, al menos, creía saber dónde buscar.

* * *

El inspector en la comisaría de Weschester le sonrió cuando ella y Benjamin entraron en su desordenada oficina. Pero los hombres solían sonreírle. El secreto consistía en saber cuándo la sonrisa era sincera.

Había telefoneado, pidiendo una entrevista, que le fue otorgada de buena gana. Fue una de las llamadas más productivas que había hecho esa mañana. No había modo de comunicar con Katti. Nadie parecía saber dónde se encontraba. La compañía de su tarjeta de crédito había puesto trabas cuando no pudo proporcionar información detallada, como el número de su tarjeta; en todo caso, le habían dicho, su cuenta estaba registrada en los Estados Unidos.

—Señora, realmente debió informar de la pérdida en su momento, no unas semanas más tarde. Es su responsabilidad legal, ¿sabe?

La chica al otro extremo de la línea no parecía entender el significado del término «estado de coma» y había reaccionado como si ella misma estuviese a punto de entrar en uno. Sin embargo, acabó por informarle que sería responsable si alguien había utilizado la tarjeta para hacer compras desde que la perdió. Pero podía recoger un duplicado de la tarjeta en un banco local al día siguiente. Izzy no consiguió hablar con el director del periódico local que, por lo visto, no se dejaba ver a menudo antes de la comida; así que le dejó un mensaje, acompañado por sus credenciales de la WCN, en el que expresaba la esperanza de que tendría tiempo de verla esa tarde.

Había cubierto los veinticinco kilómetros entre Bowminster y Weschester en autobús; el ceño constantemente fruncido del chófer Chinnery la deprimía, y no quería que él y otros supieran lo que iba a hacer.

Además de la sonrisa del inspector de policía, a Izzy y a su hijo les ofrecieron café y Coca-Cola de una máquina expendedora, en vasos de plástico, además de una

charla sobre cómo, a causa de los recortes hechos por la autoridad local, la policía se había visto privada de instrumentos de investigación tan vitales como té fresco y galletas. La comisaría tenía un aire de distinción victoriana. Nada de prisas ni empujones al estilo yanqui; ni caos producido por sospechosos a los que se metía a rastras para dar cuenta de sus delitos; ni chillidos de sirenas ni protestas de inocencia ni, al parecer, cocina. Pero, según se fijó, sí había una cervecería al lado.

El inspector la escuchó con atención. Daba sorbos a su té y mordisqueaba el lápiz ya de por sí destrozado. No tomaba apuntes.

—No puedo decirle nada concreto, inspector, pero algo... no sé cómo describirlo... está ocurriendo. Quiero su ayuda para averiguar la verdad sobre mi hijita.

—Ya veo —musitó el inspector—. ¿Y usted cree que Paulette Devereux podría estar en el meollo?

—Claro que no dispongo de ninguna prueba, pero...

—Es cierto. No la tiene. Déjeme hacerle unas cuantas preguntas acerca del accidente. De hecho, es por eso que creí que venía a verme.

—Hablé con uno de sus agentes en el hospital.

—Sí, lo sé. Teníamos la esperanza de que hubiese recuperado la memoria. Después de todo, fue algo grave. Alguien murió.

—De eso es de lo que no estoy segura...

—¿Pero sí está segura de que usted conducía?

Izzy asintió con la cabeza, dubitativa.

—Así debió ser.

—¿Qué causó el accidente?

—Eso ya lo sabe. Por lo visto, el coche se salió de la carretera. Nadie parece saber exactamente por qué.

—¿No hubo ningún otro vehículo? ¿No hubo choque?

Izzy negó con la cabeza.

—Sencillamente no lo recuerdo.

—Verá, señorita Dean, tengo un problema. Un bebé murió en un accidente de automóvil sin causa aparente, automóvil que usted conducía. —El lápiz la apuntaba directamente—. Podríamos acusarla de homicidio por conducir peligrosamente. A menos que pueda hallar una razón válida que explique el accidente.

—Pero, ¿y qué hay de mi hijita?

Izzy jadeó, estupefacta ante lo repentino del ataque.

—Déjeme decírselo sin rodeos, señorita Dean. Se enfrenta usted a una posible acusación muy grave, a la cual no tiene usted respuestas por alegar amnesia. En cambio, le echa la culpa a todo el mundo, desde los médicos que le salvaron la vida, hasta el funcionario de las pompas fúnebres del hospital. Incluso parece acusar a nuestro parlamentario local y a su hija de un delito nada concreto que incluye el secuestro de la niña de cuya muerte se supone que es usted responsable. —El lápiz se

rompió—. Por cierto, ¿no se aloja en casa del señor Devereux?

¿Cómo lo sabía?

—Hay quien podría pensar que sus acusaciones contienen cierto fondo de ingratitud, ¿no cree?

—Inspector, vine a pedirle ayuda para averiguar lo que le ha ocurrido a mi hija.

Izzy se había puesto nerviosa. La repentina tensión de la oficina había hecho que Benjy, que hasta entonces había permanecido sentado pacientemente en el regazo de su madre, empezara a agitarse. Izzy se esforzó por evitar que derramara su bebida sobre su vestido. Libraba batallas simultáneas en dos frentes. Clausewitz no lo habría aprobado.

—Tiene usted otras responsabilidades, señorita Dean, para con su hijo, el que sobrevivió. Nuestras leyes son muy protectoras con los niños sometidos a sufrimientos innecesarios por padres indigentes. Nuestros servicios sociales bien podrían considerar que el que usted se quede más tiempo de lo conveniente constituye uno de esos sufrimientos.

—¡Yo no soy indigente! —espetó Izzy.

—No, estoy seguro de que no lo es. Pero quiero que evite tanto como pueda toda posibilidad de malos entendidos en este asunto. Ya ha causado demasiados. Hay quienes podrían creer que sus acusaciones sugieren cierta inestabilidad... temporal, estoy seguro: los efectos secundarios de su condición física, una depresión comprensible, pero lo bastante para que las buenas gentes se preocupen por el bienestar del pequeño Benjamin. Podrían considerar que más vale ponerlo al cuidado de organismos competentes.

—¿Qué es lo que está tratando de hacerme?

—Es lo que se está haciendo a sí misma, señorita Dean. ¿Acaso no se da cuenta?

—¿No me va a ayudar a encontrar a mi hijita?

—No hay nada que buscar. Perdóneme, pero cuento con un informe del hospital, un certificado de defunción, informes de la autopsia y de la oficina del coroner, el funcionario judicial que investiga los casos de muertes por accidente; hasta tengo un certificado de incineración. Todos prueban que su hija está muerta. Usted se niega a creerlo, pero no cuenta con una sola prueba. La respuesta obvia es que su condición física la afecta negativamente y que, por ende, el bienestar de su hijo podría peligrar.

—No va a quitarme a Benjamin. ¡Nunca!

—La explicación alternativa es que está usted intentando crear confusión a posta, a fin de encubrir su culpabilidad y su responsabilidad por el accidente. Ésa es la conclusión a la que podría llegar un tribunal.

—¿Va usted a acusarme de la muerte de mi propia hija?

Izzy apenas podía creer lo que estaba oyendo. Benjy había empezado a gimotear.

El inspector la observó por encima de los trozos de su lápiz roto, alentándola a que imaginara lo peor. Cuando finalmente habló, su tono resultaba más conciliador.

—Creo que no, de momento. Creo que tenemos pruebas suficientes, a primera

vista, para formular una acusación, pero no estoy convencido, todavía, de que sea útil. Para ser sincero, me preocupan más el bienestar de Benjamin y el estado mental de usted, señorita Dean. Estoy seguro de que no ayudará ni a Benjy ni al estado mental de usted si se queda en Weschester más tiempo del que sus médicos consideren necesario.

—¿Qué es, exactamente, lo que me está diciendo?

—Corre usted el grave peligro de abusar de nuestra hospitalidad, señorita Dean. Le estoy diciendo que vuelva a casa.

No fue sino hasta mucho más tarde cuando Izzy se preguntó cómo, de pronto, el inspector sabía tanto sobre sus planes para alargar su estancia.

* * *

Se mostró muchísimo más circunspecta con Barry Brine, el director del Wessex Chronicle, cuando, finalmente y tras una considerable demora, la invitaron a pasar a su oficina y a compartir otra bebida de máquina expendedora. Apenas podía llamarla bebida. Gracias a la espuma revoloteante era imposible saber si se trataba de té, café o caldo de rabo de buey. Para alivio de todos, incluso el propio Benjy se había dormido tras andar mucho tiempo por la ciudad.

Físicamente, Brine le hizo pensar en alguien que hubiese sido escorzado, como si un martillo lo hubiera golpeado desde arriba y hubiese comprimido todos sus rasgos, hasta dar la impresión de que estaba a punto de reventar. La coronilla calva era plana y cuadrada; el cuello, grueso; las piernas, sencillamente, no eran lo bastante largas para hacer justicia al cuerpo demasiado pesado. Quizá —eso esperaba Izzy pensando en su propio empeño— había pasado la vida forzando implacablemente puertas cerradas con llave y mentes estrechas. O, si no, golpeándose la cabeza contra muros de ladrillo. Pronto lo sabría.

No mencionó sus temores acerca de Devereux o su hija. Se ciñó, más bien, a la posibilidad de un error de identificación en el hospital y en el depósito. A diferencia del inspector de policía, Brine tomó numerosos apuntes con un bolígrafo de una colección de diferentes colores que llevaba en el bolsillo de la camisa.

—¿Ha hablado del asunto con los del hospital?

Brine alargaba sus vocales en el tradicional modo del oeste del país; diríase que las masticaba.

—¡Oh, sí!

—¿Y qué le sugirieron?

—Sedantes y tratamiento siquiátrico, por supuesto.

El periodista arqueó una ceja pero, antes de que pudiera explicar si con ello demostraba escepticismo con respecto a los médicos o a su visitante, los interrumpieron. No había cerrado la puerta. Era probable y, tal vez desde su punto de vista, deseable que se presentara una corriente constante de molestias. Un joven de

poco menos de treinta años, con el acento suavizado por la lluvia de los irlandeses del sur, precisaba una decisión urgente sobre unas fotografías. El director se disculpó y desapareció. Estuvo fuera bastante tiempo y, cuando regresó en compañía del joven, se disculpó de nuevo, esta vez por su ausencia.

—Lo siento mucho, señorita Dean, pero, por desgracia se nos echa encima el cierre de la edición y, por más que quisiera ayudarla, me temo que poco podemos hacer.

El muro de ladrillos.

—¿No podría preguntar, sencillamente? ¿Hacer unas cuantas indagaciones? Lo único que quiero es establecer los hechos.

—Me temo que los niños desaparecidos no son lo nuestro.

—Por favor...

—Verá... y odio tener que reconocerlo ante otra periodista, pero tengo que ser sincero... La gente no compra nuestro periódico por las noticias corrientes y sensacionales. Lo compra por los anuncios y la cartelera; para ver a quién han arrestado o quién ha muerto. Nacimientos, matrimonios y ejecuciones. Eso somos. Aquí no hace falta periodismo de investigación —abrió los brazos y extendió las manos—. Observe mi oficina. ¿Le parece un semillero de intriga y datos secretos?

Se dejó caer en la silla. Los botones de su camisa casi saltaban y los faldones estaban fuera. Al volver a meter el bolígrafo en su bolsillo dejó una mancha de tinta sobre el poliéster. Izzy comprendió lo que quería decir.

—Su historia me conmueve. Más de lo que podría expresar. Tengo hijos también. Cuatro. Sé lo que debe sentir. —Izzy estaba esperando un comentario como ése. Experimentaba unas ganas terribles de gritar—. Desearía de todo corazón poder ayudarla. Esto me causa una auténtica y profunda sensación de fracaso personal... pero no es lo nuestro. Espero que lo entienda.

Brine no había acabado de hablar cuando la llevó a la puerta y una secretaria la acompañó por entre los escritorios de la desordenada sala de redacción, rumbo a la salida más alejada. Antes de que la puerta se cerrara a sus espaldas, Izzy se volvió, para tener una última mirada. Detrás de las paredes de cristal de su oficina, el director ocultaba su auténtica y profunda sensación de fracaso personal: contaba un chiste que provocó que todo su pesado cuerpo se bamboleara, cual gelatina.

Esa noche, al regresar a Bowminster en el autobús, Izzy se abrazó a Benjy con todas sus fuerzas, enterrando la cabeza en su cabello y fingiendo dormir. No quería que nadie viera sus lágrimas.

* * *

—¿La viste? ¡Casi se salía del vestido! El escote le llegaba a las bragas y al ombligo. ¡Zorra!

El primer ministro, el muy honorable Richard Flood, vacilaba y giraba entre la

relajación y la agresividad, cosa que solía ocurrir cuando había tomado una malta con agua mineral de más. Con tanto cambio en el gabinete, el aumento del paro y el maldito resultado de las elecciones locales en Escocia, la sesión parlamentaria había resultado difícil. Y eso, a pesar de que había empezado apenas hacía un mes y de que todos se habían aferrado con gran entusiasmo a la proximidad de las Navidades. Y todos estaban de acuerdo en que las Navidades llegaban cada año más pronto. Los otros dos hombres asintieron, comprensivos.

—La encontré, ¿sabéis? —prosiguió el primer ministro—, cuando era ¿qué...? portavoz de la oposición en contra de Miseria y Decadencia Moral o alguna tontería de esas. En su pequeña oficina de la Cámara de los Comunes con vista al patio del presidente, con un investigador parlamentario a quien le doblaba la edad. ¡No tengo idea de lo que éste estaría investigando, pero ella no estaba ofreciendo una oposición muy eficaz, que digamos!

La risa era grosera. Devereux se preguntó lo que Flood, que en esos tiempos apenas podía haber sido uno de los portavoces del Gobierno de menor jerarquía, había estado haciendo, rondando por la noche en los pasillos, no demasiado accesibles, donde los ministros del gabinete en la sombra, es decir de la oposición, tenían sus terriblemente exiguas oficinas. Y qué podía haberlo llevado a invitarse a la oficina de una mujer cuya reputación parlamentaria —de la que se hablaba mucho— se había ganado tanto boca arriba como de pie. Trató de imaginar una interpretación inocente para los motivos de su colega, pero no lo logró.

—Tenía un aspecto asombroso esta noche, debo reconocerlo —comentó el embajador norteamericano—. Vestido carmesí; párpados maquillados y esa masa de extraordinario cabello amarillo.

—Un loro —replicó Devereux—. En el Salón Verde, ¿sabe? Contra el fondo de ese maravilloso tapizado japonés que tiene usted, con todo ese exuberante follaje y bambú. Me hizo pensar irresistiblemente en un loro.

—Un ave del paraíso en su juventud —murmuró Flood.

—Antiguo, ¿saben? —añadió el embajador, con cierta vaguedad—. El tapizado de las paredes, quiero decir. No el loro.

Surgieron de nuevo las risas informales. Se encontraban sentados en los apartamentos privados de la residencia del embajador, la casa Winfield, una elegante mansión situada en el corazón del Regents Park de Londres. Media hora antes habían observado a un zorro deslizarse por la propiedad, en busca de un pato para cenar. Pero desde entonces habían tomado un par de fuertes copas de *whisky*. Además, el primer ministro ya estaba agotado, tras batallar contra la marea creciente de huéspedes que, andando libremente por las salas de recepción de la planta baja, aprovechaban la hospitalidad de la embajada. En esos momentos se hallaba relajado, entre amigos, vulnerable; era el momento idóneo para que el embajador atacara.

—Así que, ¿qué cree? ¿Van a poder ayudarnos con el Plumero, primer ministro?

—¡Este hombre nunca duerme! —contestó el jefe de Gobierno en tono de ligero

reproche y buscando inspiración en su copa—. Hay... esperanzas.

—Pero no es seguro —interpuso Devereux terminantemente.

—Creí que habías avanzado mucho en tu último viaje a Washington, Paul. Os hemos dado muchísimo más de lo razonable, en un sentido estrictamente comercial. Os hemos garantizado una parte masiva del diseño y de la manufactura derivada; contáis con la financiación que queréis; las especificaciones se han adaptado a vuestras condiciones. ¡Diablos! Hasta presionamos a la marina saudí para que encargaran un nuevo destructor a uno de vuestros astilleros. Es difícil ver qué más esperáis de nosotros para considerarla una buena propuesta financiera.

El primer ministro miró a Devereux, esperando su respuesta. A Flood, sus colegas lo habían ascendido por su capacidad de escucharlos y su disposición a tener en cuenta sus puntos de vista; pero eso que, en tiempo de prosperidad, se veía como fuerza de carácter, ahora que el péndulo se inclinaba nuevamente hacia la recesión y las consiguientes restricciones, era considerado cada vez más como una muestra de indecisión. El primer ministro se había convencido de que se mantenía firme; en opinión de otros, sin embargo, incluyendo sus colegas, hacía pensar cada vez más en un conejo frente a unos faros de coche. En todo caso, se sentía demasiado relajado para dar vueltas a las preguntas del embajador; se contentó con dejárselas a su colega.

—No es sólo una propuesta financiera —empezó a decir Devereux—. Tienes que comprender también los problemas políticos que acarrea. —El embajador arqueó una poblada ceja encanecida—. Hemos pasado por un período difícil —prosiguió Devereux—. Las cifras del paro siguen aumentando; los resultados de las elecciones parciales fueron fatales; los medios de comunicación no dejan de gimotear. Podría decirse... y se dirá... que el país necesita un proyecto para un avión de caza, que costaría varios miles de millones de dólares, casi tanto como necesita un concurso de patadas en el culo patrocinado por el Gobierno.

—¿Acaso vais a dejar que unos cuantos quejidos os obliguen a desviaros?

—Por supuesto que no —espetó el primer ministro, indignado.

—Por supuesto que no —repitió Devereux mucho más controlado—. Podemos pasar por alto los gimoteos, pero no podemos pasar por alto la realidad política.

La ceja del embajador se frunció.

—No hace falta ser director de la CIA para saber que nuestra situación no es de las mejores —continuó Devereux—. El cambio de gabinete no sólo fue deseable, sino absolutamente necesario. Algunos de sus colegas realmente hablan fallado al primer ministro. —Percibía que ése era el momento adecuado para vendar las heridas de su líder, en vez de exponerlas—. El Gobierno precisaba partir de cero, con una imagen más fresca. Eso es tan importante como las consideraciones financieras.

Los ojos enrojecidos del primer ministro revelaron un fruncimiento de inseguridad, por no saber adónde lo llevaban; pero el embajador no albergaba tales dudas. Sirvió más *whisky* —Devereux no aceptó y puso firmemente una mano sobre su copa—, antes de tomar el hilo que Devereux había dejado a su alcance.

—¿Qué tenías en mente, Paul?

—Sí nos uniéramos a vosotros en el desarrollo de una nueva generación de cazabombarderos —el embajador tomó nota, como pretendía Devereux, del uso del condicional—, sería en respuesta a nuestra opinión sobre el papel de Gran Bretaña en el mundo... un papel importante y algunos dirían que de liderazgo.

—Claro —el embajador asintió con la cabeza.

—Pero no seguro —prosiguió Devereux.

Con su tono frío y preciso denotaba el control total que tenía sobre su alegato.

—Y sin ese papel de liderazgo, el Plumero no es más que una costosa irrelevancia.

El norteamericano apartó su copa. Había empezado el juego y sabía que necesitaría una mente despejada para acabarlo.

Devereux se inclinó hacia adelante, con la cabeza erguida. Su lenguaje corporal subrayaba el hecho de que esto no era sino una simple provocación de sobremesa.

—En vuestro Departamento de Estado está surgiendo la idea de que deberían invitar al Japón y a Alemania a convertirse en miembros de pleno derecho del Consejo de Seguridad de la ONU. Eso significa que alguien tiene que dejar el sitio libre... es decir un chivo expiatorio: Gran Bretaña.

Se produjo un largo silencio. El embajador no lo negó. Es de todos sabido que a los diplomáticos los envían al extranjero para mentir por su país; pero, en esta ocasión, la mentira transparente no serviría de nada.

—El león no ha perdido aún todos sus dientes, embajador. No existe la más mínima esperanza de que el Gobierno británico lo acepte. Nuestros propios partidarios nos destrozarían y con razón. El presidente no puede conseguir el Plumero y a la vez nuestro lugar en el Consejo de Seguridad.

—¿Estás enlazando directamente los dos asuntos?

—La lógica política lo requiere. No tiene mucho sentido que Gran Bretaña se convierta en cabeza de turco supersónica.

—Que yo sepa, el presidente no ha llegado a ninguna conclusión acerca del Consejo de Seguridad. Es sencillamente un globo sonda que algunos de sus asesores han lanzado.

—Precisamente. —Devereux esbozó una sonrisa con los labios apretados—. Ni siquiera le estamos pidiendo que cambie de opinión.

—Es justo —concedió el norteamericano—. Le haré saber la fuerza de vuestros sentimientos al respecto. No puedo prometer nada, lo sabes. Pero sospecho que el presidente considerará vuestro argumento... persuasivo.

—Estamos muy orgullosos de nuestro papel en el mundo —apuntó el primer ministro.

Su contribución, a esas alturas, resultaba un tanto patética.

—Por eso es que debemos insistir en que los norteamericanos nos apoyen en nuestra disputa con Chipre. —Devereux seguía en la brecha—. Tenemos que

conservar las instalaciones en nuestra base de Okrotir. Sin ellas no podemos mantener nuestra posición estratégica en el Próximo Oriente. Y no podríamos ayudaros a clarificar las ambigüedades de la región.

—Eres implacable —exclamó el embajador, protestando jocosamente—. Sabes que no podemos involucrarnos en eso. Somos neutrales, Paul.

—¡Sandeces, señor embajador!

El primer ministro se sobresaltó por la beligerancia de Devereux, derramó su bebida y se sirvió otra copa. Seguía sin pronunciar una sola palabra. No tenía la más remota idea de qué decir y casi no se había enterado de lo que se estaba discutiendo. Su colega continuó su asalto.

—Cuando empezáis a ser neutrales entre vuestros aliados y un miserable arribista nacionalista que ha mangoneado para llegar al poder y está decidido a abrogar todas las obligaciones de sus tratados, uno se pregunta en qué valoran los Estados Unidos las alianzas y la amistad.

—Sabes que no podemos involucrarnos en ello.

—Estáis involucrados, lo queráis o no, porque nosotros estamos involucrados. Y, a puertas cerradas, vuestro subsecretario de Estado está involucrado hasta su raído tupé. Eso es lo que pasa cuando se suelta a un norteamericano de segunda generación y ascendencia griega en el Departamento de Estado.

—¡Eh, un momento...!

—Ha estado destilando veneno a la menor oportunidad.

—¿Cómo lo sabes...?

—Sus palabras incitadoras y de apoyo están pegadas en las ventanas de todos los restaurantes griegos del país. Hasta se oyen en la radio de la comunidad grecochipriota en todo el norte de Londres.

—Yo no lo he oído —objetó el norteamericano.

—Tú no hablas griego.

El embajador no supo qué contestar, por lo que guardó silencio.

—Mira, no queremos una declaración de guerra por vuestra parte. Lo que necesitamos..., e insistimos en ello, es una declaración que apoye claramente el derecho internacional y el respeto de las obligaciones estipuladas en los tratados; que indique que el problema ha de resolverse por vía de la negociación entre ambas partes y no por la de iniciativas unilaterales y el apaleamiento de soldados británicos fuera de servicio en las calles de Limassol. El resto podéis dejarlo en nuestras manos. Ese maldito enano de presidente no puede durar mucho tiempo. Lo sacarán antes de la próxima recogida de aceitunas; nos limitaremos a esperar el momento oportuno. ¡Ah, excepto una cosa! Podéis poner a vuestro maldito Kostas en su sitio... y con fuerza.

—Michalides —corrigió el embajador malhumorado.

Alargó el brazo para coger su copa, maldiciéndose por la locura que le había llevado a iniciar la conversación.

—Finalmente...

El embajador se atragantó.

—... estoy seguro de que el presidente querrá asegurarse de que al primer ministro se le dé una recepción realmente aduladora en su próxima visita a Washington. Probablemente a finales del próximo verano. Con eso encontraréis en nosotros a vuestros mejores amigos y más firmes aliados.

—¿A finales del próximo verano?

—No puedo hablar por el primer ministro.

Devereux señaló con la cabeza a su líder sin separar la mirada de su blanco.

—Pero el próximo otoño podría ser una época ideal para unas elecciones. Con vuestra ayuda, el primer ministro proyectará la imagen de uno de los principales personajes del panorama internacional...

«Junto con cerdos voladores», reflexionó el embajador.

—... cuyas leales y nuevamente entusiastas tropas parlamentarias lo apoyan y cuyos oponentes políticos han huido. Con un poco de suerte y el inicio de la recuperación económica. Un guión fascinante y auténticamente satisfactorio, ¿no crees?

El norteamericano se volvió hacia el primer ministro en cuestión, que había sido poco más que un pálido espectador en esta contienda. Devereux, con el que el norteamericano no estaba muy familiarizado, jugaba un juego extraordinario, robando cámara a su líder y demostrando que era más hábil tanto en tácticas como en estrategia. Pero el embajador tampoco era tonto. Conocía al primer ministro que, llegada la mañana, recordaría únicamente lo logrado y no quién lo había logrado. A Devereux le otorgaría su favor en calidad de talismán, de general con suerte. Los jefes ansían contar con generales con suerte. Y Devereux prosperaría, gracias a la preferencia del primer ministro y a su astucia. Era un hombre al que había que observar atentamente.

El norteamericano se sentía castrado; se habían agotado tanto su fuerza como su resistencia. Haciendo acopio de lo que le quedaba de energía y de algo que podía pasar por una sonrisa, alzó su copa.

—Caballeros, propongo un brindis. Por el Plumero.

* * *

Por la mañana llamó a Katti. No sabía qué más hacer; no tenía idea de a quién más acudir. Sin embargo, Katti todavía no estaba disponible.

—Su línea comunica. ¿Quiere esperar?

Sí, esperaría. Y esperó y esperó. Cuando la línea de Katti finalmente quedó libre, le contestó otra persona, alguien nuevo que no tenía idea, «mi reina», de dónde estaba Katti ni de quién era ella. Lo único que podía hacer era coger el mensaje y pedirle a Katti que la llamara.

Depresión. La envolvía, la rodeaba como un banco de niebla que llegara desde el

Canal de la Mancha, hasta que le impidió ver. Se sentía como si se estuviese derritiendo por dentro. Casi habían desaparecido su resistencia, su energía, sus esperanzas. Le habían dicho que tal vez se deprimiera después del accidente, que era una posible consecuencia del daño al cerebro. ¡Dios santo! ¿Tendrían razón los médicos... acerca de todo?

El teléfono sonó. Izzy dio un salto para contestar.

—¿Katti?

—No, me temo que no —respondió la voz.

Izzy la reconoció inmediatamente. La pronunciación precisa de unos amplios estudios se mezclaba con la suave entonación de la campiña irlandesa; era una voz que daba la sensación de ser un masaje; una voz confiada y directa que contenía claridad tanto de significado como de propósito; una voz que capturaba los ritmos de un burbujeante riachuelo que discurriera sobre guijarros; no tenía nada de la entonación nasal de los valles del medioeste norteamericano en que ella se había criado.

Era la voz que había oído el día anterior en la oficina del director del periódico.

—Me llamo Daniel Blackheart.

—Black... ¿qué?

—Blackheart. Hace varios siglos uno de mis antepasados poseía una franja de la costa de la bahía Blackheart, o sea, corazón negro. En la costa oeste de Irlanda. Por alguna razón incomprensible, el apellido no ha desaparecido todavía.

—Está de broma.

—No. Me temo que hablo en serio. No es un nombre que se lleve con facilidad.

Del burbujeante riachuelo surgió una risa. El hombre se burlaba de sí mismo. Los irlandeses tendían a hacer eso, a no darse importancia, a hablar en términos indirectos. Eran muy distintos de los norteamericanos.

—¿Y en qué puedo ayudarle, señor...? —Izzy vaciló y frunció los labios.

—Daniel. Llámeme Daniel. Y creo que soy yo el que puede ayudarla a usted.

Su voz levantó una esquina del manto de cinismo y depresión en que Izzy se encontraba envuelta.

—¿Nos conocemos?

—Sí, pero no nos han presentado. Oí parte de lo que le dijo usted a mi director, acerca de su hija desaparecida. Quisiera ayudarla y tal vez pueda hacerlo.

Las expresiones de preocupación del director habían sido tan transparentes que seguían hiriéndola y no esperaba ningún sentimiento genuino de aquel lado.

—¿Cómo sé que no me está tendiendo una trampa?

—A la única persona que le estaría tendiendo una trampa, señorita Dean, sería a mí. Tuve que hojear la libreta del director para conseguir los detalles. Si se entera, me voy a encontrar nadando en la vieja bahía de la familia con piedras en las botas.

—No entiendo...

—¿Podríamos vernos?

—¿Ya ha comido usted?

Daniel soltó una risa, una alegre escala musical que tranquilizó a Izzy.

—Lo he hecho casi todo menos comer. Almorzar juntos estaría bien.

Se citaron, delante del museo de Weschester, debajo de los gabletes del siglo XVII de aleros de madera, de los que colgaban, podridos, los nidos abandonados de los martinets de la primavera anterior, como lo habían hecho en época de la Revolución Americana. La vida en esta parte del mundo se resistía a los cambios rápidos; Izzy no sabía si lo aprobaba o no.

Llegó temprano y aprovechó para llamar a Katti otra vez. Iba creciendo en ella cierta inquietud; se preguntaba si la trabajadora social se mostraba deliberadamente evasiva, si constituía otro ladrillo del muro que este lugar parecía alzar a su alrededor. Así que aplicó una vieja máxima de los reporteros: cuando existen dudas, acosa. Sin embargo, diríase que la mujer había desaparecido de la faz del planeta; sucesivas voces en la línea telefónica cubrían su pista como una tormenta de arena hecha de supuesta ignorancia e impenetrables excusas. Parecía que ya no le quedaban voces a las que interrogar. Dejó otro mensaje. En esta ocasión no se limitó a pedir, sino que insistió en que Katti la llamara y colgó bruscamente.

Y allí estaba él. Al darse la vuelta para salir de la cabina, Izzy lo encontró mirándola fijamente, como si llevara cierto tiempo haciéndolo. Él también había llegado temprano.

A primera vista, Daniel Blackheart daba la impresión de ser un pirata, un joven pirata, flaco, con un cabello espeso y negro que fluía y bajaba sobre las cejas, casi cubriendo un ojo, cual un parche. Llevaba un pendiente. Cojeaba ligeramente, con lo que se balanceaba al andar, como lo haría un navegante en tierra firme. Tenía una sonrisa ladeada y unos ojos color caoba excepcionalmente oscuros que, cuando ella se volvió hacia él, no pudieron evitar rozarla en una apreciativa inspección.

Izzy resistió el impulso de corresponderle; el hombre contaría unos diez años menos que ella y, de todos modos, se trataba de asuntos de trabajo. Pero se le quedó grabada aquella imagen de espadachín que proyectaba, de alma vagabunda que dejaba pesar y alegría a su paso.

—Soy Daniel Blackheart, a su servicio.

Inclinó breve y ligeramente la cabeza y alargó una mano. Izzy esperaba ver un garfio o, como mínimo, una extremidad encallecida por cuerdas y agua salada. Pero era una mano lisa y cálida. La sorprendió su suavidad. Se había acostumbrado a las palmas endurecidas de los hombres más maduros y a la piel líquida de los niños. En su experiencia reciente existía un vacío entre la infancia y la madurez y este tipo encajaba en él.

—Casi esperaba descubrir a un caballero montado en su corcel. Con toda su armadura, como mínimo —comentó irónica.

Examinó los tejanos desgastados de Blackheart y trató, sin gran éxito, de pasar por alto la vigorosa elegancia que cubrían.

La expresión del joven se tomó instantáneamente seria.

—Con las viseras, se pone uno hecho un asco al comer «Big Mac», esas hamburguesas de McDonald's.

Las mejillas le dolían a Izzy. Casi había olvidado lo que era sonreír. Él le había proporcionado ayuda y Le había aliviado la depresión aun antes de acabar de estrecharle la mano. No obstante, cuando se acercó a ella y ella miró esos ojos chispeantes, percibió más de lo que esperaba ver. Era demasiado joven como para que en su cara se dibujaran más que muy leves arrugas al sonreír; pero los ojos poseían una profundidad poco natural; revelaban un alma expuesta, algo que ardía en su interior. Quizá fuese un marinero que afrontaba los vientos de la vida, pero algo en él hacía pensar que lo habían vapuleado y herido gravemente. Mercancía dañada.

Eran miembros del mismo club.

—Izzy. Me llamo Izzy. Y este jovencito latoso se llama Benjy.

El irlandés se inclinó hacia adelante, acercándose más, y le hizo una mueca al niño que ella llevaba en brazos. Izzy pudo oler el limpio y dulce olor de polvos infantiles. ¡El hombre llevaba polvos infantiles! Quizá por eso, cosa asombrosa, Benjy no se echó para atrás, suspicaz ante la llegada de otro hombre extraño a su vida saturada y sin orden, sino que emitió una risilla y estiró una mano pegajosa, que Daniel aceptó con prontitud.

—Le debemos la comida. Pero tendrá que ser paciente. Primero tendremos que desviarnos hacia el banco para recoger una tarjeta de crédito.

—Entonces es usted la que necesitará armarse de paciencia. Si no le molesta, la esperaré afuera.

Tan pronto como entró en el banco, una oficina de paredes revestidas de madera estilo Victoriano, Izzy entendió lo que había querido decir Daniel: como era la hora de la comida, estaba atestado de clientes.

—Hacer cola —murmuró, impaciente—. Es el arma que los ingleses emplean como último recurso contra los norteamericanos.

Y esperó. Y esperó. Y tuvo que luchar con su cada vez más impaciente hijo.

—Mira ese niño —lo alentó, indicándole un dócil pequeño en la cola contigua que se aferraba al brazo de su madre—. Mira que bien se porta.

Benjy le echó una ojeada, decidió que no le gustaba la comparación y soltó un penetrante chillido que habría hecho honor a un destacamento de indios en pleno ataque.

El viejo y elegante edificio resultó ser un excelente vehículo acústico. El grito del niño rebotó desde el piso de mármol y pareció hacer eco, sin disminución de volumen, alrededor de las recargadas columnas estucadas, sacudiendo los feos e invasores cristales que separaban a empleados bancarios de clientes. Fue a morir entre los rollizos querubines que flotaban muy por encima de las cabezas de los cajeros. Los allí presentes se volvieron, como si fuesen una sola persona, para examinarlo y para ofrecer un colectivo gesto de desaprobación.

Finalmente, la saludaron la presencia de una joven cajera detrás del cristal manchado y su voz mecánicamente amplificadas. Alrededor de la ventanilla permanecía una selección de las decoraciones recicladas de la Navidad anterior.

—Me llamo Isadora Dean. He venido a recoger el reemplazo de mi tarjeta de crédito.

La joven pasó rápidamente las fichas contenidas en una pequeña caja de plástico, sacó una, la leyó, volvió a mirar a Isadora y, sin decir una palabra, desapareció en uno de los rincones más alejados del banco. Regresó unos minutos más tarde, acompañada de un hombre mayor con gafas, labios húmedos y carnosos y cuyo estrecho cuerpo se perdía debajo de los pliegues de su traje prêt-à-porter. En la mano llevaba un montón de papeles y una nueva tarjeta de crédito.

—Ah, sí —la saludó, con una sonrisa que era más bien una mueca apenas visible debajo de un cansado bigote—. La dama con el encantador niño. ¿Señora...?

—Dean. Isadora Dean.

—Ah, sí —repitió el banquero. Ojeó los papeles y frunció el entrecejo—. Le pido disculpas, pero parece que hay una confusión. Tengo instrucciones de entregar la tarjeta a una tal señorita Isadora Dean.

—Ésa soy yo. Uso mi nombre de soltera.

—Ya veo.

El banquero apretó los labios ligeramente, en clara muestra de desaprobación.

—Bueno, todo parece estar aquí, señorita Dean. Necesito que rellene un formulario con unos cuantos detalles y me dé su firma. Y, por supuesto, una prueba de identidad.

Izzy empujó por debajo de la ventanilla la carta de Pomfritt, con el timbre del águila. El hombre la cogió y la estudió atentamente.

—¿Tiene usted pasaporte, señorita Dean? ¿O un carnet de conducir?

Ella le explicó la situación.

—Ya veo.

Los labios del hombre volvieron a apretarse; diríase que estaba besando un espejo. Entonces él, a su vez, desapareció. Izzy oyó los suspiros impacientes en la cola detrás de ella. «¡Vaya, los ingleses son incapaces de tomar su propia medicina!», pensó.

Tras un apreciable retraso, el banquero volvió acompañado de otro hombre. Éste, más corpulento y cuyos labios parecían una grieta en el vidriado de una porcelana, vestía otro traje prêt-à-porter, aunque de mejor corte, a rayas y adornado con chaleco.

—¿Cuál es el problema, señorita Dean? —inquirió el Gran Banquero.

—No hay problema. Estoy aquí para recoger mi nueva tarjeta de crédito.

—Pero tengo entendido, por lo que me dice nuestro señor Wheelright, que no trajo usted ningún documento de identidad.

Traigo una carta de la embajada norteamericana.

—Pero ninguna prueba de identidad.

—En la carta se le pide que llame a la embajada si tiene usted preguntas. Que hable con el señor Pomfritt.

—Lo lamento, señora, pero no se nos permite aceptar verificaciones de identidad por teléfono.

—Pero si es la embajada norteamericana, ¡por Dios!

—Sobre todo en caso de la identidad de extranjeros.

En sus labios, la palabra sonaba a enfermedad; el movimiento a espaldas de Izzy se iba intensificando.

—¿Pero, cuál es su problema? La compañía de la tarjeta parece haber tenido suficiente, tanto que le ha enviado una nueva tarjeta para mí.

—Pero, señora, es la propia compañía de tarjetas de crédito la que insiste en que obtengamos pruebas suficientes de la identidad antes de entregar las tarjetas. Estoy seguro de que sabe usted el enorme incremento en el uso fraudulento de las tarjetas de crédito, sobre todo en época navideña.

—Es mi tarjeta de crédito la que tiene ahí. Lleva mí nombre. Tiene usted una carta de la embajada norteamericana que me identifica. ¿Qué más quiere?

Detrás de ella, una voz quejumbrosa se lamentaba, en un profundo acento rural, de que sólo disponía de cuarenta minutos para comer, que ya llegaba tarde y todavía tenía que comprar el té de Alf. Izzy empezaba a sentir el rechazo que estaba provocando.

—Nos es muy difícil tratar esta clase de problemas aquí. Sería mejor, mucho mejor quizá, que tratara usted de arreglar el asunto en Londres.

—Y mejor todavía en los Estados Unidos —dijo la voz detrás de Izzy.

—¿Qué, en nombre de Dios...?

Izzy se contuvo. Estaba más que dispuesta a alzar la voz pero, en este caso, estaba segura de que no serviría de nada. Otra mujer histérica con los nervios destrozados, dirían. Como los médicos. Y Benjy, sentado en el mostrador, a su lado, empezaba a percibir la tensión y a irritarse.

—A ver si lo entiendo. Usted sugiere que vaya a Londres para arreglar este asunto.

—Eso sería lo mejor.

—Pero, sin tarjeta de crédito, ¿cómo espera que vaya a Londres?

—Por mucho que lo lamente, nosotros administramos un banco y no los ferrocarriles británicos.

—Esto es ridículo. —La sangre se le estaba subiendo a la cabeza.

—¿Acaso podría ayudarla su marido?

Izzy perdió los estribos y alzó la voz.

—¡Quiero ver al gerente!

—Señora —ofrecieron como respuesta los labios apretados—, yo soy el gerente.

Izzy ya había perdido toda paciencia y toda capacidad de perseverancia, al igual que los que hacían cola detrás de ella. Además, Benjy rompió en llanto y estaba

tirando de su brazo; estaba haciéndose pipí. Tenían que irse. Por fin explotó:

—¿Es porque soy norteamericana o porque soy mujer? —espetó en un último intento.

Su única respuesta fue una expresión vacía.

—Son ustedes un montón de gentes realmente maravillosas —fue lo único que logró decir al coger a Benjy y salir de la cola.

A sus espaldas alguien soltó una risita disimulada.

Cuando ella desapareció, el banquero sonrió forzadamente, primero para sí mismo y después para beneficio de sus clientes. Antes de dejar el puesto en manos de la cajera, insistió en atender personalmente a los dos siguientes; les ofreció disculpas, como si fuese culpa suya que la irascible forastera hubiese hecho tal escena. Se retiró a su oficina, donde cerró la puerta y levantó el auricular del teléfono.

—Sí, estuvo aquí. Exactamente lo que usted sugirió.

Escuchó un rato.

—Muy emotiva. De hecho, casi agresiva. Pero, bueno, así son esas norteamericanas.

Otra pausa.

—Por supuesto. No tiene por qué darlas. Como funcionario del banco es mi obligación. Como amigo, fue un placer.

Colgó el auricular en su sitio, se arregló el uniforme, sacó el reloj de oro de su chaleco y decidió que era hora de comer. Pavo asado con relleno de la temporada. En su opinión, se lo merecía.

* * *

El humor de Izzy, que deseaba sacarle los ojos a alguien, no mejoró cuando descubrió a Daniel cerca de los puestos, estirándose como un gato satisfecho bajo el sol poco característico de diciembre y compartiendo tanto un banco como sus opiniones con una joven poseedora de un pecho amplio que atraía inevitablemente la mirada.

—Se supone que ha venido usted a ayudarme a mí, señor Blackheart, no a sí mismo —murmuró, a la vez que se regañaba por sucumbir al impulso de... ¿la impaciencia?, ¿los celos?

No, celos, no. No podía ser. Pero él era lo más parecido a un amigo en este lugar hostil, y experimentaba una urgente necesidad de contar con su atención. Se alegró cuando la recién llegada se separó prestamente y la atención de Daniel se centró nuevamente en ella.

—¡Realmente necesito una copa! —exclamó—. El problema es que no me puedo permitir pagarle una. Esos asquerosos tipos no quieren darme mi tarjeta de crédito.

—Eso de la copa es el problema más fácil de solucionar del mundo —contestó, tranquilizador, el joven.

Al poco tiempo se encontraban sentados en el patio de gravilla de una hostería

cuyas paredes de adobe se hallaban recubiertas de líquen y musgo viejos. El Thomas Hardy era un local donde, según la placa que colgaba encima de la puerta, el gran escritor había comido y dormido; pero hacía tiempo que el originario sendero lleno de baches se había convertido en una concurrida vía pública.

Mientras él bebía su zumo de naranja, ella le hizo un breve resumen de su situación. No se guardó nada, ni siquiera sus impresiones más espeluznantes acerca de la hija de Devereux; estaba demasiado desanimada, demasiado asustada para poder fingir.

—¿Conoce a Paulette Devereux? —indagó.

Pero su esperanza se vio rápidamente echada por tierra.

—Para ser sincero, ni siquiera estaba seguro de que tuviera una hija. En todo caso, no figura en el Chronicle. Pero, ¿por qué querría ella, por qué querría alguien, llevarse a su hijita?

—Si lo supiera, no estaría aquí. Me paso el tiempo esperando que todo esto sea producto de un error... incluso un error mío... de que no existe ningún misterio. Pero cada vez que hago preguntas me da la impresión de que están construyendo un muro a mi alrededor. Sea cual sea la dirección que tome, colocan otro ladrillo, encerrándome en una prisión. ¿Tiene sentido lo que digo?

—No la están encerrando, Izzy. Le están impidiendo entrar.

—¿Qué quiere decir? ¿Quiénes?

—Este lugar, Weschester y la gente que aquí cuenta. Usted es forastera. Más extranjera incluso que yo. Está causando problemas, removiendo cosas, desorganizando la vida de estas personas.

Daniel se inclinó y le tocó el brazo. Era una persona muy táctil. A Izzy el contacto la alivió. Precisaba consuelo, con desesperación.

—Éste es un buen lugar —prosiguió Daniel—. En los cuatro meses que llevo aquí, he visto que las gentes son cálidas y amigables y terriblemente generosas. Pero viven a su propio ritmo, un ritmo al que están acostumbradas desde hace generaciones. Eso hace que sospechen de los extranjeros insistentes. Y también puede hacerlas parecer insensibles, ciegas.

Su mirada era sincera y firme, casi hasta el punto de incomodarla. Izzy tomó un sorbo de vino, un asqueroso brebaje envasado en tetrabrik.

—Mírelo desde este punto de vista: usted llega, sin que nadie la haya invitado, acepta su hospitalidad y su tratamiento para curarse. Luego va y crea problemas para el hospital, la policía, el periódico local, los servicios sociales e incluso el representante local en el Parlamento. Está zarandeando su barco y, en una comunidad rural como ésta, todos reman juntos.

—Entonces, ¿qué me sugiere que haga? ¿Qué lo olvide?

Daniel le apretó el brazo.

—Claro que no. Pero tiene que entender a lo que se enfrenta. Conocer a la oposición. Y conocerse a sí misma también, Izzy. Saber que es posible... e incluso

probable... que no exista ningún misterio; que, tristemente, su hijita haya muerto. Se da cuenta de eso, ¿verdad?

—También me doy cuenta de que si usted estuviese seguro de ello, no estaría aquí. No es un simple buen samaritano que cuida de una minusválida emocional.

—Quizá estoy aquí porque me cautivó al salir tan dignamente de la oficina, ayer.

—Y a lo mejor se ha olvidado de que estoy casada y tengo los suficientes años para ser... bueno al menos su hermana considerablemente mayor.

Intercambiaron una cálida mirada, agradecidos por la distracción momentánea.

—También soy periodista —alegó Daniel—. Como usted. No muy importante, lo reconozco, al menos no aquí en Weschester; cubro escándalos como la presencia de grietas en el techo de la biblioteca pública y la lluvia durante la fiesta celebrada en el jardín del alcalde. Pero... no siempre estuve en Weschester y quizá no lo estaré siempre.

Su voz contenía un deje de nostalgia. La herida en el fondo de sus ojos se tomó momentáneamente más visible.

—¿Por qué decidió ayudarme?

—¡Oh! Por numerosas razones. Porque usted necesitaba ayuda. ¿No basta con eso?

—No. Eso es más o menos lo que me dijo Paul Devereux.

—Y porque, poco antes de que usted llegara ayer a la oficina del director, él recibió una llamada telefónica. No sé de quién, pero en ella se mencionó su nombre.

—¡Eso es imposible! No le dije a nadie que iba a ir a verlo.

—No obstante, alguien le estaba advirtiéndole que no se comprometiera.

—¡Maldición! —Izzy apuró el poso del vino e hizo una mueca por la acidez—. Y no ha sido sólo el director del periódico; también el hospital, el inspector de policía, el Gran Banquero, los servicios sociales...

—¿Prejuicios machistas? ¿El que la gente no quiera tomarla en serio?

—En el caso de Katti de los servicios sociales, no.

Izzy tenía la mirada fija en un punto distante; en su mente revoloteaban los puntos recién entendidos, las insinuaciones; mentalmente, estaba escalando el muro de ladrillos que habían construido a su alrededor y, por primera vez, vislumbraba lo que podía haber más allá.

—Y, ¡maldita sea!, el inspector de la policía sabía que pensaba quedarme. Nadie lo sabía, nadie —se le cortó el aliento—, excepto Paul Devereux.

—Su anfitrión.

—O carcelero.

—Pero, ¿le dijo que iría a la policía?

—No, no, no —insistió Izzy—. No podía saberlo.

Aun desde su nueva posición sobre el muro, lo único que percibía era un laberinto y callejones sin salida.

—Entonces, acaso sólo se trate de insularidad rural, de una comunidad local que

cierra filas instintivamente.

Izzy agitó enfáticamente la cabeza.

—El inspector de la policía sabía todo lo que tenía que saber sobre mí, incluso antes de que yo llegara. Su director también. Alguien se lo dijo.

Su conversación se vio momentáneamente ahogada por el fragor de un camión; sus fosas nasales se vieron invadidas por el humo del motor diesel y sus gafas vibraron. Un teléfono sonó con insistencia, en algún lugar, pero nadie contestó.

—¡Eso es! —exclamó Izzy con fervor y se zambulló en el laberinto—. El teléfono. Daniel, hice la cita con el inspector por teléfono.

El joven se frotó la barbilla, meditando, tratando de mantener el ritmo mental de Izzy.

—Y con su querido director —continuó la periodista.

Daniel casi la alcanzaba.

—Y apuesto a que hizo gestiones telefónicas para que le dieran una nueva tarjeta de crédito... una tarjeta que, de pronto, no puede conseguir.

—Así es como traté de comunicarme con Katti también.

—¿Qué teléfono?

Izzy había doblado una esquina y, por fin, el camino hacia adelante empezaba a aclararse.

—El del estudio de Devereux. Insistió en que lo usara. —De repente el sol había perdido toda su calidez—. ¿Puede hacerlo, Daniel? ¿Puede cerrarme todas las puertas?

—¡Y cómo no! Este hombre podría hacer el vacío alrededor de quien quisiera, eso es seguro. Es diputado. Es un peso pesado no sólo aquí, sino en todo el país. Una de las familias más famosas de Wessex. Su padre fue ministro del Gobierno.

Por aquí, el apellido Devereux equivale, en términos sociales, al de Dios. Y resulta que Paul Devereux es amigo personal de mi director. Con toda seguridad conoce al inspector de la policía y, probablemente, al gerente del banco.

—Pero no a Katti.

—No, a Katti no. Ella no encaja, no sé por qué.

—¡Mieeeeerda!

La palabrota se alargó, hasta el límite, llena de frustración. Izzy golpeó la mesa de madera, con lo que lanzó su copa vacía y despertó a Benjy, que había estado durmiendo pacíficamente en su regazo.

Daniel se burló de su falta de control.

—En algún sitio he leído que ustedes, los norteamericanos, pueden pronunciar esa palabra de al menos treinta maneras...

—¡Daniel! ¿Qué he hecho? —Ahora fue Izzy la que se inclinó y tocó el brazo del joven—. Nuestra cita para vernos esta mañana la hice desde el mismo teléfono. El de Devereux.

La frivolidad de Daniel desapareció de pronto.

—Eso podría resultar inconveniente. Le dije a su buen amigo, mi director, que iba a entrevistar a la presidenta de turno para el mes de agosto de la asociación femenina local sobre su próxima exposición de flores.

—Lo siento.

—No lo sienta.

La brisa agitó el cabello de Izzy, que se lo empujó hacia atrás, colocándolo en su lugar. Benjy, liberado tanto del sueño como de los brazos de su madre, se deslizó hacia el suelo y se puso a jugar en la grava, intentando llenarle los zapatos de piedrecitas. Ella lo apartó.

—Su actitud con respecto a muchas cosas, me parece muy... despreocupada, indiferente, Daniel. ¿Su trabajo? ¿Su vida aquí? ¿La gente?

—He podido practicar mucho. A veces son necesarias la despreocupación y la indiferencia, incluso en cuanto a uno mismo. Sobre todo en cuanto a uno mismo.

Izzy creyó ver un nuevo destello del alma herida retorciéndose en los vientos del recuerdo, antes de que él se rescatara a sí mismo con un encogimiento de hombros y una sonrisa de autodesprecio que le iluminó el rostro. Su sonrisa era hermosa, decidió Izzy.

—En todo caso, espero que no le moleste que me pegue a usted, señorita Dean.

Su mirada era directa, abierta; en ella revelaba más que a un buen samaritano, mucho más que a un hermano menor, Izzy se escabulló.

—Hasta ahora, todo va muy, pero que muy bien —respondió Izzy, imitando el cansino acento sureño.

—Me alegro. Bueno, entonces, a trabajar. ¿Qué hacemos ahora?

—Averiguar cómo supo Devereux con quién hablaba por teléfono.

—¿Un supletorio? ¿Una grabadora, tal vez, con la que tiene pinchado su propio teléfono? Eso es fácil de hacer.

Pero Devereux ha estado fuera, a cientos de kilómetros de distancia. Ayer estuvo en Escocia, visitando una base de submarinos nucleares. Lo vi en el noticiero de anoche.

—Entonces, ¿cómo aprieta el botón?

—... más bien, ¿cómo aprieta el pescuezo?

De pronto, el instinto de Izzy ahogó todo pensamiento; le informó que no todo marchaba bien, que estuviera alerta, que había peligro. Ya no oía a Benjy arrojar piedras. En vez de ello, percibió el ruido del tráfico, los sonidos de una carretera local repentinamente concurrida; el ruido producido por pesadas ruedas que avanzaban a toda velocidad sobre el piso alquitranado; de pasos rápidos y descuidados.

Se volvió y vio un camión de granja cubierto de polvo; vislumbró el rostro angustiado y atormentado del conductor que trataba de manipular simultáneamente el freno y la bocina; y luego vio el despreocupado deambular de Benjy, el patio delantero y la cuneta, en una dirección que lo llevaba directamente al paso del camión. El estruendo del bocinazo de advertencia se fusionó con el grito de Izzy, en

tanto el freno protestaba y las llantas dejaban una huella ardiente en la carretera. Benjy, por fin consciente del peligro, se volvió, cara al monstruo que se le echaba encima y se quedó paralizado.

Las pesadillas están hechas de tales escenas. Uno tiende a paralizarse, a encogerse debajo de las sábanas, presa de temor e impotencia, a esperar a que el horrible sueño haya terminado. Así es cómo muchos hombres y mujeres han ido a su muerte, negándose a creer lo que les enseñaban sus ojos, incapaces de reaccionar o de protestar siquiera.

Parecía inconcebible que hubiese podido llegar al lugar donde esperaba Benjy antes que el camión, que de una zancada hubiese podido empujarlo, apartándolo del peligro y, a la vez, evitar también ella el camino del camión; pero las madres poseen una capacidad que las hace superiores a los mortales. De pie, allí, temblorosa y aferrada a su hijo, jubilosa, traspasada por la conciencia de que ella lo había dejado alejarse y que ella era la única culpable, se dio cuenta por primera vez de cuán grave era su apuro.

Si alguna vez lo dudó, en ese momento supo que tenía que perseverar, que no podría encontrar paz sin averiguar primero la verdad sobre Bella. No podría, sencillamente, vivir con su sentimiento de culpabilidad.

Sin embargo, su culpabilidad tenía muchos aspectos, otros riesgos que ya no le quedaba más remedio que reconocer. Acababa de ver uno de esos riesgos y, sólo por extraordinaria suerte, lo había evitado. El riesgo lo corría Benjy, que ella había colocado en una posición de peligro mientras centraba su atención en otra cosa. Al ir tras la oscura verdad sobre una hija, estaba arrastrando a su hijo hacia el peligro. ¿Podría vivir con esa culpa? ¿Quién tenía precedencia? ¿Benjy? ¿Bella?

Se percató de otra cosa mientras respiraba hondo tratando de llenarse los pulmones de aire y de tranquilizar al alarmado Benjy. Durante un breve momento, antes de desaparecer detrás de una cortina protectora, a través de la ventana de un salón de té, situado al otro lado de la carretera donde se encontraba el Thomas Hardy, había visto un rostro: la sombría mueca de Chinnery, el chófer de Devereux. Espiándola.

Ahora sabía cómo se había enterado Devereux de cada uno de sus movimientos.

La habitación se encontraba en penumbra, iluminada únicamente por una lámpara de mesa sobre el enorme escritorio de caoba y por los faroles de la calle que penetraban a través de las ventanas sin cortinas. Así le gustaba trabajar al primer ministro, concentrándose en la soledad de su despacho de Downing Street. Richard Flood estaba mirando a través de un cristal de un centímetro de grosor, tratando de rascar una marca con la uña de su pulgar; todavía no se había dado cuenta de que la imperfección se hallaba incrustada en las múltiples capas del vidrio a prueba de mortero, cuando entró Devereux.

—Paul, buenas tardes —dijo, sin volverse—. ¿Sabes? El jardín está hecho un asco. Tengo que mandar que lo limpien.

—Mmmm —murmuró Devereux.

No estaba seguro de por qué se le había confiado tan crucial información y se preguntó si el primer ministro, que se estaba labrando la reputación de comportarse con excentricidad bajo presión, le iba a pedir que se arremangara la camisa y fuera a buscar una pala.

—¿Cómo está Bizzie? —inquirió.

—¡Oh, Elizabeth está bien! La damita está perfectamente bien. Nunca mejor, gracias —murmuró a su vez Flood, distraído.

Di ríase que Devereux le había preguntado por la hora y no por la salud de su esposa.

«¡Bobo!», pensó Devereux. Tres años en Downing Street habían convertido al hombre en un títere de la formalidad, un panal de inactividad, de miras estrechas, que parecía haber olvidado hasta cuánto su esposa odiaba su nombre completo. De hecho, también había olvidado muchos más detalles sobre ella.

Flood giró sobre sus talones.

—Paul, quería que estuvieras presente para compartirlo. ¿Te acuerdas de nuestra velada en casa del embajador norteamericano la otra noche, cuando le torcí el brazo acerca de la ONU y Chipre y demás?

—Ah, sí, Dick —Devereux se aclaró la garganta para quitarse el sabor del amargo humor que le provocaron las palabras del primer ministro—. Fue una sabia maniobra, sin duda.

—No sólo sabía, Paul. ¡Brillante!, diría yo. Esta tarde me he enterado de que van a aceptar. Todo. Absolutamente todo. Maravilloso, ¿eh? Me comunicaron que el presidente me va a telefonar en unos minutos para comunicarme su aprobación personal, y pensé que querrías compartir ese momento conmigo. No podría haberlo hecho sin tu apoyo, ¿sabes?

Devereux inclinó la cabeza. Esperaba que el gesto no traicionara su desdén, sino que sería tomado más bien por un ademán de modestia.

—Han aceptado el acuerdo de inmediato. El presidente debe de necesitarlo más

de lo que creíamos —continuó Flood—. Quizá exigimos demasiado poco... ¿Qué crees tú, Paul? ¿Deberíamos pincharlos para conseguir un poco más?

—Las vacas han sido bien montadas, no vayamos a agotar a los toros con demasiado placer.

Los interrumpió el timbrazo de uno de los tres teléfonos sobre el escritorio. A los pocos segundos se estableció la comunicación.

—Señor presidente, buenas tardes. ¡Ah, está en California y es por la mañana! Quiero que sepa que me alegro mucho por usted. También quiero que sepa que Paul Devereux, mi ministro de Defensa, se encuentra aquí conmigo. Espero que no se ponga usted a que él pueda escuchar nuestra conversación.

El primer ministro pulsó un botón en la consola y la voz de entonación virginiana del presidente norteamericano resonó en el despacho.

—Bienaventurados sean los que dan, primer ministro, y como supongo que sabe, estoy a punto de recibir una bendición.

Al presidente norteamericano se le conocía por su afición a las citas bíblicas y a las analogías, con las que cultivaba su imagen de caballero sureño y de padre nacional. En cambio, en privado, había llegado a presidir reuniones con sus asesores sentado en la taza del inodoro.

—Es muy amable por su parte, señor presidente. Espero que sean numerosas sus recompensas y que le lleguen en esta vida.

—¡Qué demonios! Más vale que así sea. Es por eso que necesito que usted dé muestras de un poco de generosidad, primer ministro. Ya tiene lo que quería. El trato financiero con relación al Plumero, el Consejo de Seguridad, Chipre. Además, cuando venga a Washington, le ofreceremos una recepción que haría que Walt Disney se pusiera verde de envidia. Pero hay otro asunto para el que quiero su ayuda realmente británica.

—¿Y eso es?

—Bueno, mire usted, ya sabe que hemos tenido algunos problemas en el Congreso con este proyecto. Como dice el Libro Santo, tienen ojos que no ven, orejas que no oyen y bocas que no paran. O algo así. De modo que necesito mostrarme especialmente amistoso con el senador principal de Wyoming, que también resulta ser el presidente de la Comisión de las Fuerzas Armadas del Senado. Ocurre, además, que una nieta suya daría cualquier cosa por entrar en la Universidad de Oxford. Ahora bien, si la cría poseyese tanta inteligencia como el viejo influencia, no habría problema, pero... ¿Cree usted que puede arreglar este asunto para mí?

La mandíbula inferior del primer ministro tembló.

—Bueno, el Gobierno no controla esos asuntos, por supuesto, y esos intelectuales arman mucho lío sobre la libertad académica... pero veré lo que se puede hacer. Personalmente. Con mucho gusto.

—¡Maldita sea! No quiero que vea lo que se puede hacer, primer ministro. Quiero que se haga. ¿Acaso el Plumero no se merece una miserable plaza en Oxford? ¡Por

Dios! Yo hubiera pensado que se merecía toda una universidad.

—Yo... yo —la mandíbula de Flood volvió a temblar.

Lo había dejado estupefacto la agresividad de su colega.

—Señor presidente —Devereux intervino en la conversación—. Tiene que entender que el primer ministro no puede, bajo ninguna circunstancia, pisotear las libertades académicas. No haríamos ningún favor ni al senador ni a su nieta si se armase una protesta pública al respecto.

—¡Vaya, ya lo creo!

—Sin embargo, hay un modo indirecto de resolver el problema. Estoy seguro de que el primer ministro podría encontrar un contratista británico de armamento, uno que quizá vaya a participar íntimamente en el proyecto del Plumero, uno al que podríamos convencer, con el estímulo personal del primer ministro, de que establezca una cátedra en Oxford. Constituiría un medio ideal e imaginativo de demostrar su profundo compromiso social. Un compromiso que podría llevarlo hasta la Cámara de los Lores, ¿verdad, primer ministro?

—Bueno, sí... estoy seguro...

—Sospecho que en estos tiempos en que están pasando por una etapa de gran austeridad financiera, las autoridades universitarias se mostrarán muy comprensivas y estarán de acuerdo con cualquier... condición de menor importancia que pudiera implicar tan magnífico gesto.

—¿Quiere decir que puede arreglarlo? —tronó el presidente.

—Sí.

—¡Sí! —repitió el primer ministro.

—Caballeros, se convertirán en asombro, proverbio y refrán entre todas las naciones. ¿Quieren que les diga una cosa? Creo que nuestro bebé está a punto de despegar.

—Que Dios lo bendiga —murmuró el primer ministro cuando el presidente se despidió y colgó.

Por primera vez en semanas, Devereux vio a Flood sonreír.

El ministro de Defensa pasó una hora más con el primer ministro, mientras éste saboreaba el triunfo con una copa de *whisky*. La dedicaron a encontrar soluciones para otros problemas, a ajustar cuentas y a planificar actividades que podrían ocasionar la reactivación y el éxito en las elecciones. Flood estaba entusiasmado y Devereux se contentó con ocupar un segundo plano, escuchar, ofrecer cautelosas sugerencias y dejar que el primer ministro captara las ideas y se las apropiara. Tenía que actuar con cuidado. No podía eclipsar a su jefe, sin embargo debía animarlo y alentarle lo suficiente como para conservar el carril interno que se le estaba abriendo. Ganaran o perdieran las siguientes elecciones, Flood probablemente no duraría mucho más. Por primera vez, con toda resolución, Devereux empezó a considerar la posibilidad de que pronto podría sustituir a su colega.

Primer ministro. El cargo le atraía y estaba a la vuelta de la esquina. Entonces

podría por fin liberarse del fantasma de su padre.

Flood, en medio de su arranque de generosidad, acompañó a Devereux a la puerta del número Diez. En el momento en que ésta se abrió, los focos del telediario nocturno se encendieron y los inundó en el resplandor de la atención nacional. El primer ministro tomó la mano de Devereux y se la estrechó calurosamente, gesto de apoyo que, aun sin palabras, verían y comprenderían todos los que seguían las inciertas mareas de la política.

—Fue una velada excelente, Paul. Gracias. Supongo que vas a celebrar nuestro éxito, ¿no?

Devereux le sonrió a su vez.

—Tal vez más tarde. Primero necesito telefonar al embajador norteamericano. Hay ciertos detalles que aún se han de resolver.

* * *

Daba la impresión de aparecer en todas partes. En televisión, en los titulares de los periódicos, dentro de su matrimonio (el de Izzy), incluso dentro de su cerebro. Se había despertado en plena noche y se había encontrado con que la almohada se hallaba húmeda debido al tormento causado por la pesadilla y por el esfuerzo de tratar en vano de liberarse de ella. El rostro de Paulette había surgido nuevamente de su subconsciente, mucho más preciso y claro que nunca excepto cuando se fundió con los rasgos de Paul.

Pero lo que más terror le había inspirado era que, por mucho que luchara en contra, cuanto más clara se volvía la imagen de la chica, tanto más se disolvía la de la niña. No recordaba las facciones de su hijita. Bella había desaparecido. Los rasgos infantiles, a medio formar, el tono de su llanto, el color cambiante de sus ojos y el modo especial en que su cabello rojizo le caía sobre la frente, todo ello se borraba en su mente, como el celuloide quemado de una vieja película. Deseaba escapar por la vía fácil, dejarse llevar por el pánico.

Se enjugó la frente perlada de sudor. ¡Diablos! No es que estuviese sudorosa, es que estaba empapada. Apoyó la cabeza en la almohada, con el fin de escuchar los ruidos de la vieja casa. Las casas como ésa nunca eran silenciosas. Se oían constantemente crujidos porque el tiempo las hacía resonar. Pero el tiempo no estaba a favor de Izzy.

Los días pasaban, uno tras otro, alejándola cada vez más de Bella. ¿Cuánto tiempo había transcurrido? La pregunta dio paso a una idea: un último lugar donde buscar.

Había hurgado en cada habitación de la casa, inspeccionado cada armario, examinado cada rincón, en su búsqueda de algún indicio, evitando siempre la mirada suspicaz de Sally a la que, al parecer, le habían dicho que Izzy estaba tramando algo malo. La mayoría de los anfitriones normales la habrían echado al descubrir que

sospechaba de su hija, y hasta de él, pero Devereux no era normal, ni como anfitrión ni como contrincante. Obviamente prefería tenerla vigilada, saber dónde estaba, lo que hacía.

Ella, también, había resistido la tentación de salir de la casa. No parecía tener mucho sentido. No tenía a dónde ir, ni disponía de dinero y, puesto que la familia de Devereux se había convertido en su blanco, permanecer en la casa la colocaba más cerca de su objetivo. Tenía la impresión de que era una cárcel, aunque las puertas no estuvieran cerradas con llave.

Así que se quedó. Y buscó. Pero hasta entonces no había encontrado nada. Ni siquiera una puerta cerrada con llave, nada que hiciera pensar que trataban de ocultar pistas, nada excepto los archivadores del estudio, que estaban protegidos por el Gobierno, probablemente con alarma, y eran inexpugnables. Y, sin embargo...

Tan silenciosamente como pudo, sin encender la luz, se bajó de la cama y se deslizó por la casa a oscuras, cual un ratero. El aliento se le cortaba cada vez que una tabla del suelo chirriaba como la tapa de un ataúd. Tenía los sentidos alerta; escuchaba por si oía el chasquido de un interruptor; temía que se encendieran las luces y que la descubrieran. En la casa sólo se hallaba Sally, que dormía en la parte trasera, pero en la oscuridad la casa se hallaba atestada de miles de fantasmas, fantasmas de los Devereux.

Por fin llegó al estudio. Su mirada se clavó no en el archivador, sino en el procesador de textos. Ése podría ser el único lugar que contuviera secretos que Devereux hubiese olvidado guardar bajo llave. A menos que escribiera su diario a mano.

Al encender el aparato sabía que era muy grande el riesgo de que la descubrieran. El equipo empezó a gemir y pitar, ruidos que podrían resonar a través de la vieja casa de piedra; la luz azul la envolvía y debía verse desde el otro lado del valle, quizá desde la casita donde vivía Chinnery. Se volvió, alarmada al oír un golpeteo en la ventana, pero no era más que un espino movido por el viento.

«*Error del sistema.*»

¡Maldición! Pero también alegría. En la boca de la disquetera había un disquete. Pulsó un botón, y una orquesta de saludos electrónicos siguió a un parpadeo de la pantalla.

«*Microsoft Word.*»

¡Fantástico! Todo el mundo conocía ese programa. Y entró en él. Rebuscando, registrando, investigando.

Y allí lo encontró, en el disco blando.

«*Diario.*»

Así de fácil. Maldito tonto. Se le había olvidado. Lo había pasado por alto... Pero, ¿acaso no era algo que todo el mundo hacía?

No se trataba del diario completo, sino sólo de reflexiones de los últimos meses, desde octubre. Pero con eso sería más que suficiente. Izzy deslizó rápidamente el

cursor hacia abajo, pasando por los secretos, tanto personales como políticos, las municiones que Devereux había cargado.

«14 de oct. Reunión del gabinete. Primer ministro, patético, miserable. No tiene carácter, ni agallas. D. habla de un reto al liderazgo...»

No se atrevía a detenerse.

«20 de oct. Pasé la noche con BL, mientras el primer ministro estaba en Bruselas. ¡Vaya tonto! Lo están jodiendo por todas partes...»

»30 de oct. Nueva secretaria privada en el departamento. Rebecca. Divorciada. Dinamita. Deliciosa perspectiva...»

Y así seguía, pero ella no tenía tiempo de asimilarlo todo y sólo captó fragmentos íntimos, hasta que llegó a la fecha del accidente.

Nada. Nada más que una cena remojada con mucho vino, las indiscreciones políticas cometidas por el anfitrión y las indiscreciones personales que había llegado a esperar de la anfitriona.

Izzy siguió bajando. Los dos días siguientes, y más.

Y allí estaba; tan críptico que apenas lo incriminaba. No había pruebas, pero a Izzy le bastó.

«P. Mi querida P. ¿Cómo ha podido? He sido tan ciego. Que Dios la ayude. Que Dios nos ayude a ambos».

¿Qué había descubierto acerca de su hija, tan pronto después del accidente, que lo había puesto de rodillas? La desesperación era evidente. Ése era el auténtico Devereux, o al menos parte de él; pero ella no tenía tiempo ni para la compasión ni para cualquier otro juicio. Se sobresaltó, espantada, cuando el espino volvió a arañar la ventana, empujado por el viento. En la casita de Chinnery, al abrigo de la mansión, se encendió una luz.

Izzy pulsó el interruptor de la pantalla y el brillo azul se desvaneció, pero el aparato siguió ronroneando: el ordenador seguía trabajando. Otra luz se encendió en la casita y un perro aulló; el mundo se estaba despertando. Esa podría ser su última oportunidad.

Más por el recuerdo que por la tenue luz de la luna invernal, encontró la caja de disquetes, limpios y vírgenes.

No podía arriesgarse a encender la pantalla. Se sentó frente a la consola y mecanografió a ciegas, con dos dedos.

El ordenador zumbó y volvió a quedar en silencio. Sacó el disco original y lo sustituyó por uno nuevo. Más zumbidos, más silencio.

Sentía la necesidad desesperada de encender la pantalla para comprobar lo que estaba haciendo, pero le pareció oír sonidos que indicaban movimiento dentro de la casa. Sally. Volvió a intercambiar los discos, dejando el original en la ranura de entrada.

¿Lo habría copiado? ¿Habría absorbido la información? No había forma de averiguarlo. Ahora no. Apretando fuertemente el disco con la mano, volvió sobre sus

pasos y entró en su habitación.

Así que Devereux lo sabía, casi desde el principio. Y se había convertido en partícipe. Pues no cabía ninguna otra interpretación, ningún otro modo de entender la anotación en el diario. El que volviera a aparecer en la vida de Izzy no había sido cuestión de coincidencia. Ahora ella tenía la medida de su enemigo, pues era eso en lo que se había convenido aquel hombre.

Devereux era un padre empujado por una obsesión sobrecogedora, por el amor, la fe y la esperanza y, tal vez, La culpabilidad, a proteger a su hija. Pasara lo que pasara. Eso era algo demasiado familiar para Izzy. Era como mirarse en un espejo y entendía que estuviese resuelto a todo. Tanto como ella.

Y eso hacía de Devereux un hombre muy peligroso.

* * *

Daniel los dejó en el hospital. Sólo al encontrarse sentada, esperando su chequeo, se dio cuenta Izzy de cuán poco había pensado en los últimos días en su condición física. Había hallado en sí la fuerza suficiente para correr detrás de Benjy y bastantes recursos físicos para soportar los días. Ningún dolor de cabeza. Ahora, los achaques de depresión los atribuía a la pérdida de Bella y no a las secuelas clínicas del accidente. Hasta había empezado a hacer algunos suaves ejercicios de aerobio para reafirmar los músculos. No cabía duda de que estaba recuperando fuerzas.

Weatherup estuvo de acuerdo. Un lento y minucioso examen de sus signos neurológicos, desde la forma de su cabeza hasta la sensibilidad en la planta de sus pies, pasando por los reflejos de la retina, pareció causarle satisfacción. Izzy Dean funcionaba.

—Es usted un misterio médico, Izzy. Hace unas semanas se suponía que estaba muerta. Ahora, aparte de la cicatriz del bazo y ese pequeñísimo corte junto al ojo, no encuentro nada que demuestre que tuvo un accidente automovilístico. Diríase que ha encontrado algo en su interior que está reparando todos los cabos sueltos, atando todos los nudos, con muchísima más eficacia que cualquier medicamento que pudiese recetarle.

«Ese algo se llama esperanza», pensó Izzy.

—Es asombroso lo que pueden hacer unos cuantos abdominales, doctor.

—Ahora, no vaya usted a exagerar —la regañó el facultativo—. El daño que pudo haber sufrido su cerebro es irreversible y simplemente no sabemos lo suficiente sobre eso como para decirle cuáles serán los problemas que podría causar, si los hubiere. Tómese lo con calma unas semanas; su cerebro y su cuerpo le harán saber si hay problemas mucho mejor que nosotros. Pero, por lo que puedo ver, hasta ahora todo marcha bien.

—¿Me está diciendo que la profesión médica no es omnisciente? ¿Que comete errores?

Weatherup se percató del desafío. Cauteloso, se sentó al pie de la mesa de reconocimiento, consciente de que la última conversación sostenida con ella se había convertido en confrontación.

—En mi trabajo es muy poco lo que comprendemos. Luchamos muy duro con herramientas inadecuadas y rezamos. Si tenemos éxito, todavía no sabemos si fue gracias a nuestras habilidades, a nuestra suerte o, sencillamente, a nuestras oraciones. Pero también llega un momento en que no nos queda más remedio que agachar la cabeza y aceptar lo inevitable. Tenemos que saber cuándo hay que dejar de luchar.

Alzó la mano para detener la protesta que, lo sabía, Izzy estaba a punto de lanzar.

—Por favor, Izzy, escúcheme un minuto. Es muy común que a las madres les cueste creer que han perdido a un hijo; no sólo es natural, sino que es normal. Usted tiene el inconveniente adicional de no haber estado allí para despedirse. —El médico se pasó la lengua por los labios secos, buscando las palabras adecuadas—. Pero, verá... el sistema se compone de demasiados pasos, demasiada gente participa en él. No pudo cometerse un error, sencillamente. Tiene que encontrar el modo de librarse de eso.

Izzy quería gritarle. ¿Y los errores sobre el color del cabello? ¿Y los niños en Bournemouth? Pero se dio cuenta de que Weatherup intentaba ser sincero. No detectó ninguna doblez en él. Guardó silencio.

—Los brazaletes de identificación se comprueban a cada paso, contra cada apunte que hacemos en el historial médico. Para que se cometiera un error como ése, tendría que haber participado todo el hospital, cada médico y cada enfermera que tuvo algo que ver con su hijita. No pudo ocurrir semejante coincidencia.

El hombre tomó su silencio por aceptación; su ceño fruncido se tomó en expresión de aliento.

—No se limite a tomarme la palabra, Izzy. Vaya y compruébelo por sí misma. Hable con quienes atendieron a su niña, averigüe cuántos cuidados recibió. Entonces, tal vez, podrá aceptarlo.

Tenía razón. No todos en el hospital podían haber cometido un error. Eso, tenía que aceptarlo. Además del error por parte del juez de primera instancia, del empleado de la funeraria, de la policía... de todo el país, al parecer. Ninguna hipótesis sobre conspiración podía abarcar a tanta gente. Y, ¿cuál sería su propósito? De pronto, se sintió cansada, humillada. Dejó caer la cabeza sobre el pecho, como si se le hubiesen acabado las fuerzas.

—Haré lo que me sugiere.

—Bien.

—Entonces, ¿cuándo quiere que venga a verlo de nuevo?

—¿Verla, Izzy? En lo que a mí respecta, está usted tan fuerte como un caballo y es tan libre como un pájaro. Su recuperación ha sido asombrosa. En una palabra, váyase. En mi opinión, mientras no exagere y haga caso a lo que le dicte su cuerpo, puede irse. Puede regresar a casa mañana, si lo desea. Pase las Navidades allí. De

hecho, se lo sugiero; constituye probablemente el mejor tratamiento. —Su voz se suavizó y añadió, en un susurro—: Aléjese de aquí y de los recuerdos. Dese la oportunidad de olvidar.

* * *

La gente olvida, pero el sistema, no. Está creado para conservar, para almacenar el sinfín de detalles de la vida y, como estaba descubriendo Daniel en esos momentos, de la muerte también.

Después de dejar a Izzy en el hospital, había ido a la oficina del juez de primera instancia sin tener idea todavía de para qué, si no era, gracias a su credencial de prensa, para verificar la versión de los acontecimientos que le habían dado a Izzy.

Y parecía correcta. El juez no estaba disponible porque trabajaba sólo media jornada, así que le dio la información una funcionaría de piel arrugada y curtida, y cabello teñido de negro. Le ofreció su ayuda con unos modales remilgados y un tono pedante que, como descubriría posteriormente Daniel, eran el legado de media vida de enseñanza escolar antes de retirarse prematuramente, por prescripción médica, a los enclaves menos estresantes y considerablemente más tranquilos de la oficina del juez de primera instancia. No llevaba anillo de matrimonio.

—Una niña —le explicó Daniel—, de identidad desconocida que murió en un accidente automovilístico.

La funcionaría sacó una delgada carpeta de papel estraza de un armario cerrado con llave y, pese a que no había rastros de polvo en la oficina, la limpió meticulosamente con una gamuza amarilla.

—De hecho, no es usted la primera persona que pregunta sobre esto. Una señora de los servicios sociales vino la semana pasada. Tenía un extraño acento, extranjero, diría yo.

Pronunció la palabra con cierto énfasis. Muy inglesa.

Así que Katti no se había escabullido.

—Triste caso. La niña murió en un accidente de coche. Certificado de defunción, informe de autopsia... —Hojeó los escasos formularios contenidos en la carpeta—. Todo está aquí, todos los documentos... Causa de muerte, hematoma subdural... un crítico golpe en la cabeza. Aquí está el certificado «E» del juez, por el cual cede el cuerpo para su eliminación. Incineración —leyó.

—¿No localizaron a su familia?

—Al parecer su madre se encontraba en el hospital, en estado de coma. La vista se aplazó. No encontraron a ningún otro pariente. Se hicieron todas las investigaciones habituales.

—¿Pero dispusieron del cuerpo aunque la madre estaba viva todavía en el hospital?

—Se encontraba en estado de coma profundo, joven —insistió la mujer en tono

de maestra de escuela—. Y no se esperaba que sobreviviera, según el informe médico. No tenía mucho sentido esperar.

—Aun así, me parece un poco apresurado el disponer del cuerpo apenas un par de semanas después de la muerte.

—Eso fue exactamente lo que sugirió la señora extranjera. Así que me permití preguntárselo al propio juez. Y no hay ningún misterio: nuestro depósito de cadáveres estaba atestado de... —vaciló, buscando una palabra más delicada—... infelices. Es bastante normal que tengan que amontonarlos de dos en dos por cajón y a veces ni siquiera eso basta. De veras necesitamos ampliar las instalaciones pero, ya sabe, los recortes...

Los recortes. El último recurso de los burócratas, la eterna explicación para la insuficiencia. Esos mismos recortes que habían proporcionado una nueva sección de Accidentes y Urgencias en el hospital, un nuevo polideportivo con piscina olímpica y todo, y una escuela primaria adicional; pero no nuevos sistemas de refrigeración en el depósito de cadáveres. Los muertos no tienen voto, meditó Daniel.

—Así que, en raras ocasiones, el juez se ve obligado, con gran renuencia, a firmar un certificado «E» sólo para que haya espacio, ¿entiende usted?, a no ser que la policía tenga preguntas o sospeche algo, y no era éste el caso.

—Es... —quería decir conveniente— comprensible. ¿Y eso es lo que le dijo a la otra mujer?

—Es lo que le habría dicho, pero ella nunca volvió, y eso que me tomé el trabajo de ponerme en contacto con el juez. Eso no favorece mucho a los servicios sociales, ¿verdad? A veces me pregunto por qué no contratan a gente de por aquí para estas tareas, ¿verdad, señor Blackheart? A lo mejor también es por los recortes. De todos modos, podrían haberle hallado un espacio a una niñita tan pequeña —añadió melancólica la señora.

—¿Tienen que vaciar el depósito a menudo?

El tono de Daniel era deliberadamente indiferente, a sabiendas de que ella se ofendería.

—Muy rara vez. Y yo no lo diría así.

—¿Así que no han tenido que deshacerse de gran cantidad de cadáveres?

—Claro que no. Muy pocos, de hecho. —La funcionaría estaba a la defensiva—. Ésta fue una circunstancia realmente excepcional.

—Un caso raro, ¿no cree?

—Sí, muy raro. Único. Es una pena en realidad.

—Una gran pena.

* * *

Daniel encontró a madre e hijo sentados en sendas sillas de plástico en un rincón de la sala de recepción principal del hospital. Diríase que intentaban separarse del resto

del mundo que pasaba apresuradamente por su lado. Izzy parecía deprimida; diríase que había empequeñecido desde que la dejó allí.

—¿Está bien?

—Muy bien. En perfecta forma —contestó sin entusiasmo.

Llevaba el cabello despeinado, cosa nada característica en ella, por haber estado tumbada en la mesa de reconocimiento. Aparentaba la edad que tenía, y la piel alrededor de sus ojos tenía un aspecto un tanto ceroso. Por primera vez, Daniel se fijó en que se le veía la cara cansada y no era sólo por efecto de la iluminación del hospital.

—Dicen que puedo volver a casa.

En sus labios parecía una condena.

—Pero no va a irse.

—Necesito... necesito algo más. Todavía no existe razón, ni motivo para todo esto. Me siento... Francamente, me siento destrozada.

Daniel se sentó a su lado y colocó un brazo sobre sus hombros.

—Vamos. ¿Qué ha pasado?

—¡Mierda! No lo sé. Mi pelo está hecho un asco, mi ropa me hace parecer ridícula, el médico casi me ha convencido de que no pudo haber error... ¿qué más quiere? —Hizo una pausa—. Cada vez que cierro los ojos veo a Benjy parado frente a ese camión. Y, por más que lo intente, no puedo evocar el rostro de Bella. Y...

Por un momento pensó en decirle que sus hormonas estaban librando una guerra civil; era la primera vez, desde que salió del estado de coma, que tomaban su venganza por tantos meses de reglamentación estricta de estrógeno al que el accidente había puesto fin. Pero los hombres eran tan infantiles cuando se trataban esos asuntos, que decidió no hacerlo.

No pudo evitarlo. Sintió una lágrima deslizarse por su mejilla; en circunstancias normales, habría luchado contra ello, habría hecho acopio de su propio respeto profesional para evitar cualquier posibilidad de que la tildaran de débil, de proporcionar a los hombres el pretexto para ponerla en la categoría de las mujeres débiles. Pero Daniel era distinto. Había algo en él que no le permitía juzgar y criticar a la gente; algo que alentaba a la gente a expresarse libremente y sin inhibiciones; algo que sugería que él también había pasado por ese infierno. Con él, Izzy había empezado a ponerse en contacto de nuevo con sus emociones. Había sonreído; se había acordado de cómo reír, y ahora, se sentía libre para llorar. Su cabeza cayó sobre el hombro del joven, como si la arrastrara un peso intolerable. Sin quererlo, se fijó en cuán firme y delgado era su cuerpo debajo de la americana, cuán diferente era de los hombres que había conocido durante toda su vida, cuán diferente era de Joe. Se sintió confundida al notar a su hijo a sus pies, un hijo que se negaba a que lo excluyeran.

—Mami, mami —exclamó Benjy.

Dime, cariño.

—Danny te abraza. Danny bueno.

—Sí, lo es, ¿verdad? —murmuró Izzy, enterrando el rostro en el hombro del aludido.

—Eres una dama hermosa, Isadora Dean —susurró éste en el cabello de la periodista—, pero no puedes permanecer sentada todo el día, dejándote abrazar por hombres desconocidos que sólo tienen intenciones lascivas. Al menos, no mientras todavía tengas una tarea que hacer.

La cabeza de Izzy permaneció sobre su hombro. Decidió intentar otra táctica.

—Tengo noticias interesantes, Izzy. La incineración de la niña siguió todas las reglas; todos los requisitos legales se cumplieron, todos los formularios están archivados y son los pertinentes. Pero lo que no fue correcto fue la prisa con que lo tramitaron. Casi no hay precedentes en cuanto a deshacerse con tanta rapidez de un cuerpo que nadie reclama.

—No irá a decirme que el juez es cuñado de Paul Devereux, ¿verdad?

—No que yo sepa, pero alguien se está dejando dominar por el pánico.

—¿Tiene pruebas?

—Ahí está el quid, Izzy. Están deshaciéndose de todas las pruebas: el cuerpo del bebé, están tratando de deshacerse de usted, y lograron deshacerse de Katti.

Izzy se paralizó. Levantó la cabeza. Sus ojos estaban rojos.

—Katti inició la investigación que le prometió, pero antes de que pudiese hallar las respuestas, desapareció. O, más bien, la quitaron de en medio. Después de salir de la oficina del juez, telefoneé a la oficina de servicios sociales. —Esbozó una sonrisa ingeniosa—. Tengo contactos allí; una joven, antigua compañera íntima, rubia y sin cerebro; justo mi tipo.

La estaba provocando.

—Estábamos hablando de Katti.

—Me dijo que el miércoles por la tarde prometió investigar. Lo hizo. La funcionaría de la oficina del juez lo reconoció. El lunes por la mañana ya había salido del país. —Daniel observó cómo el solo poder de la voluntad secaba las lágrimas de Izzy y devolvía el brillo a sus asombrosos ojos color esmeralda. Izzy se pasó una mano por el cabello, que le quedó inmediatamente alisado. Con cierta renuencia, Daniel le quitó el brazo de los hombros y continuó.

»Descubrieron que había algo incorrecto en su permiso de trabajo. Técnicamente, eso significa que era una inmigrante ilegal, así que le dieron a escoger entre salir del país por voluntad propia durante un par de meses, el tiempo que tardarían en arreglar el problema, o ser deportada y no poder volver nunca.

—Pero, ¿por qué han estado dándome excusas? ¿Por qué mantenerlo en secreto?

—Sería embarazoso para una oficina pública que se supiera que da empleo a inmigrantes ilegales.

—Ya. El establishment cierra filas.

—Alguien está espantado, Izzy. Alguien con un montón de influencia.

—Paul Devereux. —La voz de Izzy era apenas más que un susurro. Levantó a

Benjy y lo envolvió protectoramente con los brazos.

»Cuando se empieza a encubrir algo, tienes que encubrir el hecho de que lo has encubierto y seguir así. Cubre a su hija y ahora tiene que cubrirse a sí mismo. Es el nunca parar, Daniel. Y, si la niña que murió no era Bella, ¿quién era? ¿Y cómo murió? Alguien por ahí debe de estar muy desesperado. A mí ya me tiene en su mira... y a Benjy, también. Usted será el próximo en su lista.

—Demasiado tarde. Me despidieron esta mañana.

—¡No lo dices en serio! —balbuceó Izzy.

Pero sí.

—No se preocupe —sonrió Daniel—. Siempre supe que el Wessex Chronicle no era más que un trampolín de poca monta en mi camino. Ahora lo he saltado mucho más rápido de lo que esperaba.

—¿Estás seguro? —Izzy lo tuteó de pronto.

—Míralo de este modo —Daniel siguió su ejemplo—. Si quieres tenerme, aquí me tienes. En exclusiva y durante todo el día.

Él la deseaba. Izzy lo supo repentinamente, sin la menor sombra de duda. El hecho la alarmó, la confundió y la estimuló. En su vida no había lugar para las complicaciones; sus emociones estaban todavía demasiado expuestas y, de todos modos, él tenía casi diez años menos que ella. Pero era exactamente lo que precisaba para restaurar su ego.

—Así que, ¿qué sigue en mi vida, señorita Dean?

—A continuación, señor Blackheart, vamos a llevarte lo más rápido posible a la sección de Accidentes y Urgencias.

La sala de urgencias era moderna, bien equipada y contaba con una placa conmemorativa, como correspondía a una instalación inaugurada hacía menos de un año por un vástago de menor jerarquía de la realeza y, en esta ocasión, al menos, tranquila. Sólo había un obrero de una construcción cercana con el pulgar roto y un chico que había llegado del campo deportivo escolar con una ligera contusión. Cuando le contaron la historia de Izzy, la enfermera de guardia les ofreció una taza de té caliente. Benjy no tardó en distraerse en un combate de lucha libre con un enorme panda de peluche.

—Cuénteme lo que probablemente nos ocurrió a mí y a mis hijos esa noche.

—La traerían aquí en ambulancia; aquí ya la estaríamos esperando, así que seguramente no tuvo que esperar en la zona de recepción con los casos de contusiones leves. La llevaríamos directamente a reconocimiento, a uno de los cubículos o en la misma sala de urgencias.

—¿Y en mi caso?

—Eso depende. Si no había señales obvias de daño físico, o sea, si no le fallaba el corazón o algo así, probablemente sería en uno de esos cubículos.

La enfermera señaló una hilera de compartimientos, separados de la zona de recepción únicamente por una cortina.

—¿Y mis hijos?

—El pequeño Benjy no tenía heridas, ¿no? Bueno, lo más seguro es que lo apartamos de en medio, que lo distrajimos con juguetes en la sala de espera, como ahora. En el caso de su hijita, sería examinada de inmediato, al mismo tiempo que usted. Mire, si cree que es importante, supongo que una de mis enfermeras estaba de guardia esa noche. Quizá recuerde mucho más de lo que yo le puedo decir. ¿Quiere hablar con ella?

Le presentaron a la enfermera Ali Duffin, una joven delgada y serena, con ojos almendrados, cuya expresión demostraban que le importaba la gente, y con un cuerpo por el que numerosos pacientes varones decían estar dispuestos a morir. Conocía a Daniel.

—Hola, forastero. —Le dirigió una sonrisa cautelosa—. ¿Qué te trae de nuevo a mi vida?

Izzy percibió cierta cautela en ella; era una calidez genuina, cierto; nada de hostilidad, pero una actitud precavida, casi profesional, ante un viejo amigo. El ambiente se cargó de pasados placeres y de dolor. Izzy sospechó que había alguna cicatriz entre ellos.

Daniel le ofreció ambas manos, que la enfermera aceptó por un momento fugaz, y expresó su deleite; pero no la besó. Definitivamente, había habido alguna herida.

—Ali y yo fuimos muy buenos amigos —le explicó a Izzy—. Hace mucho tiempo, en Londres.

—Hace tres años y medio —añadió Ali—. Pero, ¿quién los cuenta?

—Lo eché todo a perder.

—¿Cómo estás, Danny? ¿Curado del todo?

Ali dio un paso atrás y lo recorrió con una mirada aprobadora, despojándole de las capas de ropa, admirándolo y recordando.

—Estoy bien. Mi único problema es que nunca tuve la oportunidad de darte las gracias como era debido. No me había enterado de que estabas en la misma ciudad que yo. ¿Por qué?

—Me cansé de Londres, de vivir endeudada y rodeada de mugre. Vi a demasiados amigos derrumbarse sin esperanzas de volver a levantarse. Sabes cómo es eso, Danny.

Daniel se volvió hacia Izzy.

—Ali me ayudó durante una larga enfermedad hace unos años; siempre ha sido alguien muy especial para mí.

—Vale. Basta del encanto Blackheart. Ya lo he visto todo antes, ¿recuerdas?

Pero su expresión se había relajado y su sonrisa, ensanchado. Los hizo entrar en la oficina de la enfermera jefe.

—Me acuerdo bastante bien de la noche que llegó usted —le explicó a Izzy—. Estábamos endemoniadamente atareados; teníamos que encargarnos no sólo de su accidente y de los casos normales de los sábados por la noche, sino también de un

paro cardíaco y de problemas causados por unos turistas de fin de semana, unos hinchas borrachos que habían presenciado un partido de fútbol local.

—¿Así que había mucha confusión?

—Mucha. Pero, ¡ojo! Suele haberla los sábados.

—Dime, Ali —interpuso Daniel—. ¿La suficiente para que pudiera intercambiarse la identidad de dos pacientes?

Al principio la pregunta la sobresaltó. Pero negó con firmeza, moviendo la cabeza.

—No. Al paciente le ponemos la etiqueta de identidad en el momento de empezar a examinarlo. No hay posibilidad de cometer un error.

—Pero, ¿no es posible que alguien cambiara adrede las etiquetas?

—En realidad, no. El paciente tendría que estar inconsciente o delirando...

—O ser un bebé —susurró Izzy.

—Y, esa noche nadie podía andar por ahí cortando las etiquetas de la gente y sustituyéndolas, justamente esa noche. Había policías por todas partes.

—¿Policías?

—El lugar era un hervidero de polis, entre el accidente de usted, el partido de fútbol... Hasta teníamos a un ladrón con la pierna rota. Ésa es una de las razones por las que recuerdo tan bien aquella noche. Nuestros agentes locales pueden causar tantos problemas como nuestros pacientes.

—¿En qué sentido?

—Siempre nos piden ayuda en sus pesquisas. Y ya se sabe cuáles son las únicas pesquisas que interesan a los hombres.

Ambas mujeres miraron a Daniel, quien reaccionó con una pasable imitación de monaguillo inocente, aunque Izzy no conocía a ningún monaguillo que llevara pendiente.

—Son incorregibles, señorita Dean. Uno de ellos me pidió una cita cuando todavía estábamos en el aparcamiento lidiando contra la alarma de incendios. El problema es que fui lo bastante tonta como para aceptar.

—¿Alarma de incendios? —inquirió Daniel.

Las palabras salieron de golpe, con voz casi cascada.

—Sí. Uno de los borrachos la activó, y por eso tuvimos que sacar a todos los casos que no requerían cuidados urgentes. Sólo fueron un par de minutos mientras averiguábamos lo que ocurría. Sucedió en el momento en que usted llegó, de hecho.

—Así que gran parte de la sala de urgencias no estaba vigilada en ese momento, ¿verdad?

—No del todo, pero el trastorno duró sólo un par de minutos. Descubrimos que era una falsa alarma aun antes de haber sacado a todos los pacientes que no requerían atención inmediata.

Izzy cerró los ojos un momento. Se imaginó la escena: pacientes deambulando por ahí, confundidos, desorganizados; el personal atareado y haciendo todo lo posible

por restaurar el orden en medio del caos; la atención distraída. Tal vez aun antes de que tuviesen tiempo de ponerles los brazaletes de identificación, antes de que se le diera una identidad a Bella.

—Ali, ¿es posible que, en medio del alboroto causado por la alarma, dejaran solo a un paciente en uno de los cubículos, mientras la enfermera o el médico salía a ver la causa de tanto alboroto?

La enfermera meditó.

—Unos segundos, quizá. Ciertamente no minutos. Todo acabó muy pronto.

Tanto Daniel como Izzy meditaron sobre la posibilidad de que, en medio de la confusión, se hubiese cometido un error, tal vez deliberado. Después de todo, se podían intercambiar bebés mucho más rápido que brazaletes de identificación. Era cuestión de segundos.

—Y, ¿recuerda usted a mi hija, Ali? ¿Cómo era?

—No. Lo siento, señorita Dean. Los bebés son los más difíciles de recordar. Todos ellos poseen los mismos rasgos diminutos y poco definidos que parecen cambiar cada cinco minutos. Además, yo no traté personalmente a su hija. Estaba tratando a otra niñita en ese momento y, dada la confusión de la noche, ni siquiera creo poder recordarla a ella.

El mundo se detuvo.

—¿Había otra pequeña aquí? ¿Otra niñita?

Diríase que Daniel e Izzy competían por hacer la pregunta primero.

—Sí. Se le había caído a la madre y estaba preocupadísima por si había sufrido algún daño, pero se encontraba perfectamente bien. Le hicimos un rápido chequeo y le dimos de alta.

—¿No le pusieron brazalete de identidad?

—No hizo falta. No la ingresamos.

—¿Pero estaba aquí cuando sonó la alarma? ¿Al mismo tiempo que yo?

—Claro.

—Ali, esto es importante. ¿Recuerda el nombre de la madre?

—No. De todos modos, se supone que no debo proporcionar información sobre otros pacientes.

—Vamos, Ali. —La angustia de Daniel era evidente—. Esto podría ser más importante que cualquier cosa que te haya pedido antes. Cualquier cosa.

—¿Hablas en serio?

—Totalmente.

La enfermera pasó una cautelosa mirada del uno a la otra.

—Bueno, supongo que los nombres no cuentan como historial médico. Esperen aquí un momento.

Regresó con un largo sobre de papel estraza en la mano. De él extrajo una sola hoja de papel.

—Smith. Se llamaba Smith. Sólo el apellido de la niña. El de la madre no figura.

—Es una broma —protestó Izzy—. Seguramente puede darme algo más que eso. Ali se encogió de hombros.

Puede ocurrir, es decir, ocurre a menudo. Mucha gente no quiere dar su nombre completo en la sala de urgencias. De todos modos, la niña no fue ingresada y no le dimos tratamiento; sólo la examinamos. Y, en medio de tanta confusión... Lo lamento.

Izzy y Daniel se encogieron, visiblemente decepcionados.

—Lo único que tengo aquí es una dirección.

—Una dirección me servirá de mucho, gracias.

La mano de Izzy temblaba mientras apuntaba los detalles. Bilshay Crescent.

—Una última pregunta. ¿Recuerda su aspecto?

—¿De la niña? No.

—De la madre.

Ali, concentrada, arrugó la cara.

—Joven, supongo.

—¿Delgada? ¿Rubia?

—Mmmm. Creo que sí. ¿Por qué? ¿La conoce?

Izzy tenía la impresión de que el fuego le consumía el cuerpo; el odio derramaba ácido por sus venas. Sí, conocía a la madre. Y creía saber cómo había desaparecido Bella, una niña sin identificar, en plena confusión.

Comprendía cómo podían haberla dejado a ella con la niña equivocada, y muerta.

Después de todo, la cuestión de cuál de las dos era la niña se reducía a un asunto de papeleo, de burocracia... De Paul Devereux.

* * *

Cuando acudieron a Bilshay Crescent se dieron cuenta de que la parte trasera daba al río y de que formaba parte de un largo corredor de casas de estilo Victoriano que serpenteaban a lo largo de la orilla. Eran de ladrillo rojo, tejado cubierto por tejas desconchadas que seguían la moda del siglo pasado, y con un pequeño jardín frontal que en tiempos recientes había recibido pocos cuidados. Olía a humedad. La casa que buscaban estaba cerrada con llave, a oscuras y sin señales de vida. El cordón de la campana estaba roto y las cortinas, corridas, por lo que no podían ver hacia adentro. Nadie respondió a sus repetidas llamadas a la puerta. No encontraron nada más que una pequeña placa de latón junto al cordón que lograron descifrar con dificultad a la luz de una farola distante. Declaraba que habían llegado a la «Misión de Misericordia».

—Volveremos por la mañana. A primera hora —comentó Izzy.

* * *

El restaurante era modesto: manteles de algodón gastado y un fuerte olor a ajo. Era el tipo de lugar al que Grubb llevarla a su esposa, pero no la clase de sitio que esperaba que eligiera ET para hablar del futuro del noticiero. Acaso Hagi estaba tratando de llamar la atención sobre la necesidad de ahorrar.

—Mientras ese payaso en la Casa Blanca no logre obligar al Congreso a colaborar, la economía va a seguir fluyendo hacia el sur, y va a llevarse el dólar consigo —explicaba el gerente. Aun a la luz de las velas, su rostro conservaba un tinte enfermizo y poco natural—. Este Gobierno es un enema velo/. Entiendes el significado de eso, ¿no, Eldred?

—Claro que sí, Hugo —mintió Grubb, con la boca llena de albóndigas—. Pero no me ocultes nada. Dímelo sin tapujos.

—Somos una operación internacional que cosecha noticias, Eldred. Eso significa gastos en el extranjero y ganancias aquí. Las ganancias están disminuyendo debido a la recesión y nuestros gastos están aumentando debido a la devaluación del dólar. Eso significa que un diez por ciento de nuestro presupuesto anual se ha ido directamente a la mierda.

Grubb se percató de que el lenguaje de Hagi se estaba volviendo florido, cosa poco habitual en él; debía de ser por los efectos del vino, pues ya iban por la segunda botella de un selecto Bardolino añejo con tanto cuerpo que casi se podía masticar. Grubb se relajó un poco. Cada botella costaba tanto como la comida: la máscara de ET se iba diluyendo.

—Eso es terrible, Hugo.

—Más terrible para unos que para otros. Necesito un recorte del diez por ciento en todos los costes salariales.

Grubb tragó una albóndiga sin masticarla. Se sonrojó. Era incapaz de contestar.

—O recortes salariales o despidos, Eldred, pero eso lo tienes que decidir tú. Necesito tu opinión en dos semanas.

A Grubb lo salvó la llegada de la camarera, una rubia bonita aunque un tanto ordinaria, desempeñando sus tareas con una alegría juvenil que compensaba su obvia falta de experiencia. Volvió a llenar sus copas y dejó un rastro de vino caro sobre el mantel. Se disculpó profusamente y explicó que era su primera semana allí, que estaba trabajando para pagarse la matrícula de la Facultad de Arte. Por primera vez desde que lo conocía, Grubb vio la máscara inexpresiva de ET crisparse. ET estaba tratando de sonreír. Inundó a la chica de expresiones de perdón y pidió otra botella.

—Así que, ¿qué hacemos? —insistió Grubb.

—Recortamos los salarios. Tú los recortas, Eldred.

—Yo soy director de la sección de noticias extranjeras —protestó Grubb.

—Eres también un directivo de la World Cable News. Supongo que es un cargo que quieres conservar.

—¿Estás amenazándome...?

—No. Sólo estoy mencionando un hecho. Tenemos que encontrar el modo de

ahorrar sustancialmente o en poco tiempo todos perderemos nuestro puesto. ¡Diablos! La opinión que tiene el norteamericano medio sobre los asuntos extranjeros no va más allá de la distancia que hay entre Massachusetts y Minnesota. Compra más película de las cadenas extranjeras; cierra algunas de nuestras oficinas en el extranjero.

—¿Te refieres a Izzy Dean?

—Si es necesario... No hay lugar para los inútiles.

La camarera estaba limpiando los restos de su comida y los ojos de ET estaban clavados firmemente en su trasero.

—Háblame de Izzy Dean —pidió el gerente—. ¿Es una de las nuestras? ¿Sabe trabajar en equipo? ¿Está dispuesta a hacer sacrificios?

—¿Qué tipo de sacrificios?

—La clase de sacrificios que tienen que hacer las mujeres.

—No, ella no. Nunca ha follado para que la asciendan.

—¿Pero irá hasta donde hiciera falta por nosotros, profesionalmente hablando? ¿Se ha tumbado boca arriba para conseguir un reportaje? Eso es lo que se esperaría de un corresponsal varón. Telefollada Nocturna de WCN... Reportajes desde la cama de todo el mundo... —Se estaba embriagando por momentos y empezaba a emitir risillas tontas. Ése era un aspecto desconocido de ET—. Quiero decir, ¿tiene muchos escrúpulos que le impidan hacer bien su trabajo?

—Demasiados hijos, eso es seguro.

—Entonces, no te dejes ablandar. No puede jugar a ser reportera y niñera a la vez. Que mueva su culito hacia Ucrania de hoy en ocho —el gerente tomó un sorbo de su vino—, o será el adiós.

La camarera había traído la cuenta, que el gerente empujó hacia Grubb. Mientras éste buscaba con renuencia su tarjeta de crédito, ET intercambió chanzas con la camarera, descubrió dónde vivía y le ofreció llevarla.

—Tu casa nos queda de camino, ¿verdad, Eldred?

—¿Nos?

—Claro. Puedes conducir y llevarme a casa también. No le queda demasiado lejos. Gánate tu altísimo sueldo, por una vez. —El vino y el poder se le habían subido a la cabeza.

—¿Qué son unos treinta kilómetros entre amigos? —rezongó Grubb.

Viajaron en silencio. ET se había sentado atrás con la camarera. Grubb tuvo que forzar la vista y centrar toda su atención en la carretera bajo una ligera llovizna; se dio cuenta, demasiado tarde, de que había bebido más de la cuenta. Le preocupaba su futuro y el de las oficinas en el extranjero. Se le ocurrió de pronto que si desaparecían las oficinas en el extranjero ya no habría director para la sección. Si no había trabajo, no habría Grubb, pensó.

—Necesitamos cubrir las noticias extranjeras, Hugo. Ahora más que nunca. —Un gruñido de desinterés le llegó del asiento trasero.

»Mira, todo el condenado mundo está haciéndose añicos. Hay guerras étnicas en todo lo que fue la tierra de los rojos, Sudáfrica se está incendiando, la familia real saudí está a punto de ser descartada y de llevarse un millón de barriles de petróleo en el proceso, en China puede estallar la mayor guerra civil de la historia —rozó el bordillo—. Hay cabezas nucleares de la antigua Unión Soviética diseminadas por todas partes. La situación se asemeja a los fuegos artificiales el día de la Independencia. La mecha está prendida y sólo estamos esperando el estallido, el gran bum final. —ET no contestó. Grubb probó otra táctica.

»Además, no deberíamos apresurarnos demasiado con lo de Izzy Dean. Es lo mejor que tenemos. Pronto habrá más demanda de noticias extranjeras de la que ha habido desde la guerra del Vietnam. Quizá deberíamos ser pacientes con ella un poco más, ¿sabes? ¡Mierda!

Mientras se concentraba en sus razonamientos el coche había empezado a desviarse, se había acercado demasiado al borde del camino; se encontraba frente a un camión que venía en sentido opuesto y cuyos faros hicieron un guiño de advertencia. Grubb viró bruscamente y echó una ojeada por el espejo retrovisor en tanto se disculpaba con sus pasajeros.

—¡Mierda! —repitió, esta vez con irritación contenida.

El destello del faro del camión iluminó la máscara lívida y contorsionada del jefe de Grubb, una abundancia de piel pálida de la joven, que se estaba pagando la matrícula con su trabajo, y una cantidad considerable de ropa desordenada. ¡Dios! ET era humano, después de todo, y Grubb había estado perdiendo el tiempo.

—Lo siento, Izzy, lo intenté —murmuró para sí, ensayando la inevitable llamada que tendría que hacer—. O Kiev o la dimisión.

* * *

A primerísima hora de la mañana llegó Pomfritt. La luz del día apenas había traspasado la larga noche invernal, por lo que el funcionario consular debió de salir de Londres mucho antes del amanecer. Allí estaba, despejado, trajeado, batiendo sus alas frente a la puerta de la casa de Devereux, con dos pasaportes en la mano.

—Señorita Dean, estoy encantado. Los conseguí más rápidamente de lo que esperaba —exclamó mientras tomaba té sentado con ella a la mesa de la cocina—. Es un placer poder ayudar a que usted y su hijo vuelvan a casa. Estoy seguro de que está ansiando regresar; no dude en ponerse en contacto conmigo si necesita ayuda con los preparativos...

«Qué extraño», pensó Izzy. A las pocas horas de haber recibido el permiso del médico para viajar, la embajada la alentaba a hacer precisamente eso. Pero hacía tiempo que había descartado la idea de las coincidencias.

—Gracias, señor Pomfritt, pero no me voy.

El rostro lavado y frotado pareció paralizarse en pleno proceso de respiración; el

bigote se abatió.

—Mi hijita no murió en el accidente, y voy a probarlo.

—¡Vamos! No empiece con eso otra vez, señorita Dean. Por favor, se lo ruego... no se torture.

El hombre se retorció las manos mientras Izzy lo contemplaba.

—¿En qué me puede ayudar la embajada?

—¿Ayudarla? ¿Qué clase de ayuda? —Pomfritt ceceó; tanto su mente como su lengua habían perdido la capacidad de asumir el nuevo reto—. Me temo que no podemos ayudarla con dinero...

—Ayuda para averiguar lo que le ha pasado a mi hija; cómo la sustituyeron por otra; dónde se encuentra ahora.

En su nerviosismo, el funcionario se levantó de la silla y se puso a caminar por la cocina. Sus talones resonaban contra el suelo de baldosas.

—Esto es realmente inverosímil. Se da cuenta de eso, ¿verdad, señorita Dean? — Esperó una respuesta que no llegó—. ¿Ha hablado con un médico?

—Sí. Dice que estoy perfectamente bien.

—Físicamente, tal vez, pero, ¿por dentro...? ¿Y quién se supone que es responsable de este supuesto... secuestro infantil?

—Paul Devereux.

Pomfritt se quedó paralizado. El té golpeó contra el borde del tazón, cual mar invernal, y mojó sus elegantes y relucientes zapatos. El hombre ni siquiera se percató de ello. Lo único que entendía era que tanto su embajador como Paul Devereux se habían interesado personalmente por el caso, que sus instrucciones consistían en resolverlo rápidamente y sin alborotos, y que el camino tan cuidadosamente planeado hacia su ascenso del cuerpo consular al diplomático corría peligro. Y todo por esta mujer. Había cosas que le apasionaban tanto que, dadas ciertas circunstancias, estaría dispuesto a arriesgar su carrera: su colección de porcelana, la estatua de la tumba de la dinastía Tang que había sacado de contrabando, en dos piezas, de China, Wagner, Toscana, e incluso muchachos, aunque sólo ocasionalmente, sólo bajo la influencia liberadora de unas cuantas copas y nunca en el país en el que trabajaba. Pero nunca por mujeres.

—Me veo obligado a advertirle, señorita Dean, que está exagerando con esta tontería. Uno puede comprender a una madre apenada, pero esas absurdas acusaciones son realmente inaceptables. —El bigote se le había puesto literalmente de punta—. Paul Devereux es uno de los mejores amigos de los Estados Unidos...

—También lo eran el Sha de Irán y el presidente Diem de Vietnam del Sur. Traicionamos al uno y matamos al otro.

—También ha sido uno de los mejores amigos de usted y se daría cuenta de ello si tan sólo estuviera dispuesta a abrir los ojos. ¡Dios Santo!, mujer, estamos sentados en su cocina. Sus acusaciones carecen de lógica. Y ¿cuáles son sus pruebas?... Pruebas fehacientes, quiero decir, y no fijaciones, fantasías de mujer.

—Soy ciudadana norteamericana, señor Pomfritt.

—¿Desde cuándo significa algo para usted ser ciudadana norteamericana? ¡Maldición! Ustedes, los mentecatos de los medios de comunicación viajan por medio mundo tratando de humillar a los Estados Unidos, criticando y denigrando todo lo que hacemos. Sin embargo, al primer indicio de problemas, ahí van, blandiendo su pasaporte y pidiendo a gritos la ayuda del «buen Tío Sam». Déjeme decirle, señorita Dean, que algunos aspectos de mi trabajo y algunas de las gentes que conozco por él me dan náuseas.

—¿No se está tomando esto como si fuese algo personal?

—Y usted, no, claro.

—Basta de rollo, Pomfritt. Yo soy ciudadana norteamericana y usted es un empleado público, ¡y su maldita obligación consiste en ayudarme!

Las mejillas de Pomfritt se hincharon, en tanto rumiaba su respuesta.

—Su marido es ciudadano norteamericano también y tiene el mismo derecho a pedir nuestra ayuda. Su hijo, Benjamin, es también ciudadano norteamericano y es nuestra obligación protegerlo.

—¿Qué?

—Su marido, señorita Dean... o más bien el abogado de su marido... se ha puesto en contacto con la embajada. Le preocupa que los intereses del niño se vean perjudicados por su comportamiento errático e irresponsable, sobre todo porque se niega a volver a casa, lo cual somete al niño a rigores innecesarios. Yo diría que existen buenas razones para tal preocupación y lo apuntaré así en mi informe.

—No puedo creer lo que estoy oyendo. ¿Me ha estado espiando?

—Informando, no espiando. Sobre Benjamin, para ser precisos.

Pomfritt echó lo que quedaba de su té en el fregadero y se volvió hacia ella. Sus mejillas echaban chispas y las puntas de su bigote ardían como un incendio en un matorral.

—Mire usted... ¿no se da cuenta de cómo se está perjudicando? ¿Cuán irracional parece? Su marido reclama la patria potestad y creo que el mejor alegato para convencer a un tribunal de que la causa de su marido es justa consiste en hacer precisamente lo que está haciendo: andar por un país extranjero, sometiendo a su hijo a rigores innecesarios y lanzando acusaciones ridículas contra uno de los principales miembros del Gobierno. Es absolutamente indignante, mujer. Si le interesa en lo más mínimo conservar la patria potestad, debe regresar inmediatamente a casa. Aquí tiene sus pasaportes. —Arrojó los dos, el de la madre y el del hijo, sobre la mesa—. Si quiere conservar al crío, úselos.

Izzy permanecía silenciosa. Sabía que tarde o temprano tenía que ocurrir. Benjamin, era su punto débil, su punto vulnerable. Todo se reducía a Benjamin: la razón de su matrimonio e incluso del fracaso de su matrimonio, los trámites para la patria potestad, su incapacidad para seguir sin distracciones la pista dejada por Bella, el camión.

Desde lo del camión, lo que no había sido más que una sensación inquietante se había convertido en convicción. No podía buscar a Bella y proteger a Benjamin al mismo tiempo. Las exigencias, las necesidades de su hijo, la coartaban demasiado. Simplemente, no podía hacerlo todo. Con Benjamin a cuestas probablemente nunca podría alcanzar a Bella y, al buscar a Bella, podría perder también a Benjamin. Perderlos a ambos.

Sentía frío, demasiado frío para temblar. Llevaba el tiempo suficiente luchando contra sus conflictivas responsabilidades como para saber que no podría hacerlo siempre; que el dolor, lejos de convertirse en costumbre, empeoraba. Los aniversarios perdidos. Los niños llorando, pidiendo su presencia por teléfono, el no poder consolarlos. La impuntualidad o la no asistencia a las cenas de negocios de Joe. La muerte del deseo. La pérdida del vuelo que la habría llevado a casa a tiempo para el entierro de su madre. Las zancadillas profesionales cada vez que les decía que estaba embarazada. Esa media hora vital escatimada al montaje de un reportaje, ese tiempo que convertía un buen reportaje en uno fantástico, a fin de llegar a tiempo para acostar a Benjy.

Había ido a Etiopía, esa última vez, a los campamentos de la hambruna; padecía un resfriado que Benjy le había contagiado después de contraerlo en la guardería. Regresó a casa preguntándose a cuántos niños hambrientos habría infectado, a cuántos habría condenado a muerte, todo por el reportaje.

Los juegos de malabarismo habían terminado. Había echado a perder su matrimonio, su carrera y ahora perdía a sus hijos. Era hora de tomar una decisión. Sabía lo que tenía que hacer.

—Su presentación del caso es convincente, señor Pomfritt —su voz, al pronunciar las palabras, era suave, casi un susurro—. El mundo entero parece habérsela emprendido conmigo, incluso el Gobierno de mi propio país. Muy bien, regresaré a casa, tan pronto como pueda. Por desgracia, no tengo dinero, pero me pondré en contacto con mi marido. Hoy mismo. Le pediré el dinero para los billetes de avión. Regreso a los Estados Unidos. Seguramente no tardaré más de unos días.

—Sabia decisión, señorita Dean. —El bigote se bamboleó, imitando un saludo victorioso—. Lamento que tenga que ser así.

—Sí, yo también.

* * *

Congelada. Congelado el corazón. No era precisamente una sensación nueva. Se preguntó cuántas veces, en el curso de sus misiones, se había dejado caer sobre la cama, entre sábanas limpias y almidonadas, en un hotel Sheraton, exhausta, temiendo al mundo que acababa de dejar provisionalmente y al que volvería por la mañana. Nunca se acostumbra uno ello, sin importar cuántas veces ocurriera. Unas horas de sueño atormentado, bajar de la cama y ponerse las bragas del día anterior y un mono

viejo; el cambio de la seguridad del hotel por el alcantarillado de la guerra que se encontraba más allá de la puerta. Una trataba de dejar de sentir a fin de salvarse.

A Izzy le importaba, y mucho. Pero, si quería que las cosas siguieran importándole y si deseaba hacer bien su trabajo, debía congelar sus emociones, almacenarlas al frío, hasta su vuelta a casa. Era la única alternativa. Olvidarse de su propia vida, de sus propios hijos; porque, tan pronto como empezara a equiparar sus propios hijos con los cadáveres mutilados, los cuerpos diminutos que hallaba en las alcantarillas y en los montones de ruinas mordidos por ratas, estaría acabada. No podría seguir. Así que había que congelarse interiormente.

Ahora se sentía congelada. No debía dejar que nada más le importara. Tenía que cerrar el corazón para que nada lo penetrara.

Ya se había convertido en un témpano de hielo para cuando Daniel fue a buscarla, poco después de que Pomfritt hubiese salido aleteando de su vida. Daniel se fijó en el cambio, pero no dijo nada.

Partieron en el escarabajo Volkswagen de Daniel, que echaba mucho humo por el tubo de escape y tosía al atravesar el patio adoquinado y al pasar frente a la puerta de la caballeriza detrás de la cual estaba Chinnery, como Izzy bien sabía. Iban rumbo a Weschester, bajo la lluvia de diciembre que pendía en el aire y que los primitivos limpiaparabrisas del coche de Daniel movían ineficazmente de un lado a otro del cristal, mezclándose con las salpicaduras del camino hasta convertirse en una máscara opaca de barro. Izzy no veía por dónde iban. Se sentía vulnerable, expuesta en esa ruidosa y rudimentaria caja de metal, con sus golpeadas ballestas y su parachoques flojo. Prefería el Rolls y se preguntó si la estaría siguiendo.

Las luces hacían resplandecer «Misión de la Misericordia». Había vida en ella. Cuando llamaron a la puerta, la abrieron dos ancianas diminutas de rostro animado y voz alegre que brincaban, excitadas, sobre un pie y luego sobre otro. Por contraste, su vestimenta no era nada ostentosa; era más bien insulsa: jerséis gris y marrón, demasiado grandes y deformados. A Izzy le hicieron pensar en dos gorriones empapados por la lluvia.

—Bienvenidos a la «Misión de Misericordia». Entren, entren.

Los llevaron a una amplia estancia, que antaño hiciera las veces de comedor, con vistas a un descuidado jardín y al río. Las paredes estaban recubiertas de estanterías altas que se pandeaban bajo una variedad de papeles y archivos. En el techo de yeso se veían largas grietas y señales de humedad; algunas de las flores del tapizado de papel gofrado daban la impresión de estar marchitas. Sin embargo, el aspecto de la habitación, como el de sus ocupantes, era de pobreza, no de desaseo. El cristal de la ventana estaba limpio; el suelo, barrido; los dos enormes escritorios, pulidos y ordenados. Al parecer, las dos ancianas compartían uno de éstos; no había nadie sentado al otro.

—Siéntense, amigos. Ahora, ¿en qué puede ayudarles la misión?

—Nos interesa conocer sus obras —contestó con cautela Izzy.

—¡Oh! Disculpen mi descortesía. Soy sor Agnes y ella es sor Faith.

—¿Son monjas?

Sor Agnes asintió alegremente con la cabeza.

—¿Y ustedes son el señor y la señora...?

—Appleton —contestó a toda prisa Izzy.

Su instinto le decía que la verdad no haría sino complicar la situación.

—Y Benjy.

—Señor y señora Appleton. Y Benjy. ¡Qué bien! —gorjeó sor Faith—. Son extranjeros, ¿verdad, señora Appleton?

—Canadienses.

—Da igual. No es necesariamente importante. A varios niños de la misión los han adoptado en el extranjero.

—¿Adoptado...?

—Sí, claro. Somos la «Misión de Misericordia para la Ayuda y la Adopción de la Infancia». Quieren adoptar otro niño, ¿no es así?

—Sí. —Izzy sintió cómo le subía y bajaba el pecho al aspirar profundamente—. Hábleme, por favor, de sus obras. De qué niños disponen para adopción.

—Bueno, querida, seguramente sabe que la misión es la agencia de adopciones oficial de esta zona.

—¿Oficial?

—Así es. En los últimos años, las autoridades locales han contratado todos los trámites de adopción a través de la misión. Por los recortes presupuestarios, ¿sabe? —La hermana susurró, como si invocara al diablo—. La misión funciona desde la época victoriana, a pequeña escala, ¿comprende? Pero cuando el ayuntamiento descubrió que, por ser una organización caritativa, nos costaba mucho menos que a ellos hacer el papeleo, cerraron su propia agencia de adopción, nos traspasaron todas sus tareas y nos asignaron una subvención anual. Y aun así, les sale más barato que antes.

—¡Ah, los recortes!

—Es terrible, terrible —gorjeó sor Faith.

Izzy sentía los labios pesados y ponderosos al formular las siguientes palabras.

—¿Y tienen muchos niños para adoptar?

—Bastante en estos tiempos, sí, realmente bastantes —respondió sor Agnes—. Nos llegan muchos a través del convento, ¿sabe? De buenas chicas católicas, de otras partes del país, de Irlanda, del continente, que se han metido en líos. Nuestra orden dedica mucho tiempo a convencerlas de que no aborten. Así que vienen aquí... es hermoso, ¿no?, cerca de la costa... donde pueden tener a sus lindos bebés en paz y tranquilidad...

—Y con intimidad —añadió sor Faith.

—Sí, con intimidad. Las ayudamos a dar a luz y luego a colocar a sus hijos en buenas familias. Como la de ustedes, me imagino.

—Es terrible, terrible, ¿sabe? —interrumpió nuevamente sor Faith—. Tanta

ignorancia, tantos abortos ilegales, tantos niños nacidos en el campo y abandonados. Aquí podemos proporcionar tanto a la madre como al niño el amor que necesitan.

—Y, por supuesto, hay niños de la comunidad local, de los alrededores de Weschester. Bebés que han sido descuidados, o cuyos padres no son capaces de cuidarlos. Pero no hay muchos de éstos, claro, no por aquí. Esto no es Londres, ¿sabe? —chilló sor Agnes.

—No, no es Londres. Un lugar terrible, terrible...

—¿Cuántos niños tienen?

—¿En el curso de un año? Unos veinte. ¿No diría que son unos veinte, sor Faith?

—Por lo menos. Al menos veinte.

—Nunca tenemos problemas para encontrarles un buen hogar, ¿sabe? Ahora, no. Las cosas eran distintas cuando yo era joven, pero ahora... ¡Ay, Dios! Con eso de la anticoncepción, los abortos y esas cosas, se diría que no hay suficientes niños para todos. Son como polvo de oro.

—Sor Agnes, ¿qué tendría que... qué tendríamos que hacer para adoptar a un niño? Parece que ya no puedo tener más...

Un poco tarde, Daniel estiró el brazo y cogió la mano de Izzy.

—¿Me perjudicaría el hecho de que soy canadiense? ¿Debo ser de por aquí? ¿Sería un problema el que ya tenga un hijo?

—Bueno, querida, eso no depende exactamente de mí o de sor Faith. Tenemos normas, claro, pero, a fin de cuentas nos permiten hacer uso de nuestro sentido común en cada caso y podemos decidir lo que más interesa al niño. Lo que busca la oficina de adopciones son parejas que puedan ser buenos padres. Eso es lo principal. No tienen por qué ser de por aquí, no siempre. Sólo han de ser los padres adecuados para el niño indicado. Aunque normalmente hay un límite de edad: los cuarenta años. —Miró a Izzy inquisitivamente—. Eso no constituye un problema, ¿verdad?

—No. Todavía no —contestó Izzy con los labios apretados.

Daniel le apretó la mano de nuevo.

—¿Y quién de ustedes dos es la oficial de adopciones?

—¡Ay, Dios! Ninguna de las dos. ¡Dios mío, no! Nosotras sólo estamos aquí para ayudar.

—¿Y quién es el oficial de adopciones?

—La señorita Paulette Devereux. Se llama Paulette Devereux.

—¿Cómo?

—Se llama Paulette Devereux. Es la encargada de tramitar todos los casos de adopción de esta zona. Es una joven encantadora.

Daniel le estaba apretando tanto la mano, que Izzy pensó que se la rompería.

—¿Podríamos ver a la señorita Devereux?

Las dos monjas intercambiaron una mirada y luego la posaron sobre el escritorio vacío.

—Acaso necesite un poco de paciencia, señora Appleton. Me temo que Paulette

no se encuentra bien en este momento.

—No tendrá que esperar mucho. Nunca ha pasado más de dos semanas fuera — añadió sor Faith, alentadora.

—¿Puedo preguntar lo que le pasa?

—¡Oh! Es cuestión de los nervios, creo. ¿No, sor Agnes? Paulette nunca se queja. Dice que no está enferma, pero sólo con verla se da uno cuenta de que sí lo está. Está sometida a mucha presión, pobrecita. Es terrible, terrible. ¡Trabaja tanto! No podríamos prescindir de ella. Deben de ser los nervios. No puede concentrarse ni dormir. Así que llega tarde a la oficina. Todo se acumula hasta que llega el momento en que tiene que tomarse unos días libres.

—Y ahora, ¿se está tomando unos días libres?

—Nosotras la sustituimos haciendo lo que podemos hasta que vuelva.

—Mi esposa y yo... de veras quisiéramos que esto se hiciera rápido. ¿Podrían decirnos dónde se encuentra? Tal vez podríamos visitarla y así empezar los trámites. Tengo que salir al extranjero por cuestión de negocios en unos días.

—¡Ay! Lo siento. No está aquí. Está en Londres, creo. Pero no estoy segura.

—¿No tiene una dirección?

—Ninguna. Y no hay nadie más que los pueda ayudar. Paulette es la encargada de todo el papeleo, en lo referente tanto a los niños como a los padres. Es la única empleada que puede permitirse la misión.

La desilusión de Izzy era palpable. Las buenas hermanas se compadecieron de ella.

—Mire, querida, sé que ustedes, los jóvenes, son muy impacientes. Si de veras tiene prisa, tal vez debería hablar con el presidente del fideicomiso de la misión. Es de la zona, un hombre encantador. Se consagra a las buenas obras cuando viene, pero pasa bastante tiempo en Londres, por cuestión de negocios. Está allá ahora, creo. Tenga su tarjeta. Es un hombre maravilloso, maravilloso. Se llama Gideon Fauld.

Los huesos de la mano de Izzy chasquearon bajo la fuerza del apretón de Daniel. Ella se volvió para protestar, pero se contuvo al ver la tirante expresión de censura en sus ojos. El joven no pronunció una sola palabra más hasta no haberla sacado casi literalmente a rastras fuera de la misión, con la bendición de la comunidad entera resonando en sus oídos. No habló hasta encontrarse ambos sentados en su coche.

—Daniel, ¿qué demonios te ocurre?

—Es Gideon Fauld.

—¿Qué pasa con Gideon Fauld? —exigió saber Izzy—. ¿Lo conoces?

—Sólo por sus otras obras. Gideon Fauld es el juez de primera instancia que mandó incinerar a la niña.

* * *

Le temblaba la mano. No podía controlarla. Finalmente, Izzy se obligó a coger el

teléfono y obtuvo línea. Apenas pasaban de las seis de la mañana en la costa Este de los Estados Unidos, pero Joe solía levantarse temprano. Trabajaba durísimo, eso tenía que reconocérselo.

—Michelini al habla.

Su voz se oía ronca, aún adormecida.

—Joe, soy yo. Escucha, no cuelgues —Izzy habló con la voz entrecortada—. Quiero llevar a Benjy a casa.

Silencio.

—Todavía quieres tenerlo, ¿no?

—Es mi hijo. Claro que sí.

—Entonces, quiero tu ayuda para llevarlo. Necesito que me envíes dinero para los billetes, Joe.

Joe meditó un momento.

—Vale. Pero no me malinterpretes, Izzy. Todavía quiero la patria potestad.

—Te oigo. Pero tal vez podamos hablar de esto, razonar, cuando Benjy esté en Estados Unidos, en vez de gritarnos por teléfono.

—Te enviaré el dinero por télex enseguida. Lo tendrás a la hora del cierre esta tarde o mañana, a más tardar.

—Perfecto. Otra cosa, Joe.

—¿Por qué será que con las mujeres siempre hay otra cosa?

—Escucha. Si vamos a discutir sobre la patria potestad...

—¡No lo dudes ni un maldito momento!

—... entonces creo que es importante que no lo hagamos delante de Benjy.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—Quiero que vayas al aeropuerto, Joe, para que cuando salga del avión vea a su padre; no a un abogado, ni un mandato, ni una pelea, sino a su padre. Voy a seguir siendo su madre, y tú serás su padre, pese a todo lo que podamos hacernos el uno al otro. No quiero que hagamos añicos su vida junto con nuestro matrimonio.

—Me parece demasiado razonable. ¿Cuál es tu truco?

—No hay trucos, Joe. Amo a mi hijo demasiado para empezar a jugar con él. Límitate a ir al aeropuerto para recibirlo, como un padre normal.

—Vale, Izzy. ¿Cuándo?

—El viernes por la tarde. El vuelo 223 de la British Airways. Llega hacia las cuatro y media. Sal temprano de la oficina.

—Me parece bien.

—Cuento con que estés allí, Joe. En serio.

En su interior, el hielo se derritió un poco, debajo de las lágrimas que caían sin restricciones. Izzy juró que serían las últimas.

Al cabo de tres minutos, había reservado los billetes, para pagarlos a la salida. Todo estaba listo.

Desde la ventana del despacho de Devereux, observó el valle, un panorama de

gran belleza y paz, una tranquilidad que ella no podía compartir. Este lugar le había robado a su hija. Trató de decirse, por milésima vez, que era la única solución. Sin embargo, sin importar cuán insaciablemente la escarcha le recubriera el alma, no lograba convencerse de que fuese realmente una solución. Iba a darle la espalda a su hijo.

* * *

En menos de un minuto, había metido sus míseras pertenencias en la bolsa. Pasó el resto del tiempo antes del amanecer sentada al pie de la cama de Benjy, esperando a que el niño despertara. Lo bañó, vistió y alimentó sin grandes aspavientos. Como de pasada, mencionó un avión en la conversación. No quería que se alterara. Aun a su corta edad tenía suficiente experiencia como viajero para que la perspectiva no le provocara ni alarma ni excitación excesivas. Más bien anticipaba satisfecho el momento en que lo mimarían hombres y mujeres uniformados, que le darían libros para colorear y una bandeja de comida especial y que le sonreirían en vez de regañarlo cuando derramara algo.

Ni siquiera la mención de su padre lo emocionó; el hombre llamado papá había entrado y salido de su vida suficientes veces para que formara parte de una pauta familiar y el niño sentía alivio al ver que las pautas familiares empezaban a reaparecer lentamente. Una madre, ahora un padre, la mención de su casa... La pesadilla se iba desvaneciendo.

Daniel llegó para llevarlos al aeropuerto. Izzy agradeció formalmente a Sally por su ayuda; no había señales de Chinnery. Entonces se marcharon, pasaron debajo de los dedos ensangrentados de los cornejos que flanqueaban el camino que los alejaría de la casa de Devereux. Dejaron un rastro de humo y de olor a gasolina quemada al quedar atrás Bowminster y Wessex, hasta que Benjy señaló con un dedo el morro del pesado avión a punto de aterrizar. Izzy guió a Daniel a la terminal cuatro de Heathrow por atajos que ahorraban varios minutos en días de mucho tráfico. No tenían prisa, pero las viejas costumbres son difíciles de perder. Daniel los dejó en el nivel de salidas. Ni siquiera apagó el motor. Se apeó para entregar a Benjy un pequeño modelo de avión como regalo de despedida, a cambio de un beso, que el niño le dio de buen grado. Benjy no se fijó en las sonrisas tensas talladas en el rostro tanto de su nuevo amigo como de su madre. Aceptó el abrazo de despedida de Danny con ecuanimidad, como había hecho cada día desde que se conocían. Entonces, Danny desapareció.

Sólo tenían una bolsa, una pequeña de vinilo con asas; entre la confusión del éxodo prenavideño se deslizaron hacia la ventanilla de venta de billetes. El papeleo fue mínimo: el dinero de Joe a cambio de dos billetes. Una corta caminata con el pequeño hacia el mostrador de atención al cliente. El control de pasaportes. Todo estaba en orden y una sobrecarga los llevó inmediatamente hacia la zona de salidas,

atestada de gentes que se arremolinaban en las diferentes salas.

Izzy tuvo que luchar contra el impulso casi irresistible de volverse. Sabía que estaba allí, que él estaba allí; percibía su presencia, sus húmedos ojos azules. Había sospechado, y con razón, que no podría resistir la tentación de confirmar por sí mismo que ella estaba llevando a cabo los arreglos que había hecho por teléfono, de saborear su triunfo, empujado por la necesidad de saber que se había marchado por fin.

Por eso fue que, tras reservar los asientos, cambió las reservas desde un teléfono público.

Y ya había llegado el momento. Se encontraban en la zona de salidas. Izzy se había retrasado a propósito, a fin de reducir a un mínimo la oportunidad de que Benjy llorara —y de que ella llorara—. La zona parecía un mar de manos alzadas y parientes llorosos; se había convertido en un campo de batalla: los pasajeros retrasados luchaban con carritos de equipaje demasiado llenos, las cariñosas despedidas se topaban con carreras frenéticas hacia las puertas de salida. Los tres —Izzy, Benjamin y la sobrecargo— se abrieron paso hacia la cola más alejada, empujando para pasar entre las gentes. Izzy quería alejarse lo más posible de los penetrantes ojos, poner tanta confusión como pudiera entre ellos y ella.

Nuevamente le explicó a Benjy, en tono práctico, que su padre lo estaría esperando al llegar. Habían llegado al estrecho pasillo de salida, casi al punto en que un oficial de seguridad controlaría las tarjetas de embarque, donde los pasajeros se separarían de los que dejaban atrás. Había llegado el momento. Entregó la pequeña bolsa de vinilo y los dos billetes —uno para Benjy y el otro para la sobrecargo, la «tía» de la línea aérea que lo acompañaría—. Izzy sonrió, alentadora. Sonrió y siguió sonriendo hasta que sintió que su rostro explotaría, en señal de protesta. Le había dado una dosis de calmante a su hijo, para que permaneciera tranquilo, pero no existía remedio alguno que la liberara a ella de sus tormentos. No obstante, aun cuando por dentro estaba gritando y maldiciendo a todos los dioses, agradeció que Benjy no protestara ni implorara. No lo habría soportado.

Ahora la «tía» lo llevaba en brazos, estaba presentando las tarjetas. Por encima de los hombros de la mujer, Izzy vio un rostro, un rostro que desaparecía con la multitud, un rostro con una expresión de creciente duda, un rostro que iba dándose cuenta de que lo estaba abandonando otra vez. El labio tembló, los ojos se anegaron en lágrimas de inseguridad, en tanto la fe del pequeño en ella luchaba contra la realidad. Pero no lloró; todavía veía a su madre, a la madre que amaba, a la única persona que amaba, o en la que confiaba, y ella seguía allí, sonriéndole, alentadora. Tal vez todo iría bien.

Y su mano se había alzado; una pequeña mano, perfecta[^] mente formada, con cinco diminutos dedos estirados, implorantes; una mano que pedía a su madre.

Con un grito interior, Izzy se había ordenado no hacerlo; pero no pudo controlarse y se encontró con que su propia mano se estiraba hacia el pequeño, tratando de

cogerlo; quería protestar, detener el dolor, la sensación de que le estaban arrancando de cuajo algo de su matriz. Se estiró para cogerlo, pero se limitó a despedirse agitando la mano, sonriendo todavía. Y el niño se mordió el labio y confió en ella, enterró su temor debajo de su confianza. ¡Dios! Era todo un luchador. ¿La perdonaría algún día?

Y Benjy se perdió de vista para ir con su padre. Benjy había salido de su vida y ella se escabulló por debajo de una barrera y huyó, desesperada.

No sabía lo que le depararía el futuro, lo que decidirían su marido o los tribunales, lo que pensaría el mundo de una mujer que era capaz de renunciar tan brutalmente a la patria potestad de su hijo y más tarde exigirla de nuevo, como lo haría. Sin embargo, sabía que no tenía alternativa. Por muy imposible que le fuera aceptar la posibilidad de perder a Benjy, tenía que plantearse esa posibilidad contra la certeza de perder a Bella. Una duda contra una certeza.

Constituía una tortura más allá de lo que la razón podía captar, el hecho de renunciar a un hijo con la esperanza, por muy desesperada que fuera, de recuperar a una hija. Podría acabar perdiendo a ambos.

No derramó una sola lágrima. En este nuevo mundo de emociones permanentemente congeladas, no había lugar para las lágrimas. Sólo cabía una sobrecogedora parálisis.

Encontró la salida más alejada de la terminal sin mirar hacia atrás en ningún momento.

El Volkswagen, con su pintura oxidada y su parachoques medio caído, la esperaba en el aparcamiento. Se sentó al lado de Daniel.

—¿Podría llegar este coche hasta Kiev?

—Lo dudo.

—Me lo parecía. Vale. Vamos a encontrar a Bella.

6

Se habían detenido a repostar en la autopista M3 rumbo a Londres. Daniel regresó de la caja frotando su cartera con aire pesaroso.

—Según mis cálculos, si no comemos nada y dormimos en el parque, el dinero quizá nos dure hasta... ¡oh!... al menos hasta el fin de semana. —Esbozó una triste sonrisa—. Necesitamos idear un plan.

—Ya lo he hecho.

—Como caballero andante llegado al rescate, debo parecer todo un chiste. No tengo trabajo y casi no me queda dinero. —Pasó un dedo por los pocos billetes que había en su cartera—. ¡Lo siento!

—Al menos estamos en el mismo bote, Daniel.

—¿Cómo es eso?

—No tengo dinero. Y no tengo trabajo... al menos no lo tendré cuando no me presente ni en París ni en Washington la semana que viene.

—¡Qué fastidio!

Los ojos de Izzy se iluminaron. Encontraba divertido el eufemismo, pero él no le vio la gracia. Su pirata estaba preocupado.

—Vendería el coche, pero, ¿quién lo querría? No importa. Encontraremos algo. Me temo que tendremos que vivir a lo pobre.

Izzy negó con la cabeza.

—Ni hablar. Tenemos mucho que hacer en muy poco tiempo.

—¿Qué sugieres? ¿Un asalto al amanecer en Harrod's?

—Si quieres...

—Y supongo que cogeremos una *suite* en el Ritz, ¿no?

—En el Stafford, de hecho. Es un hotel muy exclusivo cerca de St. James. Ya está reservada.

Daniel soltó una carcajada, pero se contuvo.

—Hablas en serio, ¿verdad?

—Muy en serio. Necesitamos abrirnos puertas. Nadie nos va a invitar a pasar si nos paseamos por Londres vestidos como dos vagabundos.

—Anita la Huerfanita encontró a un millonario.

—No necesitamos tanto, necesariamente. Lo que precisamos es la imagen adecuada. ¿Sabes? Cuando estoy trabajando en un reportaje, mi equipaje máspreciado es una bolsa de viaje impermeable que costó veinte dólares y que permanece cerrada hasta cinco minutos antes de salir en pantalla. No contiene sino una blusa de seda, pendientes vistosos, cosméticos y un cepillo. Puedo llevar unos tejanos rancios, estar hundida hasta la entrepierna en un pantano y apestar tras una semana sin bañarme, pero, si me veo bien de la cintura para arriba, a nadie le importa. La imagen lo es todo. Para muchísima gente, la verdad es realmente superficial.

—Para los norteamericanos, tal vez.

—No, Daniel, ¡los ingleses son peores! Para estos tipos todo es externo: el traje, la vieja corbata de la universidad, el modo de hablar, las largas narices aristocráticas que mantienen su boca lo más lejos posible del cerebro. Para los ingleses todo se reduce a la primera impresión. No llegaremos a nada con ellos si parecemos refugiados de una tienda de compra y venta de la Oxfam.

—Mi madre y yo vivíamos en una antigua mansión ruinoso que daba a la bahía. Muchas habitaciones, agua corriente cuando llovía y nada de dinero. Así que cuando quería crear la impresión de novedad, solía mover los muebles de habitación en habitación.

—Entonces, ¿qué sugieres?

—Quizá podríamos intercambiar pendientes.

Izzy se echó a reír.

—¡Ay, Danny Blackheart! Estarías ridículo con mi blusa. —Con una mirada experimentada recorrió el mal ataviado torso, los vaqueros, las bambas y el anorak descolorido—. Me pregunto cómo te verías con un traje de buen corte.

—Bastante bien, de hecho. Hubo un tiempo... pero eso fue en otra vida.

—Quiero decir en esta vida. Hoy.

—Izzy, sé realista.

—Daniel, el maldito establishment al completo está ahí, tratando de aplastarme. Tenemos que luchar contra ellos en su propio terreno, no podemos hacerlo desde el arroyo. Tarde o temprano averiguarán que no he regresado a casa. Entonces empezarán a buscarme. Y a ti. Pero no comenzarán por buscar al señor y a la señora Franklin en una de las direcciones más exclusivas de Londres. No por un tiempo, al menos.

—Pero, ¿cómo...?

—Daniel, límitate a conducir.

Y eso hizo el joven. Cuando entraron en el corazón de la ciudad, Izzy sintió que le volvía la energía, que la electricidad de la vida urbana recargaba sus baterías. Ya no se sentía aislada y expuesta. Aquí, el tráfico se enfrentaba en cada cruce como un toro que ataca un capote, y los peatones arriesgaban la vida y las extremidades al imitar a los matadores y andar entre los iracundos vehículos; cada pase audaz iba acompañado de una ovación de bocinas. Era la ciudad, impaciente, iracunda, anónima. Por fin sentía que volvía a pisar su propio terreno.

Siguieron su camino hasta que Izzy le dijo que se parara en una calle lateral cerca de Picadilly, en el corazón del elegante *West End*. Aparcaron frente a la oficina central de Thomas Cook, la principal agencia de viajes de Londres. Izzy entró. Habían pasado menos de diez minutos cuando regresó.

—Y ahora, ¿qué?

—Lo primero es lo primero. Ropa interior, creo. Marks & Spencer.

—Vamos, Izzy, ¿a qué estás jugando?

—Al mismo juego, Daniel, sólo que ahora estamos imponiendo nuevas reglas.

Alzó la solapa del bolsillo de su abrigo. Éste estaba repleto de billetes de cincuenta libras.

—Quince mil libras. Con eso podremos arreglárnoslas, ¿no crees?

Durante un momento, los labios de Daniel dieron la asombrosa impresión de pertenecer a la boca de un pez. Empezó a formular una pregunta, pero las palabras no le salían.

—¿Cómo...? —graznó y se rindió.

—Los valientes y audaces miembros del cuerpo de corresponsales extranjeros emprenden constantes y repentinos viales alrededor del mundo, armados únicamente con un neceser y las exigencias nada razonables de nuestros directores. A menudo, en los lugares a donde vamos las tarjetas de crédito resultan inútiles. No puede uno sobornar o hacer un trueque con plástico y, a veces, ni siquiera se puede conseguir una cama en un hotel. Muchos de los sitios en los que nos alojarnos no suelen durar más de un mes para cobrar a American Express. Así que la WCN tiene un acuerdo con Cooks por el cual ellos proporcionan dinero en efectivo a cualquiera que esté en su lista de empleados acreditados. Hasta quince mí 1 libras. Y yo estoy acreditada.

—Pero dijiste que estaban a punto de despedirte.

—Así es. Supongo que se armará una bronca de padre y muy señor mío.

—Eso es... es un robo.

—Técnicamente, no. Tengo la intención de devolverlo —Izzy se encogió de hombros—. En todo caso, de momento, mis necesidades son mucho mayores que las de la WCN.

—Tal vez ni la WCN ni la policía estén de acuerdo contigo.

—Me arriesgaré.

—Como mínimo podrías echar a perder tu reputación. No es precisamente correcto desde el punto de vista ético.

El verde es un color de variados encantos, que puede reflejar la calidez y la intriga de una esmeralda o los hechizos de un viejo bosque. Pero también puede paralizar el espíritu como los desechos llevados por el hielo más allá del Círculo Polar Ártico. Al mirar los ojos de Izzy, ojos que contenían tanto encanto y tanta gracia, Daniel pensó que no había visto nunca que ese color pudiera ser tan implacablemente glacial.

—Daniel, me han quitado una hija, esta mañana tuve que renunciar a mi hijo. ¿Quieres ponerte a hablar de ética?

El joven le tocó el brazo; Izzy se encogió, cual si la hubiese tocado un hierro candente.

—Vale, Izzy. ¿Cuál es tu plan?

—Es sencillo. Abrir unas cuantas puertas y encontrar a Paulette Devereux y a Bella. ¿Tienes alguna idea?

Los interrumpió un joven oficial de policía al clavar una mirada suspicaz en la chatarra móvil aparcada junto a una de las más exclusivas propiedades de Londres.

Izzy le regaló una de sus más luminosas sonrisas de televisión. El policía asintió con la cabeza, poco impresionado por el gesto poco sincero, pero tranquilo por el hecho de que los terroristas no suelen hacer explotar coches bomba mientras se encuentran sentados en el asiento delantero. Con un gesto les ordenó que siguieran su camino y fijó otra mirada, desaprobadora esta vez, en el penacho de humo que escupía el tubo de escape.

—Háblame un poco más de Paulette —pidió Daniel, en tanto metía el morro de su vehículo entre el denso tráfico del *West End*—. ¿Cómo es físicamente? No te bases en las fotografías que has visto, sino en lo que puedas recordar.

Izzy cerró los ojos para apartar las distracciones. Inhaló hondo. Tratando de perseguir un recuerdo, entró en una profunda y hostil cueva, un mundo de oscuridad y humedad putrefacta que le puso la piel de gallina y que, susurrando, evocaba inmundos pensamientos de decadencia y de muerte.

—Es alta, rubia, el cabello le llega a los hombros. A primera vista es bonita, pero si la miras de cerca, lo que ves es a una vieja bruja tratando de salir del caparazón de una mujer joven. Es difícil saber exactamente su edad. Su cabello podría ser hermoso y luce un buen corte, pero está descuidado y sucio; la piel de su rostro parece haberse encogido; casi hace pensar que es anoréxica. Tiene los labios delgados, pero de sus dientes, no tengo idea: no sonrío; casi podría decirse que es incapaz de expresar emociones. Sus rasgos son un tanto neutros, como si la hubiesen vaciado de sentimientos y la hubiesen vuelto a rellenar con harapos y guata. De cerca es... sucia. Su piel... ¡oh!, su piel es asquerosa, grasa, con poros obturados. Tiene una llaga en el labio superior. La impresión es que no siempre fue así, que un día fue hermosa. Pero los ojos son lo peor, realmente lo peor, están exhaustos y rodeados de ojeras muy marcadas. Malditos. —Abrió los suyos con alivio, para dejar desvanecerse la imagen—. Pero lo que sentí me causó mayor impacto que lo que vi. Esos ojos no tienen profundidad, como si fuesen de cristal esmerilado para impedir que se vea a la persona verdadera. Esto hace que uno se pregunte si un ser verdadero vive en su interior, si realmente existe, si más allá de mi mente esa tal Paulette es realmente un ente con vida.

—Existe, de eso no cabe duda. Pero costará encontrarla.

—Tiene que estar en alguna parte.

—Sí, pero no en la clase de sitios en los que estás acostumbrada a buscar, de eso estoy seguro.

El semáforo cambió al rojo. Daniel suspiró y tiró del freno de mano.

—La descripción que has hecho es la de una persona que está desconchándose físicamente, de una belleza pasada, vacía... y absolutamente irresponsable. ¿Te acuerdas de lo que dijeron de ella las monjas? Que no podía dormir y luego no lograba levantarse e ir a la oficina, que a menudo estaba como flotando durante días. Está enganchada a algo. Es una adicta, probablemente de heroína. Los heroinómanos odian lavarse, odian el contacto con el agua. Es por eso que su piel se pone tan fea. Y

si tengo razón y viene a Londres para sus juergas, seguro que no se aloja en el Stafford. Eso te lo puedo asegurar. No vas a necesitar ropa bonita en los sitios a los que tendremos que ir.

—¿La hija de Devereux una drogadicta?

—¿Por qué no?

Tenía sentido. Izzy no poseía mucha experiencia en cuanto a la adicción de los blancos; casi todos los adictos que había visto con sus propios ojos eran negros, mestizos o amarillos; a menudo muertos, desperdigados por los barrios bajos y los guetos del Tercer Mundo o de la capital norteamericana. Pero rememoró la angustia que se percibía en el diario de Devereux. ¡Cuán ciego había sido! No se había percatado hasta que había sido demasiado tarde. Y ahora, Paulette había huido a Londres. La ciudad de los pecados.

—Así que estamos buscando una aguja en un pajar.

—Y en un pajar lleno de agujas... bueno de jeringuillas, lo que complica aún más la situación.

—Pero hay parte del paquete que es más difícil de ocultar, el juez Fauld es un personaje público.

Daniel soltó una palabrota cuando se alejaron por fin del semáforo y les obstaculizó el paso un mensajero en motocicleta con tendencias suicidas.

—Pero si Fauld está involucrado...

Lo está.

—No nos va a ofrecer la información de buena gana.

—Cierto, pero nosotros tenemos una ventaja sobre él. Nosotros sabemos quién es, pero él no nos conoce, está ciego. Aunque se lo hayan advertido, esperará la presencia de la triste y sola señorita Izzy Dean, no a la extraña pareja compuesta por el señor y la señora Franklyn. Creo que me llamaré Fiona.

—Izzy, parece que has pensado en esto muy a fondo, que has cubierto todos los detalles. Me llevas una gran ventaja, así que, una pregunta.

—Dispara.

—Esta extraña pareja, el señor y la señora Franklyn, que se alojan en una *suite* del Stafford... —Daniel se arriesgó a apartar la vista del tráfico el tiempo suficiente para volverse hacia ella—. Su... espacio corporal. ¿Estamos hablando de una cama de matrimonio o de camas individuales?

Izzy se rió.

—No se burle de mí, señora. Hablo en serio. No soy ningún experto con las palabras y no me puedo permitir el lujo de comprar rosas. Por otra parte, no me atrevo a decirte cuánto me asustas...

—¿Te asusto?

—Claro que sí. Eres una mujer poderosa, Izzy. No funcionas como la mayoría de las mujeres. Pareces tan, pero tan, controlada.

—¡Ay, Daniel! Si tú supieras...

—Tu edad y tu experiencia me intimidan, para ser sincero. Pero... —Daniel sonrió. Su expresión carecía de astucia, era totalmente sincera—. Pero verás, yo siempre soy sincero... Me encantaría la cama matrimonial.

—Daniel, para el coche.

La sonrisa de Izzy había desaparecido.

—Izzy, perdóname...

—Daniel, para el coche, ahora mismo.

El joven aparcó, desafiando las protestas del coche de atrás.

—Daniel, me has ofrecido tu amistad, tu trabajo, y lo más importante, me has devuelto la esperanza. ¿Cómo podría negarte algo? Por lo que a mí se refiere, puedes coger mi cama, mi cuerpo y cualquier otra cosa que sea capaz de darte, lo que quieras. Te los doy de buen grado si eso es lo que quieres. Pero... no yo, no la mujer que hay dentro de mí. Ahora no. Todavía no. Allí hay demasiada culpabilidad y confusión, demasiadas cicatrices sin curar. De momento soy una minusválida emocional, no tengo nada que dar en ese aspecto. No puedo compartir, Daniel, al menos no mientras tenga esta tarea que me he impuesto. No quiero distracciones.

—Perdóname. Soy un irlandés muy espeso, señora Franklyn. Deja que me aclare. Eso fue un «no» a lo yanqui, ¿verdad?

—Sé paciente, Daniel. Por favor.

Éste puso la primera bruscamente y enfiló la calle sin mirar, provocando una protesta orquestada a sus espaldas.

—¡Joder! —exclamó—. Supongo que no tengo mucho sentido de la oportunidad.

—Ni de la conducción —susurró Izzy.

* * *

El día se estaba convirtiendo en un triunfo.

Devereux había llegado a una atestada Cámara para defender su decisión con respecto al Plumero ante sus colegas, amigos y enemigos, de la Cámara de los Comunes. No dejó que nadie se equivocara en cuanto a la importancia de la ocasión.

—Con el colapso de la Unión Soviética y los bloques de poder que lo que llamábamos Guerra Fría había congelado, nos hemos visto arrojados a un mundo de grandes y frecuentes cambios, de grandes incertidumbres —entonó con todo el aire de un estadista—. Las decisiones que tomemos hoy conformarán el mundo de nuestros hijos y de los hijos de nuestros hijos. De hecho, no exagero al decir que podrían decidir si llegarán a contar con un mundo.

Eran afirmaciones de peso, pero que no iban a cambiar la posición del portavoz de la oposición en materia de defensa, un austero miembro de Lancaster llamado Stubbins, hombre de tan considerable volumen que le costaba un esfuerzo desmesurado moverse. Un hombre que había «aterrorizado a sastres desde Blackburn hasta los de la cadena de ropa para caballeros British Home Stores», según una burla

de Devereux que causó gran efecto en su momento.

Pero no era a la oposición a la que Devereux debía convencer: el futuro del Plumero —o sea, el del propio Devereux— se encontraba en las manos de una pequeña cohorte de escépticos en sus propias filas, que tenían dudas sobre tal o cual aspecto del acuerdo. Eran pocos, sí, pero bastaría con un puñado de desertores para hundir a un Gobierno cuya mayoría se componía de menos de dos docenas de votos.

Por eso, Devereux recurrió la táctica básica del debate parlamentario: se proponía lograr la unidad por medio del insulto, tanto a la prensa como a la oposición. Sus ojos húmedos se pasearon con expresión de desagrado por los escaños de piel verde; la oposición constituía una colección informe de intereses e ideologías, del todo carente de modales y distinción, apta únicamente para morder los talones de quienes los superaban en talla, de hombres como Devereux. Sin embargo, eran peligrosos a la hora de cazar en jauría.

Devereux señaló directamente a Stubbins, pero dirigió sus palabras a sus propias tropas.

—El honorable caballero se opuso a este proyecto... por principio. Pero cuando se dio cuenta de que el acuerdo que yo había negociado podría acarrear centenares de nuevos empleos para su circunscripción, cambió de opinión... por conveniencia. Luego sus supuestos colegas lo arrinconaron, le retorcieron el brazo, y ahora dice que no está seguro... por intimidación. —Devereux meneó la cabeza, un gesto teatral de incredulidad—. No sabe qué pensar, señora presidenta. Pero yo no lo condenaría.

Se volvió y movió una mano, reprimiendo los abucheos socarrones que había provocado de manera voluntaria a sus espaldas.

—No, no lo condenaría por reconocer que no sabe qué pensar. ¡Vaya! ¡Pero si es, probablemente, la declaración política más sincera que haya hecho en su vida!

Las burlas dirigidas hacia Stubbins se convirtieron en una ovación de apoyo a su torturador, acompañada por la animada agitación de papeletas pidiendo orden. Devereux estaba trazando una dirección, mirando directamente al enemigo, y sus tropas se estaban uniendo a ella.

Pero los insultos por sí solos no bastaban. Los escépticos de su partido requerían un trato mucho más considerado. Devereux se aferraba y golpeaba, alternativamente, el pupitre frente al cual estaba de pie —la misma pieza de latón sobre la que su padre se había apoyado y, finalmente, dejado caer—, haciendo pausas ocasionales para apoyar un codo a fin de volverse hacia los que se hallaban detrás de él, aquellos que debían apoyarle, aquellos que todavía podían clavarle un puñal en la espalda. Alegó, disputó, engatusó. A quienes temían una concentración excesiva de las opciones de defensa en un solo sistema de armamento, demostró tener una asombrosa comprensión de los detalles técnicos; a quienes ponían en duda su prudencia financiera, presentó un alegato cuidadosamente preparado en el que subrayaban las condiciones mucho más favorables que había obtenido de los norteamericanos.

—En nuestras manos se encuentra el futuro de la alianza transatlántica —le dijo a

un escéptico—. Hoy, nosotros, en Gran Bretaña, somos el eje del mundo democrático, el puente que une las dos mitades de la libertad. No obstante, si a estas alturas abandonamos a nuestros aliados norteamericanos, sin duda buscarán la amistad de otros europeos de los que se puedan fiar. Entonces, nos encontraríamos solos, una pequeña isla a la deriva entre Europa y América, sin formar parte de ninguna de las dos; sin que nadie confiara en nosotros, con la antipatía de todos. Y realmente sin defensas.

El espectáculo fue impresionante. En una cámara privada de las dotes retóricas del pasado, debido a las presiones siempre crecientes de las tareas parlamentarias y a la mordacidad de la televisión, las palabras de Devereux y sus ademanes confiados resultaron estimulantes y fueron juntando cada vez más escépticos bajo su bandera.

Pero eso no bastaba, aún no. Quedaba todavía el presidente de la selecta Comisión de Defensa, un hombre de los barrios bajos de Londres, ascendido sobre todo gracias a su elefantina persistencia y a la atroz ineptitud de sus rivales; un hombre al que era fácil descartar, pero peligroso subestimar.

Y él no se daba por satisfecho todavía. El hombre se daba cuenta de que había omisiones, sabía que había más, que partes del acuerdo no se habían explicado y quería que se plantearan ante la Cámara. Pero ¿cómo podía Devereux revelar que había acosado e intimidado a los norteamericanos hasta obligarlos a renunciar a sus proyectos en la ONU, a hundir a ese miserable arribista chipriota y a organizar una visita a Washington que, gracias a la propaganda, recaudaría muchos votos? Eran tratos hechos a puerta cerrada y que no soportarían el escrutinio público, que resultarían embarazosos para ambos aliados, que no podían incluirse en ningún acuerdo ni en ningún memorándum de entendimiento. Constituían triunfos para un día futuro. Y para su diario.

Eran secretos y el presidente de la Comisión de Defensa odiaba los secretos. Anhelaba ser ministro, pero se le había negado la oportunidad una y otra vez, y nadie ni podía explicarlo ni sabía la razón. Era una de esas cosas de la vida. Nada que ver con la justicia o con la razón. Cuestión de política. Nada que ver con su origen modesto en el East End, le aseguraban, ni mucho menos con su incapacidad de diferenciar un borgoña de la mejor bitter. Pero la injusticia dolía y, como no había conseguido entrar en el club de los ministrables, basaba su reputación parlamentaria en el papel de jacobino, arrastrando a los miembros del club con las puertas atrancadas para ser juzgados por la inquisición pública. Si no podía ser un hombre del poder, entonces sería un hombre del pueblo.

Se levantó de su asiento, situado tres filas detrás de Devereux y, con su acento chabacano y su voz aguda, se dirigió a los tupidos rizos de la cabeza del ministro.

—Bien hecho. Sí, muy bien hecho. Hasta ahora, todo va bien. Pero, señora presidenta, en ocasiones como ésta nos encontramos demasiado a menudo con que no nos han pintado más que la mitad del cuadro. ¿Podría mi muy honorable amigo asegurar personalmente a la Cámara que no existen... bueno, lo que podríamos

llamar «nudos»... que no hay condiciones entretreídas, que no hay compromisos ocultos debajo de la almohada que podrían influir en el juicio de la Cámara en este asunto de vital importancia?

«Cagueta», murmuró para sí Devereux y sonrió.

—Demasiado a menudo, en asuntos de esta índole, nos hemos enterado, mucho más tarde, de condiciones y compromisos clandestinos... de tratos tipo a los que se hacen en los bares, que esta Cámara no habría aceptado nunca... Bueno, es por eso que, a lo largo de los años, los gobiernos se han acostumbrado a hacerlos clandestinamente. Pero, ¿se da cuenta mi muy honorable amigo de que no se le perdonará si, en un futuro, averiguamos que nos ha metido en un lío, que ha engañado a la Cámara, si no mintiendo abiertamente (Dios no quiera que un ministro mienta a esta Cámara) sí ocultando parte de la verdad?

Devereux se puso de pie y giró sobre sus talones y se colocó en posición desde la cual podía mirar directamente a los ojos del presidente de la comisión. «Miserable, excremento del East End», recitó para sus adentros, «mojigato de mierda», cantó para sí, antes de sonreír más ampliamente y volver a apoyarse sobre el pupitre.

—¿Qué puedo decir? En tales ocasiones, no existe ninguna prueba, nada que pueda ofrecer para satisfacer la pregunta de mi honorable amigo. Lo único que puedo decirle es que he examinado personalmente cada parte del proyecto, que he estudiado cada detalle y especificación, que he leído y redactado nuevamente cada línea de los acuerdos relevantes, y que los he vuelto a leer. Llegué cuando el proyecto se encontraba bastante avanzado, como bien sabe, pero, modestia aparte, ahora lo considero mío. Puedo asegurarle que no se ha ocultado nada y que se han tenido en cuenta todas las contingencias. No puedo proporcionarle pruebas de aquello que no existe; sólo puedo decirle cuál es mi opinión, muy firme y considerada, además de mi palabra de honor. Espero que podrá aceptar ambas.

Devereux y el Plumero, o ninguno de los dos.

Y, con una leve inclinación de la cabeza que expresaba el consentimiento del ahora ya sentado presidente de la comisión, Devereux se vio libre. Demostró su habilidad tanto para negociar como para explicar, y un gran dominio de los detalles. Constituía una combinación demasiado poco frecuente, que impresionó hasta a sus enemigos. Y, como lo confirmarían al día siguiente un elogioso editorial tras otro, al unir su propio destino al del Plumero, había provocado el probable ascenso fulgurante de ambos.

No hacía falta que el «padre de la Cámara», el diputado que más tiempo había ocupado un escaño, se levantara tembloroso de su asiento debajo del pasillo central para confirmar la victoria personal de Devereux. No obstante, lo hizo. La mirada del octogenario se puso en contacto con la de la presidenta y los miembros de la Cámara guardaron silencio, por respeto y por necesidad, a fin de captar lo que decía la trémula voz.

—Quisiera decir a mi muy honorable amigo que yo era miembro de esta Cámara

—el anciano se pasó la lengua por los labios agrietados y apuntó con un dedo poco firme— en un tiempo en que su padre hablaba frente a ese mismo pupitre. Hoy ha hecho honor al nombre de su familia. Quisiera decir... y creo que puedo hacerlo sin peligro de que me contradigan... que su padre se habría sentido muy satisfecho no sólo por cómo se ha comportado, sino también por cómo ha manejado su misión ministerial y esta Cámara.

El espaldarazo fue entendido como tal por todos los presentes.

Las palabras seguían resonando en su oído cuando Devereux llegó a la intimidad de su oficina parlamentaria y se escondió detrás de la puerta cerrada. Perdió la noción del tiempo y de sus obligaciones diarias mientras miraba fijamente, paralizado, los ojos mentirosos de su padre.

—¿Satisfecho? ¿Estás satisfecho? —susurró—. ¿Cómo podrías estarlo? No sólo te he igualado, sino que te he superado. He ganado, ¿lo ves? Ahí estaba, ocupando tu sitio, en tu lugar. Pero ni se burlaron ni se mofaron de mí. A diferencia de ti, no lo eché todo a perder. Por fin soy libre; me he liberado de ti. ¡Espero que te pudras en el infierno!

Pero la invectiva no le proporcionó ningún alivio. Le faltaba convicción, porque muy en el fondo, se había cortado un cable. Al dejarse caer en la silla de su escritorio, cuando sus ojos húmedos pasaron del padre al retrato de su hija, en un recargado marco, soltó un terrible llanto de desesperación. Nunca podría escapar de su padre, las cadenas persistían más allá de la tumba.

¿Acaso no era su padre el que había inculcado en el joven Devereux la idea de que las mujeres eran objetos que se usaban y, de ser necesario, de los que se abusaba, ya fuesen esposa, sirvienta, niñera o cualquier otra que encontrara mientras se hallaba en estado de embriaguez? ¿Acaso no era el hombre que había alargado la mano, pero sólo para castigar, el hombre que había privado al hijo de un concepto tolerable de la familia, de la madre y del padre, de la vida en el interior de los muros de un hogar unido por el amor y no por un alambrado con púas, el hombre que le había enseñado a infligir el sexo como castigo y no como placer, el que, por tanto, había llevado a la esposa del hijo a la desesperación y a la degradación y, finalmente, al suicidio?

La influencia de la familia había logrado que se emitiera un veredicto de muerte por accidente; un traspíe en lo alto de un acantilado. Pero Devereux sabía que no era cierto. Había caminado con un objetivo; no había saltado, en realidad, la habían empujado.

Él, Devereux, la había empujado; su padre, el de Devereux, la había empujado.

Este suceso le había permitido representar el papel de gentil viudo, aferrado con lealtad a los recuerdos..., ¡Santo Dios!, se pegaban a él como sanguijuelas, le chupaban la sangre y reprimían cualquier posibilidad de establecer una relación normal y de felicidad. Detrás de la fachada aclamada por el público no había nada, nada más que vergüenza y sufrimiento, soledad absoluta; nada sino la hipocresía de la estimación pública que cubría una angustia privada, el legado corrosivo de su padre.

Nada.

Excepto Paulette. Y era por su querida Paulette que Devereux supo que no había ganado, que nunca podría ganar. Porque la quería, demasiado quizá, se había tapado los ojos para no ver sus fallos; además, su determinación de conseguir el éxito tal vez le había impedido ver las necesidades de su hija. Los fallos de ella eran los de él; ella era lo único que él tenía y no podía culparla. Mejor culpar a su padre. Culparse a sí mismo. Haría cualquier sacrificio, correría cualquier riesgo si con eso podía salvar a Paulette, hiciese lo que hiciese.

Al contemplar la fotografía de su hija frente a él, vio reflejada la imagen de su padre y, en el reflejo, una distorsión.

Los ojos, cuidadosamente trazados para reflejar sinceridad, parecían brillar maliciosamente; los labios sonrientes ahora parecían desdeñarlo, gritar «¡todavía no me has derrotado! ¡Yo te he derrotado a ti en lo único que siempre te ha importado, en educar a tu querida hija! La amabas tanto como me odiabas a mí. Ésas han sido las dos únicas emociones sinceras que has tenido en la vida. Sin embargo, yo, un borracho mujeriego, un hombre en el que no hallabas ningún punto favorable, te crié mejor que tú a tu propia hija, ¡miserable desgraciado!

»Mírala —parecía gritar el reflejo—. Juraste que nunca serías como yo, que nunca perderías el control. ¡Control! —se burló la imagen—. ¡Ni siquiera eres capaz de controlar a tu hija!»

Un padre más indigno de lo que fuera el suyo. Mientras la imagen reflejada se burlaba, Devereux hundió la cara en la fotografía de Paulette.

—Zorra —musitó al llorar.

* * *

Niños. Izzy se preguntó qué era lo que les daba tal fuerza. Unos objetos tan pequeños, tan débiles y patéticos, y, sin embargo, con un poder absolutamente irresistible. Seres que, antes de nacer o de ser siquiera concebidos, podían cimentar o destrozar relaciones. Seres cuyos deditos diminutos nunca dejaban de asirse, ni siquiera más allá de la tumba.

Podía no recordar claramente el aspecto de Bella, pero recordaba su olor, como malta mezclada con el polen de dulces polvos de talco. No podía escapar del olor; era el de todos los bebés que parecía persistir en todos los lugares a los que iba. En las colas de los puestos de taxi; entre los percheros de ropa de Selfridges; en la caja de Bally's y en el rincón de la cafetería detrás de Marks & Spencer donde tomaron un respiro entre esfuerzos por gastar tanto y tan rápido. Se volvía de golpe al captar con la mirada un bulto que podría ser Benjy o un mechón de cabello rojizo, que podría ser Bella; pero siempre se desilusionaba, pues era otro niño u otra niña. Para la mirada de soslayo de una madre inquieta todos los niños pequeños parecían iguales.

El Stafford rebosaba comedimiento, moderación inglesa, que casi caía en cascada

por el papel estilo Regencia que adornaba las paredes y rebotaba por las gráciles comisas. No había un solo aparato de aire acondicionado a la vista. El *hall* era diminuto, casi podría decirse que exiguo, apenas digno de servir de vestíbulo de un hotel; rezumaba un aire de casa particular... y, en efecto, lo había sido.

—Como en casa —murmuró Daniel.

—Ajá.

Izzy se sentía dolida. Ya no tenía hogar. De hecho, le parecía no haber tenido nunca un hogar. No, desde que su madre pilló a su padre con la recepcionista de su consultorio dental y la familia se partió y heló, cual un estanque en invierno. Como a su vez le había pasado a su propia familia. Las estaciones se suceden hasta completar un ciclo.

Los recibieron con dignidad y discreción, aunque también con una ceja medio alzada cuando indicaron que pretendían pagar su estancia al contado; pero bueno, la señora Franklyn era, después de todo, extranjera, canadiense, y los forasteros hacían las cosas de modo distinto. En todo caso, habían reservado habitación para dos semanas y no para un par de horas; al menos no pensaban usar el hotel como picadero. El Stafford no era de éstos. Aquí, la gente tenía idilios, amoríos, aventuras, no revolcones.

Una huésped, norteamericana, que ya contaba unos sesenta y cinco años, venía cada año a pasar una semana con un hombre casi veinte años más joven que ella; ocupaba una habitación desde la que, con la ventana abierta, se oía el cambio de guardia en el palacio de Buckingham, al otro lado del parque. El sonido de la banda militar ayudaba a mantener el ritmo y a conservar el vigor. Pasión por percusión.

Daniel no tendría tanta suerte. Les dieron una *suite* en la parte trasera, en lo que habían sido cocheras y caballerizas. Adoquines. Carácter. Y dos camas, según observó Daniel, quien puso cara de asco. Se fue al cuarto de baño mientras Izzy se sentaba y marcaba un número telefónico.

—Joe, soy yo. ¿Cómo está Benjy? ¿Recibiste la carta que te envié con él?

Joe tardó un momento en contestar, pero lo hizo en tono más conciliador del que ella recordaba haberle oído últimamente. Pero bueno, ¿y por qué no habría de mostrarse conciliador? Ya tenía a Benjy. Había ganado y, al ganar, había descubierto que cuidar solo a un niño podía resultar más molesto para su vida social que la halitosis endémica. El tiempo libre, el apartamento ordenado, los períodos de paz de que había disfrutado ya no le pertenecían. Era como follar frente a unos espectadores: aturdimiento, interrupciones constantes. Los frutos agridulces de la victoria habían restado fuerza a su agresividad y dejado perplejidad en su lugar.

—¿Qué estás haciendo, mujer? Estamos en plena batalla por la patria potestad y me envías al crío, gratis, sin cobro, con una nota en la que dices que querrás que te lo devuelva más tarde. Uno de nosotros se ha caído de un árbol, y te aseguro que no soy yo.

—Soy la madre de dos hijos, Joe. Tanto de Bella como de Benjy. No tuve

alternativa.

—Tenías la opción de enfrentarte a la realidad. Bella está muerta, Izzy —gimió Joe, genuinamente angustiado—. ¡Señor! No quiero que sufras sin razón, en serio, pero... Grubb me llamó ayer, me preguntó si habías vuelto, si pensabas volver. Sé lo que está ocurriendo allí. Te has deshecho de tu hijo, de tu trabajo; te estás deshaciendo de todo tu mundo, Izzy. No va a quedarte nada. Nada.

—No es así como lo veo yo.

Maldita mujer tozuda. De todos modos, era problema de ella y él, al menos, lo había intentado.

—¿Es así como lo ve tu nuevo amigo Danny...? Así se llama, ¿no?

Izzy se mordió un labio. Obviamente, Benjy estaba recuperando el habla, y a toda prisa. Al menos significaba que estaba a gusto y cómodo.

—¿Cómo está Benjy?

—Bien. Muy bien. Está en casa de mi hermana mientras yo arreglo unos asuntos. Pero puedes olvidarte de él, Izzy. No quiero herirte más, ése no es mi objetivo, pero nada hará que te lo devuelva, y te van a aplastar si llevas el caso a los tribunales. La mujer que perdió a su hija y abandonó a su hijo... —su voz contenía cierta mordacidad— que se ha escapado con un hombre que no es su marido...

«Y dinero que no era suyo», añadió para sí Izzy.

—... que ni siquiera tiene ingresos. Es un lío de mierda, realmente. Los abogados te harán picadillo. —No le gustaba ese otro hombre, un hombre del que su hijo hablaba con sonrisas y afecto. Necesitaba desquitarse.

»¿Y yo? Bueno, estoy a punto de conseguir un enorme ascenso. El Plumero está resultando ser un éxito y va a mejorar mi situación en todo. Mayor salario, mejor puesto, seguridad para Benjy, todo lo que tú no puedes proporcionarle. Si luchas por la patria potestad, lo tengo todo bien atado.

Izzy no respondió; era un análisis convincente.

—No luches, Izzy. No te hagas más daño del necesario. Deja de huir de la verdad.

—Estoy buscando la verdad, Joe.

—¿Qué verdad?

—No estoy... no estoy segura todavía, pero apesta. Se llevaron a Bella, estoy segura de eso. Todos están ocultando algo; la policía local, la prensa, el gerente del banco, el juez...

—Y la embajada norteamericana —repuso Joe, sarcástico.

—Ellos también, quizá. Y ciertamente Paul Devereux.

—Estás bromeando —tartamudeó su marido, incrédulo.

La cabeza le zumbaba con el ruido de su futuro en llamas.

—Daniel es otro periodista y me está ayudando a seguir la pista.

Izzy no se percató del cambio de tono, de que él sentía que lo acusaba de negligencia paternal, de indiferencia, de que estaba jugando con su Plumero. Y fue un error mencionar a otro hombre.

—¡Basta! ¡Basta de esa mierda! —gritó Joe.

El orgullo masculino se entrelazaba con la impaciencia. Y con el remordimiento. Tenía que evitarlo. No podía aceptar la sugerencia de que Bella estaba viva; Bella, para él, constituía una mezcla corrosiva de culpabilidad y de fracaso personal, e Izzy era el catalizador.

—¿Por qué estoy desperdiciando mi compasión en ti? Esto no es más que otra de tus misiones. Eso es. Izzy Dean, corresponsal *extraordinaire*. Te importan un maldito rábano tus hijos. Lo único que te interesa es tu reportaje. No eres una madre; no eres sino otra periodista idiota, que no puede oír un vendaval sin oler una conspiración. Renunciarías a todo por una exclusiva... a tu matrimonio y hasta a tus hijos.

—¡Claro que hay un reportaje en esto, uno muy gordo!

—Olvida esas tonterías, sé realista, mujer. Déjate follar, a mí no me importa. Pero desaparece de mi vida.

—Joe, estoy hablando en serio.

—Yo también. ¡Maldita seas! Nos veremos en los tribunales.

Y la línea se cortó.

Izzy miró largo rato el auricular en su mano, hasta que empezó a emitir sonidos, como quejándose; diríase que la estaba advirtiendo: «¡Peligro! ¡Detente aquí! ¡No vayas más allá!»

Lo silenció. Lo levantó de nuevo, lentamente, y volvió a marcar.

Línea. Respuesta. La voz de una mujer.

—Hola, me llamo Fiona Franklyn. Quisiera hablar con el señor Gideon Fauld, por favor.

* * *

Daniel entró en la habitación, desnudo de la cintura para arriba. No había un gramo de grasa en él; todo nervios, músculos y piel sin manchas. No sería nunca míster Universo, pero... era joven. Izzy trató de no mirarlo demasiado atentamente, de no fijarse en la firmeza, en las tetillas marrón oscuro, en las ondulaciones de la tirantez de su abdomen, en la cintura mucho más estrecha que los hombros —un territorio que, en el caso de Joe, no era tanto prohibido como olvidado—, todo ello coronado por una sonrisa irreverente y una cascada de cabello recién lavado y que se estaba secando con una toalla. El ir y venir de la toalla daba a su torso el aspecto de un piano afinado rogando que lo tocaran, que le pusieran las manos encima.

Una pena. ¡Qué desperdicio! Se sentía como una vegetariana en un banquete de langostas.

Izzy trató de disfrazar su atención arreglándose el cabello frente a un espejo, pero él ya se había dado cuenta de su furtiva mirada.

—No es sólo físico, ¿sabes?

—¿El qué?

—Tú. Para mí. Quiero que lo sepas. Mis sentimientos por ti son muy fuertes.

—Gracias.

La expresión de Izzy era de cohibición, de alguien que ha perdido la práctica en el manejo de las emociones sinceras.

—Ya está. Mañana. Hacia las doce y media —añadió para cambiar de tema.

—¿Lo de Fauld? Eso es fantástico —contestó Daniel—. Al menos, supongo que es fantástico. ¿Cómo crees que deberíamos tratarlo?

—Nosotros no lo trataremos. Lo haré yo sola.

—De ninguna manera.

—Es la única solución.

Daniel parecía herido.

—Es imposible, yo estoy aquí. Vamos como equipo, como pareja.

—Extraña pareja, ¿no crees?

—¡Por Dios! ¿Por qué?

—Por nuestras nacionalidades, nuestra edad...

—¿Estás tratando de sugerir que tú y yo seríamos anormales o algo así?

—Daniel, ni siquiera sabes si tomo azúcar con el café. Ni si bebo café. Nuestro lenguaje corporal no es el de una pareja casada. Fauld podría ver el engaño en cien detalles distintos. No podemos correr el riesgo. Tengo que ir sola.

Daniel reaccionó mal. La toalla voló iracunda al otro lado de la habitación y se quedó en un rincón, como enfurruñada.

—No empieces a mantenerme fuera de esto. No me hagas pagar el haberte pedido que te acuestes conmigo.

—No, Daniel. Estás equivocado. No me insultaste, ni me ofendiste... Me sentí halagada.

Y agitada.

La mueca de Daniel siguió siendo decididamente escéptica.

—Daniel, saca tus procesos mentales de tus calzoncillos y colócalos donde corresponde. Fauld administra una agencia de adopciones, y de eso tendríamos que hablar con él, de adopciones, de bebés. Yo soy extranjera. Si te llevo conmigo y finjo que somos sólo otra pareja felizmente casada, aunque lo sepas todo sobre mí, ¿cómo diablos crees que vamos a explicarle por qué hemos viajado casi cinco mil kilómetros sólo para adoptar a un niño? ¿Por qué no hacerlo en casa, a la vuelta de la esquina? No, si voy a hacerle hablar, a tratar de hallar las fisuras de su organización, tengo que fingir que me pasa algo malo. Tengo que inventar una razón por la cual no puedo adoptar legítimamente. Un problema médico o un historial delictivo.

—Podrías sugerir que eres demasiado vieja —comentó Daniel malhumorado.

—¡Muchas gracias!

Izzy estaba a punto de echarse a reír, hasta que se percató de que tal vez el joven tenía razón. La risa se ahogó en un pequeño temblor de pánico.

—Voy a ir sola. Seré una mujer soltera. Es una razón por la que ninguna agencia

de adopciones legítima del mundo me prestaría atención. Daniel, será mucho más convincente si lo hago sola. Lo ves, ¿no?

—Y mucho más peligroso.

—¿Qué te hace pensar eso?

Daniel se sentó al borde de la cama.

—Mira, Izzy, no quería hacerte entender esto tan bruscamente, pero... Si Paulette Devereux es una drogadicta, no habrá trabajado en la misión por su instinto caritativo. Los adictos necesitan suministro, y los suministros cuestan dinero. Mucho dinero. Habrá encontrado el modo de obtener dinero, una gran cantidad, de la misión. Y lo único que la misión tiene son los bebés.

—¿Qué estás tratando de decirme?

—Pudo haber vendido a Bella.

—¿Crees que eso es posible?

—Creo que es probable.

—¿Vendida? A alguien que la adoptara —susurró Izzy.

Su tono pedía que la tranquilizara.

—Es de suponer.

Pero Daniel vaciló; bajó la mirada; su respuesta carecía de convicción.

El miedo parecía haber detenido el corazón de Izzy, el miedo a lo desconocido. Atravesó la habitación, como si padeciera un dolor físico, y se dejó caer en el borde de la cama, al lado de Daniel. Fijó una mirada vacía en la pared. De pronto, quería oír mentiras; no quería enfrentarse a la verdad que sabía que encontraría en sus ojos.

—¿Para qué más venderían a un bebé?

—Izzy, en realidad no estoy seguro. Lo lamento. Pero cuando se mezclan las drogas con el tráfico de bebés y un montón de dinero, se crea un lío en el que no quiero que te metas sola.

Izzy permaneció sentada, doblada, golpeada por su imaginación. Se vio de vuelta en Colombia, conducida en coche por los polvorientos caminos y las calles de edificios derruidos que llevaban al aeropuerto; recordó cómo en un día lleno de sol la ventanilla de su lado estalló de pronto y ella se encontró mirando los llameantes cañones de tres Uzis. Pensó que iba a morir en ese mismo momento; sintió cómo la bala le traspasaba el pecho; recordó el flujo caliente y empalagoso de su sangre que goteaba sobre su regazo. Evocó las únicas palabras que pudo pronunciar cuando se alejaban a toda velocidad:

—Esos cabrones han echado a perder mi blusa preferida.

Había descubierto que era posible luchar contra la conmoción, contra el dolor. En el hospital, cuando los médicos y las enfermeras se amontonaron a su alrededor, los había alejado con un gesto de la mano, había salido del coche, con la cabeza en alto, pasando por encima de los fragmentos de cristal roto. Esperaba que alguno de sus agresores la estuviese viendo de lejos. Podrían intentar matarla de nuevo; tal vez lo lograrán, pero nunca conseguirían acobardarla. Nunca podrían acobardar a Izzy Dean.

Quería que lo supieran.

Pero eso era en Colombia, y entonces estaba sola. Ahora, con Bella, le era mucho más difícil ser valiente.

—No te preocupes —lo tranquilizó—. Soy bastante buena evitando las balas. Sólo una vez me dieron...

Estaba a punto de señalar alegremente la cicatriz en su seno, pero decidió que el efecto en Daniel resultaría negativo.

—¿No tienes miedo?

—Claro que sí —contestó en voz baja—. Miedo de no descubrir nada con Fauld y terror de descubrir demasiado. Pero eso añade peso a mis razones para ir sola. Es mi hija y yo tengo que correr el riesgo. Haré lo que sea para hallar la verdad. Es lo único que me importa en este momento.

—Déjame compartir el riesgo.

Izzy negó con la cabeza, sin pronunciar una palabra. Todo estaba dicho.

—Estoy metido en esto contigo de todos modos, te guste o no, me guste a mí o no.

—Eres una maravillosa persona, Danny Blackheart.

Dadas las circunstancias, el cumplido resultaba insuficiente; había querido decir más, pero las palabras la eludían. Permaneció sentada, como si estuviese rezando, con el cuerpo doblado bajo el peso de los pensamientos y los temores que se amontonaban.

—Sólo una cosa, Izzy. ¿Cómo sé que no me estás utilizando?

Izzy no le veía el rostro y no se volvió. Las palabras carecían de emoción, pero era imposible equivocarse sobre la importancia que revestían para él.

—No lo sabes, Daniel —contestó sin alzar la vista—. Y no lo sabrás. Hasta más tarde.

—¿Por qué?

—Porque yo misma no lo sabré hasta más tarde.

Daniel se merecía sinceridad; era lo menos que podía ofrecerle. Sin embargo, eran palabras de indecisión que lamentaría el resto de la vida.

* * *

Devereux se encontraba sentado en el despacho que daba a su amado valle. Su alivio era tan evidente que lo podía saborear. La terrible pesadilla se había terminado. Izzy se había marchado de su casa, de su país, de su vida.

Sin embargo, su estado de ánimo se veía teñido de una sensación de tragedia. Había participado de todo corazón en el juego; había apostado y había ganado. Pero no halló ninguna alegría en la victoria, ninguna virtud que pudiera ensalzar. Sólo vergüenza. Había estado debatiendo consigo mismo lo que debería anotar en su diario, el diario que un día revelaría al mundo al hombre en toda su gloria, al

estadista, al ingenioso, al anecdotista y, sí, al amante también. ¿Y al padre?

Por medio de sus revelaciones y su rigurosa sinceridad, el diario aseguraría que el apellido y los logros de Devereux perduraran. No lo olvidarían, como a su padre, sumergido en la cuba de la historia. Pero... se podía ir demasiado lejos con eso de la sinceridad, sobre todo cuando de Paulette se trataba. No tenía derecho a dañarla, ni siquiera a apuntar el daño que se había hecho a sí misma y a otros. Seguían quemándole, como brasas ardientes, los recuerdos de esa última y espantosa confrontación con ella, cuando se dio cuenta de que ya no podía pasar por alto su problema con las drogas y había descubierto la terrible verdad acerca del bebé. Eran recuerdos que tenía que reprimir, no escribir.

Debía ser así. Isadora Dean no merecería mención, ni siquiera una nota a pie de página, en su historia. Ni tampoco los medios que había empleado para superarla y proteger a Paulette. El inspector de policía, miembro de su propia logia masónica; el director del periódico, cuya cabeza había salvado al librarlo de una demanda por libelo que lo habría arruinado; el gerente del banco con el que jugaba al tenis los domingos; el administrador del hospital que debía su puesto a Devereux, e incluso la embajada de los Estados Unidos, que le debía favores por lo del Plumero. Ninguno de ellos supo por qué les había pedido ayuda con esa mujer ilusa, alborotadora y, para colmo, forastera. Sin embargo le ofrecieron, encantados y por respeto, su apoyo; a él, Paul Devereux. Pero no podía contar esta historia.

En sus diarios figuraría la verdad, pero no toda. No había en ese asunto nada de lo que se sintiera orgulloso, nada que quisiera volver a hacer, jamás. Experimentaba sólo vergüenza; un sentimiento que no estaba acostumbrado a sentir y que no deseaba compartir.

En vez de ello, escribió, hasta bien entrada la noche, sobre su triunfo con el Plumero, sobre el presidente de la comisión, ese hombre de los barrios bajos; de cómo, gracias a su habilidad, había arreglado las cuentas con los alemanes y los japoneses y con ese infeliz arribista de mierda, el chipriota, de cómo había ayudado a fabricar una victoria electoral, de cómo él, Paul Devereux, había cambiado el curso de la historia. Y mencionó igualmente su victoria sobre la esposa, esa puta, del ex ministro de Transportes, de cuyo nombre todavía no podía acordarse. Y de los demás.

Paul Devereux, un hombre entre hombres. Y un día todo ello sería revelado, hasta sus conquistas. Pero todavía no; no hasta que la verdad no pudiera perjudicarlo. No hasta que, con el tiempo, hubiese suficiente perspectiva para que su forma de doblar las reglas de la política, del matrimonio, de la vida pública y privada se vieran como los grandes logros que eran. Logros históricos.

Logros que habría sacrificado de buena gana, todos ellos, a cambio de Paulette.

Daniel se movió, abrió un ojo tentativamente y enfocó a Izzy, que estaba sobre la cama adyacente. Ella había pasado una noche incómoda porque sus sombríos pensamientos habían apartado toda posibilidad de dormir.

—Necesitamos saber más, Daniel, sobre los niños y lo que les ocurre. Quién compra y quién vende.

—Humm...

—Antes del mediodía, antes de mi cita con Fauld. Necesito prepararme. Tengo que estar segura de que sé de qué hablo.

—Claro.

—No nos engañemos. Sabes tan bien como yo que a los niños los pueden vender para mucho más que las adopciones. Necesitamos conocer los hechos.

—¿Necesitamos?

Los ojos de Izzy destellaron reprochadores. Se estaba acostumbrando al hecho de que cuanto menos ropa llevara Daniel, tanta más necesidad sentía de hablar; y cuanto menos ropa vistiera ella, tanto más incapaz parecía ser él de emitir algo que no fueran gruñidos lacónicos. Se puso una bata.

—Sí, nosotros, Daniel. Tú y yo. ¿Te acuerdas? Así que ponte el gorro de pensar y cualquier otra cosa que te propongas ponerte hoy. Encuentra a alguien con quien podamos hablar antes de las doce y media.

Daniel se agitó.

—¿La policía? ¿Scotland Yard?

—¡Vamos, hombre! Se supone que no estoy en este país y tengo quince mil libras de otra persona en el bolso. ¿Y tú quieres que entre tan tranquilamente en Scotland Yard?

—Vale, vale. Soy un cabeza de chorlito. Encontraré a otra persona.

—Y no tomo azúcar con el café —lanzó Izzy por encima del hombro al dirigirse al cuarto de baño.

Cuando regresó, completamente vestida, él se hallaba sentado junto a una jarra de café parcialmente vacía. Parecía muy satisfecho consigo mismo.

—Sus deseos son órdenes, ¡oh, ama mía! —comentó, ambiguamente—. En noventa minutos. Acción Católica. Al otro lado del río, detrás de la estación de Waterloo.

—Gracias, esclavo.

Izzy se inclinó y le besó la frente. Olía de maravilla.

Llegaron con diez minutos de antelación, pero su contacto los recibió con una sonrisa, en la que no se notaba ningún reproche. Tenía un aspecto moreno y escultural, resaltado por una camiseta en la que se leía «Salvemos los bosques» y enfundada debajo de unos estrechos tejanos. Se presentó como Judi Wasserman, con una voz que revelaba un ligero acento del Este de Londres. Anduvieron por las

entrañas de un amplio y bastante dilapidado edificio, cuya pintura podría describirse, en términos educados, como estoica, y cuyas paredes lucían un caleidoscopio de carteles exigiendo ayuda para los desastres ecológicos y a favor de las ceremonias del café de Eritrea. Sus ocupantes, en su mayoría mujeres, se apiñaban en oficinas atestadas donde la batalla contra una creciente marea de folletos parecía haber terminado en una rendición abyecta. La oficina de Judi se encontraba en el ático reconvertido del edificio, cuyos aleros inclinados impedían la colocación de muchas estanterías, por lo que el papeleo se alzaba desde el suelo en grandes montones, que daban la impresión de ser estalagmitas aspirando a la conquista del techo. Judi pasó cuidadosamente por encima de un montón, despejó dos taburetes igualmente infestados, y les invitó a sentarse en ellos.

—Bienvenidos a la Brigada de Dios. Si quieren saber algo sobre los niños, soy su chica. ¿Cómo puedo deprimirlos?

—Queremos saber algo sobre niños en venta —explicó en voz baja Izzy.

—¿En venta? ¿Con qué objeto?

—¿Importa el objeto? —interpuso Daniel.

—¡Vaya si importa, sobre todo cuando uno es el niño! Para los niños de casi todos los rincones del mundo, la vida constituye una corta y dura lucha contra las enfermedades y la brutalidad, batalla que la mayoría pierde. Así que la venta de niños es perfectamente legal en muchos países, sobre todo en Asia y América Latina. Y unos cuantos con suerte serán vendidos para que los adopten buenos padres blancos de clase media en Occidente.

—¿Unos cuantos con suerte?

—Cinco, tal vez diez mil por año. Depende de las modas. Si se mete una cámara de televisión en un ruinoso orfanato del Tercer Mundo, las madres y padres en potencia no tardarán en presentarse agitando cheques, tratando de comprar uno y hasta dos si obtienen un buen descuento. «El heredero y el sustituto.» Naturalmente, se convencerán de que están contribuyendo al bienestar de la familia del niño, pero por desgracia, no funciona así.

—Entonces, ¿cómo funciona?

—Funciona porque alguien, en alguna parte, está ganando dinero, generalmente grandes sumas, y nunca es la madre. A menudo, un abogado que cobra unos honorarios muy modestos, pero que luego descubre un montón de gastos imposibles de identificar.

—¿Desaprueba usted el método?

Judi se apartó el oscuro cabello del rostro.

—Completamente. Comprar niños para adoptarlos sólo alienta otras formas de explotación. El mercado asciende a millones de dólares anuales. Sólo me gustaría que ese dinero se destinara a mantener unidas a las familias, en vez de destruirlas. Occidente ha robado a estos países sus recursos naturales, ¿por qué llevarse también a sus hijos?

—Ha mencionado otras formas de explotación —insistió Izzy.

—Por cada niño que se adopta, otros diez son vendidos con otros fines. Viví varios años en el Extremo Oriente, en sitios donde a los niños se los trataba como a televisores comprados y vendidos en el mercado y tirados cuando ya no servían. En Tailandia uno puede alquilar niños o niñas por horas e incluso comprarlos al contado: cuatrocientas libras. A veces mucho menos. Los padres venden a sus hijos por lo que cuesta comprar drogas o una nevera. Más o menos lo mismo sucede en Filipinas, Corea del Sur, la India y otra docena de países. En China regalan a niñas recién nacidas, si hay forma de sacarlas de contrabando.

—¿Quién? ¿Quién los compra?

—Si tienen suerte, los comprará una pareja occidental desesperada por adoptar. Si no, los compran para prostituirlos, para utilizarlos en el crimen organizado a fin de ayudar como camellos. Si a un niño lo llenas de paquetes de heroína, puedes pasarla de contrabando casi en cualquier sitio, sin ser detectado. A menos, claro, que los paquetes se rompan, en cuyo caso lo único que tendrán las autoridades es a un niño muerto que nadie reclamará.

Izzy sintió que el invierno la invadía.

—En la India han encontrado recientemente a un grupo bihari que vendía órganos de niños para trasplantes —prosiguió Judi.

—No está tratando de insinuar que estaban... matando, sacrificando a niños sólo por sus órganos, ¿verdad?

—No lo insinúo, lo afirmo. Existe un mercado internacional de niños, como el de televisores. Algunos compran el aparato completo y otros, sólo algunas partes.

Izzy se quedó silenciosa un momento. Como madre, estaba intentando rechazar el concepto del uso de niños como mercancías que se podían trocar. Sin embargo, como corresponsal, sabía que lo que decía la trabajadora de caridad era cierto; lo había visto en Colombia y otras partes de América Latina. Al llegar al aeropuerto de Bogotá, un mausoleo sin alma, lo encontró atestado de parejas alemanas que acudían con montones de dólares norteamericanos o que se marchaban con niños pequeños con expresión desconcertada o niños de pecho gritando. Padres y niños, sin un idioma en común, ni una sola palabra.

—Y más cerca de casa, ¿qué pasa? ¿En Europa? Dígame que no es igual.

—Claro —contestó Judi—. La diferencia en Europa es que el precio aumenta. Uno puede esperar entre cinco y seis años para adoptar un niño por vías legales, para que entonces le digan que uno ya es demasiado viejo. En algunos países, veinte parejas, padres en potencia, van tras cada niño de la localidad. Así que la gente paga más para comprarlo del extranjero, para saltarse la cola, para encontrar a alguien que se dedique a esquivar el reglamento o la reglamentación.

Miró a Izzy, que había palidecido bajo la fuerza del relato.

—Está usted indignada. ¿Le apetece una taza de té?

Izzy negó con la cabeza.

—No puedo pedir disculpas por indignarla. Las cosas no cambiarán como la gente no empieza a indignarse. No es una situación que se pueda disimular con sacarina.

—No quiero disculpas, sólo la verdad —respondió Izzy—. En Europa, en este país, ¿venden a los niños por razones que no sean la adopción?

—Puede ocurrir. No en las proporciones que vemos en el Tercer Mundo, por supuesto, pero Europa tiene algo que no puede ofrecer el Tercer Mundo.

—¿Qué?

—Piel blanca. La gente paga más por un niño blanco. Todavía me cuesta entenderlo, pero la gente es capaz de pagar más por tener relaciones sexuales con una niña o un niño blancos. Hay algunas bandas de pederastas que realizan vídeos pornográficos con niños. Ocasionalmente, la policía encuentra los vídeos, pero rara vez a los jefes de las bandas y casi nunca a los niños.

—¿Qué les ocurre?

Por toda respuesta, Judi hojeó los papeles sobre su escritorio y extrajo un recorte de periódico. Sobre una banda de pederastas en Amsterdam que hacía circular vídeos de un hombre que torturaba a dos niñas, la menor de las cuales parecía contar apenas dieciocho meses. Izzy y Danny leyeron el reportaje, acercándose con cada nuevo detalle. Hablaba del asalto de la policía a una granja, del descubrimiento del equipo de vídeo, de los instrumentos para infligir dolor sexual. Mencionaba también un barril de ácido que, según el artículo, contendría trozos de carne descompuesta. Carne de cerdo, alegó el hombre arrestado.

—En Europa los riesgos son mayores, así que el precio de los niños es también mayor. Hasta existe un racismo a la inversa. Del Líbano nos han llegado informes de árabes tradicionalistas que compran niñas de pecho blancas para poder criarlas en el harén, mujeres blancas que serán criadas sin conocer otro modo de vida. Se nos ha sugerido que un jeque del Yemen ha comprado a dos niñas blancas para su joven hijo, como un vino de calidad, para el día en que llegue a la madurez. No estoy tratando de inferir que es algo generalizado. Pero usted me lo preguntó.

Izzy asintió, herida en el alma.

—Eso es en Europa. ¿Qué pasa aquí, en Gran Bretaña?

—Gran Bretaña es Europa. Ya no existen diferencias, no se controlan los pasaportes, no hay puestos aduaneros, ni nadie que haga preguntas sobre la identidad de un niño o una niña en el asiento trasero del coche. No importa dónde se encuentre uno en Europa, es todo igual. Una gran familia feliz.

La conversación parecía haber afectado también a Judi. Sus labios se habían apretado, su mandíbula puesto rígida y sus modales vuelto feroces, casi agresivos.

—¿Cómo se metió en este tipo de trabajo, Judi? —le preguntó Daniel con gentileza.

La máscara en el rostro de la joven se resquebrajó una fracción de segundo antes de recomponerse con experta rapidez.

—Tenía una hermanita que desapareció. ¿Accidente? ¿Crimen? ¿Secuestro? Nadie lo sabe. No hay una sola pista. Nunca lo averiguamos. —Exhaló, cual si expeliera demonios—. Algo me hace esperar que, con este trabajo, algún día descubriré la verdad, que la traeré de vuelta. Y a otros niños también.

—Wasserman —susurró Izzy. Su voz salió desgarrada por la emoción—. Es un nombre judío, ¿verdad?

Judi asintió con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué trabaja en una organización católica?

—Los bebés no son católicos, ni protestantes, ni judíos, ni musulmanes, ni hindúes. No son más que bebés. Y uno muerto no le sirve de nada a ningún dios.

* * *

Izzy salió del lavabo del hotel poco después del mediodía. Daniel se frotó los ojos como para estar seguro de lo que estaba viendo. Esperaba algo recatado, discreto pero muy elegante, de moda, probablemente italiano, pero no zapatillas para hacer *jogging*.

—¡Madre de Dios! —jadeó, recurriendo a su acento irlandés—. ¿Te has mirado bien?

—¿No te lo había dicho? —contestó Izzy, coqueta. Giró sobre las puntas de los pies para que él viera el impacto total de su chándal de diseño—. No podía verme hasta de aquí a diez días. Demasiado ocupado, me dijo su secretaria. No tenía ningún momento libre, ni para comer, porque siempre va a hacer *jogging* al parque. Así que pensé que me convendría cortarle el circuito al sistema.

—¿Vas a acorralarlo?

—Algo así. Su oficina se encuentra a un tiro de piedra del parque St. James. Apuesto a que es allí donde se ejercita.

—¿Y si no?

—¿Qué puedo perder?

—Aparte de unas libras...

Izzy tuvo ganas de matarlo.

Veinte minutos más tarde, se encontraba en el lado sur del parque, a orillas del lago de pelícanos. La hora de la comida se aproximaba. La trastornó la cantidad de masoquistas que empezó a surgir en todas las gamas y colores de chándal, dispuestos a enfrentarse a las heladas condiciones de diciembre. Pero la mayoría eran jóvenes, demasiado jóvenes, supuso, para ser jueces. Buscaba a alguien que contase unos cuarenta años, al menos.

Y entonces apareció, a la media en punto, luciendo un chándal que proclamaba que apoyaba al Fondo del Hospicio de Weschester. Inició una vuelta al lago, obviamente habitual, aunque torpe. Más que una carrera, se trataba de un rápido arrastrar de los pies, con lo que dispersaba a las palomas y provocaba un cacareo de

protesta de los gansos canadienses que iban en busca de mendrugos de pan. Izzy se unió a él.

—¿Señor Fauld? ¿Señor Gideon Fauld?

Él la miró, pero no dijo nada. Sin alterar el ritmo de sus pasos. Tendría unos cuarenta y cinco años; era de estatura y tipo corrientes; unas gafas de montura de acero cubrían unos ojos perspicaces y saltarines. Tenía el cabello espeso, pero con ligeras entradas y peinado hacia atrás, con lo que destacaban sus pómulos, dándole un aire casi de catedrático. Tenía, además, un abdomen prominente y alarmantemente imponente; fuesen cuales fuesen sus limitaciones a la hora de la comida, todo indicaba que lograba alimentar enérgicamente la estufa en otros momentos del día. Su costumbre de hacer *jogging* hacía pensar que lamentaba constantemente sus excesos.

—Señor Fauld, me llamo Franklyn, Fiona Franklyn. Lamento ser tan impaciente, pero su secretaria me ha dicho que no podría usted verme hasta pasada una semana. Y necesito su ayuda con desesperación.

—¿Qué quiere, señora Franklyn?

—Quiero adoptar. Me... lo han recomendado.

Izzy estaba descubriendo que era difícil hacer *jogging* y comunicarse si no era con cortas frases.

—Usted no es inglesa.

—Soy canadiense.

—Entonces, inténtelo allá. Los reglamentos de adopción son mucho menos restrictivos allá que en Europa.

—Sí, pero... existen ciertas complicaciones.

—¿Qué clase de complicaciones, señora...?

—Franklyn.

Se vieron obligados a desviarse a fin de evitar el caminar testarudo de una vieja desaliñada, una mujer que se abría paso cansinamente por el parque, detrás de un carrito de compras cargado hasta el tope de montones de bolsas de plástico llenas de trapos.

—¿Qué clase de complicaciones, señora Franklyn? —repitió el hombre, y redujo el paso por primera vez, a fin de mirarla directamente.

—No puedo adoptar en Canadá. Es por mi marido... no hay un modo fácil de decir esto...

—Si no cree poder confiar en mí, no tiene mucho sentido que hablemos.

Fauld apretó el paso.

—Está cumpliendo una larga condena en prisión. Estará encerrado muchos años. Por fraude. Y yo ya tengo treinta y siete años. No puedo esperar, señor Fauld. Pero nadie permite que mi marido y yo adoptemos, con su historial. Así que vine a Europa. Quiero que me traten por mis propios méritos, no por los de mi marido.

La explicación comenzaba a hacerle perder el aliento y percatarse de su mala condición física. Sentía los pechos desagradablemente pesados.

—Es todavía más difícil adoptar en Europa —contestó Fauld, al iniciar la segunda etapa del circuito—. Hay muy pocos niños disponibles hoy en día, con eso de la anticoncepción y el aborto. Nuestra población está decreciendo y el número de niños puestos en adopción está cayendo en picado. —El propio Fauld empezaba a respirar más trabajosamente—. Así que las autoridades pueden ser muy selectivas. Eso significa que suelen descartar a los padres sin pareja, o a familias con antecedentes sociales difíciles, como la suya. Y está usted llegando muy cerca de la edad máxima permitida para una madre adoptiva.

Izzy tenía la impresión de que su resistencia física ya no era la que había sido.

—Estoy desesperada, señor Fauld.

Él se detuvo de golpe, la miró directamente, como si estuviese juzgándola y tomando una decisión.

—No creo poder ayudarla —contestó, e inició una serie de ejercicios de estiramiento.

—Pero, ¿por qué? ¿Son tan rígidas las reglas?

—No es tanto eso. Existen normas estrictas, inevitablemente, pero dentro de esas normas cada caso se juzga por sus méritos propios.

Antes de enderezarse y mirarla, Fauld se estiró varias veces, tratando de llegar a la punta de los pies, obstaculizado por su abdomen.

—Para ser sincero, su caso parece contar con pocos méritos. Y es usted extranjera, además.

—¿Me está diciendo que es imposible que un forastero adopte en Gran Bretaña?

—No. Siempre hay algunas excepciones. Casos muy particulares, ¿entiende? No pido disculpas por ser franco, señora Franklyn. Si está usted tan desesperada por tener un niño, existen muchos medios más sencillos que la adopción: divórciese, que la inseminen artificialmente, que un hombre que no sea su marido la insemine naturalmente. Muchas mujeres que vienen a mi oficina deciden hacer eso exactamente.

—Pero no puedo, señor Fauld. La condena de mi marido es particularmente larga porque se negó a explicar dónde se encuentra el dinero que defraudó. Soy una mujer rica, a condición de permanecer casada con él. Así que tengo que adoptar. Puedo permitirme darle lo mejor, todo lo mejor, a mi hijo. ¿Eso no cuenta para nada?

Fauld había dejado de estirarse y su aliento caliente formaba nubes en el frío aire invernal.

—Si el dinero no es problema...

—No lo es.

—... entonces, ¿por qué no encontrar a un niño en uno de los países en vías de desarrollo? Casi cualquiera. Por quince a veinte mil dólares, incluyendo el vuelo. Haga cola o pague por saltársela, si eso es lo que quiere.

Izzy agitó repetidamente la cabeza. Su voz se agudizó por la emoción.

—No, eso no es lo que quiero. Señor Fauld, quiero un hijo que pueda decir que es

mío, no algo sacado del arroyo del Tercer Mundo. Quiero un bebé con dos piernas y dos brazos, y sin problemas mentales, que se parezca lo bastante a mí para que la gente no se burle de él el resto de su vida cuando lo presente como hijo mío. ¿Es demasiado pedir?

—Casi. Existe una lista jerárquica en el mundo de la adopción; la ley de la oferta y la demanda. Al final de la lista se encuentran los niños que nadie quiere adoptar. Negros y morenos, minusválidos, con problemas mentales, niños de más de cinco años y ya formados, a menudo con fuertes problemas sociales. Niños que nunca serán suyos. Aun con su difícil situación, probablemente podría arreglar algo así.

—Pero no quiero algo así, ¿que no lo entiende? Quiero un bebé, y lo quiero blanco.

—Precisamente. Pero también lo quieren los demás. Y son los bebés blancos los que no están disponibles.

—¿Cuánto dinero necesitaría?

Llevaban cierto tiempo de pie en medio del frío.

—Venga, vamos a tomar un café —sugirió Fauld.

La guió rumbo al salón de té a orillas del lago. Pero estaba lleno; pese al frío, se sentaron afuera tratando de captar los rayos del sol invernal. Los ojos de Fauld la recorrieron, indagando, pidiéndole cuentas. Diríase que su interés era muy analítico, casi académico, que trataba de formarse un juicio, cual si estuviese en un tribunal. Con un desenfado que no sentía, Izzy se bajó la cremallera del chándal, sin mostrarse provocativa, pero lo suficiente para revelar los senos cubiertos de licra. El resultado fue inevitable. Asaltados primero por el calor del largo ejercicio y ahora por la ráfaga de aire invernal, los pezones explotaron en protesta. Él lo notó e Izzy supo que lo aprobaba. Sus atenciones no se limitaban a lo académico.

—¿Por qué ha venido a verme, señora Franklyn? ¿Quién la recomendó?

—Vine porque me dijeron que usted era alguien que podía ayudar en problemas como el mío. Que era usted... imaginativo. Ingenioso. Que no era un comehostias metomentodo de miras estrechas, como los que he tenido que tratar en casa.

—¿Y quién le dijo esto?

—Una chica. Se llama Paulette. La conocí en una pizzería; parecía estar pasando por una época de mala suerte. Nos pusimos a charlar y me dio la impresión de que había trabajado en este campo. Cabello rubio. ¿La conoce?

—Creo que sí. Fue... útil en el pasado. Ha estado enferma recientemente.

—Me dijo que costaría dinero. Pero lo tengo. Ésta es la única oportunidad que tendré para convertirme en madre, señor Fauld. No puede negármela. Haré cualquier cosa.

Fauld paseó la mirada por el otro lado del lago y por el agua que caía de la gran fuente ornamental, buscando inspiración, calculando las posibilidades.

—Debo explicarle algo, señora Franklyn. Estoy completamente de acuerdo con usted acerca de los bienhechores metomentodo. Demasiado a menudo carecen de

juicio, de imaginación. Hay una enorme cantidad de gentes que aspiran a ser padres adoptivos y un surtido ilimitado de niños necesitados; sin embargo, las autoridades no parecen capaces de juntar a ambos. Lo estrangulan todo con el papeleo, los trámites y la burocracia, aterrados por si cometen un error. Así que no hacen nada. Y, como resultado, las parejas se quedan desconsoladas mientras los niños se mueren de hambre y sufren tratos brutales.

Un gorrión voló hacia su mesa, se paró en ella y buscó alguna miga. Desencantado, voló hacia una riña por unos mendrugos que estaban librando dos patos, con la esperanza de aprovecharse de su distracción.

—¿Sabe que en Rumania, cuando echaron a los comunistas, descubrieron a decenas de miles de niños en instituciones estatales que eran poco más que campos de concentración? —prosiguió. Apretó los delgados labios. Su tono traicionaba su ira—. Recordará las imágenes en la televisión. Conmovieron la conciencia del mundo, pero no la de las autoridades. Miles de parejas fueron a Rumania para adoptar a estas pobres criaturas y, de esos miles, hubo unos cuantos casos problemáticos. Un puñado de parejas que cambiaron de opinión, que nunca debieron convertirse en padres adoptivos. Unas cuantas malas hierbas en medio de la cosecha de felicidad. Así que a la indignación ante el descubrimiento siguió una nueva oleada de indignación por el hecho de que padres no aptos compraban a estos niños sin garantías. Los reportajes de televisión pueden ser terriblemente moralistas y distorsionadores. —Izzy lo sabía.

»Entonces ¿qué pasó? —continuó Fauld—. Las autoridades cerraron el negocio de adopciones. Durante meses. No. —Una de sus manos se convirtió en hacha, que cayó sobre la palma de la otra—. No las autoridades rumanas, sino las autoridades británicas. Estaban protegiendo su reputación. Tanto miedo tenían de las críticas por lo que estaba ocurriendo, que decidieron que no habría de hacerse nada más hasta que hubiesen establecido una gigantesca y pesada maquinaria que se ocupara del asunto.

—¿Qué les pasó a los niños mientras se hacía esto?

—Murieron, señora Franklyn. A miles. No podían permitirse esperar los libros de normas y las reglamentaciones. Fueron sacrificados para salvar la reputación de unos cuantos burócratas cobardes ante alguna crítica mal informada. —Agitó la cabeza, desesperado e incrédulo—. Me parece un modo extraordinario de proteger los intereses de los niños.

—Pero, ¿puede usted ayudarme, señor Fauld?

—Tengo contacto con una agencia caritativa de adopciones. Creo firmemente en las leyes que rigen estos asuntos, señora Franklyn, pero creo también que la necesidad más poderosa es la de los niños. Son sus intereses los que deberían primar, no los de funcionarios sin imaginación. Así que, bajo la ley, a mi agencia se le otorga considerable flexibilidad para funcionar dentro de las reglas y las normas, y mi interpretación hace hincapié en el bienestar de los niños. Y, sobre todo, los niños precisan padres que estén dedicados a ellos. Creo que usted demuestra justo la clase de compromiso que se requiere.

Izzy sonrió, alentadora, mientras él se limpiaba las gafas frotándolas contra el chándal.

—Estas cosas no son baratas. Incurrimos en muchos gastos a fin de que nuestro juicio sea lo más personal y fiable posible. Por cada padre al que podemos proporcionar un niño, una docena o más no satisface los requisitos, pero, sin embargo, éstos representan un gasto considerable para nuestra operación.

—¿Cuánto?

—Un bebé blanco es lo más caro.

—¿Cuánto?

—Veinticinco mil libras. —Fauld dejó que las palabras colgaran en el aire—. No es un precio, ¿entiende?, sino una aportación que incluye, debo añadir, un donativo considerable a instituciones caritativas en pro de la infancia.

Era un maestro, meditó Izzy. Aunque tuviese una grabación de esta conversación, no habría nada en ella que lo incriminara directamente. De hecho, a simple vista, casi parecería un héroe.

—No obstante, debo decir que su caso sería, de todos modos, excepcionalmente difícil. Tengo que preguntarme cuál sería la reacción pública si saliera a la luz que ayudé a alguien con unos antecedentes tan difíciles, que la ayudé a adoptar a uno de mis niños. Administro una operación muy discreta, señora Franklyn, por razones obvias.

—Oiga, lo entiendo. El dinero no representa ningún problema.

Fauld había vuelto a ponerse las gafas y tenía la mirada centrada nuevamente en ella, indagando, decidiendo, tratando de vislumbrar sus pechos otra vez.

—No es sólo cuestión de dinero, sin embargo. Necesito estar seguro de que está usted comprometida del todo con la clase de operación que administro. Que no tenga dudas ni vacilaciones.

—Haré cualquier cosa, señor Fauld.

—Eso es fácil de decir...

—¿Cómo puedo probárselo? Dígame qué tengo que hacer.

Fauld sonrió de nuevo, y sus ojos brillaron. Creía haber encontrado lo que buscaba.

—Verá, aún queda un largo camino antes de que pueda estar seguro de que sería correcto ayudarla. Necesitamos conocernos mejor. Mucho mejor. Informalmente. Personalmente. Quisiera sugerirle que nos reunamos otra vez, en otro lugar, en un entorno más relajado. ¿Qué le parece una cena? Realmente necesito saber muchísimo sobre usted. Lo entiende, ¿no?

Izzy lo comprendía perfectamente.

—Estoy libre mañana por la noche. Empecemos cuanto antes, ¿de acuerdo? ¿Dónde se hospeda?

Izzy se lo dijo.

—Entonces, digamos a las ocho. ¿En el Wilton Towers? Le queda muy cerca. Me

encontraré con usted en la sala de recepción.

Ella le había ofrecido la camada y él estaba picando. Era el momento de atacar.

—Esto es lo más importante del mundo para mí. No puedo decirle cuán agradecida le estoy.

—Estoy seguro de que encontrará el modo.

A Izzy se le había secado la boca. La bilis le quemaba la garganta.

—Quiero ver también cómo le doy las gracias a Paulette. Ella me abrió la puerta y me gustaría ofrecerle un regalo para demostrarle cuánto la aprecio. ¿Dónde podría encontrarla?

Trató de que la pregunta sonara despreocupada, pero el sabor de la bilis la había enronquecido de pronto, y las palabras salieron con dificultad de unos labios secos.

—Estoy seguro de que no será necesario —contestó lentamente Fauld.

—¡Oh, pero me gustaría hacerlo! Me agradecería ayudarla en algo, aunque fuera algo sin importancia. Dinero, tal vez. Me dio la impresión de que tal vez lo necesitaba.

—Eso es muy considerado de su parte, Fiona... puedo llamarla Fiona ¿verdad?, pero... de veras, no es necesario. En estos momentos está viajando. A decir verdad no estoy seguro de dónde se encuentra exactamente.

«No lo presiones —se gritó Izzy—. No lo echés a perder con una demostración de curiosidad poco natural.»

Estaba temblando. Sabía que se hallaba muy cerca de tocar a Paulette y que, sin embargo, la información no le sería librada. Sabía que debía tomarse su tiempo, no apresurarse, y estar dispuesta a pagar cualquier precio que le pidieran.

—Ya veo. Es que tenía la impresión de que trabajaba para usted.

—¡Oh, sí!, trabaja, ha trabajado para mí. Se está tomando un tiempo libre de momento. Pero, mire, ¿por qué no le deja una nota? Me aseguraré de que la reciba.

Así que sí sabe dónde se halla, pensó Izzy. Pero Fauld ya estaba consultando su reloj, se estaba levantando, agitando los brazos para restablecer la circulación, preparándose para volver a su oficina. Echó una última ojeada debajo de la parte superior del chándal de Izzy.

—De veras espero con ansia nuestra cita de mañana, Fiona.

* * *

Los ojos se abrieron con dificultad, cargados de sueño y de dolor. La luz la cegó, la confundió. Pasaron varios minutos antes de que algún tipo de coherencia empezara a deslizarse a través de las persianas de su mente. El sol abrasaba colérico en el cielo, golpeándola, separándole los párpados como si fuese una cuchilla, sacándole a la fuerza los sueños de la cabeza, hasta que se despertó y se dio cuenta de que no se trataba sino de una farola que brillaba entre la llovizna invernal, y que la tierra debajo de ella no era más que otro apestoso portal. Los barrenderos habían pasado por el

mercado de Portobello hacía horas y se habían llevado todos los desperdicios de otro día de mercado, excepto a ella. Habían pasado por el otro lado y la habían dejado en el portal, cubierta por su edredón de hojas de verduras rechazadas y tomates podridos.

Había intentado llegar a casa sin éxito. Resultó algo superior a sus fuerzas; de nuevo había sentido demasiada impaciencia, demasiado dolor. Y ahora el dolor ya estaba volviendo, haciéndola retorcerse, como si la cortara un cuchillo de sierra. Era peor que el dolor físico, pues no era algo aislado, no podía cauterizarse. De haber sido así, hacía tiempo que habría cogido un hierro candente y se lo habría quemado ella misma.

Su cabeza se agachó sin fuerzas, buscando protegerse de la luz que se abría paso, abrasándola, hacia el cerebro y la brisa llena de hedionda podredumbre que le rozaba la mejilla. Se encontraba demasiado confusa aún para alejarse de debajo de la farola o incluso para identificar el líquido apestoso que humedecía el portal. Intentó volver hacia su interior, ocultarse del terror del mundo de afuera, aun a sabiendas de que la traicionarían de nuevo los horrores que allí hallaría.

Unos dedos demacrados le cubrieron el rostro. Había perdido mucho peso esta vez, más que las anteriores. Ya no le venía la regla. ¡Vaya alivio! Ahora tenía que hacer más chapas... no, chapas, no. Las chapas eran para las putas y ella no era una puta. Sólo hacía lo que tenía que hacer, y aun cuando eso significara follar con un número creciente de cabrones, quedar embarazada no formaba parte del plan, o no lo formaría, si tuviese uno.

Y la cosa empeoraba. Una racha de lluvia de diciembre la golpeó y empezó a temblar de nuevo. Sabía que estaba a punto de comenzar de nuevo la batalla que no podía ganar. La destrozaba la culpabilidad y el dolor la desgarraba, tirando en direcciones opuestas. Nunca sabía cuál la atormentaba más, pero, aunque no podía aliviar el sentimiento de culpa, sí que podía sumergir el dolor físico. Así que la culpa podía esperar. Hasta mañana. Sólo una vez más.

Tragó saliva con dificultad. Sentía la garganta desagradablemente áspera y amarga. Tendría que encontrar a otro hombre y rápido, o varios tal vez. Ya no tenía sentido tratar de robar en las tiendas, pues se fijaban en ella tan pronto como entraba. Quizá podría tratar de regresar con su padre, pero eso ya lo había hecho y hasta él ya parecía renuente a ceder, ahora que se había enterado. Tendrían que ser hombres, e incluso eso se ponía cada vez más difícil, pues temblaba y apestaba. Ahora la follaban de cualquier modo, la maltrataban y la golpeaban y luego la dejaban tirada en un portal sin pagarle. Como ahora.

Por eso se veía obligada a correr el riesgo, a comprar en la calle mercancía de calidad desconocida a gente igualmente desconocida, sufriendo si no funcionaba y sufriendo aún más si funcionaba demasiado bien. Como la última, cuando no pudo llegar a su propia cama.

La última. La última...

Sería mejor.

Iría a casa, se lavaría, y así encontraría mejores cabrones. Sólo una vez más, haría acopio de fuerzas para recuperarse, se enfrentaría a la culpabilidad, y renunciaría a todo. Sólo esta última vez, rogó.

Pero la perseguiría, como había sucedido antes, como un halcón. Cada bocanada de viento sería como el aleteo del ave de presa; cada rayo de luz, el destello de garras estiradas; cada estallido de risa infantil, el chillido de triunfo de un buche hartado; cada amanecer, la llegada de nuevo de la miseria de ser despedazada en vida. Sólo en la oscuridad, en los rincones y las grietas del mundo, en oscuros y apestosos agujeros y portales, hallaba alivio a sus temores. Allí podía enterrarse en un mundo distinto.

Su mundo. Un mundo en el que el dolor se veía transformado, borrado. Heroína. Donde la mente se liberaba y vagaba libremente. Heroína. Donde cada flor se convertía en jeringuilla y cada jeringuilla en salvación. Heroína. Donde cada vena se volvía río de liberación y cada aliento, una exigencia por más; donde las horas podían detenerse y el tiempo ya no caía sobre ella como un azote de espinas.

Heroína. Heroína.

Donde el amor retorcido y los oscuros recuerdos se sumergían en el entumecimiento. Heroína. Donde el odio hacia su padre podía transformarse en amor hacia la humanidad; donde las lágrimas podían secarse y la congoja acabar. Heroína. Heroína. Donde podía tender las manos y acurrucarse en los suaves brazos de una madre cruelmente apartada y recuperar una infancia abruptamente destruida.

Heroína.

Donde ya nada, nada, ni la vida ni la muerte, ni el tiempo ni el día del Juicio Final, ni su padre... sobre todo su padre... importarían, nunca más.

Heroína. Heroína. Heroína-heroína-heroína.

* * *

—No quiero que vayas, Izzy. No, sin mí.

Se encontraban sentados en el Bar Americano del Stafford, bajo los adornos al estilo de ambos lados del Atlántico, un caos temático de corbatas, gorras de béisbol, banderolas, cascos y cornamenta de venado que pendían del techo cuales uvas maduras de una viña. Izzy había buscado refugio en el rincón debajo de los portaaviones enmarcados; necesitaba definitivamente una copa, sólo una copa de chablis, pues precisaba de toda su agudeza y su ingenio. De pronto se dio cuenta de que él nunca tomaba bebidas alcohólicas.

—Sabes que no puedo llevarte, Daniel. Se supone que mi marido se encuentra cosiendo sacas de correo en algún presidio al otro lado de las Montañas Rocosas.

—Pero ¿no sabes a lo que te expones?

—Tengo una idea bastante clara —murmuró Izzy.

«Demasiado clara», pensó.

—Es un juez, un hombre importante. Poderoso. Luchará implacablemente si cree

que existe una amenaza a su posición.

—Pero hay algo más, ¿verdad? —inquirió en voz baja—. Me he estado preguntando por qué demonios un juez se mezclaría en un fraude que tuviese que ver con adopciones. De acuerdo, parece bastante seguro. Uno mismo maneja el sistema; éste se basa en juicios subjetivos acerca de quiénes son los padres adecuados, así que siempre puede darse la impresión de que uno juega según las reglas escritas.

—¿Qué pasará si la gente empieza a hacer preguntas?

—¿Quién va a preguntar? Los niños no están en edad de hacerlo. ¿Y quién dudaría de la integridad del juez de primera instancia local? La fachada rezuma tanta respetabilidad que es casi perfecta. Pero es más que eso, tiene que serlo. Así que he estado sumando dos y dos, y el resultado es de seis cifras.

—¿Qué quieres decir?

—¿Te acuerdas de lo que nos dijeron las monjas en la misión? Unos veinte niños al año. Digamos que sólo la mitad, menos de uno por mes, fuese víctima del fraude de Fauld. A veinticinco mil cada uno, eso significa que un cuarto de kilo limpio pasa por sus manazas. Una buena fuente de ingresos, ¿no te parece? —Izzy se inclinó hacia adelante—. Por eso tenemos que hacerlo bien.

El que se echara hacia adelanté sólo sirvió para recordar a Daniel sus otros sentimientos hacia ella. Miró melancólicamente su vaso de zumo de tomate.

—Estás magnífica. Quisiera que pudieras quedarte.

Izzy había hecho un gran esfuerzo. Una hora en el salón de belleza tratando de recobrar parte del estilo perdido; otra, remojándose en un baño de espuma y resaltando sus ojos; un vestido de color verde vivo que complementaba con sus ojos, sostenido por unos tirantes finísimos que no dejaban lugar a la imaginación en cuanto a la perfecta piel de sus hombros y la parte superior de sus pechos, todo ello adornado con un largo fular de seda bordada. Ya vestía la misma talla treinta y ocho de antes, con la desaparición de la grasa del embarazo, derretida en el feroz calor de su dolor y sus temores. Se veía bien, mejor que nunca, para Fauld, y se odiaba por ello.

—¿Por qué será —comentó Daniel con una voz llena de encanto irlandés— que deseo tanto arrancarte cada trozo de ropa de tu cuerpo?

—¿Qué pasa, no te gusta el vestido?

—En una percha, tal vez.

—El problema, Danny Blackheart, es que sé que dices lo mismo a todas las chicas.

—Cierto, muy cierto —Danny sonrió maliciosamente—, pero no me enamoro de todas ellas, ¿eh?

—Estoy segura de que sólo me deseas por mi dinero.

—¿Sabes?, mi familia había tenido mucho dinero, al menos según el criterio de la Bahía de Blackheart. Lo perdieron todo, hace tanto tiempo que nadie se acuerda realmente de cómo fue. Pero mi querida madre solía decirme que me cuidara de las mujeres ricas. Su dinero puede desaparecer junto con su hermosura. Entonces te

quedas sin nada, salvo desgracia y lo que pudo haber sido y no fue. Así que me dijo que me concentrara en las mujeres que le hacen a uno reír, con o sin ropa —guiñó un ojo—. Todavía no sé lo que te hace reír, Izzy, pero me gustaría averiguarlo. Con o sin.

—No sé si algún día podré amarte cómo quieres que te amé.

—Soy un jugador. Me arriesgaré. Pero si me recoges, ve con cuidado. No me dejes caer nunca. Si me caigo de tus manos, probablemente me romperé. Cuando de emociones se trata, soy un terrible Humpty Dumpty, ya sabes, ese personaje de cuento infantil en forma de huevo que se cayó y se rompió, y mi cáscara ya tiene demasiadas grietas. Otra caída y más vale que pidas el aceite para la tortilla.

Allí estaban, otra vez, las magulladuras. Aun cubierta por una sonrisa irónica, no se trataba de mera palabrería. Heridas sin cicatrizar. Pero, ¿de dónde? ¿Qué clase de heridas?

—Sé muy poco de ti —murmuró Izzy—. He estado tomando por descontada tu presencia, ¿verdad? Perdóname.

—Perdonada. Tienes suficientes problemas, no quiero aumentarlos. Sólo te pido que me trates con gentileza.

—¿Aun cuando me estés arrancando la ropa del cuerpo?

—Sobre todo entonces.

—Pronto, Daniel, tendremos tiempo el uno para el otro.

La dama y el pirata irlandés, un viaje de descubrimiento. Me gustaría mucho.

Izzy hablaba en serio.

Daniel alzó su zumo de tomate.

—Que los vientos te sean favorables, Izzy.

* * *

El vestíbulo estaba atestado: la tripulación de un avión y montones de maletas de piel; un hombre de negocios japonés que gesticulaba al hablar con dos chicas aburridas, vestidas con exageración y menores de edad que masticaban chicle; un corpulento Papá Noel seguido de un pequeño coro de mujeres disfrazadas de reno, cuya vestimenta daba una impresión bastante alejada de la bíblica; nieve artificial esparcida por la zona; el espíritu navideño extendido por un palustre de plástico.

Estaba allí, esperándola, envuelto en sonrisas y en un traje de mohair de buen corte. Al avanzar hacia Izzy para saludarla, sus ojos, tras las gafas de montura metálica, parecían imanes tenazmente fijados en sus senos. Hasta que no se acercó a ella, la mirada no llegó a sus tobillos, ni a sus ojos. Pese al exagerado calor de la calefacción del hotel, Izzy estaba temblando.

Fauld le ofreció cumplidos banales y un fuerte olor a perfume masculino, mientras la guiaba, cogida del brazo, por entre la confusión de jueguistas y personal de conserjería que pasaba corriendo a su lado; la alejaba de la protección de la multitud y la llevaba al ascensor. La aglomeración los obligó a apretarse el uno contra

el otro; las dificultades y las dudas asaltaban a la mujer y corrompían su confianza. Ya se sentía sucia, manchada por asociación y por el simple hecho de estar de pie junto a aquel hombre. Sin embargo, se recordó que con cada piso que pasaban se aproximaba más a Paulette, a Bella. Eso esperaba.

No iban al restaurante de la azotea, como suponía; en el piso veintitrés Fauld salió y sacó una llave.

—He reservado una *suite* —explicó—. Será más íntimo.

Claro.

La vista era espectacular; daba al palacio de Buckingham, cuyo estandarte real ondeaba y chasqueaba a la luz de los focos, en tanto las luces de freno de la vida nocturna londinense bailoteaban alrededor del perímetro del palacio cual río de fuego volcánico. La altura distorsionaba la perspectiva y reducía el mundo que acababan de dejar a proporciones pigmeas cuyas asociaciones y leyes se hubiesen encogido. Fauld había elegido el territorio donde los dioses miran hacia abajo desde las nubes y se burlan. El territorio del cazador.

Fauld cogió el abrigo de Izzy. Ella adivinó que hacía una pausa, meditaba; percibió su aliento en el hombro y sintió que su piel se estremecía. En el vano de la ventana había una mesa preparada para dos. Sabía lo que él quería, pero no cuándo; ¿antes de cenar? ¿Después? ¿Acaso antes y después?

Fauld descorchó una botella de champán y lo sirvió, parado delante de ella para poder contemplar las curvas de su cuerpo.

Había empezado con las entradas. Él había indagado y ella había revelado las piezas de su historia cuidadosamente preparada, como Penélope al tejer su tapiz, engañando, por amor, y él había emitido sonidos de aliento, a la vez que rechazaba todo intento de Izzy por descubrir más acerca de sus operaciones. A cada pregunta suya él respondía escanciando más champán.

—Tú eres la madre adoptiva, no yo. Yo no soy interesante en absoluto.

Pero bebió mucho, demasiado; sus sienes empezaron a brillar, y pequeños trozos de su pertinaz resistencia comenzaron a caer, como escamas de un pescado podrido. Izzy descubrió que no estaba casado, que nunca lo había estado; que sus padres eran ardientes baptistas —de ahí su nombre, Gideon—. El hombre dejó caer indicios de una infancia demasiado rígida. Dos años, cuando contaba unos veinte, en Riyad en calidad de ejecutivo de contratos para un proyecto de puertos saudí. Referencias constantes a sus intereses físicos, casi todos antiguos, mención de que había sido corredor de maratón, énfasis exagerado en su resistencia. Insinuaciones. Resultaba ser un baboso.

Servía y bebía y sus ojos se iban inyectando por momentos a medida que progresaba la velada; la frente alta empezó a derretirse, una línea de sudor apareció en su labio superior. El cabello cuidadosamente peinado comenzaba a humedecerse y pegarse al cráneo, en tanto la llama ardía por dentro. Abrió una tercera botella, pero ella la rechazó, cubriendo la copa con la mano.

—Basta. Tengo que mantener la cabeza lo bastante clara para acabar de contestar a tus preguntas antes de beber más —insistió.

—¿Preguntas? Creo que he terminado. Me has dicho todo lo que necesito saber, Fiona.

—¿Y estoy aprobada? ¿Podrás ayudarme?

La lengua de Fauld parecía haberse ensanchado y obstaculizaba algunas palabras.

—Creo que sí. Bajo ciertas condiciones.

—¿Un bebé? Recién nacido, no más de seis meses. ¿Es posible eso?

—Es difícil. Es más fácil con uno más crecidity. Pero es posible.

—¿Cuándo?

Fauld emitió una risita defensiva.

—Eres implacable.

—No. Resuelta. Y lo sabes.

—Tendré que investigarlo. Te lo haré saber.

—Mira, por veinticinco mil, no creo que debas tenerme esperando en Londres como una fulana en las esquinas. Los bebés no aparecen de pronto con cigüeña, llegan más o menos cuando se les espera. Así que te estoy preguntando: ¿cuándo se espera el próximo?

—Tienes agallas. Me gusta eso —asintió Fauld con la cabeza—. Pero, querida, no eres la única madre que quiere adoptar un niño así. Hay otros.

—Tienes que tener una idea —protestó ella.

El hombre alzó las manos.

—Me rindo, me rindo. Muy bien. Veamos si puedo darte una idea.

Se levantó y, andando con dificultad, atravesó la habitación hasta llegar a la cama, junto a la cual había colocado un portafolios negro. Hurgó en él y sacó un objeto del tamaño de una cartera.

—Es mi pequeño juguete —explicó—. Mi oficina ambulante. Mi mundo. —Era una agenda electrónica para ejecutivos—. Me recuerda cuándo tengo que recoger las camisas limpias —murmuró.

Y reuniones, aniversarios, direcciones. Contactos.

Por primera vez, Izzy se animó. Un vínculo con Paulette. Quizá.

—Humm... Mira. No puedo garantizártelo —murmuró Fauld—, pero tal vez pueda conseguir uno en no más de... digamos dos meses, ¿te parece bien?

Izzy estaba fascinada por el pequeño estuche de plástico en manos del hombre. Verlo avivaba sus esperanzas. Su mente flotó al otro lado de la habitación y trató, por pura fuerza de voluntad, de invadir la agenda, de sacarle la información que precisaba, de abrir la puerta de Paulette. De evitar pagar el precio.

La quijada del caimán se cerró de golpe. Fauld cerró la agenda y la colocó sobre la mesilla junto a la cama.

La cama. Izzy sabía... siempre había sabido... que las respuestas que buscaba se encontrarían en o alrededor de la cama de Fauld. Podía sonsacar la información que

buscaba, de él o de la agenda. Dos oportunidades. Dos puertas esperando a que las forzara, ambas aquí, junto a la cama. Ningún camino que no resultara doloroso.

Fauld volvió a su asiento.

—Dos meses. Si todo marcha bien.

—¿Puedo conseguir un bebé? ¿En dos meses?

—¡Oh, no! No de inmediato. El niño ha de estar al cuidado de la agencia de adopciones y de sus administradores locales al menos diez semanas. Para evaluarlo y hacer las recomendaciones pertinentes, ya sabes a qué me refiero.

Los administradores locales. Fauld y, por supuesto, Paulette.

—¿Y luego?

—Los papeles van al Comité de Adopción Provisional y Permanente, constituido por una docena de personas o más. Respetables. Rectas. Honradas —le dirigió una mirada lasciva—. Así que comprenderás que los papeles han de estar en perfecto orden.

—¿Y el bebé? ¿Y la madre?

—¡Buen Dios! ¿De veras esperas que una reunión de los grandes y los buenos, de vicarios jubilados y mujeres con sombreros bobalicones se vea trastornada por un niño chillón y meón y por padres nerviosos? No, eso es algo de lo que se encarga la agencia de adopciones.

—¿Y el comité confía en el consejo de la agencia? ¿Y en sus administradores locales?

—No tendría sentido contar con una agencia de adopciones si no se confiara en ella, ¿no crees? —Fauld bebió un largo sorbo—. Luego entregamos el niño a los padres adoptivos. Pasan otros tres meses quizá. Más informes, más papeleo. Tenemos que ser muy cuidadosos, ¿entiendes?

La deseaba. Ese hombre con los ojos bañados en alcohol que le manoseaba el cuerpo la deseaba.

—Entonces se aprueba la orden de adopción —prosiguió con la lengua entorpecida—. Se lleva a cabo una vista ante un juez local por recomendación de la agencia de adopciones.

Una agencia, se percató Izzy, administrada por un colega de la judicatura. Fauld y Paulette controlaban el proceso en su totalidad. El papeleo. Los informes, las recomendaciones. El grupo de benévolo y crédulo expertos. ¿Adónde iban a parar los niños? La vista ante el juez. Todo aprobado automáticamente. Perfectamente abierto y legal. Nada que provocara pesquisas...

Y nadie conocía la identidad del niño, salvo a través del papeleo. Como en el depósito de cadáveres.

—¡Así que puedes dejarme conseguir un bebé!

—Es... posible.

—¿Qué es ese disparate de posible? Acabas de decirme que sí.

—El problema es que hay cola. Mucha gente está esperando. Hay otros antes que

tú.

Los ojos rojos de Fauld se deslizaron de nuevo sobre su cuerpo.

—¿Qué se necesitaría —preguntó Izzy en voz baja— para llegar al primer puesto de la cola?

Fauld se inclinó sobre la mesa, acercándose más a la mujer.

—Querida, me estás pidiendo que corra un tremendo riesgo. No hay mucha gente que aceptaría tu derecho a adoptar a un niño, al menos, no en este país. Si una sola palabra de esto trascendiera, estaría perdido. Totalmente perdido.

Todo el rostro de Fauld ardía en llamas, alimentadas por el vino. Izzy volvió a llenarle la copa, con la desesperada esperanza de que con tanto alcohol absorbido acabara por expirar. Pero el de Fauld era un cuerpo curtido por el ejercicio, y el vino estaba sirviendo únicamente para llevar las primeras señales de sentimiento a sus ojos. A Izzy no le gustaba lo que veía.

—Quieres que corra el más terrible riesgo por ti —prosiguió él—. A cambio debo insistir en que me demuestres al menos igual compromiso, que me pruebes que no es un mero capricho...

Su aliento acre hizo que escociera la nariz de Izzy.

—¿Qué es lo que quieres?

—He entregado mi vida a esta obra, a permitir que las mujeres se realicen. Horas interminables. Mi vida ha sido solitaria... —Sus ojos vagaban por el pecho de ella y sus manos los seguirían al poco rato—. A cambio sólo pido un poco de consuelo, de compañía por un breve tiempo. Unos cuantos momentos a cambio de lo que representará una vida de felicidad con tu nuevo bebé.

Sus palabras salían espasmódicamente, sin aliento; había estirado el brazo y le había bajado los tirantes del vestido, tirando la botella en el proceso. Su mano húmeda le estaba manoseando el pecho.

—Y con tu marido tan lejos...

Y la llevó a la cama.

Ella no protestó; se quitó los zapatos, el vestido y el fular, mientras él se la comía con los ojos y con una extraña muestra de éxtasis. Estaba jadeando, tirando de su propia ropa incluyendo la interior; su vientre, expandido por la comida, se desplomó absurdamente. Entonces le arrancó las medias y todo el resto hasta dejarla desnuda y temblando.

La mente y el alma de Izzy estaban sepultadas en hielo. No puso objeción cuando él la tumbó boca arriba, le agarró los senos y la obligó a alzar los brazos hacia arriba, por encima de la cabeza, hasta golpearse las muñecas contra la cabecera. A continuación, Fauld cogió su fular, le ató las muñecas, sujetándolas a la cabecera con fuertes nudos que se apretaron aún más cuando ella luchó, en tanto él la contemplaba, babeando, y se abalanzaba sobre ella.

No se resistió; tampoco podía hacerlo, pues el cuerpo del hombre yacía encima de ella como una gran tajada de carne de ballena. Cayó sobre ella como las olas sobre la

playa, penetrándola, apartándose sólo para repetir el proceso una y otra vez, cayendo pesadamente sobre ella en un furor de carne contorsionada, empapada en sudor, que la aporreaba sin cesar hasta que ella pensó que el hombre sin duda había expirado. Izzy sabía de antemano lo que él exigiría y lo que ella debía ofrecer. Se había convencido de que era un precio muy pequeño, un precio necesario, para Bella, que estaba requiriendo la parte menos importante de su cuerpo y no su alma. Era una mujer madura; no era virgen. ¿Qué importancia tenía?

No representó ningún consuelo darse cuenta de que era diminuto, minúsculo. Pero, a medida que la presión del cuerpo de Fauld se abría paso implacablemente, también lo hicieron la ira, la frustración y la rabia de que el mundo conspirara para robarle la única parte de su cuerpo que realmente importaba: sus hijos. «Piensa sólo en Bella», se dijo tratando de distraerse. De pronto, pudo ver con claridad a Bella en su mente; cada detalle de la pequeña: el cabello rizado, los ojos luminosos, la mueca de los labios, todo ello frente a ella. Estaba alargando un brazo para tocar los dedos estirados de la niña, el tacto satinado de su piel... juntas nuevamente...

Y de repente estaba cayéndose, sin control, a lo hondo de un agujero sin fondo, dando tumbos; la imagen de Bella empezó a retroceder, a alejarse, a desaparecer, a irse. Y se fue. Nada, no quedaba nada.

Desde su fuero interno Izzy soltó un prolongado grito de furia y desesperación, un grito por el dolor que sólo una madre es capaz de conocer.

—Estuve bastante bien, ¿verdad? —La cara de Fauld, llena de satisfacción consigo mismo, derramó sudor sobre ella—. Parecía que realmente te gustaba.

—Desátame —susurró Izzy.

Fauld le dirigió una mirada lasciva antes de tirar de un extremo del fular hasta soltarlo y dejar que ella desatara el otro.

—¡Dios, necesito otro trago! —exclamó.

Se apartó de ella, rodando hacia un lado de la cama y, pudoroso, se puso la ropa interior. Izzy gruñó cuando el peso se levantó de su cuerpo.

—Estuviste muy bien, de veras muy bien —la felicitó al sorber su vino—. Yo también lo estuve, ¿no? Lo haremos otra vez en un minuto. Algo distinto.

Izzy forzó un largo sorbo de vino a través de sus labios a fin de quitarse el sabor del hombre, pero no tuvo éxito. Intentó enjugarse el sudor masculino del cuerpo con el dorso de la mano.

—Supongo que un hombre como tú tiene muchas chicas. ¿Es Paulette una de ellas? —preguntó, tratando de parecer indiferente.

—¿Paulette? ¡Por Dios, no! No podría. Es más amiga de la familia, en cierto modo. Antes era una chica bonita, pero... sería todo un lío.

Fauld tomó otro trago de vino, se relajó, bajó la guardia.

—Me dio la impresión de que no pasaba todo el tiempo en Londres, que no estaba más que de visita.

—Así es —Fauld empezaba a articular mal las palabras—. Es una zorra tonta.

Viene a Londres a esconderse.

—¿Dónde se escondería alguien en Londres?

—¡Coño! Yo qué sé. Cambia muchas veces de lugar. Yo sólo la llamé por teléfono. Oye, ¿qué es todo esto? ¿Por qué haces tantas preguntas sobre Paulette?

Su voz rezumaba suspicacia. El corazón de Izzy oyó una de las puertas cerrarse de golpe.

—Nada, absolutamente nada —lo tranquilizó.

—No estás celosa de una mujer más joven, ¿verdad?

—Sí, puede que un poco.

—Mira, no vine aquí a hablar de la maldita Paulette. Vine aquí a divertirme un poco, y eso es exactamente lo que me propongo hacer. Otra vez. En un minuto.

Fauld tomó otro sorbo y pasó la mano por el muslo de Izzy. La observó un rato e iba a coger el fular, pero Izzy se le adelantó.

—Me toca a mí, corazón. Ahora puedes relajarte, para variar. Tú que eres un hombre tan potente.

El rostro de Fauld se sonrojó debido a la aprensión, pero no puso objeciones. El alcohol había inhibido su sentido de insuficiencia y se tumbó, sumiso, en la cama, con los brazos alzados. Ella los ató con fuerza a la cabecera. Él hizo una mueca de dolor, pero no se quejó.

—Lo quiero todo —insistió el hombre—. Usa tu imaginación, no tus manos. No quiero que me dejes lleno de arañazos.

—No vas a saber ni lo que te golpeó —le prometió Izzy, sonriendo.

Cogió una servilleta de lino de la mesa.

—A esto lo llamo el desnudo ciego.

Colocó la servilleta sobre los ojos de Fauld, sujetándola con fuerza a su cabeza, con lo que lo dejó totalmente ciego.

—¿Qué está pasando? —exigió saber éste.

—Espera y lo verás.

Ahí estaba la agenda. La cogió al dirigirse hacia el carrito de bebidas, de donde cogió una botella de licor cremoso. Licor irlandés. La tierra de los Blackheart, pensó, y le dolió todavía más.

—¿Qué pasa? ¿Dónde estás?

—Nunca tu sabor habrá sido tan dulce —lo calmó Izzy al desenroscar el tapón de la botella.

Le arrancó los calzoncillos y procedió a dejar caer gotas del cremoso licor, lentamente, desde los labios anhelantes de Fauld hasta su ombligo, pasando por su pecho. El efecto fue electrizante. El hombre se estiró, sin saber dónde caería la siguiente gota. Las sentía deslizarse, frescas, sobre la piel caliente. Cada parte de su cuerpo se tensó, se puso rígida, y su excitación llegó a un punto extremo. Gritó, emitió bajos gemidos de placer, quejándose y felicitándola alternativamente, en tanto esperaba, ciego, atado, impotente, la caída de la siguiente gota provocadora.

Y ella iba examinando la agenda. Tardó un rato, con una sola mano y su atención dividida. Pantalla parpadeante, cuerpo tembloroso. Pasando de la esperanza al infierno. En un momento dado la dejó caer sobre la cama, pero él no se daba cuenta de nada que no fuera el licor cremoso que ella untaba con un masaje de la punta de su dedo meñique en varias partes de su cuerpo.

No había ninguna entrada bajo «Paulette». Con creciente angustia, buscó bajo «Devereux», pero Fauld se estaba poniendo más exigente por momentos; insistía en que fuese más explícita físicamente.

Y ahí estaba, «Devereux». Los detalles de Paul. Y, a continuación, por separado, Paulette. Sólo un número de teléfono. En Londres. Lo tenía. ¡Lo tenía!

—¡Vamos mujer, no me sumerjas en la maldita cosa esa!

Pero ella estaba ocupada recogiendo su propia ropa interior y sus medias del pie de la cama y metiéndolas en su bolso. Se levantó de un salto.

—¿Qué...?

—No te preocupes, cariño. Tengo que desaparecer en el lavabo un segundo. Te tengo otra sorpresa. Toma esto para la espera. —Derramó más licor sobre los labios de Fauld, cuya lengua rosa salió para capturar cada gota—. Espera aquí. Tal vez tarde un rato.

Volvió a poner la agenda exactamente donde la había hallado —no debía sospechar de su auténtica motivación— y, de una zancada, recuperó zapatos y vestido. Una vez en el lavabo tardó menos de diez segundos en secarse la humedad con una toalla y ponerse el vestido y los zapatos. El resto se lo pondría más tarde. Cogió su abrigo. Se pasó una mano por el cabello. Echó una última ojeada al cuerpo atado y los ojos vendados. Y traspuso silenciosamente la puerta. Sólo se detuvo para colgar un letrero en el pomo pidiendo servicio de habitaciones temprano por la mañana.

Su cuerpo entero chorreaba furia y asco. Decidió sacarse a Fauld de la cabeza para siempre. Pero, al huir por el vestíbulo del hotel, otro pensamiento se insinuó en su mente. Cogió un teléfono público y marcó un número.

Devereux se estiró sobre la piel verde del escaño delantero del Gobierno, con las piernas extendidas lánguidamente sobre la mesa de los escribanos, divirtiéndose. Se trataba de un debate sobre la economía. Al ministro de Hacienda le tocaba el turno de defender al Gobierno y estaba construyendo un pequeño monumento al hecho de que casi todo en política se ajustaba a la teoría de la chapuza y no a la de la conspiración. Las conspiraciones requieren que la gente esté de acuerdo; y aquí no había acuerdo. Empujados por una buena cena y el ambiente embriagador de la atestada Cámara por la noche, los diputados de la oposición se estaban mostrando implacables, provocando al ministro al resucitar los numerosos pronósticos optimistas pero, a fin de cuentas, erróneos, que había hecho durante la última campaña electoral, cuando había anunciado que muchos nuevos brotes verdes surgían en los áridos yermos de la economía.

—¿Brotos verdes? —se burló una voz de acento galés—. ¿Qué clase de viaje hizo ese condenado hombre? ¡De haber algún brote verde por ahí, serían los que estaba fumando!

Devereux ocultó su diversión tras una expresión severa. Debía apoyar al ministro de Hacienda. En público, aun cuando el pobre se estaba cavando su propia tumba política y se borraba a sí mismo de las listas de «el hombre con más probabilidad de...».

El ujier de la Cámara de los Comunes apareció junto a la silla de la presidenta y pasó una hoja de recados verde por las filas de ministros apiñados en los escaños. Pasó de mano en mano hasta llegar a su destinatario, Devereux. Éste la desdobló, irritado de que lo molestaran en medio de tan divertido entretenimiento. La irritación se convirtió en exasperación y angustia. Su hija lo estaba esperando en el vestíbulo central. ¿Qué diablos...? Con una breve inclinación en dirección a la presidenta, se apeó inmediatamente de su asiento y salió de la Cámara.

La encontró, ocultándose junto a la estatua de Gladstone. Devereux dio un respingo. En las semanas que habían transcurrido desde que la viera por última vez, Paulette se había vuelto demacrada y desarreglada. La palidez había invadido su rostro y la piel se había endurecido —señales de desgaste que trataba de cubrir con excesivas capas de cosméticos. El resultado era una máscara llamativa y apenas reconocible, partida por dos labios pintados de un rojo vivo. Éstos parecían moverse.

—Tenía que verte.

Éste no era el lugar adecuado. El vestíbulo central es el cruce más concurrido del Parlamento, donde los políticos y el público se congregan. No ofrecía ninguna intimidad. Pero pocos lugares del palacio de Westminster ofrecen intimidad. Tenía que llevarla a su despacho, aunque éste se encontrara al otro extremo del edificio y representara una larga caminata por pasillos repletos de colegas. Muchos de ellos le dirigieron una mirada envidiosa al verlo empujar a una joven.

Más adelante, en el pasillo de la biblioteca, Devereux vio a un grupo reunido alrededor del teletipo del servicio de noticias, intercambiando chismes y obscenidades, animado y ruidoso. Su conversación se detuvo de golpe, a media frase, y centraron su atención en él. Y en la chica. Devereux sabía lo que estaban pensando y se sonrojó, abochornado. De que pensarán eso de él. De que pudieran pensarlo de ella.

La empujó dentro de su despacho y dio un portazo.

—¡Por Dios, Paulette...!

Su voz parecía erizarse por la ira.

Ella se quedó quieta, la cabeza gacha, sin atreverse a mirarlo a los ojos. Al ver su desdicha, Devereux bajó la voz, que se llenó de preocupación.

—¡Mírate! ¿Qué diablos te ha ocurrido?

—Necesito ayuda.

Ni un «por favor». Ni un «hola, padre». Rara vez lo llamaba «padre», ni siquiera otras cosas; se habían distanciado mucho. Devereux recibía saludos más personales de los mendigos profesionales del Strand.

Y Paulette siempre quería algo, siempre cogía pero nunca daba. Ahora él había descubierto por qué cogía y para qué lo usaba. Debió adivinarlo mucho antes, debió saberlo, pero los padres son siempre los últimos en enterarse cuando de su propia hija se trata.

—¿Qué clase de ayuda?

—Dinero. Necesito dinero. Sólo unos cientos de libras.

—Unos cientos. Además de los cuantos miles.

—He pasado por tiempos difíciles y...

—Ya no —la interrumpió cortante—. Te dije, la última vez, que ya no habría dinero, Paulette. Te daré cualquier otra clase de ayuda que pueda. Pero dinero no.

—Pero necesito dinero. ¿No ves que me estoy muriendo de hambre? Al menos dame algo para comer.

Devereux la miró fijamente. Vio en qué se había convertido y trató de descubrir un rastro de su hija en esta horripilante aparición.

—No.

—Pero, ¿por qué? Ahora que empiezo a ponerme mejor. Me dijiste que arreglara mis problemas y eso es, precisamente, lo que estoy haciendo. De verdad. Pero, ¿crees que es fácil? Estoy sufriendo atrocemente, tengo frío, tengo hambre. Sólo quiero lo suficiente para sobrevivir mientras pongo mi cabeza en orden.

Y él quería, realmente, desesperadamente, crearla.

—No.

—Sólo cien, cien miserables libras, eso es todo lo que te pido.

—Pagaré una clínica privada en cualquier parte del país, todo lo que allí necesites. Pero ni un penique directamente a ti. Ya te lo dije.

—Me has dicho muchas cosas.

Por primera vez los ojos color carbón grabados en la máscara se volvieron hacia él; contenían una expresión maligna.

—Me dijiste que me querías.

—Y te quiero.

—Apuesto a que le dijiste a mi madre que la querías. ¿Por eso se suicidó?

—¡Detente!

—Tú la empujaste a eso, y ahora quieres darme la espalda a mí también. ¿De eso se trata?

—¡Por el amor de Dios, Paulette...!

—Cien malditas libras. Eso es todo. ¿Y tú quieres hacerte el moralista conmigo? —Su lengua saltó como la de una cobra—. La engañaste, como a un perro. Lo único que recuerdo de mi madre es cómo se dormía llorando, cada noche, sola. Y ahora también quieres engañarme a mí.

—¡No es cierto! Quiero ayudarte. Te quiero.

—Pero no lo suficiente para darme dinero para comer.

—¡Es porque te quiero que te digo que no!

—Pero ésa ha sido siempre tu versión del amor. Decir que no. A mí. A mi madre.

—No voy a ayudarte a destruirte.

—Estoy muerta de hambre, ¡por Dios! ¿No lo ves?

Lo veía, pero no encontraba palabras; nada podía hacer, sino mirarla, anonadado.

—Me pregunto qué estaban diciendo esos otros malditos políticos cuando nos vieron a ti y a mí. ¿Otra de las mujeres de Devereux? Está bajando de categoría, ¿no? Pero, bueno, siempre ha follado a cualquiera que se le ponga al alcance, incluso cuando su mujer vivía, ¿verdad? ¿No es cierto que hasta lo encontró dándoselo a su mejor amiga y en su propia cama?

Devereux se dejó caer en el sofá; se tapó la cara con las manos y sollozó.

Entonces ella se arrodilló a su lado. Le tocó la mano. También sollozó.

—Lo siento. Lo siento tanto —jadeó Paulette—. No quería herirte, por favor, perdóname. Es sólo que las cosas son muy difíciles para mí ahora. Dime que me perdonas, padre.

Devereux alzó sus ojos hinchados.

—Tenemos mucho que perdonamos en nuestra familia, Paulette. Por supuesto que te perdono. Te quiero. Quiero ayudarte.

—Te prometo, por mi madre, que estoy limpia. Nada de tonterías ya. Lo único que necesito es un poco de tiempo. Y un poco de dinero...

—¡No! —gritó Devereux.

Con un brazo arrojó bruscamente la lámpara de mesa al otro lado de la sala, donde se estrelló contra la pared.

—¡No! Sería muy fácil darte el dinero para que no me persigas, pero estaría mal. Es posible que haya hecho poco de lo que esté orgulloso por mi familia, Paulette, pero mejor muerto que ver cómo te perjudicas todavía más.

Paulette había saltado hacia atrás para evitar la lámpara y ahora se paró junto a la puerta.

—Entonces, ¿qué esperas que haga? ¿Cómo quieres que viva?

Devereux no tenía palabras. Se limitó a sacudir la cabeza. Paulette abrió la puerta, dispuesta a marcharse.

—¿Sabes lo que voy a hacer? —gritó de tal modo que su voz resonó en el pasillo—. Voy a conseguir el dinero con un hombre. Muchos hombres. Lo que quieran, mientras paguen por ello. Como lo he conseguido antes. Utilizaré mi cuerpo, igual que tú. De tal palo, tal astilla. Sólo que existe una gran diferencia entre nosotros...

Devereux la miró. Diríase que había visto su propio cadáver salir de la tumba.

—Tú follas por poder, yo folio por dinero. Contante y sonante —siguió gritando Paulette—. Y mi modo, querido padre, es mucho más sincero que el tuyo. ¡Me siento asquerosa sólo de haberme relacionado contigo!

Devereux estiró un brazo para frenarla, para hacerla volver. Pero ya se había ido. En su lugar, en la puerta, se hallaba un colega, al que se unió otro inmediatamente, atraídos por el alboroto. Le echaron un vistazo y, pidiendo disculpas en un murmullo, se fueron.

Devereux cayó de rodillas. Sobre su cabeza, dominándolo, igual que esa noche en la caballeriza con el perro, el rostro de su padre se burlaba de él.

* * *

Apenas había empezado a amanecer. Por dentro, la catedral resultaba tenebrosa y mal iluminada; apenas había suficiente luz para el puñado de almas que habían venido a rezar debajo del techo incrustado de hollín y para el paso de la señora de la limpieza que, con un zumbido, pulía el suelo de *parquet*. Era un lugar de ambiente pesado, de sueños no satisfechos: los amplios techos en forma de domo habían sido diseñados para ser generosamente cubiertos de dorado y mosaicos, no para el ladrillo desnudo que sólo revelaba los destrozos del tiempo y la corrupción de un siglo de humo de cirios y que, en una esquina, se apoyaba sobre un andamio cubierto de polietileno. El alcance de Dios en el tiempo es eterno, pero no lo es el de sus techos.

Hacía frío. Daniel tembló al entrar. No se había afeitado, ni había desayunado. Se había vestido a toda prisa, en respuesta al mensaje de Izzy. Hacía muchos años que no había entrado en una iglesia; sin embargo, se encontró persignándose instintivamente. No pudo evitarlo. Era una respuesta condicionada.

—No sabía que eras católica —le dijo a modo de saludo.

Se sentó a su lado en uno de los bancos de atrás. Olía a cera de pulir recién aplicada.

Por toda respuesta, Izzy negó con la cabeza.

—¿Por qué aquí?

—No había otro sitio adonde ir —contestó Izzy finalmente.

—He muerto mil veces, esperando, imaginándome lo peor —le dijo Daniel.

Debido a su propia noche de desvelo su voz tenía un ligero tonillo acusatorio. Si esperaba comprensión o incluso una explicación, estaba destinado a la desilusión. Nada.

Izzy había cambiado, envejecido. Su vitalidad había desaparecido; sus mejillas se habían hundido como por obra de la espátula de un escultor. Sus dedos se crispaban, agitados; diríase que pasaban rápidamente por las cuentas de un rosario. Sus ojos se habían oscurecido y se notaba que habían sido privados de sueño.

Se había consumido, como una de las mujeres envueltas en chal acurrucadas con devoción en el extremo opuesto de la nave ante el gran altar. Ya no era la mujer que había salido la noche anterior.

—Conseguí un número de teléfono —pronunció finalmente Izzy, con voz débil—. El de Paulette, o al menos eso creí. —Alzó una mirada llena de reproche hacia el enorme crucifijo que colgaba, suspendido, sobre la congregación—. Pero no lo es. No es de nadie. Es un teléfono público en un café. Nunca han oído hablar de una tal Paulette.

—¿Estás segura?

—No seas tan estúpido, Daniel —exclamó Izzy, cortante—. Claro que estoy segura.

En la fachada de la catedral una campana tañó la llamada a la oración matutina; la gente se inclinó en su asiento y las muestras de devoción se iniciaron.

—¿Qué tengo que hacer, Daniel? Hasta Abraham tuvo una oportunidad. Lo he dado todo; ¿cuánto más tengo que dar? Mi carrera. Mi hijo...

Sus ojos se apartaron de su regazo. No terminó el pensamiento.

—¿Tú misma?

Ella se volvió hacia su amigo, con los ojos anegados en lágrimas, y asintió con la cabeza.

—Todo. Ya no tengo nada que dar.

No se dio cuenta de que las líneas de la cara de Daniel se petrificaban lentamente.

—Lo único que quiero es a Bella, mi hija. ¿Qué tiene eso de malo?

Temblaba, contemplando el crucifijo, sola con sus esperanzas y creencias fracturadas. Un suave cántico surgió del otro extremo de la catedral, en tanto el cura, con una capa carmesí, empequeñecido por la distancia, empezaba a ejecutar las idas y venidas de la ceremonia. Un anciano apoyado en una pierna doblada se acercó a Daniel e Izzy con una bolsa para la colecta, vaciló y siguió su camino, consciente de su pena.

Izzy volvió a centrar su atención en Daniel.

—¿Qué hago, Daniel?

—Seguir.

—No estoy segura de poder hacerlo.

—Claro que puedes, tienes que hacerlo —soltó Daniel con brusquedad, en un

tono de extraño rechazo.

—¿Estás bien?

—No.

—¿Qué te pasa?

—¿Qué demonios puede pasarme, aparte del hecho de que estoy aquí sentado, sintiéndome tan útil y utilizado como el papel higiénico de la semana pasada?

—¿Qué diablos...?

—Suenas un poco egoísta, lo sé, eso de pensar en mis problemas y no en los tuyos, aunque sólo sea un momento, pero ¿entiendes, aunque sea un poco, lo que siento, sentado aquí, escuchándote hablar del elástico flojo de tu ropa interior mientras interpreto el papel de hombre honorable, y tomo duchas de agua fría en el hotel? ¡Señor!, si hubiese sabido que no volverías anoche, podría haber salido y, tal vez, tenido suerte también.

—Daniel, no pensé siquiera que...

—Precisamente. Eso es lo que me toca los huevos. Que obviamente ni siquiera te paraste a pensar en lo que significaría para mí. Tomaste mi presencia tan por sentado que ni tan sólo me dedicaste un pensamiento.

—Eso no es cierto. ¿Por qué crees que tardé tanto tiempo en llamarte?

—Supongo que porque tenías otras ocupaciones.

El cáliz recargado destelló a la luz de las velas cuando el cura lo alzó muy alto por encima de su cabeza. Los feligreses hicieron cola para la comunión, juntándose en un momento de hermandad, seguros del apoyo y de la fuerza que recibirían. Pero Izzy, no. De pronto, se encontró cayendo de nuevo en la oscuridad, a través de una turbulenta neblina de incienso, observando impotente cómo el último nudo que la sujetaba a la realidad se deshacía en patéticos hilos. El pánico traspasó su desdicha, pero también algo de ira. Ni un solo hombre se lo habría pensado dos veces si tuviera que hacer lo que ella había hecho, y menos Daniel. ¿Hacerlo? ¡Si hasta se habrían jactado! ¡Mierda! No pensaba permitir que la hiciera sentirse culpable.

—¡Deja de ser tan condenadamente infantil! Tuve que elegir anoche. Entre tú y Bella. Así que escogí a Bella y no a ti. Si en algo vale, me dolió, me dolió muchísimo. Y sabía que te dolería mucho a ti, también, tanto que anoche sentí que no podía volver. ¿No lo ves?

—Lo que veo es que decidiste acostarte con él, pero no conmigo.

Los ojos de Daniel parecían un pozo de dolor, apaleado más que simplemente magullado.

—Sólo te pedí una cosa: que me trataras con cuidado. En vez de eso, me machacaste como con una maldita excavadora.

—¿Y qué habrías hecho tú? ¿Te habrías lavado las manos? ¿Antes o después, Daniel?

Su reproche le dolió tanto al joven que éste guardó silencio.

—No me vuelvas la espalda, Daniel. Ahora, no. Te necesito.

Él se quedó como el granito, gris, impasible, insensible. Pareció pasar una eternidad antes de que un estremecimiento recorriera el bloque de piedra.

—En la Bahía de Blackheart tuve una maestra, la señorita O'Donnell. Se preocupaba mucho por la higiene. Insistía en que nos laváramos las manos a la hora de comer, después de recoger patatas y de diseccionar ranas. Y antes de ir a misa. Pero no recuerdo que hablara del sexo.

—Fue una juventud malgastada, Danny Blackheart.

—Así que supongo que más vale que me quede. Estoy comprometido con esto, Izzy. Con encontrar a Bella. Y contigo. ¡Ay, Dios y señorita O'Donnell, ayúdenme!

Izzy le cogió una mano.

—Te compensaré por esto, Daniel. Es una promesa. No sólo a ti, sino a mí también. Creo que me merezco alguien como tú. Sólo te pido un poco más de tiempo.

—Tenemos tiempo, supongo.

—Todo el tiempo del mundo.

La expresión dolorida de sus ojos había desaparecido, como si los hubiesen rociado con un agua de poderes curativos.

—Es un lugar condenadamente extraño este que ha escogido, señorita Dean, si lo que me ha hecho ha sido una proposición.

—Digamos que, más que proposición, es una reserva.

—No me lo digas. Primero tenemos una tarea que cumplir.

—Sí, Daniel. Y si al menos supiera por dónde empezar.

—Sugiero que por una taza de café.

* * *

Encontraron el café sin gran dificultad, tras hacer una llamada telefónica en la que mencionaron una entrega y murmurar algo sobre unas señas garabateadas e ilegibles. Estaba situado detrás de la elegante zona comercial de la calle High de Kensington. Tolman s, se llamaba.

Habían regresado al Stafford y se habían cambiado de ropa; sus papeles habían cambiado también, perceptiblemente. Daniel había tomado el control e insistió en ponerse ropa menos formal pero en que ella hiciera lo contrario, que se vistiera con excesiva elegancia. Estaba nervioso, misterioso, poco comunicativo; quizá seguía herido por las hazañas de la noche anterior; en todo caso, le ordenó que se pusiera zapatos de tacón alto y que exagerara el maquillaje.

—Me siento como una vampiresa —se quejó Izzy.

—Estupendo —fue lo único que contestó Daniel—. Y vamos a necesitar un buen fajo de dinero.

Tolman s resultó ser un almacén desaliñado, situado en el cruce de unas tranquilas callejuelas, fuera de lugar junto al bullicio de la principal y elegante arteria a sólo quince metros. Era un lugar sin ambición, de aspecto provisional, antaño zapatería

que no había podido flotar entre los remolinos de la calle High. Tenía unas grandes ventanas, una pequeña barra, plantas en macetas que daban la impresión de estar mustias, pese a ser artificiales, espejos a lo largo de una pared que habrían proporcionado más alegría y sensación de amplitud al local si alguien se hubiese molestado en limpiarlos. Era la semana anterior a Navidad; sin embargo, la única decoración propia de la temporada se encontraba en un gran cuenco en la barra para las propinas. No había mesas; nada más que un estrecho saliente contra la pared de todo el local; no se esperaba que los clientes se rezagaran.

Madres agobiadas encaramaban sus bolsas y sus hijos en altos taburetes llenos de rasguños, mientras trataban de decirle al propietario que el té era una infusión, no una cocción; pero sólo obtenían como reacción un desdeñoso e indiferente encogimiento de hombros. No tenía tanto tiempo como para perderlo con esas mujeres cargadas de bolsas y paquetes que ocupaban demasiados asientos y gastaban una miseria en su miserable té y cuyos odiosos niños se meaban en el suelo. No debía hacerles ni caso.

Izzy y Daniel llegaron hacia las tres y media y bebieron su café con mucha tranquilidad, pasando por alto la impaciencia del propietario. Habían llegado en el momento oportuno, pues, hacia las cuatro, cuando se iniciaba el crepúsculo de diciembre, la personalidad del lugar se transformaba. Las aglomeraciones habían desaparecido. Las mujeres que habían estado de compras se habían ido para recoger a sus hijos a la escuela o para empezar a preparar la cena; los trabajadores del primer turno se dirigían apresuradamente a casa; los turistas se encaminaban al hotel para recuperarse antes de la embestida de la noche. Una nueva clientela llegó: hombres. Cinco, todos de menos de cuarenta años, la mayoría con traje de solapas anchas y pantalón sin forma, siguiendo la moda. Ninguno pidió nada y todos aceptaron sin comentario ni agradecimiento la bebida que el propietario colocó frente a ellos. Un joven merodeaba delante de la puerta, fingiendo leer un periódico y vigilando con la mirada la larga extensión de calle que llevaba al café.

—Ya está —murmuró Daniel en voz baja.

—¿Ya está qué? —espetó Izzy, frustrada por su falta de comunicación.

—El momento en que el camello hace la entrega —susurró él, pidiéndole con un gesto que mantuviera baja la voz—. Mira. Escucha.

Se oyó un zumbido; del bolsillo interior de su americana, uno de los hombres sacó un teléfono móvil y sostuvo una conversación entre murmullos con fuerte acento extranjero.

—No pasarán más de diez minutos —susurró Daniel.

Y transcurrieron menos de cinco. Apareció una mujer, tan delgada que parecía anoréxica, sencillamente vestida con pantalón negro y blusa con cinturón de cadena. Pidió una copa en la barra, regresó y se sentó junto al hombre. Colocó su bolso en el saliente, abierto hacia él.

Izzy contempló el intercambio. Billetes arrugados por papelinas. Del bolso al bolsillo del traje y de allí al bolso. Un revuelo de rápida actividad, sin mediar palabra.

La chica abandonó inmediatamente su copa y el local.

Aparecieron otros teléfonos móviles: se hicieron otros tratos. Los dos intercambios siguientes tuvieron lugar en la puerta de entrada, ambos con hombres jóvenes que vestían elegantes trajes de ejecutivo y que, demasiado nerviosos para entrar, habían dejado los enormes coches de su compañía estacionados ilegalmente y obstaculizando el tráfico.

—Los camellos no se quedarán más de quince o veinte minutos. Ésta es la hora. El local está muy bien situado porque desde aquí se ve toda la calle, lo cual les permite controlar si se avecinan problemas; si eso ocurre, pueden desaparecer entre la multitud de gente que va de compras.

—Entonces, ¿por qué no nos prestan atención a nosotros?

—Es sencillo. Le dije a ese gusano de propietario que acababa de llegar a la ciudad y que buscaba acción. Y que tú formas parte de mi personal.

—¿Tu personal?

—Sí. Una prostituta. Las drogas y las prostitutas suelen constituir un sabroso bocado. Se supone que soy tu chulo. Creen que estamos jugando el mismo juego que ellos. Me encanta el color de tu barra de labios, cariño —se burló con un fuerte acento irlandés.

—¡Cabrón! —exclamó Izzy, mientras observaba cómo se llevaba a cabo otro trato.

—Sí, pero un cabrón completa y cegadoramente brillante. Vamos, empiezan a irse. Es hora de marcharnos.

La cogió del brazo sin gentileza. Parecía muy preocupado. La guió hacia la barra, donde el propietario, un hombre corpulento cuyo abdomen se encontraba dividido en dos por el cordón de un asqueroso delantal, estaba tirando posos de café.

—Largaos —les dijo por todo saludo—. Habéis estado allí sentados demasiado tiempo y eso no me gusta.

—Sólo estábamos examinando tu palacio de diversiones. Mirando antes de saltar, y todo eso.

—Bueno, son cincuenta libras por semana para los asientos, tanto si cagáis como si no. Por adelantado.

—Claro. Pero primero necesito investigarte con uno de tus garantes. Una amiga mía que está en el negocio utilizó este local. Paulette.

—Ya te lo he dicho. Lárgate.

Las palabras rezumaban agresividad, pero la mirada por encima del hombro hacia la mujer que lavaba los platos en la cocina sugirió un punto vulnerable.

—Como estaba diciendo —Daniel alzó la voz—, esta chica, Paulette...

—¡Baja la maldita voz! —pidió en un ronco susurro el propietario.

La mujer había alzado los ojos cansados de los platos enjabonados y estaba mirando la nuca del propietario con una expresión que daba a entender que estaba pensando en hacerle una lobotomía.

—Siempre puedo preguntárselo a la dama, tu esposa, si lo prefieres —lo provocó Daniel.

El propietario inhaló hondo, con los ojos chispeantes de rabia. Frotó la superficie de la barra con un trapo húmedo, calculando los riesgos. No había posibilidades. Esta era una batalla que no quería librar.

—Mira, tuve una chica, Paulette. Trabajó aquí un par de semanas. Estaba... ayudándome mientras mi mujer se había ido a la costa, a casa de su hermana.

—Ayudándote, ¿eh? Y apuesto a que no se limitaba a lavar los platos.

—Era una asquerosa mujerzuela; se los tiraba a mis espaldas...

—No creías que iba a poder pagarse la adicción con lo poco que le dabas, ¿o sí?

—Mira, no lo sabía, al menos, no cuando la contraté.

—Sí —respondió Daniel, desdeñoso, paseando la mirada por el local—, es increíble la vista gorda que tienes para esas cosas.

—No sois de la bofia, ¿verdad? —exigió saber el propietario, repentinamente alarmado.

—Nos estabas hablando de Paulette.

—Fin de la historia. Mi esposa volvió antes de lo previsto. No le gustaron ni el tiempo ni la recepción en Clacton... Echó una mirada a la chica y me dio el rapapolvo de mi vida. En todo caso, Paulette ya se estaba poniendo bien extraña, fuera de onda. Empezó a traer a gente extraña al local. Tuve que echarla.

—¿Cuándo fue eso?

—Hará unas dos semanas.

—¿Y dónde está ahora?

—No lo sé y me importa un bledo. Esa chica es un montón de problemas, con sus aires de princesa y sus mugrientas costumbres.

—Pero seguro que... —interpuso Izzy por primera vez.

Casi no había podido respirar cuando la figura de Paulette pendió nuevamente frente a ellos, tentadora.

—Debe saberlo —protestó.

Pero Daniel la acalló agitando un dedo con aire de reproche. Con gran cuidado, extrajo un billete de veinte libras del bolsillo de su camisa y lo desdobló bajo las narices del propietario.

—No sois de la bofia, ¿verdad? —rogó éste, con los ojos inyectados fijos en el billete.

—No, pero puedo hacer que venga. Aunque preferiría realmente alejarme lo más posible de esta pocilga que socarronamente llamas café. Y lo haré tan pronto como encuentre a Paulette.

El propietario volvió a emborrachar la barra con el trapo, sopesando los veinte pavos contra un recuerdo que se iba desvaneciendo y que, además, no era del todo agradable.

—Probad en Endeavour Road —espetó, a la vez que trataba de coger el billete.

Pero la reacción de Daniel fue más rápida y movió la mano justo lo suficiente para que el propietario acabara agarrando el aire.

—Endeavour Road tiene como un kilómetro y medio de largo. Seguro que puedes ser un poco más preciso. ¿Dónde de Endeavour?

El billete pendía de nuevo frente al propietario.

—¿Cómo coño voy a saberlo? —bufó, asegurándose de que le daba la espalda a su mujer—. Pero podríais ir a uno de los *pubs*. Parecía pasar mucho tiempo allí.

—Bien. Eso no dolió, ¿verdad? —se burló Daniel.

Dejó que el billete cayera al suelo, revoloteando, al otro lado de la barra, obligando así al propietario a agacharse para cogerlo.

—Y ahí es donde deberías estar —añadió fríamente—, con la escoria de tu suelo.

Izzy nunca lo había visto así. El Daniel al que conocía, o creía conocer, era un hombre alegre y paciente. El que se encontraba ahora a su lado cortaba el aire como un cuchillo de sierra. Lo cogió del brazo. Le temblaba, como si quisiera golpear a alguien. El dolor de sus ojos se había convertido en ira e Izzy tuvo miedo por él. Y de él, un poco, también, pensó.

—Vámonos de aquí, Daniel —insistió y tiró de la manga de su camisa.

Ya era suficiente. Daniel había abierto la puerta —más bien, la había casi derribado de un puntapié—, y ella tuvo el desesperado impulso de trasponerla rápidamente, antes de que se cerrara sobre ella. Una luz había entrado en su vida. Se sentía viva de nuevo; la esperanza empezaba a removerse en su interior, como los primeros estiramientos de un nuevo hijo.

Se volvió y vio un cuchillo centellear frente a sus narices.

No era gran cosa: la hoja, que salía del mango, medía menos de trece centímetros y su aspecto no llegaba a impresionar. Era una de esas navajas *made in Taiwan*.

—'Nos días, chavales.

Detrás del cuchillo agitado y el acento de Australasia se hallaba uno de los hombres de traje elegante y teléfono móvil; llevaba el cabello rubio cepillado hacia atrás y sus cejas claras, casi transparentes, hacían resaltar sus ojos de un modo poco natural. Éstos eran pequeños, rosados y estaban demasiado juntos.

—No quiero problemas, Mo —protestó el propietario.

—Pero los tenemos, compañero —respondió Mo—. Tratan de meterse en mi territorio. Intentan sacarle un poco a mi negocio, ¿eh? Pero eso podría resultar difícil con la mercancía dañada.

Se acercó más a Izzy, hasta que ella pudo oler su aliento a hierbabuena y su loción para después del afeitado. Ya no veía el cuchillo, pues había colocado el filo contra su mejilla, con la afilada punta a dos centímetros de su ojo, y lo estaba presionando, forzando su cabeza hacia atrás, exponiendo su garganta. Izzy ya no podía respirar; sintió que se alzaba de puntillas, en un desesperado intento por no moverse o echarse para atrás y aún más por apartarse del cuchillo. Él vio el temor en su rostro, lo olió. Izzy tenía ganas de vomitar.

—Tranquilo, Mo. No hagas tonterías.

Pero los ojos de éste no se movieron para nada. Lentamente, deslizó el cuchillo hacia el labio de Izzy. Nada de sangre. Sólo un verdugón color rosa subido y un terror que le recorría lentamente toda la espina dorsal.

—Creo que ha habido un malentendido —dijo Daniel en voz baja.

Nada se movía en el café.

—Nada de malentendidos. Si quieres jugar con los niños grandes, tienes que aprender las reglas. Y son éstas. La primera vez que te veo por aquí, te doy a probar gratis, como en una heladería.

La punta del cuchillo presionó aún más fuertemente contra la mejilla de Izzy, junto a la base de la nariz. Ella trató de apartarse, pero tenía la espalda contra la pared y ningún lugar adonde ir. Sintió que la punta le traspasaba la piel y, cuando ésta cedió, un chorrito de sangre se deslizó hacia abajo, sobre su labio.

—¡Por Dios, Mo! ¡Estás loco, cabrón! ¡En mi local no!

—Esto es sólo un anticipo de lo que te espera, niña bonita. La próxima vez ya no me voy a portar como un caballero y jugaré según las reglas australianas. ¿Entendido?

—Te haces entender muy bien —susurró Izzy.

—Basta, Mo —rogó el propietario—. No podemos permitirnos problemas aquí.

—No dramáticos. Sólo quiero estar seguro de que me entienden.

Pero el drama había sido demasiado intenso, demasiado cautivador. Había captado la atención de todos en el local, incluyendo el chico que vigilaba en la puerta. Había reaccionado con lentitud; no los había visto llegar, conduciendo sin faros en contrasentido por la calle que salía de la calle High. Antes de que nadie tuviera oportunidad de moverse, los superaron; dos contra uno. Se produjo una lucha en un rincón. Gritos. Taburetes tumbados, tazas rotas, maldiciones. El propietario se quedó agachado en el suelo, mientras su mujer chillaba insultos, dirigidos primero al mundo, luego, a los parroquianos y, final y más ferozmente, a su marido. Distraída su atención de Izzy, el australiano se volvió, cuchillo en mano, pero recibió un fuerte puntapié en la entrepierna. Un pie enfundado en una pesada bota se estampó sobre la mano que aún tenía el cuchillo; Mo permaneció tumbado, retorciéndose, con ganas de vomitar y sin saber qué parte de su cuerpo proteger con la mano buena que le quedaba.

A continuación se volvieron hacia Izzy y Daniel. A ella la arrinconaron contra la pared y a él lo levantaron, lo hicieron girar y lo tiraron sobre la barra, cortándole el aliento. No fue hasta que torció el cuello y vio a su asaltante blandir unas esposas que empezó a tener sentido la situación.

—¡Somos periodistas! —gimió, tratando de hacer funcionar la lengua, que se había mordido—. Mi identificación está en mi cartera. En el bolsillo de atrás.

Lo mantuvieron quieto, pero ya no mostraron ninguna intención agresiva, en tanto buscaban su cartera y se aseguraban, por dos veces, que no estuviese ocultando algo

que pudiera parecerse a un arma. Una bandeja de cubiertos que se encontraba sobre la barra, llena de cuchillos, tenedores y cucharitas manchadas de jabón, fue lanzada al suelo, evitando su uso como arma. El cuenco de propinas navideñas la acompañó.

—Está aquí, sargento —reconoció uno de sus asaltantes, tras hurgar en la cartera de Daniel—. Daniel Blackheart, del Wessex Chronicle.

—No lo conozco —espetó con suspicacia el sargento.

Pero, con un renuente gesto de la cabeza, señaló que lo dejaran levantarse.

—Y la dama también —añadió Daniel y se llenó los pulmones de aire.

—No parece periodista. Ni dama —murmuró el sargento al examinar a Izzy.

—Espero parecer una mujerzuela —contestó ella—. Era mi tapadera, y ustedes acaban de reventarla.

—No parecía quedarle mucha tapadera cuando entramos, señorita.

El sargento señaló con la cabeza el cuerpo tumbado de Mo.

—Tenga, más vale que se limpie. —Le tendió un pañuelo.

—Gracias. Llegaron rápido.

—En realidad, no —respondió el sargento—. Ésta es una redada de la brigada de estupefacientes, y hace unos tres meses que la tenemos planeada. No teníamos idea de que encontraríamos a una dama en apuros.

—Se supone que nosotros, los cínicos miembros de la prensa, no creemos en las coincidencias.

—En este caso, créalo. De haber sabido que estos cabrones estaban poniendo las cosas difíciles a los medios de comunicación, dado el trato que suele darnos la prensa, nos habríamos sentido tentados de dejar pasar otros tres meses.

—Vale, creo en las coincidencias.

Izzy esbozó una débil sonrisa, conmocionada todavía. Le cayó simpático el sargento. Quería abrazarlo y llenarlo de besos. O ponerse a llorar. Así que sonrió.

—Y necesito saber quién es usted, señorita. Necesito una identificación. Y una declaración.

La sonrisa desapareció. La policía. Las autoridades británicas. El subterfugio en el aeropuerto descubierto.

—¿Es éste su bolso, señorita?

Uno de los policías recogió el bolso del suelo.

—Gracias, oficial. Déjeme darle la identificación.

Esperaba no estar dando la impresión de coger el bolso con demasiada prisa. Acababa de recordar lo que contenía. Pero ahora no tenía elección.

—Soy Isadora Dean, la corresponsal extranjera de la WCN en Washington.

—Sí, creo que la reconozco —otro policía se unió a la conversación—. Tengo cable, ¿sabe? —añadió con entusiasmo.

—Compensa su falta de vida social —se burló el sargento. Cogió el pasaporte que ella le estaba entregando.

—Espere aquí, mientras lo comprobamos, si no le molesta, señorita Dean. Luego,

uno de mis hombres tomará su declaración.

—Claro, sargento, pero... —se tocó la herida de la cara—, ¿cree que podríamos salir un poco para tener aire fresco? No todos los días me visto de mujerzuela y me hago asaltar en un antro de drogas.

—Claro. Collins la cuidará.

Lo que quería decir el sargento, por supuesto, era que Collins los vigilaría de cerca hasta que el asunto de su presencia entre camellos y chulos se esclareciera. Se sentaron en el capó de un coche de policía, pasando por alto el húmedo viento de diciembre, y Collins se sentó en el asiento del conductor, con la portezuela entreabierta.

—Devereux se va a enterar de esto, Daniel —dijo Izzy en voz baja.

—¿Cómo? Cree que te has marchado.

—Piensa. ¿Qué habrías hecho tú, en su lugar, con sus contactos? Se habrá asegurado, tanto como que sale el sol cada día, de que él o su domesticado inspector se enterarían si volvía al país, si mi nombre figuraba en cualquier ordenador. Si se me ocurría usar una tarjeta de crédito en Téseos... Y rápido. —Se mordió un labio—. Va a saber que estamos aquí. En Londres. Y va a saber por qué. Encontrará a Paulette antes que nosotros.

—Tenemos que largarnos —convino Daniel.

—Una mirada a mi bolso, y se acabó. Nunca van a dejarnos marchar.

—¿Qué pasa con tu bolso?

—Aparte de un par de miles de libras en billetes que no podré explicar de dónde han salido, sólo la dirección privada del ministro de Defensa y su teléfono, que no figura en el listín, envuelto en mi ropa interior manchada. Trata de explicarles eso.

—Preferiría no tener que hacerlo.

—Lo siento.

—No tanto como lo sentirás en un minuto, cuando acaben de comprobar mi nombre en sus ordenadores.

—¿Qué quieres decir?

—No es así cómo pensaba decírtelo, Izzy, pero tienes que saberlo.

Aun con la oscuridad de la noche invernal y con las farolas que restaban color a todo, Izzy vio la herida.

—Soy drogadicto. Hace casi un año que estoy limpio, pero tengo unos antecedentes penales que harán que sus ordenadores echen chispas. Te lo dije, estoy lleno de grietas.

Izzy guardó silencio, aturdida. Respiró.

—¡Maldita sea! Debí suponerlo. Sabías demasiado de todo esto. De Paulette.

—¿Desilusionada?

—Sólo de mí, Daniel. Debí preguntarte. Debí saber más sobre ti.

—Estoy limpio, Izzy. Me estoy esforzando por salir de todo eso. Estaré bien.

—¿Problemas?

—Por supuesto. Sobre todo desde que te conozco. —Izzy sabía que lo decía en serio—. Meterse en un callejón sin salida desde el punto de vista de los sentimientos no es lo mejor que le puede ocurrir a un adicto en plena recuperación. Todo empieza a doler de nuevo. El diablo no se aleja de tu hombro. Aprende uno a vivir al día.

—¿Y me trajiste a este lugar sabiendo lo que encontrarías?

—Tenía una idea bastante buena de cómo sería el café. Pero menos de cómo lo haría. Es un poco como si un fumador empedernido se bañara en gasolina. Pero, lo hice bien, ¿verdad?

Diríase que contaba cien años. Izzy esperaba que fuese debido sólo a la iluminación de las farolas.

—¿E hiciste todo esto por mí?

—No, no sólo por ti. Por mí, también. Para ponerme a prueba. Para volver a tener algo en lo que creer. Uno se esconde de las drogas porque son más fuertes que uno. Uno se odia, odia su propia debilidad. Entonces llega un momento en que crees que tal vez podrás enfrentarte a ello, que ya no tendrás que huir, cuando tienes algo en lo que creer que es más fuerte que las drogas. —Se pasó una mano cansada por el cabello—. Hace mucho tiempo que no siento sino asco de mí mismo. Pero esta noche... creo que lo hice muy bien.

—Sólo te has equivocado en una cosa, Daniel.

—¿Cuál?

—En lo de la calle sin salida.

Izzy lo abrazó y lo besó de un modo que casi creía haber olvidado.

Fue mientras se abrazaban que los chicos metieron a Mo en la furgoneta. Éste no quería irse, de ningún modo, con aquellos tipos que le habían aplastado los cojones y los dedos. Pateó salvajemente, con todas sus fuerzas. Un oficial se dobló, agarrándose la rodilla y a Collins le pareció que debía ir a ayudarlos. Daniel lo vio.

—De veras tendríamos que irnos —susurró.

—No te estarás haciendo desear, ¿verdad?

—Izzy, creo que ambos deberíamos hacernos desear.

Y, aun antes de que Collins se diera cuenta de que se habían marchado, se habían metido entre las multitudes de compradores navideños en la calle High de Kensington.

* * *

Después de correr, y agradeciendo el aire fresco y el anonimato que les proporcionaban las calles oscuras, caminaron poco más de tres kilómetros rumbo al norte, pasando por alto la llovizna que flotaba en el aire y hacía relucir el pavimento y les humedecía los pies.

Ambos estaban exhaustos, agotados tanto por el enfrentamiento con la policía como con los delincuentes. Sin embargo, anduvieron a paso ligero, atraídos

inexorablemente por lo que pudieran hallar más adelante y perseguidos por lo que habían dejado atrás. La simulación había terminado. Su identidad se había descubierto y Devereux pronto se enteraría; quizá lo había hecho. Sabían que les quedaba poco tiempo.

Había cinco establecimientos que servían bebidas, en Endeavour Road, cuatro *pubs* y una bodega de mala muerte. Encontraron lo que buscaban en el cuarto, más allá de los grafitis, la mierda de perro y la escuela primaria; se trataba del Battle of Trafalgar (Batalla de Trafalgar), un sombrío edificio de estilo Victoriano de oscuras paredes revestidas de madera y pilares de hierro forjado alrededor de la barra, cuyas recargadas molduras originales estaban casi escondidas debajo de numerosas generaciones de pintura. Gran parte de la miserable iluminación del interior venía de la fila de máquinas tragaperras y juegos de vídeo, que obstaculizaban la entrada a los servicios, y de una televisión que parpadeaba encima de la barra: era la clase de *pub* donde la persona autorizada a vender bebidas alcohólicas prefería no ver y los parroquianos, no ser vistos.

—¡Dios, qué antro! —exclamó Izzy—. Diríase que nunca llegaron a limpiarlo después de la batalla. ¿Estás seguro de que la ganasteis?

—Los ingleses la ganaron —la corrigió Daniel, un tanto irritado—. Sólo puedo imaginar que los franceses se murieron de la risa al darse cuenta de que lord Nelson tenía un ojo ciego y la manga del brazo que debía coger el rifle metida en el chaleco.

—No hay mucho de qué reír aquí. ¿Qué hacemos?

—Tú, siéntate y observa, mientras yo nos consigo una copa, como cualquier buen chulo.

Izzy se vio de refilón en un espejo y jadeó. Su aspecto era horrible. Los ojos se le cerraban por falta de sueño; su cabello se había rizado con el aire húmedo de la tarde; su rostro estaba pálido y el maquillaje resaltaba en su espantosa fealdad. La herida de su mejilla se había secado, dejándole un verdugón rojo. Había olvidado que se suponía que era una mujerzuela. Así, representaba perfectamente el papel.

Daniel regresó con una Coca-Cola y una copa de un vino blanco. Le temblaba tanto la mano que casi derramó las bebidas.

—¿Estás bien? —preguntó Izzy, angustiada.

—De maravilla —Daniel se sentó pesadamente—. Trataron de venderme drogas mientras esperaba en la barra. Como en los viejos tiempos. Y yo tenía ganas de decir que sí, Izzy.

Al tratar de beber, su cola se derramó por fuera de la copa y goteó sobre la pringada mesa.

—Una vocecita dentro de mí me dice, me grita, que está bien. Que un poco no va a perjudicarme. Que puedo controlarlo, que no hay problema. El hombre la tenía en la mano, envuelta en un pedacito de papel. Y la deseaba, no tienes idea de cuánto.

Puso con fuerza su copa sobre la mesa, antes de que se le resbalara de los dedos temblorosos.

—Creí que habías dicho que estabas curado.

—Uno nunca se cura, Izzy. No es como el maldito sarampión. Está ahí, todo el tiempo; ofrece una salida fácil para los problemas, como si se metiera uno en una armadura para protegerse del resto de este mundo podrido. Salvo que uno descubre que se ha metido en un ataúd. No puedo volver a eso, Izzy. La próxima vez me matará.

—Entonces, déjame ayudarte.

Daniel se relajó un poco.

—Ya lo has hecho. Me has dado algo más fuerte que las drogas. Pero no me des la espalda ahora.

—Nunca.

Izzy iba a besarlo, pero él se apartó.

—Izzy, se supone que a un chulo no se le cae la baba por su puta. No está bien visto. —Logró sonreír—. Pero aceptaré ese beso en otra ocasión.

—Te lo daré cuando me lo pidas. Con intereses.

Y Daniel se encontró mejor. El diablo se alejó de su hombro.

Pasearon la mirada por el atestado *pub*, estudiando en medio del humo a los que habían empezado a instalarse para la larga noche que los esperaba. Había veteranos y parroquianos de antaño; ocupaban los taburetes y las sillas en las que se habían sentado casi todas las noches de su vida; recordaban el Trafalgar en sus días más gloriosos, cuando los adornos de latón brillaban, se emborrachaba uno alegremente y el *pub* no parecía todavía una víctima de guerra.

Había también otro grupo; más joven y con su propio uniforme, compuesto de camisetas con motivos de protesta y pantalón de colores vistosos y chillones, largos mechones de cabello teñido y sin vida que parecía más roto que cortado; toda su ropa parecía escogida al azar, estaba arrugada y hecha jirones, y cobijaba cuerpos a menudo dolorosamente delgados. Di ríase que los anillos y las cadenas estaban de moda; anillos que pendían de las orejas, que adornaban dedos, que traspasaban la nariz y, varios, los labios; cadenas colgando de estos anillos. Todo en exceso. Adornos convertidos en profanación, en protesta, cual una autoinmolación. A estos chicos no les gustaba el mundo y, al parecer, se gustaban aún menos a sí mismos.

La puerta al otro lado del *pub* se abrió de golpe, quejándose sobre sus bisagras sin lubricar. Entró alguien envuelto en un abrigo de cuero que le llegaba hasta los tobillos y un sombrero de ala ancha. Un delgado cigarro puro sobresalía de entre el bigote y barba gris cuidadosamente cortados. Los dientes estaban horrorosamente manchados y torcidos. El hombre no se dirigió hacia la barra: permaneció junto a la puerta, paseando una atenta mirada a su alrededor. Un joven se levantó inmediatamente de su asiento, lo saludó mecánicamente con el golpe de palmas ritual, y ambos desaparecieron más allá de las máquinas de videojuegos y entraron en el lavabo.

Daniel sacudió la cabeza.

—En sesenta segundos uno de ellos saldrá y saldrá. El otro se estará inyectando.

Izzy sintió náuseas.

—¿Cuál es el camello?

—¿Quién sabe? Tal vez ambos compren para sí mismos y venden para poder volver a comprar lo suyo. A menudo existe poca diferencia. El que salga primero será el que hace de camello esta noche.

Y fue el del abrigo de cuero el que salió y se fue antes de que la mayoría de la gente se diera cuenta siquiera de su llegada. Cinco minutos más tarde el más joven salió, lentamente, relajado, y saludó a un par de veteranos camino de su asiento. Casi no dijo nada durante una media hora, para después animarse y formar nuevamente parte del grupo.

—Ése es nuestro hombre —murmuró Daniel.

—¿Qué hombre?

—El que puede encontramos a Paulette.

—Yo pensaba que podríamos preguntárselo al camarero.

—Podríamos intentarlo, pero lo más probable es que no lo sepa o, si lo sabe, no nos lo diga, o, si nos lo dice, también advertiría a Paulette antes de que fuéramos a por ella. —Daniel negó con la cabeza—. Es un riesgo demasiado grande.

—Y ese tipo, con su camisa del ejército, casi en estado de coma, ¿representa menos riesgo? —preguntó, escéptica, Izzy.

—Es un adicto y necesita dinero. Para conseguirlo vendería a su abuela a unos caníbales sin pensárselo dos veces. Venderá a Paulette sin pensárselo en absoluto.

—O a Bella —susurró Izzy.

—Yo lo vendía todo cuando era necesario.

Izzy pasó la mirada del joven hacia Daniel; éste estaba intentando decirle algo.

—No seas demasiado dura con Paulette, Izzy. No tiene sentido. Pero trata de comprenderla. Cuando estás en esas condiciones, no existen límites, ni la vergüenza ni el sentimiento de culpa te impiden hacer lo que tienes que hacer. No tienes conciencia, ni control. No puedes evitarlo.

—¿No se puede evitar vender bebés? —protestó Izzy.

—Yo lo vendí todo, Izzy. Todo lo que poseía, todo lo que podía robar. Las medallas de guerra de mi padre. Las pocas joyas de la familia que mi madre había luchado tanto por conservar. Allané el piso de mi propio hermano. Hasta vendí mi propio cuerpo.

—¿Qué hiciste qué?

—Vendí mi propio cuerpo. Igual que tú anoche.

—¡Eso fue diferente!

—Claro que fue diferente. Y tú sólo lo vendiste una vez. Yo vendí el mío una y otra y otra vez. —Izzy tembló, se echó un poco hacia atrás. Él se dio cuenta—. Tienes que saberlo. No voy a ocultarte la verdad.

—¿Eso es lo que te hizo? —susurró la periodista.

Daniel asintió tristemente con la cabeza. Veía que la confusión la carcomía.

Pareció transcurrir mucho tiempo antes de que ella volviera a hablar y, de pronto, Daniel se sintió vulnerable y muy espantado. Quería meterse nuevamente en la armadura, mantener el temor fuera de sí. Los labios de Izzy se movían, pero le costaba pronunciar las palabras.

—¿Eso te hizo? —repitió—. Y, sin embargo, ¿estás dispuesto a arriesgarte otra vez? ¿Por mí? ¿Y por Bella?

—Por mí. Verás, tengo la esperanza que resultarás ser el mejor tratamiento de desintoxicación que pueda encontrar un hombre.

—Cuando te lleve a casa, Danny Blackheart, o donde sea que acabemos, vas a necesitar un tratamiento.

Una sonrisa le iluminó la cara y lo miró con expresión sugestiva por encima del vaso.

—Vosotras, las chicas trabajadoras, sois todas iguales.

Izzy iba a cogerle la mano, pero el momento había pasado. La atención de Daniel se había desviado. El joven adicto se había levantado y se dirigía a la barra, con la intención de pedir otra copa.

—Es hora de trabajar —murmuró Daniel, resuelto y dispuesto a seguir adelante.

—No —insistió Izzy—. Es mi turno, Daniel. Ya te has bañado en suficiente gasolina por un día.

Daniel trató de hallar el ánimo necesario para protestar, pero ella ya se había puesto de pie y se encaminaba hacia la barra. Se apretujó al lado del joven y, al hacerlo, le rozó el brazo con un seno, adrede.

—Hola, mi rey —lo saludó.

Él la miró, sorprendido, posó la mirada en el seno que lo había atacado y volvió a mirar al camarero.

—Lo siento, hermana, no juego en esa liga —le contestó con un acento enterrado en el lodo del estuario del Támesis.

—Creo que no me entiendes. No quiero vender. Quiero comprar.

La curiosidad del joven se despertó de inmediato.

—¿Qué buscas? ¿Pastillas? ¿Porros? ¿Éxtasis? ¿Algo más heavy?

—Algo mucho más heavy: información. Y estoy dispuesta a pagar por ella.

La curiosidad del adicto se tomó suspicacia.

—¿No serás...?

—¿Acaso parezco de la bofia? ¡Por Dios! Menudas policías debéis de tener en este país.

—Qué clase de información y cuánto.

—Estoy buscando a una chica llamada Paulette. Ha estado por estos rumbos últimamente y probablemente en este *pub*.

—¿Por qué quieres saberlo?

—No es asunto tuyo, maldita sea.

—Nunca he oído hablar de ella.

—¿Has oído hablar de cincuenta libras?

De debajo de la correa de su reloj, Izzy había sacado un billete doblado varias veces. Con eso consiguió toda su atención.

—¿Qué tal va la memoria, ahora?

—He... oído el nombre. Viene por aquí, una o dos veces por semana. Pero hace unos días que no la veo.

Paulette. Aquí. Las palabras golpearon a Izzy como tiros de mortero al explotar. Se encontró con que había dejado de respirar; en su mano, el billete había empezado a temblar.

—¿Sabes dónde vive?

—No.

¡Desesperación!

—Pero puedo averiguarlo —aseguró el joven a toda prisa.

—Necesito encontrarla sin que ella se entere de que la estoy buscando. Sin causar alboroto, ningún alboroto.

—No quieres espantarla, ¿eh! No es problema mío. Puedo hacerlo.

Cuidadosamente Izzy rompió el billete de cincuenta libras en dos. Guardó una mitad en el puño y colocó la otra debajo de la mano sobre la pegajosa barra. El labio superior lleno de costras se movió furiosamente, como una ardilla comiendo una nuez.

—Te toca la otra mitad si puedes darme su dirección. Al mediodía mañana. Aquí.

El tipo puso una mano sobre la de ella.

—¿Y un polvo gratis? —se burló.

—Lo único gratis que vas a tener es la sensación de haber perdido las cincuenta libras más fáciles de conseguir de tu vida.

Él dio un resoplido.

—Zorra.

Izzy quitó su mano de debajo de la de él, y él, a su vez, cogió rápidamente su mitad del billete.

—Mañana, a las doce. —Izzy le pellizcó ferozmente la mejilla sin afeitar—. ¿Y sabes una cosa? Me caes bien. Hay algo en tu olor. Dime dónde está, dónde puedo encontrarla mañana sin que ella lo sepa y te daré otro de cincuenta.

—Estaré aquí —espetó el joven, con los ojos enrojecidos por el resentimiento—. De todos modos, ¿quién iba a querer follar con una vieja asquerosa como tú? ¡Ni siquiera gratis!

* * *

No volvieron al Stafford. No se atrevían a correr el riesgo de ir a un hotel, por si Devereux y su establishment ya la estaban buscando. Izzy ya se les había escapado en otras ocasiones de las manos y no iban a darle otra oportunidad. De todos modos,

tampoco hubieran podido dormir, pues una marea creciente de excitación se había llevado su agotamiento y los había sacado de su cobijo de dudas.

Se refugiaron en un café abierto toda la noche. Allí, bajo la luz difuminada por una vaporosa nube de aceite de cocinar, bebieron café, tomaron sopa y vieron cómo el propietario de ojos nublados insultaba con desinhibida parcialidad de serbio a los parroquianos que, según él, no eran alcohólica, química o socialmente dignos de adornar sus escasas mesas. La noche estuvo salpicada de frecuentes riñas y maldiciones de los visitantes indeseados, que eran despachados a la helada calle con la misma rapidez con que habían entrado. El cristal astillado de la puerta era testigo de que en ocasiones los ofendidos le devolvían algo más que insultos. Unas tiras de celo se extendían por las partes dañadas, toscamente disfrazadas de estrella navideña. Pero, al menos, el local estaba caliente y a Izzy le agradó la chorba, o sea, la sopa de col.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó Izzy.

Llevaban varias horas hablando, intercambiando imágenes verbales de su vida anterior, dándose mutuamente la oportunidad de tocar y compartir los momentos y los recuerdos con los que se forman o a veces derrumban un hombre o una mujer.

—Fue durante mi primera semana en la facultad. Me había comprado una Norton, una bestia mecánica cromada de 500 cc. Para fardar y para atraer a las chicas. Tuve mucho éxito desde el principio. —Daniel esbozó una sonrisa maliciosa—. Hasta que, por tratar de llamar la atención de una maravillosa estudiante de humanidades llamada Anna, tomé demasiado deprisa una curva en el parque de la universidad y acabé estrellándome contra un arce. La Norton resultó una pérdida completa pero, con el tiempo, lograron juntar mis fragmentos. Tras varios intentos pudieron enderezarme la pierna derecha y pasé los dos años siguientes dependiendo de los analgésicos. —De detrás de la barra se oyó un bramido y otra persona que aspiraba a refugiarse de la fría noche se escabulló de vuelta a las sombráis.

»Me sentía realmente orgulloso de mí mismo cuando finalmente tiré las muletas y las pastillas —prosiguió Daniel; el recuerdo aún tenía el poder de herirle—. Pero cuando la emoción se desvaneció, me di cuenta de que las cosas no funcionaban exactamente bien. Algo me faltaba, algo muy importante tanto para mí como para mi cuerpo, pero no sabía el qué. Así que lo probé todo: una nueva Norton, *surfing* en la nieve, paracaidismo y mucho más sexo. Pero nada me arrancaba esa sensación persistente de vacío. Nada excepto las drogas. Una amiga me dio unas pastillas para tranquilizarme antes de los exámenes y mi cuerpo reconoció inmediatamente que ya lo había encontrado; eso era lo que me faltaba. Fue como un abrigo de piel en un día helado. —Se abrazó a sí mismo con ademán protector.

»Y, por supuesto, podía dominar la situación, ¿no? El culpable era el accidente, después de todo, no yo. No era un drogata, ni nada por el estilo, aun cuando ya había pasado por toda la gama: pastillas, esnifar y cuando ya había llegado a las jeringuillas. Podía dejarlo cuando quisiera, sólo se trataba de aguantar hasta terminar

los exámenes de fin de curso, luego por el tiempo que se supone que se necesita para encontrar trabajo y, luego, cuando no lo conseguí, para soportar la desilusión y las broncas que empecé a tener con todos los que me rodeaban. Fuese cual fuese el problema que se me presentaba, mi cuerpo me decía que la respuesta se encontraba en la heroína. Convertía un mundo complejo en uno sencillo. Todos los que conocía lo hacían. Claro que sí. Ningún amigo normal habría aguantado mis insultos y mis mentiras. Y así siguió.

—Hasta que...

—Me hallaba en Salford, creo. Había vendido todo lo que poseía y hasta había empezado a vender los servicios de mi novia. Me desperté una mañana... bueno, no sé exactamente qué hora del día era, apenas reconocía la diferencia ya..., y ella me había abandonado. Me sentí muy mal; vomité. Necesitaba desesperadamente una dosis, pero no tenía dinero. Sólo me quedaba una cosa por vender: mi cuerpo. Y lo hice. —La implicación tembló vacilante entre ellos.

»Eso era yo, Izzy. No quedaba nada de mí fuera de las drogas. Entonces un golpe de suerte me salvó la vida —continuó explicando Daniel—. Regresé a la Bahía a ver a mi madre. Aun siendo adicto, supongo que algo me quedaba del sentido de la vergüenza, pues la había evitado durante meses. Después de haber robado las medallas de mi padre no quería que me viera, que viera en lo que me había convertido.

—¿Fuiste para pedirle ayuda?

—No. Fui únicamente para volver a robarle algo. Hacía ya mucho tiempo que me había echado de casa, diciéndome que no era bienvenido bajo su techo mientras me estuviera «arreglando», según su propia expresión. Así que regresé a tomar un café y le mentí. Le dije que lo había dejado todo. Mientras estaba ocupada le robé el bolso y un collar que mi padre le había regalado. No era gran cosa, bisutería, pero era casi lo único que le quedaba de un mínimo valor.

—Bueno, pero ¿qué hay de suerte en eso?

—Llamó a la policía. Y cuando los agentes trataron de restar importancia al asunto y alegaron que se trataba de una disputa familiar, armó un escándalo e insistió en que me arrestaran y me encerraran.

—¡Tu madre! ¿Hizo arrestar a su propio hijo? Debió sentir una extraordinaria amargura.

—Mi madre me amaba más profundamente de lo que yo me imaginaba. Vio que me estaba matando, y sabía que a menos que me obligaran a afrontar lo que estaba haciendo, pronto recibiría otra visita de la policía para decirle que me habían hallado en un arroyo con la pata estirada y una jeringuilla en el brazo. —Hasta entonces, Daniel había hecho su relato de un modo monótono, casi académico, contando los hechos desapasionadamente. Pero ahora la emoción se filtró, una pasión reavivada, una nueva llama que parpadeaba a través del sufrimiento.

»Fue a verme a la celda esa noche y me escuchó vociferar y desvariar. “¿Cómo

podía mi propia madre denunciarme —le grité—, por unas cuantas libras que sabía que le devolvería?” le mentí. Así que me dijo que se estaba muriendo de cáncer. Que le quedaban pocos meses de vida y que no quería verme muerto antes que ella. Que si volvía a drogarme ya nunca más me dirigiría la palabra; que me amaba demasiado para ayudarme a suicidarme. Y se fue. Fue cuando supe que tal vez no volvería a verla. Y no ha habido momento en mi vida en que me haya sentido más completamente destrozado.

Con una mirada feroz sostuvo la de Izzy, enzarzado en una lucha con sus recuerdos; su rostro tenía un aspecto demacrado y su voz se había convertido en un ronco susurro. E Izzy vio cómo, lentamente, un sonrojo de orgullo le iluminaba y se extendía por sus mejillas.

»Por primera vez en meses, algo que no fuera la heroína comenzó a penetrar en mi conciencia. Y, para cuando ella murió tres meses más tarde, pude estar presente con mi hermano y el resto de mi familia para despedirme adecuadamente de ella. Había pedido que leyera el sermón en su funeral. Era toda una madre.

—Me habría gustado conocerla.

—En cierta forma la conoces. Te pareces mucho a ella. Nada de compromisos a medias, nada de echarse para atrás. Me la recuerdas en muchas cosas, Izzy. —Ella se mordió un labio. Le fallaban las palabras.

»En algunas, eso sí. Nunca tuve un deseo irresistible de arrancarle la ropa a mi madre.

—Supongo que son esas pequeñas cosas las que hacen las grandes diferencias en una relación.

Pasaron el resto de la noche hablando y compartiendo recuerdos, agradecidos por el momento de descubrimiento que los distraía de la tensión que se iba acumulando en su interior. Sin embargo, resultó ser una batalla desigual. Cuando el amanecer empezó a abrirse paso por el cielo invernal, decidieron que ya no podían quedarse sentados. El calor del café comenzaba a agobiarlos y la cafeína les corroía el control de sí mismos, así que salieron al aire matutino cuyo toque helado los reanimó.

Encontraron unos servicios públicos y se refrescaron el cuerpo. Izzy pudo, por fin, quitarse el maquillaje que todavía tenía por toda la cara. Pasó largo rato examinándose atentamente en el espejo sobre el descascarillado lavabo, mirándose a los ojos. Allí vio a Bella, en su color, en su forma, en el alma que se escondía detrás. Alargó el brazo para tocar, para coger la imagen, pero el espejo se empañó, la imagen se enturbió y se borró. Se le detuvo el corazón. ¿Sería esto lo único que le quedaría de su hija? ¿Una imagen que la perseguiría cada vez que posara la vista en un espejo? Se echó más agua fría en el rostro para evitar que la gente creyera que eran lágrimas lo que corría por sus mejillas.

A las diez habían llegado a Endeavour Road, incapaces de contener su impaciencia. Un frente frío había pasado por la capital esa noche, llevándose la lluvia y dejando un día helado pero vivificante; el sol se aventuraba a brillar de vez en

cuando desde detrás de alguna nube alta. Aun en invierno, la gente de Endeavour Road hacía vida en la calle y salía de las oscuras hileras de casas uniformes: sus saludos o insultos a voces volaban de un lado para otro; coches y camiones de reparto aparcados en doble fila atascaban la circulación; los escolares holgazaneaban y ensuciaban la calle; las madres trataban de abrirse paso por la calzada atestada y proteger a sus pequeños. Eran gentes negras, blancas, mestizas; su acento provenía de zonas celtas, del Caribe, de las penínsulas y de los rincones alejados de Europa; algunos eran, incluso, del Próximo Oriente.

El ruido producido por música rasta y *rock* y las protestas de las bocinas se mezclaban con los olores que emanaban de los puestos de pescado y de los establecimientos que servían platos al *curry*, de las tintorerías, de las panaderías y de lugares con exhalaciones menos agradables y dulces, como de anchoas podridas y peor.

Era el sótano de Inglaterra.

Un hombre de mediana edad con un traje de tres piezas y zapatos desaliñados pasó trastabillando; la flor de ayer languidecía en el ojal de su solapa. En un cerrado dialecto escocés se preguntaba por qué «ellos» —nadie sabía a quiénes se refería— no podían pronunciar bien las vocales. La revolución de un hombre contra el inglés del estuario. Más que una amalgama era un hervidero.

En el extremo de la calle como una exclamación arquitectónica, se alzaba el edificio de la Triumph Towers, una creación de otro mundo levantada para invadir y esclavizar. Una fortaleza marrón de hormigón cuyos veintiocho pisos se abrían paso hacia el cielo, ocultando el sol y proyectando sombras sobre los que vivían a su alrededor y en su interior. Era una ciudad autónoma habitada por varios centenares de personas; no constituía un hogar sino para palomas urbanas enfermas y sueños abandonados; un monumento desmedido a la conveniencia burocrática, construido en los años sesenta por planificadores urbanos, sólo para que, treinta años más tarde, sus hijos se propusieran demolerlo. Pero el dinero se había acabado por los malditos recortes. Y, de todos modos, ¿a quién le importaba?

A las doce del mediodía, Izzy y Daniel se encontraban en el Trafalgar.

El adicto llegó tres minutos tarde, agobiado, vistiendo la misma ropa que la noche anterior. Jadeaba al aproximarse a Izzy y su pecho palpitaba; ella, por su parte, tenía el aliento cortado.

—Un vaso largo de escocés para mí —exigió el joven. Ella le hizo una seña al camarero—. Y doscientas libras.

Lo esperado, la coacción.

—Olvídalo.

Izzy se dispuso a alejarse.

—Por las señas del lugar donde podéis encontrarla ahora mismo.

Izzy se detuvo, se volvió, lo miró directamente a los ojos en busca de un mínimo indicio de sinceridad. Ni uno.

—De acuerdo.

—El dinero a la vista.

Izzy sacó del bolso la parte rota del billete de cincuenta libras y tres más enteros. Los colocó lentamente sobre la barra, el rasgado encima de los demás. Rompió cuidadosamente los enteros.

—¿Qué co...?

—Ésta es mi garantía de que no eres otro desgraciado tímido asqueroso.

—¡Maldita sea! No me caes nada bien —espetó el joven.

—Pero te gusta mi dinero. —Izzy empujó las tres nuevas mitades hacia él—. Y te encantaría tenerlos enteros.

Cogió bruscamente los billetes y la miró iracundo. Ella había aceptado el reto y él había perdido el farol. Entonces llegó el *whisky*; él lo apuró de un trago y con ello, al parecer, perdió su agresividad. Se echó a reír.

—La dirección —exigió Izzy.

De pronto, el temor la estaba ahogando. Por toda respuesta, una risa tosca.

Necesitaba ser fuerte. Deseaba desesperadamente ser firme pero, en el fondo, sentía que se estaba derritiendo cual una muñeca de cera en el infierno. Su resistencia y confianza empezaban a evaporarse y ella, a tambalearse. Seguramente él se estaba dando cuenta.

Los labios llenos de costras seguían riendo.

—¿Dónde está? —volvió a exigir Izzy y sacudió los billetes bajo la nariz del joven.

—En el cielo —farfulló él con una sonrisa socarrona.

—¿Dónde?

—El cielo. En el cielo.

—El cielo. ¿Quieres decir el cielo? ¿Está muerta?

Las rodillas de Izzy flaquearon, lo que le hizo reír aún más con una mueca de desprecio.

—No. Muerta, no, zorra idiota. Todavía no, de momento. En el cielo, el lugar al que la gente llega arrastrándose para morir y besar el culo de los ángeles. En las nubes. Mira por la maldita ventana —dijo, señalando con un dedo de uña rota—. En Triumph Towers. Lo más cerca del condenado cielo a que llegaremos la mayoría de nosotros.

—¿Está allí? Pero ¿dónde?

Otra sonrisa desdeñosa y una mirada atenta a los billetes rotos en manos de Izzy. Ella arrojó dos sobre la barra.

—Debe de haber unos trescientos apartamentos en ese edificio. ¿En cuál?

Él alisó las dos mitades arrugadas.

—En el piso veinticinco.

Otra mitad.

—¿Qué puerta?

La sonrisa había desaparecido.

—Oye, no lo sé. Te juro que está allí, pero no sé en qué apartamento. Me dijiste que no me pusiera pesado, ¡por Dios, tía! Sólo hay diez malditas puertas por piso. Seguramente puedes averiguarlo por ti misma, ¿no? —Se escarbó nerviosamente los dientes.

»Y si no me das esa otra mitad voy a ir allá a gritar antes de que tengas la más mínima oportunidad de preguntar.

Pero estaba gastando saliva en balde. El billete ya estaba revoloteando en el aire e Izzy corría hacia la puerta.

Corrieron los trescientos metros, abriéndose paso entre los vagabundos envueltos en polietileno y picados de viruelas que revoloteaban por allí en busca de un rincón o una grieta a sotavento. El sol había desaparecido detrás de las nubes y los grises dedos del invierno se habían instalado sobre la calle y atenazaban el corazón de Izzy. El frío viento le hizo llorar los ojos, llenándolos de lágrimas hasta anegarlos. Como los de Devereux. Muy en el fondo, algo le decía que corría directamente a sus garras.

Las puertas del Cielo se encontraban entreabiertas; el sistema de intercomunicación y la enorme cerradura electrónica se habían estropeado y las puertas chirriaban bajo el azote del viento. Adentro había un mostrador de recepción destrozado y, tras éste, san Pedro, encamado por un agobiado anciano de rostro gris y barba desordenada, que bregaba con las exigencias de un grupo familiar de mujeres en chal que hablaban todas al unísono mientras dos pequeños se dedicaban a dar patadas a las puertas del ascensor. En la pequeña oficina detrás del mostrador de recepción se oía sonar un teléfono que nadie contestaba. Cuando Izzy y Daniel pasaron de largo, a grandes zancadas, san Pedro agitó un brazo para detenerlos.

—Paulette. Piso veinticinco —gritó Izzy por encima del hombro, evitando mirarlo directamente a los ojos.

Otro teléfono empezó a sonar; un niño, al que habían abofeteado, lloraba. La cháchara de idiomas extranjeros fustigaba al anciano, zumbando en sus oídos; se sintió débil, toda resistencia apagada. Le habría gustado que alguien robara el edificio entero, no sólo los televisores y las instalaciones eléctricas. Pero, ¿quién lo querría?

Junto a los ascensores se hallaba una enorme urna de hormigón, situada allí para una planta arrancada tiempo atrás por unos niños y sustituida por basura y desperdicios hasta rebosar. El ascensor era todo de metal, mugriento y lento. La cuenta hasta el veinticinco pareció eterna.

Salieron a un pasillo decorado a brochazos imitando guijarros incrustados, a cuya derecha se extendía una larga fila de puertas pintadas. Al otro lado, a través de cristales dobles repletos de cagarrutas de paloma, tuvieron una vista de la ciudad que, aun en un momento como aquél, cortó el aliento de Izzy. Abajo, se extendía Londres, un mosaico de formas construidas con los bloques de vida urbana, los tejados y las calles, las líneas, las plazas redondas y en forma de media luna, los parques, las avenidas, todo en miniatura, luchando por la supremacía y estirándose hacia los suburbios rurales que yacían más allá, en las neblinas invernales.

El pasillo apestaba.

—¿Cuál? —susurró Daniel.

Fueron de puerta en puerta. Constituían poco más que frágiles barricadas que separaban a los ocupantes del resto del mundo. A través de la primera les llegaron las vociferaciones de una madre exasperada gritando a sus hijos; de la segunda, un fragmento del telediario del mediodía. Daniel negó con la cabeza. A los adictos les

importan un bledo las guerras y los informes del tiempo. La tercera se hallaba detrás de una enorme persiana de hierro sobre la que figuraban obscenidades y comentarios ofensivos grabados por niños y alrededor de la cual las arañas habían tejido telas ahora llenas de polvo. La cuarta estaba chamuscada a partir del buzón, y dentro, una mujer cantaba en portugués. Detrás de la quinta, silencio. Daniel e Izzy apretaron la oreja contra la madera, pero no captaron ningún indicio de movimiento u ocupación. Izzy se encogió de hombros. Probarían otra vez más tarde.

Parados ante la siguiente, oyeron el sonido inconfundible de una tos. Ataques duros de expulsión seca, fragmentos disecados de dolor. Era una mujer que, además, gemía.

Daniel alzó la mano, indicando a Izzy que se quedara allí mientras él corría pasillo abajo para llevar a cabo una breve inspección de las demás puertas, pero regresó al cabo de unos segundos, negando con la cabeza.

—Es ésta, ¿verdad? —preguntó Izzy.

En su interior, algo se retorció, algo afilado la estaba rasgando, haciendo que el corazón le latiera desenfrenado y la cabeza le diera vueltas.

Daniel dio un paso atrás, respiró hondo y se dispuso a abalanzarse contra la puerta.

—¿Por qué será que siempre me estoy arrojando contra tarugos de árbol? —inquirió, afligido.

—Porque eres demasiado impaciente —susurró Izzy.

Empujó suavemente la puerta y ésta se abrió. No estaba cerrada con llave.

Un pasillo exiguo y oscuro. La única luz provenía de una puerta abierta en el extremo opuesto, desde la cual les llegó el sonido de más tos seca. Avanzaron sigilosamente, haciendo tan poco ruido como podían.

La habitación era pequeña; medía menos de cuatro metros cuadrados; el suelo era de vinilo salpicado de manchas y las paredes estaban empapeladas con motivos florales que se habían desteñido, hasta el punto de ser casi invisibles. Parte del papel pendía del techo y había sido arrancado; en otras secciones, el intento poco metódico de cubrir los daños de los años con pintura se había abandonado antes de que la emulsión de un color cremoso llegara al primer rincón. Parte de una de las paredes hasta la puerta se encontraba manchada por lo que, dado su aspecto y su hedor, sólo podía ser vómito reciente. Aunque la puerta corredera que daba al balcón se encontraba entreabierta, el olor agrio flotaba en el aire y se mezclaba con el aroma rancio de comida, parte de la cual todavía infestaba el desorden de platos sucios abandonados en un rincón.

Nada decoraba las paredes; no había televisor, y una bombilla desnuda colgaba del casquillo. Sólo había un radiador oxidado; todo lo que podría haber sido útil había desaparecido, había sido desmontado y vendido.

Una mesita de café baja y dos sillas en estado ruinoso constituían el único mobiliario, complementado por pedazos de gomaespuma sobre los cuales alguien

había echado viejas mantas. En una de estas piezas de gomaespuma se hallaba sentada, más bien agachada, la joven.

Iba descalza, estaba demacrada y las polainas y el mono negro que vestía sólo servían para resaltar la palidez poco natural de su piel. El cabello, que podría haber sido rubio en otros tiempos, estaba demasiado sucio para describirlo. Una manga del mono estaba remangada varios centímetros por encima del codo y el cinturón de algodón de un albornoz apretaba la parte superior del brazo. Uno de los extremos se encontraba en la boca de la mujer, cuyos dientes daban la impresión de tratarse de un perro royendo un hueso mientras tiraba del cinturón a fin de incrementar la presión. Una colección de agujeros inflamados formaban manchas y costras sobre el pliegue del codo. La joven los golpeaba con la mano libre, en un intento por incitar a la vena a salir de la capa de costras.

Sobre la mesa enfrente de ella había un pequeño pedazo de papel cuadrado y una cuchara doblada. A su lado, un encendedor con el que había reducido la heroína a líquido dentro de la cuchara, disuelta en el zumo ácido de un limón que se encontraba, exprimido y aplastado, en el suelo. Una navaja. Un filtro de cigarrillo masticado. Una jeringuilla.

—¿Paulette? —jadeó Izzy.

La mujer alzó la mirada. Eran los mismos ojos vidriosos y atormentados que recordaba, pero en vez de agotados, ahora ardían con energía, temerosos, hiperactivos, cual un jugador en tensión antes del gran partido. El mismo rostro, más cadavérico de lo que Izzy había visto en sus pesadillas, vacío de expresión, cera sin vida. Era ella.

Paulette no les hizo caso y volvió a centrar su atención en la búsqueda de una vena inyectable.

—¡Paulette! —exclamó Izzy más bruscamente.

Algo se manifestó en los ojos de la chica; una chispa, un carbón ardiente de enfado; sin embargo, tampoco ahora dijo nada y mantuvo el cinturón firmemente sujetado entre los dientes. Su irritación ante la molestia se expresó únicamente con los golpes aún más violentos que propinaba a su sistema circulatorio.

Izzy fue la primera en reaccionar. Cruzó la habitación de un salto y, antes de que la chica pudiese reaccionar a su vez, ya había cogido la jeringuilla de plástico.

—¿Dónde está mi hijita?

—¡Dame eso!

—¡Mi hija! ¿Qué has hecho con mi hija?

Con un chillido de rabia animal, Paulette se abalanzó sobre Izzy tratando de quitarle la jeringuilla; pero la mesa se encontraba entre ella e Izzy; trastabilló y cayó pesadamente sobre el brazo expuesto. Permaneció ahí un rato, gimiendo, dolorida.

—¡Devuélvemela! —rogó con voz patética.

—No, hasta que me hayas dicho lo que has hecho con mi hija —respondió Izzy desde una distancia prudente.

—¿Quién eres? ¿Por qué no me dejas en paz?

Paulette tenía la mirada fija en la jeringuilla. Izzy se la llevó a la espalda y colocó el cuerpo entre la chica y sus deseos.

—Mírame. ¿Te acuerdas? ¡El hospital!

Paulette parpadeó en su desahogado dolor. Todo estaba borroso; su jeringuilla había desaparecido y, a través de la neblina, surgió una cara. Algo que ver con un hospital. Y lo recordó.

—¡Tú! —exclamó sin querer.

—Sí. Y mi hija. La robaste, ¿verdad? ¿Dónde está ahora?

—Dame eso. Lo necesito —Paulette estiró el frágil brazo—. Hablaré después.

—Hablarás ahora.

Izzy agitó la jeringuilla delante de Paulette y empujó el émbolo. Un hilillo de líquido salió de la aguja y chorreó, cual lluvia, sobre la mesa delante de Paulette. La chica soltó un primitivo grito de dolor e Izzy apenas notó el gruñido de angustia de Daniel a sus espaldas.

—Por favor... —sollozó la chica.

—Primero mi hija. Luego te la daré. Si queda algo.

—No sé nada.

Una nueva neblina de heroína cruzó la habitación formando un arco. La chica clavó la mirada en Izzy; el odio le retorció los rasgos. Pero en los ojos de la otra mujer, Paulette halló un anhelo, un odio casi mayor que el suyo propio, y una fuerza para la que sus mentiras y sus engaños no serían dignos contrincantes. Su necesidad creció y su resistencia se desmoronó.

—De acuerdo. De acuerdo —rogó—. Basta.

—¿Qué ha ocurrido con mi hija?

Paulette quería mentir, negar; pero su capacidad inventiva se había diluido en el dolor. Le hicieron falta numerosos segundos para recuperar el control de sus nervios destrozados y extremidades temblorosas antes de empezar a contar su historia con palabras vacilantes, a traficar con la verdad, como había traficado con lo demás.

—Tenía... una niña —balbuceó—. No era mía. Era de otra persona. Una niña, para adopción. Su madre adoptiva provisional había enfermado, no podía con ella; así que recogí a la niña para llevarla con sus nuevos padres adoptivos provisionales. — Todo el cuerpo le temblaba—. Pero la dejé caer. Debí perder el conocimiento, o algo así. Di un traspie. Lo siguiente que supe fue que la niña se encontraba al pie de la escalera y tenía los ojos cerrados. Estaba herida, muy pálida. No pude despertarla. No lo hice adrede —sollozó—. Así que la llevé al hospital. ¡Quería ayudarla! ¿No lo entiendes?

—Sigue —exigió Izzy.

Ella también temblaba.

—Llegué al hospital. La niña estaba en mis brazos. Y todos iban corriendo de un lado a otro; no había nadie que me hiciera caso.

—La alarma de incendios —apuntó Izzy.

La chica asintió con la cabeza.

—Yo buscaba a una enfermera porque para entonces creo que la niña ya había dejado de respirar. ¡Tenía tanto miedo! Entonces entré en un cubículo detrás de una cortina, ¡y allí estabas tú! Tenías sangre en toda la cara. Estabas inconsciente y tu hija, más o menos de la misma edad que la niña. Sonriendo.

—Está... viva.

Izzy apenas se atrevió a pronunciar las palabras.

Paulette volvió a asentir con la cabeza.

—Bella está viva —susurró Izzy—. Viva...

Su voz se desvaneció y se convirtió en un débil grito ahogado cuando la pasión del alivio se le subió a la garganta. Durante un momento no pudo luchar contra la maraña de emociones. No sabía si reír, regocijarse, derramar lágrimas, gritar o dejarse llevar por la sensación de que alguien había cortado los alambres que la mantenían viva. Estaba como delirante, pero no por ello dejó de aferrarse a la idea de que restaba mucho, muchísimo, por hacer todavía.

—¡Cabrona! —La furia la había congelado—. Las cambiaste, ¿verdad? Mi niña por la tuya.

—¿Qué más podía hacer? No había nadie por allí. En todo caso, tú parecías muerta. No podía reconocer que había hecho daño a la niña. Lo habrían descubierto todo.

—Lo de las drogas. Lo de que tú y Fauld recogíais niños por medio de la misión. Que vendíais niños al mejor postor. —La chica agachó la cabeza, agotada y avergonzada—. Y lo de que tu padre te estaba encubriendo.

La chica alzó bruscamente la cabeza.

—¡Mi padre! ¿Ayudarme, mi padre? —espetó, incrédula—. ¡Maldito sea! ¿No ves que todo esto es culpa suya? El gran hombre que tenía que ser mejor que todos. El pilar de la comunidad. El estadista que todos respetaban. Pero mientras iba por ahí jugando a ser Dios ante el maldito país, ¿dónde estaba cuando yo lo necesitaba? ¿Dónde cuando lo necesitaba mi madre?

Paulette se apretó el vientre, angustiada, acongojada.

—Ha luchado implacablemente para encubrirte.

—Es la culpa. Nada más que la culpa. El muy cabrón.

Y Paulette soltó un sollozo, un sollozo que era más que dolor físico.

—Por favor, dame la jeringuilla.

—No, hasta que no me hayas dicho lo que hiciste con mi hijita.

Izzy se abalanzó sobre ella, agresiva, apenas consciente de la mano que la detenía por detrás.

La vista de Paulette había empezado a borrarse.

—Por favor —gimió.

Más gotas cayeron al suelo.

—¿Qué hiciste con mi hijita?

La chica aspiró una gran bocanada de aire que hizo temblar su cuerpo demacrado, dando la impresión de que estaba a punto de quebrarse.

—La saqué del hospital. Nadie se fijó. Entré con una niña y salí con una niña. Y se la di a los nuevos padres adoptivos provisionales, que es lo que tenía que hacer.

—Bueno, ¿y dónde está ahora? —gritó Izzy frustrada.

Levantó la jeringuilla por encima de la cabeza, como si pretendiese echarla al suelo.

—¡No! —chilló Paulette.

Se cubrió la cara con las manos y se encogió como un perro. Permaneció en esa posición, gimoteando.

El silencio sólo provocó más odio en Izzy. Esa mujer le había arrancado a Bella, le había robado a su hija y, con ella, su vida; había infligido desgracias que iban más allá de toda comprensión, y ahora rogaba, le pedía compasión.

Izzy no tenía compasión que dar. No le quedaban recursos para la compasión. Bruscamente, lanzó la jeringuilla a Daniel, apenas consciente de la mano atormentada que la cogió, y se volvió para enfrentarse nuevamente a la mujer encogida. No la dejaría apartarse de la realidad. Le levantó la cabeza. Esperaba ver una cara manchada de lágrimas, pero, para su sorpresa, no halló debilidad, sino unos ojos que ardían con maldad y acción.

Paulette se abalanzó sobre Izzy. Su furia prestó agilidad a sus pies, decidida a conseguir por la fuerza lo que no podía extraer apelando a la compasión. Dos mujeres, dos vidas chocaron, la una tocada por la maldad, la otra, por la inocencia.

Al ver que Paulette saltaba hacia ella, Izzy echó un brazo hacia atrás y abatió la mano en su cara. Paulette voló por la habitación. Su cabeza se estrelló contra la pared y le salió un chorro de sangre de un labio cortado. Sin respiro, Izzy se arrojó sobre ella, la zarandeó y forzó la vuelta a la realidad detrás de los párpados cerrados.

—¿Dónde está ahora? ¿Dónde?

Paulette murmuró. Izzy la apoyó en la pared. Los ojos de la chica permanecieron firmemente cerrados.

—Con una de nuestras madres adoptivas provisionales, no sé cuál, esperando a que la entreguen a sus nuevos propietarios.

—¿Propietarios? —Izzy se encolerizó, conmocionada por la expresión—. Bella no es un mueble de segunda mano.

Pero, por supuesto, para Paulette lo era.

—¿Propietarios? —repitió Izzy sin aliento.

—Extranjeros.

—¿Extranjeros? ¿De dónde?

—De otro país.

—¿De dónde?

Izzy la abofeteó con fuerza y los ojos de Paulette se abrieron repentinamente.

Carecían de alma, de vida.

—De alguna parte del Golfo. No estoy segura de dónde.

—¿Por qué diablos querrían a una niñita como Bella?

No hubo respuesta. Más Izzy creyó saberlo. Judi se lo había dicho, encendiendo una hoguera de temores. Carne blanca. Lo último en cuanto a símbolos de importancia social. Para ser criada al estilo tradicional. Y aunque fuera por otra razón, no importaba. Habían vendido a su hija.

Deseaba aplastar la cabeza de Paulette contra la pared, desparramarle los sesos y la vida por eseapestoso antro de drogas, infligirle tal sufrimiento que compensara, por poco que fuera, el dolor que ella había padecido. Pero mientras levantaba a Paulette, dispuesta a atacarla, arrojar su cabeza y su vida al olvido, supo que no habría compensación, que nunca podría hacerla sufrir lo suficiente. No como ella había sufrido. Y el verdadero enemigo no era Paulette, sino el tiempo. Una vez que sacaran a Bella del país, obliterada tras las misteriosas tormentas de arena del Próximo Oriente, la puerta se cerraría para siempre para su hija. La idea le paralizó todos los músculos.

Gracias a Dios, todavía tenía tiempo. Bella se encontraba aún con padres adoptivos provisionales. Aquí. Cerca.

—¿Dónde está Bella ahora? —insistió.

—A la espera de ser entregada —repitió Paulette—. Una enfermera la llevará al Golfo y allí la entregará.

—Pero, eso no es posible —protestó Izzy al recordar las palabras de Fauld—. Se supone que los padres tienen que estar aquí, para mayores informes.

—Así debe ser —convino Paulette en tono hueco.

Informes. Otro engaño. Como tantos aspectos de su vida.

—Pero no pueden hacer eso...

—Papeleo —fue la respuesta balbuceada—. Todo papeleo, pagaron más. Entrega a domicilio.

—La vista ante los tribunales. El juez... —protestó nuevamente Izzy.

—Los nuevos padres podrían venir para eso. O no. Probablemente, no. ¿Para qué molestarse por una vista de dos minutos? Tal vez paguen a otros para que lo hagan en su lugar, como un examen para el carnet de conducir. El tonto del juez no lo sabría nunca.

—Vale. ¿Cuándo se hará la entrega?

—No me acuerdo.

Paulette ya no podía pronunciar las palabras, balbuceaba.

—Entonces, echa esa porquería por la ventana, Daniel —espetó Izzy, sin apartar la mirada de Paulette.

La chica se golpeó la cabeza, protestando, tratando de aclarar la neblina y las náuseas que le envolvían la mente.

—Gideon quería que fuese cuando todo el mundo estuviera ocupado. Que no

hubiese tiempo para preguntas. Sólo el visto bueno y adelante.

—Bueno, ¿cuándo, mujer? ¡Acuérdate! Tienes que acordarte. Recuerda. Entonces tendrás lo que quieres.

La mirada de la chica era distante; diríase que estaba en trance. Luego se estremeció, se apretó de nuevo el vientre y se mordió el labio inferior hasta casi hacerlo sangrar.

—Las compras de Navidad —susurró.

—¿Qué? —gritó Izzy, temerosa de que Paulette hubiese perdido completamente la cabeza.

—Navidad. Cuando todos estuvieran ocupados —dijo—. Apresurándose para hacer sus compras navideñas. Visto bueno y adelante. —La chica jadeaba, agotada por el dolor y el esfuerzo—. El viernes. Una semana antes de Navidad. La llevarían en avión al Golfo. A Abu Dhabi. Desde Gatwick, que está empantanado con vuelos charter. El viernes antes de Navidad.

De pronto, Izzy cayó en la cuenta. Llevaba semanas preocupada, distraída. Las fechas no significaban nada. Pero Navidad es una fecha imposible de pasar por alto. Y faltaba exactamente una semana.

Hoy. Hoy. Hoy. ¡HOY!

Ya no le quedaba tiempo. Su mente se rebeló ante la coincidencia. La realidad empezaba a caerle encima cual un muro de esperanza derrumbándose, enterrándola en vida.

—Te he dado lo que querías. Ahora dame lo mío —exigió Paulette.

Su mirada se había posado finalmente en la jeringuilla en manos de Daniel.

—Dásela, Daniel —gritó Izzy—. Y, ¡por Dios! Larguémonos de aquí.

Pero en el momento en que se movió hacia la puerta, se dio cuenta de que él era incapaz de reaccionar. Su rostro se había convertido en una espantosa máscara atormentada por el miedo. La mano que sostenía la jeringuilla temblaba, incontrolablemente, y había estado temblando desde que sus dedos se habían cerrado sobre ella. También la cabeza le temblaba.

—No puedo dársela —susurró—. Esto no.

Se quedó paralizado. Pero Paulette, no. Con una increíble agilidad para un cuerpo tan maltratado, había cruzado la habitación otra vez y se había lanzado, ahora hacia Daniel. Pero él se encontraba demasiado lejos; Paulette no llegó y Daniel dio un paso atrás, hacia la puerta del balcón, como si quisiera arrojar la droga.

—No, no puedo dejar que lo hagas —susurró.

A través de su ansia, Paulette no veía más que la jeringuilla. Cada fibra de su cuerpo y de su mente estaba centrada en ella. La habían mantenido demasiado tiempo fuera de su alcance y nada más importaba en su mundo. Constituía su cinturón de seguridad, su oxígeno, su salvación. La supervivencia. Sentía que estaba nadando en un estanque de plomo fundido y alguien se había arrojado sobre ella, obligándola a permanecer bajo la superficie. Era incapaz de respirar, se ahogaba. ¡Pánico!

Jeringuilla. Supervivencia. Daniel. Jeringuilla. ¡Ahora!

Con la ferocidad de un gato montés, se abalanzó sobre Daniel, arañándolo, tratando de coger la jeringuilla. Todo su peso chocó contra el pecho de Daniel.

No pesaba mucho, pero él había abierto los brazos para que no cogiera la jeringuilla y perdió el equilibrio, con lo que se vio impulsado hacia atrás, Al perder el equilibrio, su tacón topó con el canto de la puerta del balcón. Tropezó y se cayó hacia atrás mientras, con los zapatos, buscaba un asidero en el suelo de hormigón del balcón. Pero sólo encontraron hielo. Escarcha navideña.

Su cuerpo se estrelló contra la barandilla. Mantuvo las manos alzadas sobre la cabeza, el centro de gravedad elevado. Mientras Izzy observaba, impotente en su incredulidad, el cuerpo de Daniel ejecutó una voltereta sobre la barandilla.

Pareció suspendido un momento, cual cernícalo probando la dirección del viento, estremecido, tratando de alcanzarla.

Sus miradas se encontraron. Él susurró el nombre de ella.

Y desapareció.

Demasiado tarde para cuando Izzy llegó al balcón. El ruido le asaltó el oído. El ruido del patio de maniobras de la vía férrea, del tráfico que zumbaba por una sección elevada de la carretera, del golpeteo de martinete a orillas del canal que discurría cerca de allí. De arriba, a través de las nubes, llegó el chillido de los motores de un avión al alcanzar la ruta aérea que llevaba a Heathrow, con las ruedas bajadas. Ahogaron su propio grito.

En el momento en que se aferraba a la barandilla del balcón y miraba hacia abajo, el sol irrumpió a través de una nube. Un rayo de sol hendió el cielo y se precipitó hacia abajo: una escalera de brillo celestial recortada contra el invierno gris, tocó el suelo y rebotó de una vía de tren hacia los ojos de Izzy. Como la apertura de una gran puerta.

Y desapareció.

Veinticinco pisos más abajo, en una zona de aparcamiento dilapidada, yacía un cuerpo aplastado.

En la habitación, detrás de ella, Paulette soltó un taco y otro, y huyó. Traspuso la puerta, perseguida por demonios... igual que, a partir de entonces, para siempre jamás, a Izzy también la perseguirían los demonios. Daniel sólo había pedido que lo dejara amarla. Y, sin embargo, ella vaciló y puso objeciones. Ahora no. Más tarde. Mañana.

Nunca.

Cuando contempló de nuevo la escena de abajo, ya se había producido una repentina actividad. Casi a saltos, dos coches patrulla llegaron a la zona de aparcamiento. Las luces azules parpadeaban. Se detuvieron bruscamente, con un chirrido. Policías se arremolinaron, como termitas, alrededor del cuerpo. Y entonces se acercó otro coche, una limusina negra, cuya portezuela trasera se abrió y de la que salió un hombre. Se enderezó y miró hacia arriba.

Aun a una distancia de veinticinco pisos, Izzy lo reconoció. No cabía duda. Abajo, junto al cuerpo de Daniel, el amante que nunca lo sería, se hallaba Paul Devereux.

* * *

El coche se abrió paso entre el denso tráfico al sur del río, dirigiéndose rumbo a la carretera y al aeropuerto. El camino hacia Gatwick era un coñazo. Aun con las luces y las sirenas de la escolta policial, el avance estaba resultando lento a esa hora punta de la tarde. Sobre todo ahora, que era el viernes antes de Navidad.

Devereux se mantenía sereno. Sabía lo que tenía que hacer. Sólo necesitó unos segundos para comunicarse por teléfono con el comandante de la policía del aeropuerto de Gatwick.

—Hay un problema, comandante. No puedo darle demasiados detalles por el teléfono del coche, como comprenderá. Pero es posible que nos encontremos con un incidente en el aeropuerto. Un incidente potencialmente violento. Quizá sea un truco complicado, ¿entiende?, pero se ha puesto personalmente en contacto conmigo una señora norteamericana a la que acaban de dar de baja del hospital. Se sabe que está sufriendo un estado de profunda inestabilidad. Se cree que va rumbo a Gatwick en este mismo momento, amenazando con un baño de sangre. Unos treinta y cinco años, pelirroja. Posibles contactos en el Próximo Oriente. En circunstancias normales no la habríamos tomado muy en serio, pero al parecer es, después de todo, muy peligrosa. Hace una hora dejó atrás un muerto. Todo indica que se trata de un ajuste de cuentas entre traficantes de droga. Se hace pasar por Isadora Dean, corresponsal norteamericana. Dean es auténtica, pero se sabe que está en Norteamérica. La impostora puede entrar en el aeropuerto en cualquier momento. Yo también voy para allá. Si es una broma pesada, aclararemos el asunto en cuanto yo llegue; si no... Sí, estoy de acuerdo. No vale la pena correr el riesgo de tener una tragedia en nuestras manos. Alerta de seguridad total. Le aconsejo que vigile los vuelos al Golfo, sobre todo. Cualquier cosa que tenga que hacer. Deténgala, comandante, no deje que se acerque a ningún avión y que lo convierta en un secuestro navideño. Tendrá usted todo mi apoyo personal.

Ahora que la influencia de su cargo le había granjeado nuevamente la colaboración policial, se recostó en el respaldo del asiento. Sus preguntas podían esperar. Y, una vez hubiese partido el vuelo llevándose a la niña fuera del alcance de Izzy, sus preguntas serían muy fáciles de contestar.

A su lado, hecha un ovillo, como un feto, Paulette dormía. Su hija. La máscara de cera que antaño fuera un rostro sonriente; el cuerpo, ahora ajado, que él solía balancear sobre su cabeza en los días veraniegos; los brazos llenos de costras y pus que antes solían rodearle el cuello cada noche; la boca infestada de llagas que antaño había lanzado risas a todos los rincones del mundo de Devereux. El despojo de una

vida. De todas sus vidas.

—¡Por el amor de Dios, apresúrese! —rogó.

* * *

No quedaba tiempo para las sutilezas. Casi se agotaba el tiempo. Su taxi se había sumergido en la misma congestión que el coche de Devereux. Ella no contaba con un teléfono, nada que aliviara sus temores, ningún medio de conseguir información o consuelo, nada con lo que luchar. Los faros de los frenos provocadores, los cruces atascados, las bocinas de los coches burlonas. No tenía pensamientos. Cada vez que apartaba la mente de la parálisis experimentaba únicamente dolor, recordaba únicamente el Triumph Towers. Era más seguro no pensar.

No pensó, por tanto, en la exhibición de pistolas, metralletas y semiautomáticas Heckler & Koch con miras de láser dando la bienvenida a los pasajeros que se dirigían a la terminal; después de todo, era Navidad, la temporada tradicional para el terrorismo, en que los aeropuertos de numerosas partes del mundo se ponían automáticamente en estado de alerta máxima. No se fijó en las advertencias dos veces más frecuentes sobre los paquetes sin dueño, ni en la brigada de trabajadores de mantenimiento que quitaban las papeleras que tan fácilmente podían convertirse en cubiertas para bombas. No se le ocurrió, ni por un momento, que al correr por una terminal atestada y hacer que multitudes de viajeros prenavideños se desperdigaran como mariposas, atraería forzosamente la atención. No pensaba. Pero oía. Por encima de las voces de los cantantes de villancicos, con sus canciones de alegría y la cercanía de Navidad, por encima del tintineo de monedas en cubetas de plástico de vivos colores, por encima del coro de campanas que tañían en alabanza a la festividad, por encima de todo ello oyó el anuncio del vuelo KR 432. Para el embarque. Gatwick, Londres, directo a Abu Dhabi.

Su carrera se convirtió en una contrarreloj; su objetivo, la zona de salida; su avance, carente de pensamientos, a no ser Bella; a su paso, oleadas de protesta, mientras apartaba bruscamente a todo el que obstaculizara su avance. Gritos de rabia, espinillas golpeadas, un carrito volcado, el llanto de un niño espantado. Vio el gigantesco panel con las luces parpadeantes. KR 432. Última llamada. Ya casi había llegado. Un último esfuerzo.

La hicieron girar violentamente. Una mano se había estirado desde detrás de un pilar y la había agarrado; el impulso de su carrera casi los derribó a los dos.

—¡Usted! —jadeó.

Era Devereux. La mirada de Izzy pasó alternativamente del hombre al panel luminoso mientras trataba de liberarse.

—No se preocupe. Su hija está bien. Ya he dado instrucciones para que la traigan aquí. —Con esas palabras la cabeza empezó a darle vueltas; el aliento le llegaba en jadeos. No pudo responder.

»Ha ganado. ¿No se da cuenta de que ha ganado? —prosiguió Devereux—. La están trayendo de la puerta de embarque en este mismo momento.

Izzy agitó la cabeza tratando de repeler lo que, en su opinión, debían ser engaños y embustes. Giraba la cabeza en todas direcciones, buscando desesperadamente ver a la niña.

—Todo ha terminado —le gritó Devereux. La cogió de los hombros a fin de llamar su atención. Dio resultado. Bajó la voz.

»Unos minutos, con eso bastará.

Izzy dio un paso atrás. Su tacto le causaba repulsión. Pero poco a poco se dio cuenta de lo que el hombre le decía. Empezó a sollozar. Bella. ¡Bella estaba aquí! ¿Sería posible? ¡Todo había terminado! Una sensación de alivio la inundó, amenazó con arrastrarla; la cabeza le zumbaba ante el eco de sus palabras y se le doblaron las piernas. Él volvió a estirar el brazo, esta vez para darle apoyo; la abrazó y no se movió. Ella estudió los ojos llorosos de Devereux en un intento por ver en ellos la verdad. La expresión era de abatimiento.

—La traerán por la sala de embarque en cualquier momento. Trate de ser paciente un poco más. —Izzy había sido consciente de que tendría que enfrentarse a él, había contado con agresividad, amenazas, violencia; pero no con la razón y la calma.

»No serviría de nada pedirle disculpas, Isadora, aunque, como padre, me abruma lo que ha tenido que sufrir. Lo lamento, de veras. No tenía idea de lo que estaba ocurriendo con la mafia de adopciones. Por favor, créame; no lo supe hasta que Paulette me lo contó todo de camino aquí. Creí que era usted una alborotadora. Me equivoqué. Puedo enmendar la situación del único modo que sé: devolviéndole a su hija. Sólo desearía ser igualmente afortunado.

—¿Afortunado? —espetó Izzy.

Intentaba hallar los insultos adecuados, pero su mente se había paralizado.

—Le van a devolver a su hija. Y está bien. Yo daría todo lo que poseo para compartir ese privilegio.

—¿Paulette...?

—¡Dios mío! Ya la ha visto, ha visto cómo está —el tono de Devereux contenía un deje de amargura, de derrota—. Lo he intentado, de veras, pero no creo que la recupere nunca. Ya no. Pese a todo lo que ha hecho, quiero recuperarla. No sé si puede entenderlo. —Los ojos llorosos parecían estar a punto de derretirse del todo. De pronto, Devereux ya no era el arrogante político, sino un padre terriblemente angustiado.

Y ella conocía muy bien esa sensación. Devereux luchó por no dejarse llevar por la emoción.

»Lo lamento. Pero... —miró a Izzy con expresión desesperada—. Déjeme explicárselo, por favor. No es tan malvada como usted cree. No... no es culpa suya del todo.

—Olvídelo. No estoy de humor para perdonar.

—No le pido que perdone. Hay momentos en que lo que ha hecho me parece difícil de perdonar, pero... es mi hija. Mi única hija. —Devereux tragó en seco, intentando controlarse—. Su madre murió cuando ella tenía ocho años. Se suicidó. ¿Cuáles son las expresiones que usa la gente en ocasiones como ésta? ¿Tragedia? ¿Una familia destrozada? ¿Una pérdida sin sentido? ¿No es culpa de nadie? Pero una niña de ocho años, que no entendía por qué se había ido su madre, sólo podía culpar a una persona. A sí misma. Paulette nunca se recuperó. —Cuadró los hombros—. Y no creo que llegue a recuperarse jamás. Es demasiado tarde para ella.

Su sentimentalismo era infeccioso; le contaminaba la capacidad de juicio y la ira.

—No estará tratando de sugerir que debo hacer la vista gorda, ¿verdad? Olvídelo.

Devereux agitó la cabeza. Diríase que le dolían todos los músculos del cuerpo.

—Yo hice la vista gorda durante años. Me persuadí de que no le pasaba nada, de que no era más que una fase pasajera. Uno despierta cada mañana con la esperanza de que ésta será la mañana en que todo volverá a ir bien, en que, a la hora del desayuno, aparecerá de nuevo la hija sonriente y llena de amor. Pero... ¿cómo se le demuestra el amor a una niña decidida a torturarse? Yo creía que protegiéndola, pero me equivoqué.

—La encubrió.

—Lo hice. Negué lo de las drogas con tanta vehemencia como ella. Me equivoqué y ahora voy a sufrir las consecuencias. Fui débil. Amo a mi hija. Es lo único que me importa. Quería luchar por ella, evitar que fuese destruida. ¡Seguramente, usted, entre todas las personas, entiende eso!

—Entiendo que su hija estaba destruyendo la vida de mucha otra gente.

Devereux asintió con la cabeza.

—Todavía me parece inconcebible, pero... sí, y ahora va a destruirme a mí. Créame, yo no sabía nada de lo que estaba haciendo con Fauld... hasta hace un momento. ¿Cómo se enfrenta uno al hecho de que su hija...? —trató de decirlo.

—Vende niños pequeños.

—Eso se acabará. Ya se ha acabado. Por lo visto, Fauld, para colmo, es un perverso. La brigada antivicio recibió una llamada anónima y lo encontró en circunstancias comprometedoras en un hotel de Londres...

«Así que la llamada había funcionado», pensó Izzy.

—Al parecer no era la primera vez que lo pillaban en pleno comportamiento sexual reprobable. No es nada ilegal, pero tendrá que dimitir, de eso me aseguro yo. Y si algo de poder o influencia me queda después de todo este lío, lo emplearé para asegurarme de que a Fauld y a todos los que, como él, participan en estas bárbaras prácticas de adopción los detengan y de que la red sea totalmente destruida.

—Es un poco tarde para una conversión, ¿no cree? Hace una hora llevó un pelotón de policías para que me arrestaran.

Devereux soltó un sonido ahogado, hueco.

—¡Por Dios! No la estaba persiguiendo a usted; ni siquiera tenía idea de que se

encontraba allí. Llegué con la policía persiguiendo a mi hija. Para arrestar a Paulette. ¿No lo ve? Los años de encontrar pretextos y sacarle las castañas del fuego han resultado ser un desastre. Ése no era el modo indicado de amarla. Casi la destruyó. Pero ¿puede imaginarse lo que le cuesta a un padre cazar a su hija con una jauría de policías? —Izzy creyó hacerse una idea. Recordó a la madre de Daniel. Lo que Devereux decía empezaba a tener sentido.

»He aprendido muchas lecciones recientemente acerca del amor paterno. Muchas de ellas me las enseñó usted, Isadora. En algunos aspectos nos parecemos mucho usted y yo. Somos padres que darían cualquier cosa por sus hijos. Sólo que yo di a ciegas. Es una gran pena que haya aprendido demasiado tarde.

Izzy experimentó tristeza por él. No podía haber imaginado llegar a ese punto, pero la ira y la amargura se vieron sofocadas. Percibía y compartía la sensación de pérdida que debía sentir el hombre que tenía frente a sí, rodeado de las cenizas de su orgullo; una cáscara chamuscada y hecha pedazos.

Y de pronto, se dio cuenta de lo que él buscaba.

—¡Bella! ¡Mi hijita! Es la única prueba que existe contra usted. Contra su hija. — Devereux se tensó, cual si lo hubiese abofeteado. De repente, Izzy se liberó del cuento fascinante; sus sentidos volvieron al aeropuerto. Los minutos habían transcurrido y hacía ya tiempo que se había oído la última llamada para el vuelo a Abu Dhabi.

»No piensa traerla. ¡Cabrón! Ha venido para asegurarse de que la suben a ese avión y de que no queda una sola prueba de lo que ha hecho su hija, de lo que usted ha hecho. ¡Maldita sea mi ceguera!

Izzy salió disparada hacia la sala de embarque.

Los dispositivos de seguridad en los conductos hacia los aviones tienen múltiples objetivos. En la zona central se examina tanto a los pasajeros para ver si cuentan con la documentación adecuada para viajar, como su equipaje, por si llevan material peligroso. Los procedimientos suelen ser lentos y metódicos, como debe ser con una fila de pasajeros que se mueven pausadamente, y varios los puntos de examen (control de pasajes, de pasaporte y de equipaje) que se encuentran generalmente muy próximos los unos de los otros. Y eso proporciona una clara, si bien corta, ventaja para quienes no tienen ni tarjeta de embarque, ni pasaporte ni equipaje, y que cargan contra las puertas de seguridad.

Izzy había empujado al guardia de seguridad que controlaba los billetes antes de que éste pudiera siquiera alzar la mirada. El arco detector de metales sólo pudo zumbar, impotente, cuando ella lo traspuso corriendo, y dejó atrás los brazos agitados y los gritos de reproche de los inspectores de equipaje, mientras los oficiales de inmigración que se encargan del control de pasaportes nada pudieron hacer por detenerla. Izzy los había pasado a todos antes de que tuvieran ocasión de hacer algo, más que alzar la voz y activar una serie de alarmas de seguridad. Pero las alarmas advierten, no detienen. Y, para cuando el oficial de control empezó a bajar las

persianas cortafuegos de metal, a fin de proteger la zona, Izzy ya se había colado.

Corrió por el largo pasillo acristalado que llevaba a las salidas. A cada lado veía rostros anonadados. Frente a ella, la gente se apartaba sorprendida tratando, no siempre con éxito, de evitar chocar con ella. Apenas percibía a sus espaldas las pisadas de unas pesadas botas que la perseguían. La esperanza colisionaba con el terror, borrando toda sensación de peligro. El pánico prestó una extraordinaria rapidez a su empeño.

—¡Bella! —gritó hasta que sus pulmones no le permitieron seguir haciéndolo. Pero aun así, se obligó a seguir adelante—. ¡Bella!

Por los pasillos de los lados y por las puertas llegaron otros perseguidores. Iban armados, decididos. El volumen de los gritos y alaridos que la perseguían iba subiendo, acercándose sin lugar a dudas. Un perro ladró. Le pareció oír el agudo chasquido de metal que tan bien conocía de otros campos de batalla: los mecanismos de las armas de fuego puestos en marcha, recámaras cargadas, seguros tirados. Sabía que avanzaban; trató de mirar por encima del hombro, tropezó y casi se cayó al chocar con un enorme oso de peluche disfrazado de Papá Noel, que salió disparado por el pasillo junto con el montón de cajas y paquetes con alegres envolturas que lo rodeaban. Más adelante, más allá de las multitudes que revoloteaban por la tienda libre de impuestos, distinguió los uniformes azul oscuro de unos policías armados que esperaban, esparcidos en su camino, cual una red humana. Tres de ellos se encontraban apostados sobre una rodilla, los brazos alzados, en posición de combate y apuntándola directamente con su pistola. De algún punto cercano le llegaron gritos que le ordenaban detenerse y, a los demás, echarse al suelo. Gritos. Los viajeros en la larga avenida se arrojaron al suelo, como árboles cortados en un bosque. A Izzy le pareció ser la única que permanecía de pie. Más armas se habían preparado, la apuntaban. Ella no podía parar.

Y entonces, Izzy llegó a la puerta del vuelo KR 432, dobló la esquina y entró a toda prisa en la zona de espera. A un lado se hallaba un policía, cubierto igualmente por chaqueta antibalas; tenía los ojos de expresión nerviosa abiertos de par en par; había sacado el arma de su funda y la estaba poniendo en posición de disparar, con el seguro descorrido; de sus labios salía un grito de advertencia.

En el extremo más alejado, saliendo de la sala a la puerta que llevaba directamente al avión, iba una mujer que vestía el uniforme blanco de las enfermeras y que llevaba algo en brazos, brazos que Izzy, en su embestida, agarró, retorció y obligó, con fuerza demoniaca, a que soltaran su carga.

—¡Bella!

Los perseguidores la habían alcanzado. Esa parte de la sala fue tomada por asalto por lo que parecía ser una manada de policías, que entraron y rodearon la zona hasta formar un muro sólido de chaquetas antibalas de las cuales sobresalían cañones de hierro gris, apuntados, listos para la orden de disparar.

El tiempo pasó con tanta lentitud que podría decirse que era cera derritiéndose.

Los cañones de las armas vacilaron, cual cabezas de serpientes a punto de atacar. Los ojos permanecieron fijos en ella, sin pestañear. El oficial al mando se llenó el pecho de aire, pareció titubear y luego paralizarse. A continuación, la expresión de la niña cambió, como las fases de la luna. De la alarma al rubor del placer y, final y triunfalmente, al arrebol del reconocimiento.

Isadora Dean abrazó fuertemente a su hija y soltó un sonoro grito de triunfo.

Y entonces, Devereux estuvo allí. ¡Dios! Siempre estaba allí, como la porquería que no puede uno quitarse de la suela del zapato, como el hedor de muerte en el osario, susurrando al oído del oficial. Los policías bajaron sus armas y él dio unos pasos adelante. Su rostro se había convertido en piedra gris y los ojos llorosos en hielo. Entonces, llegó al lado de Izzy. Ella ya no pudo reprimirse.

—Con gusto lo mataría a tiros, pero otros me evitarán la molestia. Lo van a quemar vivo y a mí me encantará darle vueltas al espetón. Cantaré de gusto cada vez que corten un nuevo tajo. Lo voy a destruir.

Devereux encontró fuerzas para esbozar una sonrisa forzada.

—Creo que no. —Izzy estaba agitando la cabeza, rechazándolo con desdén, pero él prosiguió.

»Si lo intenta, perderá a su hija.

Ella se burló de la sugerencia.

—Ya no. Nadie puede volver a quitármela.

—¡Ah! Claro que pueden, Isadora.

Parecía tan arrogante y confiado que un pequeñísimo atisbo de duda recorrió la columna vertebral de Izzy. Apretó aún más a su hija.

—¿Qué quiere decir?

—Sencillamente esto: a los cinco minutos de la primera señal de problemas por su parte, de alocadas acusaciones de mafias traficantes de niños, me aseguraré de que expidan una orden de arresto.

Izzy se rió en su cara.

—¿Con qué cargos?

—Elija usted misma. ¿Tráfico de estupefacientes? Después de todo, ha estado relacionándose con traficantes conocidos; huyó tras ser detenida por la policía en un café famoso por el tráfico de drogas. ¿O prefiere el asesinato? Con el testimonio de Paulette. El asesinato de Daniel Blackheart.

Izzy se dio cuenta de que sus labios temblaban.

—¡Pero eso es ridículo! Los cargos no podrán probarse. De todos modos, ya estaré fuera de este miserable país.

—Verá... y escuche atentamente, pues esto es importante... No hace falta que se prueben los cargos, con presentarlos basta. A los cinco minutos de que se presenten, me aseguraré de que su marido se entera de todos los detalles. Usted está luchando con él por la patria potestad. Ya ha abandonado a un hijo, y ningún tribunal del mundo le daría la patria potestad de su hija, si la acusan de asesinato y tráfico de

estupefacientes.

—Pero... no puede.

—Sí que puedo. Y lo haré. Mire, ya tiene a su hija. Eso es lo que siempre quiso. No lo eche todo a perder con la ridícula idea de la venganza.

—Esto es monstruoso —exclamó Izzy, buscando en vano un fallo en el razonamiento de Devereux.

—Del todo —convino éste, arrogante—. Pero efectivo, ¿no cree? A la menor señal de problemas por su parte, volverá a perder a su hija. Esta vez por la vía legal, por orden de un tribunal.

—La gente me escuchará...

—No lo han hecho hasta ahora. ¿Por qué habrían de cambiar? Querida, sobreestima usted exageradamente la credulidad de su público. Si enfrentamos a una norteamericana histérica contra un sólido estadista inglés, la norteamericana perderá, inevitablemente.

—¿Qué diablos está sugiriendo?

—Le sugiero esto: yo voy a hablar con el comandante de este pequeño pelotón y le digo que todo esto ha sido un terrible error. Que no es usted la terrorista peligrosa que todos creíamos, sino una madre angustiada víctima de una riña familiar. Lo aceptarán sin gran esfuerzo de persuasión, dada su exhibición con la niña. Luego coge un avión que la lleve fuera del país. Inmediatamente. Esta misma noche. Olvídese de Gran Bretaña, olvídese de todo lo que ha visto aquí y no regrese nunca más.

—¿Olvidar lo que usted y su hija han hecho?

—Sí. A menos que esté dispuesta a olvidarse de su propia hija.

—¿Espera que olvide lo que han hecho a Dios sabe cuántos niños inocentes?

—Yo no tuve nada que ver con esa tontería de las adopciones. Lo que le dije sobre Fauld es cierto. Él está acabado y su negocio también.

—¿Olvidarme de Daniel? —susurró Izzy con los dientes apretados—. ¡Nunca!

—Mire. Tiene usted dos sencillas opciones. Puede tener a su hija o puede tenerme a mí. Venganza o Bella. Pero no ambos. Es así de sencillo. Así que, ¿qué decide? —Izzy se quedó estupefacta. Su mente repasaba alocadamente el escenario que había conjurado Devereux, tratando de desmontarlo, pero cada una de sus flechas parecía rebotar de una concha impenetrable.

»Mire a su hija, Isadora. Mírela bien. ¿Lo ve? En realidad no tiene opción.

Ninguna opción. Ninguna opción. Las palabras le quemaban el cerebro, mientras Devereux se acercaba lentamente al comandante de la policía y empezaba a gesticular con vehemencia. Convirtieron la verdad en cenizas, en tanto la llevaban de vuelta a la terminal, más allá del control de pasaportes, de vuelta al mundo de la gente real. Pero no a Daniel. La atontaron y dejaron sus emociones bajo un embrujo, aun mientras era objeto vacilante de un breve interrogatorio policial, hábilmente inspirado por Devereux, aún mientras se aferraba a su hija y lloraba.

La dejaron irse con una advertencia. Estos hombres la habían descartado; veían en ella a otra más de esas insondables mujeres histéricas.

Y Devereux sonrió. Ella había querido pegarle, desfigurar ese rostro de sonrisa socarrona, hacer desaparecer a golpes la mueca condescendiente; pero no podía hacerlo sin soltar a Bella. Y a Bella no pensaba soltarla, nunca.

Tenía a Bella y había creído que con eso bastaba. Pero no. No podía olvidar lo que sabía; no podía dejar atrás lo que había visto, olvidarse de los niños que habían sido maltratados y que tal vez seguirían siéndolo. No podía dejar de amar a Daniel, aun cuando apenas había empezado a hacerlo. No dejaría de odiar a Devereux, jamás. Y su propia impotencia la llenaba de rabia y de vergüenza.

¡Ninguna opción!

En esta ocasión, Devereux no se arriesgó con Izzy. No le quitó los ojos de encima, ni por un segundo. La vigiló en todo momento; la vio subir al avión; se aseguró de que éste recorriera la pista y despegara. Izzy regresaba a su país.

Se había acabado. Él había ganado.

Izzy se había ido. Paulette, aturdida y en el fondo conmocionada por todo lo que había hecho, por fin se arrepentía e iba a ir a una clínica. Fauld había dimitido y se dirigía hacia la oscuridad, su silencio asegurado por la culpa, y su vil negocio acabado. Había engañado hasta a Devereux durante demasiado tiempo, uno de los pocos errores de juicio en la vida de Devereux.

La policía quedó perpleja por la muerte de Daniel (no había rastro de drogas en su cuerpo), pero satisfecha. Después de todo, tenía antecedentes penales por lo de los estupefacientes, un historial tan largo como un brazo perforado; y había muerto con una jeringuilla en la mano. Un accidente. No se podía culpar a nadie más que a él. Podría parecer confuso, todo un lío, este asunto que implicaba a la hija de un ministro del gabinete, drogadictos y una madre demente. Pero ¿quién querría investigarlo en serio? ¿Poner en duda la palabra de Devereux? En todo caso, acertaba el papeleo.

«Una vida encantada —pensó Devereux—. La capacidad de superar las adversidades que destruirían a cualquier hombre corriente. Un propósito.»

Y Bizzie acababa de llamarle; el primer ministro había decidido, por fin, dimitir. Ahora no. No inmediatamente, pero de manera definitiva en verano.

Su objetivo parecía estar a punto de cumplirse. Y pronto.

«La vida es buena», pensó. De hecho, era estupenda.

* * *

Había pasado las horas como en un sueño. La ira le estrujaba el estómago y las entrañas como una banda de acero; sus sentidos se hallaban paralizados, cegados por la vergüenza. Manipulada. Sin opción.

Tenía a Bella, al menos; a salvo, cariñosa, sana. Pero no bastaba.

Sin opción. La corroía, como un ácido.

¡Si pudiese contentarse con ser madre! Pero nunca le había bastado; por esto había participado en el juego de hombres y había perdido. Arrojada a puntapiés de un lado a otro entre Devereux, Joe, Grubb y el resto de la brigada de varones.

Y aun ahora, muy por encima de las nubes, añadían insulto a la injuria. Ese miserable productor suyo (ex productor suyo) sonreía tontamente desde la pantalla de vídeo. Ni siquiera intentaba hacer su trabajo; nada de noticias sobre hechos sólidos, sino un reportaje vacío, unos chismes sobre una celebridad. ¿A eso se reducía todo? ¿A una mierda sobre la mujer del primer ministro que había inaugurado una

locomotora que cruzaría el túnel del Canal y que habían nombrado en su honor? ¿Estarían los niños jugando a los trenes?

Toda su vida profesional había luchado por mantenerse íntegra; ahora sabía que había sido un desperdicio total de esfuerzos y lágrimas. Sintió que la compostura y la resistencia la abandonaban rápidamente (¡maldita sea! ¡no lloraría!) y hurgó en el maletero superior, buscando su bolso para sacar unos pañuelos de papel. Ni siquiera podía hacer eso bien. El bolso cayó al suelo, se destripó y su contenido se desparramó.

Se arrodilló, humillada, ocultando la cara, enterrando su sensación de futilidad mientras trataba de recuperar sus pocas y patéticas pertenencias.

—La Bizzie Lizzie —entonó el vídeo y reveló el rostro de la mujer del primer ministro, que estaba agitando la mano con expresión de gran orgullo.

Cuando la botella de champán se rompió sobre los lazos de la locomotora, Izzy halló, bajo el asiento, no sólo los pañuelos, el cepillo y otros artículos, sino también un disco de ordenador. El diario de Devereux. Y, finalmente, las partes encajaron.

«Pasé la noche con BL mientras el primer ministro se encontraba en Bruselas. Ese tonto. Se deja joder en todos los frentes...»

¿Bizzie Lizzie? ¿Elizabeth Flood...? Sólo ahora empezaba a tener sentido. ¿Devereux se estaba acostando con la esposa del primer ministro! No era algo demostrado, ni del todo seguro, pero sí una probabilidad y, tan pronto como llegara a casa, lo averiguaría. ¿Cómo? Pues leyendo el resto del diario.

¿Y luego qué? Ningún editor, ningún director lo tocaría. No podía probar que el contenido del diario no era una elaborada falsificación, pues los discos de ordenador no tienen huellas dactilares. Esas cosas no podrían ver la luz.

Pero quizá no hiciera falta que la viera. Lo único que tenía que hacer era asegurarse de que cayeran en las manos indicadas.

Las manos del primer ministro. Y, gracias a sus contactos, podía asegurarse de ello.

No tendría que saberlo con toda seguridad. Bastaba con que sospechara. No hacía falta que condenaran a Devereux en un tribunal, sólo en la mente de Flood. Y las sospechas de un hombre al que le han puesto los cuernos prenden como azufre sobre maleza. En el diario habría demasiadas indiscreciones, circunstancias, confesiones, fechas, demasiados detalles privados y políticos que sólo podían ser de Devereux para que le cupieran dudas a Flood.

Se decía que al primer ministro no le quedaba mucho tiempo en este mundo. Que saltaría o lo empujarían. Fuese como fuese, tan seguro como el fuego del infierno, se aseguraría de que Devereux cayera con él. Haberse acostado con la esposa del primer ministro puede no ser uno de los peores crímenes políticos, pero haberse vanagloriado de ello en un diario merecía la horca. A Devereux lo echarían a la calle. Caería en desgracia. Lo ahorcarían. Públicamente.

Izzy estaba llorando abiertamente ahora. A través de las lágrimas veía, frente a sí,

el arma con la que podía destruir a Devereux y todas sus obras sin involucrar ni a Bella ni a sí misma. ¡Destruir a Devereux y todas sus obras!

Lo que incluiría el Plumero.

Y a Joe. Y las posibilidades de Joe en cuanto a la patria potestad. La oportunidad de recuperar a Benjy.

Arrodillada, se echó a reír. A carcajadas. Se regocijaba de su triunfo.

Tenía una opción, después de todo.

Agradecimientos

Escribir alienta la curiosidad. He tenido tanta suerte en la vida que sería muy fácil para mí acabar siendo una persona de miras estrechas, autocomplaciente y con una curiosidad reducida a cero. Pero eso me llevaría a escribir únicamente novelas autobiográficas, para las que, sospecho, habría un mercado aún más limitado que para mis memorias.

Por tanto, he optado siempre por satisfacer mi curiosidad e incluir en mis libros a grupos de personas en contra de las cuales se ejerce una gran discriminación: políticos, reyes, homosexuales y prisioneros de guerra. Hasta ahora me ha faltado el valor y, por supuesto, la experiencia para escribir sobre uno de los grupos más ampliamente discriminados: el de las madres, sobre todo el de las madres trabajadoras.

A lo largo de mi vida profesional he visto a mujeres, colegas mías, desgarradas entre el instinto maternal y la ambición profesional; pero siempre había reparado más en las ventajas que conlleva el hecho de ser hombre que en el dilema de estas mujeres. Es posible que ahora, gracias a esta obra y a la ayuda de muchos amigos, entienda mejor ese problema y el conflicto emocional, a menudo atormentador, que suele conllevar.

Tengo una enorme deuda de gratitud con numerosas personas por su ayuda. Casi todas han compartido conmigo profundos secretos, ya personales, ya profesionales, y no desean ser nombradas directamente, aunque ellas saben quiénes son. Espero que, una vez leída *Fatal inocencia*, sientan que el tiempo y los esfuerzos que tan generosamente me han otorgado no han sido en balde.

Así pues, limitaré mi agradecimiento concreto a las dos mujeres más importantes de mi vida: mi difunta madre, Eileen, y mi esposa, Amanda. Lo único realmente lamentable de mi vida es que no pude compartir más tiempo con mi madre aunque en Amanda he encontrado, con mucho, la mejor de las compensaciones. Las dos han sido, y siguen siendo, una inspiración para mí.

MICHAEL DOBBS



MICHAEL DOBBS. Nació en Cheshunt, Hertfordshire, en 1948. Se educó en Oxford y tras su graduación viajó a Estados Unidos para cursar un posgrado en el Centro Fletcher de Derecho y Diplomacia y en la Universidad Tufts. En 1975 volvió a su país y empezó a trabajar en el Partido Conservador, donde llegó a ser jefe de gabinete de Margaret Thatcher. Después del inmenso éxito de *House of Cards*, ha publicado hasta veinte novelas, la mayoría de ellas de intriga política.